Rivalidad y Ruina

Crimen y Consecuencias

LIBRO 2

CATHERINE BILSON

Rivalidad y Ruina

Crimen y Consecuencias Libro 2

Catherine Bilson

Capítulo Uno

COMO TIENDEN A HACER las jóvenes, Elizabeth Bennet había imaginado su día de boda con bastante detalle en más de una ocasión desde que alcanzó la edad de casarse.

Sin embargo, jamás había pensado que acabaría produciéndose de este modo, aunque no le desagradaba la ausencia de pompa y circunstancia. El salón de Longbourn había sido transformado con hermoso follaje y flores de verano, creando una atmósfera de sencilla elegancia que se avenía mucho mejor a su gusto que cualquier gran catedral. Se colocó ante el espejo y apenas reconoció a la serena novia que la contemplaba, vestida con un traje de la más fina seda en dorado pálido que Jane le había ayudado a terminar justo ayer.

—Es extraño —murmuró Elizabeth a su reflejo— pensar que, dentro de una hora, seré la señora Darcy. El nombre todavía le resultaba ajeno en la lengua, aunque no desagradable. En efecto, tenía cierta música que le provocaba un aleteo en el estómago cada vez que lo oía pronunciado en voz alta.

Los acontecimientos que habían conducido a esta ceremonia precipitadamente organizada por licencia especial no eran lo que ninguna joven habría planeado, y sin embargo Elizabeth no podía arrepentirse de ni un solo instante. El escándalo en torno a la pobre Lydia había sido contenido gracias a la intervención del señor Darcy,

aunque al precio de la vida de George Wickham. Que la propia Lydia hubiese sido el instrumento de su muerte era un secreto que pesaba gravemente sobre los pocos que conocían la verdad.

Un suave toque en la puerta interrumpió su ensoñación. —¿Lizzy? —llamó Jane—.

¿Estás lista? Papá está esperando.

Elizabeth tomó aire para serenarse. —Sí, pasa.

Jane entró, perfecta como un retrato con su vestido azul pálido, el cabello dorado dispuesto en elegantes rizos. —Ay, Lizzy —suspiró, con los ojos anegándose en lágrimas—, estás preciosa.

—Y tú también —replicó Elizabeth, abrazando a su hermana—. ¿Está todo el mundo reunido?

—Sí —confirmó Jane, enjugándose una lágrima—. Mamá fluctúa entre llorar de alegría y dar instrucciones a los criados sobre el desayuno. El señor Darcy ha llegado con su hermana y su primo hace media hora. La señorita Darcy es muy hermosa, aunque terriblemente tímida.

—¿Lydia? —preguntó Elizabeth en voz baja.

Una sombra cruzó el rostro de Jane. —Está presente, aunque inusualmente apagada.

Ha cumplido su promesa de no hablar de... sucesos recientes.

Elizabeth asintió, agradecida por esas pequeñas misericordias. —¿Y Mary y Kitty?

—Mary está pellizcando sus guantes nuevos y musitando lo que parecen ser citas bíblicas sobre el matrimonio, mientras que Kitty se esfuerza muchísimo por parecer mayor y solemne, aunque no puede evitar mirar al coronel Fitzwilliam cada pocos minutos.

Esto arrancó una risa a Elizabeth. —Hay cosas que no cambian, ni siquiera el día de una boda.

Un segundo toque anunció la llegada del señor Bennet. Mientras Jane se escabullía para reunirse con los demás, Elizabeth se volvió para encarar a su padre.

—Bien, mi Lizzy —dijo, con la voz ronca de emoción—, parece que ha llegado la hora de entregarte. La observó con una mezcla de orgullo y

melancolía que a Elizabeth le hizo un nudo en la garganta.

—No del todo, papá —le aseguró, tomando el brazo que él le tendía—. El señor Darcy es lo bastante rico como para que, aunque Pemberley esté muy lejos, podamos viajar a Longbourn con regularidad.

—No con la frecuencia suficiente —replicó él con una sonrisa triste—. Echaré de menos tu buen juicio entre los disparates generales que imperan en esta casa.

Elizabeth le apretó el brazo con cariño. —Aún tienes a Jane, y Mary ha mejorado mucho en estos últimos meses. Incluso Kitty da muestras de convertirse en una joven sensata.

—¿Y Lydia? —preguntó el señor Bennet, ensombreciéndosele por un instante el gesto al cruzar la mirada con la de su hija. El conocimiento del embarazo de Lydia, y de lo que había hecho a Wickham, era un secreto cuidadosamente guardado; ellos dos eran de los pocos que estaban al tanto, junto con la propia Lydia, Jane, el señor Darcy y su primo, el coronel Fitzwilliam.

—Lydia tendrá su propio camino que recorrer —respondió Elizabeth con cautela—.

Solo podemos confiar en que los acontecimientos recientes le hayan enseñado el valor de la prudencia.

El señor Bennet asintió y luego enderezó los hombros. —Ven, hija mía. No hagamos esperar más al señor Darcy.

El descenso de la escalera hasta el salón le pareció a Elizabeth a la vez interminablemente largo y asombrosamente breve. El propio tiempo parecía ir y venir de forma caprichosa, estirando ciertos momentos en pequeñas eternidades mientras comprimía otros en meros latidos.

Y de pronto, ya estaba allí, junto al señor Darcy ante el vicario local, al que habían persuadido mediante una generosa donación para celebrar la ceremonia con tan poco aviso. Elizabeth apenas oyó las palabras conocidas del rito matrimonial, tan absorta estaba en la cercanía del hombre que iba a convertirse en su esposo. Le lanzaba miradas furtivas al perfil, observando la firmeza de la mandíbula, la intensidad de la mirada, el leve temblor de su mano al tomar la de ella.

—Yo, Elizabeth, te tomo a ti, Fitzwilliam... Las palabras salieron nítidas a pesar de su corazón desbocado, y ella se maravilló de la

firmeza de su propia voz cuando todo en su interior parecía temblar de emoción.

Las respuestas del señor Darcy fueron graves pero inquebrantables; no apartó los ojos de su rostro mientras se le entregaba para toda la eternidad. Cuando deslizó en su dedo el anillo nupcial, una sencilla alianza de oro que —le había dicho— había pertenecido a su madre, Elizabeth sintió una sensación de plenitud tan profunda que casi la desbordó.

—Ahora os declaro marido y mujer —proclamó el vicario, y en ese instante Elizabeth Bennet se convirtió en la señora Darcy.

El primer beso como marido y mujer fue breve y decoroso, dada la concurrencia, pero la mirada de Darcy prometía más para cuando estuvieran a solas. A Elizabeth se le encendieron las mejillas solo de pensarlo.

—¡Mi querida, queridísima Lizzy! —exclamó la señora Bennet, abalanzándose para abrazar a su hija—. ¡O debería decir, señora Darcy! ¡Qué bien suena! ¡10,000 al año!

¡Sabía que no podías ser tan lista en balde!

—Mamá —murmuró Elizabeth, desprendiéndose con suavidad de los brazos de su madre—. Gracias por arreglarlo todo tan bellamente con tan poca antelación.

—¡Oh! No ha sido nada, nada en absoluto —insistió la señora Bennet, aunque su expresión satisfecha delataba el orgullo por lo logrado—. Aunque sigo diciendo que podríamos haber tenido una celebración mayor de no haber sido por... ciertas circunstancias.

Esas circunstancias eran que, menos de dos semanas antes, se habían publicado las primeras amonestaciones para que Elizabeth se casase con un hombre completamente distinto. Pero George Wickham estaba muerto y bien enterrado.

Jane fue la siguiente en ofrecer sus felicitaciones; la abrazó con dulzura y sinceridad.

—Me alegro muchísimo por ti, Lizzy —susurró—. Has encontrado a un buen hombre.

Mary se acercó con solemne dignidad. —El matrimonio, hermana, es una institución sumamente sagrada —empezó. Para sorpresa de

Elizabeth, se limitó luego a añadir: —

Te deseo dicha —y le apretó brevemente la mano.

Kitty fue más efusiva, aunque no dejaba de mirar por encima del hombro de Elizabeth hacia el coronel Fitzwilliam. —¡Tu marido es tan alto y apuesto, Lizzy! Y su primo está de lo más gallardo con el uniforme del regimiento, ¿no te parece?

—Desde luego —convino Elizabeth, divertida por la transparencia de su hermana—.

Aunque creo que el coronel vuelve en breve a su regimiento.

A Kitty se le ensombreció el rostro, pero se repuso enseguida. —Bueno, quizá visite Pemberley durante un permiso, y podamos verle cuando vayamos a verte. —Lanzó una mirada rápida y celosa por encima del hombro. La decisión de que Lydia fuese la hermana que acompañase a Elizabeth en su viaje de bodas había parecido una elección extraña a todos los que no conocían las verdaderas circunstancias; la mejor explicación que Elizabeth había conseguido idear fue que se había compadecido de Lydia al negársele su viaje a Brighton con los Forster. Jane estuvo rotundamente de acuerdo, alegando que estaba demasiado ocupada en Longbourn, y la señora Bennet había elogiado a Elizabeth por su generosidad, pero Kitty se había quedado claramente perpleja.

Lydia se acercó con una vacilación impropia de ella cuando Kitty se hubo apartado.

La muchacha que antaño había sido la más vivaz de las Bennet parecía ahora empequeñecida; su antigua exuberancia había sido sustituida por una prudencia recelosa que decía mucho de sus experiencias recientes.

—Enhorabuena, Lizzy —dijo en voz baja—. El señor Darcy es... ha sido muy amable.

Elizabeth comprendió la hondura de aquellas sencillas palabras. —Sí, lo ha sido —

asintió, tomándole las manos frías entre las suyas y bajando mucho la voz—. Y

seguiremos siéndolo, Lydia. No estás sola, te lo prometo.

A Lydia se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó para apartarlas enseguida.

—Gracias —susurró, antes de retirarse a un rincón de la sala.

Un leve toque en el codo de Elizabeth anunció la llegada de la señorita Georgiana Darcy, que parecía a un tiempo nerviosa y resuelta. —Señora Darcy —pronunció, probando el nombre con timidez—. Yo... quiero decir, quería darte la bienvenida a nuestra familia. Mi hermano ha hablado de ti con tanta admiración y yo... estoy tan contenta de tener por fin una hermana.

Elizabeth se sintió conmovida por la evidente sinceridad de la muchacha. —Gracias, Georgiana, pero debes llamarme Elizabeth. Estoy deseando conocerte. Tu hermano habla de ti con gran afecto.

Georgiana se sonrojó con gracia. —Es el mejor de los hermanos. Espero... quiero decir, confío en que serás feliz en Pemberley.

—Con una acogida así por tu parte, ¿cómo podría ser de otro modo? —respondió Elizabeth con calidez y con un sentimiento de alivio. Ella y Darcy habían debatido

seriamente cuánto debía revelarle a Georgiana y, finalmente, habían concluido que lo mejor sería contárselo todo. Darcy había prometido hacerlo cuando fuese a recoger a su hermana a Londres, y Elizabeth había estado un poco intranquila por lo que pudiera pensar Georgiana; pero aquella dulce y tímida joven no parecía albergar reparo alguno respecto a que su hermano se casase con una mujer de una familia tocada por un escándalo de tal magnitud.

Se acercó a continuación el coronel Fitzwilliam. —Señora Darcy —la saludó con una reverencia y una sonrisa jovial—. ¿Me permites ofrecer mis felicitaciones tanto a ti como a mi afortunado primo? He de decir que, cuando te conocí en Kent, jamás imaginé que pronto emparentaríamos.

—Ni yo —admitió Elizabeth con una sonrisa—. La vida está llena de los giros más inesperados.

—En efecto —convino él, ensombreciéndosele por un momento la expresión—. Y a veces esos giros exigen la mano firme de un amigo.

—Amigos como tú, coronel, no tienen precio —dijo Elizabeth con intención.

—Richard, por favor —la corrigió—. Al fin y al cabo, ya somos familia.

El desayuno de bodas que siguió fue modesto para los estándares de su círculo, pero más que suficiente para el pequeño grupo. La señora Bennet se había superado en la preparación, con fiambres, pasteles y una tarta nupcial que arrancó comentarios elogiosos de todos los presentes. Elizabeth se encontró sentada junto a su flamante esposo, muy consciente de su presencia; el roce ocasional de su mano con la de ella le hacía correr un estremecimiento que se esforzaba por disimular.

—¿Estás contenta, señora Darcy? —le preguntó en voz baja, en un momento en que los demás estaban distraídos con la animada descripción de la señora Bennet sobre la preparación de la tarta.

Elizabeth sostuvo su mirada, preguntándose qué estaría pensando en realidad. —

Muy contenta, señor Darcy —respondió—. Aunque confieso que mi nuevo nombre aún me suena extraño.

—Tienes toda una vida para acostumbrarte —la tranquilizó, con una ligera sonrisa en los labios.

—Toda una vida —repitió, maravillada ante la idea—. Parece a la vez una eternidad y nada de tiempo.

La partida de Longbourn tras el desayuno resultó más emotiva de lo que Elizabeth había previsto. De pie en la entrada circular de la casa de su infancia, ahora como señora Darcy, se sintió inesperadamente conmovida al ver a su familia reunida para despedirla. Hasta su madre, que había pasado la mañana alternando lágrimas de alegría por el ventajoso enlace de su hija con instrucciones de última hora a los criados, se enjugaba ahora los ojos con verdadero sentimiento, mientras la gran carroza de viaje de los Darcy aguardaba.

—¡Ay, mi queridísima Lizzy! —exclamó la señora Bennet, abrazando a su hija por lo que parecía la décima vez—. ¡Pensar que ahora dirigiré mis cartas a la señora Darcy, de Pemberley! ¡Debes escribir en cuanto llegues y contármelo todo sobre tu nueva casa!

—Sí, mamá —respondió Elizabeth con paciencia—. Escribiré en cuanto nos hayamos instalado.

El señor Bennet se mantenía algo apartado del bullicio general, con

una expresión a medio camino entre el orgullo y la melancolía. Cuando Elizabeth se acercó, le tomó ambas manos entre las suyas.

—Bueno, mi Lizzy —dijo en voz baja—, te he entregado, como deben hacer los padres. Pero confío en que el señor Darcy comprenda el valor de lo que ha recibido.

—Creo que sí, papá —le aseguró Elizabeth, con la voz levemente quebrada—. Y no has perdido una hija, sino ganado una biblioteca apacible en Pemberley a la que retirarte cuando nos visites.

Esto le arrancó una sonrisa. —Un aliciente de lo más convincente. Te tomaré la palabra. Se inclinó para besarle la frente, gesto de cariño infrecuente que llenó de lágrimas los ojos de Elizabeth.

La despedida de Jane fue cariñosa. —Te voy a echar terriblemente de menos, Lizzy —

dijo mientras se abrazaban—. Pero saber que eres feliz hace llevadera la separación.

—No estaremos separadas mucho tiempo —le prometió Elizabeth.

Mary se acercó después, con una reverencia rígidamente formal, antes de sorprender a Elizabeth con un abrazo breve y torpe. —Tengo un obsequio para tu viaje, un pequeño volumen de sermones sobre los deberes matrimoniales —dijo, poniéndole en

las manos un libro delgado—. He señalado los pasajes que me han parecido más pertinentes.

—Qué atenta —murmuró Elizabeth, guardando el libro en su bolsito y tomando nota mental de examinarlo más tarde, aunque solo fuese para apreciar las buenas intenciones de Mary.

La despedida de Kitty fue una mezcla de lágrimas y excitación. —Debes mandarme llamar para ir de visita en cuanto sea posible —insistió—. Longbourn será insufriblemente soso sin ti, y muero por ver Pemberley.

—Y así será —prometió Elizabeth—, aunque quizá no hasta la próxima primavera, cuando los jardines estén en su mejor momento.

El gesto de Kitty se ensombreció, pero no había posibilidad alguna de una invitación a Pemberley ese año. En lo que todos en Longbourn, salvo el señor Bennet y Jane, sabrían, Lydia estaría allí… salvo que

Lydia no iría en absoluto, pues la habían resguardado con toda seguridad con el aya del señor Darcy hasta que naciese su bebé.

A todos en Pemberley se les diría que Lydia había viajado con los Darcy hasta Leicester para visitar a su familia, y así la ilusión quedaría completa en ambos lugares.

El señor Darcy, que había estado enfrascado en una última conversación con el coronel Fitzwilliam, se reunió entonces con Elizabeth. —Los carruajes están listos, querida mía —dijo en voz queda—. Debemos partir si queremos llegar antes de que anochezca a la posada donde pasaremos la primera noche.

Elizabeth asintió y luego se volvió para contemplar cómo su madre y sus hermanas abrazaban a Lydia. El rostro de la menor de las Bennet era un retrato de emociones encontradas: alivio, aprensión, pena y algo que bien podía ser vergüenza, una emoción que Elizabeth jamás había asociado con su hermana más vivaz.

—Nos escribirás, ¿verdad, Lydia? —decía la señora Bennet.

—Sí, mamá —replicó Lydia, con la voz extrañamente apagada—. Por supuesto.

Elizabeth vio a Lydia encogerse cuando la señora Bennet la apretó con demasiada fuerza y se apresuró a intervenir. —Tenemos que ponernos en camino, mamá. Nos aguardan muchas millas.

Con un último torbellino de abrazos, pañuelos al aire y advertencias de última hora de la señora Bennet, por fin quedaron acomodadas en los carruajes. El carruaje principal

ostentaba el blasón de los Darcy en las puertas y estaba provisto de cuantas comodidades cabía desear: asientos mullidos tapizados en terciopelo azul oscuro, mantas gruesas para los pies y compartimentos ingeniosamente dispuestos para refrigerios y libros.

Para este primer tramo del viaje, Darcy había propuesto cabalgar junto al carruaje, dejando que las damas se fuesen conociendo. Elizabeth se encontró sentada al lado de Georgiana, con Lydia enfrente. Un segundo carruaje más pequeño seguía detrás, con la acompañante de Georgiana, la señora Annesley —que, con gran discreción, había dicho que, al no ser de la familia, les concedería privacidad por el momento—, el ayuda de cámara de Darcy y la doncella de Georgiana, que asistiría a todas las damas durante el viaje. Darcy había prometido a Elizabeth su propia doncella en cuanto

llegasen a Pemberley.

Cuando el carruaje se alejó de Longbourn, Elizabeth alcanzó a ver por última vez a su familia en el camino de entrada, que se iba empequeñeciendo con la distancia, hasta que tomaron una curva del sendero y se perdieron de vista. Se sorprendió del súbito pinchazo de nostalgia que la acometió.

—Es extraño —dijo en voz alta— dejar la única casa que una ha conocido jamás.

Georgiana la miró con simpatía. —Recuerdo haber sentido lo mismo cuando salí por primera vez de Pemberley para ir al colegio. Pero pronto llegarás a querer Pemberley como si fuera tuyo; estoy segura. Está en su apogeo en verano, cuando las rosas están en flor y el lago refleja el azul del cielo. Pero incluso el invierno tiene su encanto, con fuegos ardiendo en todas las chimeneas y los Picos cubiertos de nieve.

Elizabeth sonrió ante el entusiasmo de su nueva hermana. —Anhelo conocer todas sus estaciones. Se volvió para incluir a Lydia en la conversación. —Y tú, Lydia, verás también algo del campo, aunque en circunstancias bien distintas.

Lydia, que había estado mirando lánguidamente por la ventana, dirigió su atención a Elizabeth. —Sí, supongo que sí —convino sin su habitual animación—. Aunque dudo que una casa de viuda en Leicester pueda compararse con la grandeza de Pemberley.

Había en esa observación un eco de la vieja Lydia, un deje de petulancia que resultaba casi reconfortante. Elizabeth cruzó una mirada rápida con Georgiana, que parecía no saber cómo responder al comentario de Lydia.

—La señora Wilkins lleva una casa de lo más respetable —se aventuró Georgiana al cabo de un momento—. Fue la más amable de las ayas tanto para mi hermano como para mí cuando éramos pequeños, y sé que mi hermano confía en ella sin reservas.

Lydia se limitó a asentir, devolviendo la mirada al campo que desfilaba.

Las primeras millas transcurrieron en una conversación algo tirante. Georgiana, tímida por naturaleza, hizo denodados esfuerzos por atraer tanto a Elizabeth como a Lydia, preguntando por su infancia en Longbourn y compartiendo anécdotas delicadas de su propia crianza en Pemberley. Elizabeth respondió con calidez, trazando paralelos

entre sus vivencias y las de Georgiana siempre que podía, procurando tender puentes de comprensión entre ellas.

Lydia aportó poco, con respuestas breves y, contra su costumbre, apagadas. Elizabeth observó a su hermana con creciente inquietud, advirtiendo las sombras oscuras bajo sus ojos y cómo sus manos, de cuando en cuando, se le iban al vientre para retirarlas en seguida.

Cuando se detuvieron en una posada de postas para cambiar los caballos y tomar un refrigerio, Elizabeth aprovechó la oportunidad para hablar a solas con Lydia. Mientras Darcy acompañaba a Georgiana al interior, Elizabeth retuvo a su hermana con un suave toque en el brazo.

—Ven a dar un paseo conmigo un momento —sugirió, señalando con un leve gesto de cabeza un pequeño jardín junto a la posada—. El aire fresco nos sentará bien después de ir encerradas en el carruaje.

Lydia la siguió sin protestar, docilidad que habría sido impensable apenas unos meses atrás. Pasearon despacio por un sendero de grava.

—¿Cómo estás de verdad, Lydia? —preguntó Elizabeth en voz baja cuando estuvieron fuera del alcance de los demás—. Conmigo no tienes por qué fingir.

La compostura que Lydia mantenía con tanto esfuerzo se resquebrajó un poco. —

¿Cómo quieres que esté? —replicó, con amargura en la voz—. Voy a esconderme como una falsa viuda, llevando en el vientre a un hijo cuyo padre yo... —No pudo seguir.

—Cuyo padre mataste —concluyó Elizabeth con suavidad—. En defensa propia, Lydia. Debes recordarlo.

—¿Crees que podría olvidarlo? —su risa fue hueca, nada que ver con su antigua risita despreocupada—. Lo veo cada vez que cierro los ojos. La expresión de su rostro cuando... cuando entró el cuchillo. —Se estremeció, abrazándose a sí misma—. Pensaba abandonarme, ¿sabes? Embarazada y deshonrada, y casarse contigo en mi lugar. Se rió cuando le supliqué que obrara como es debido.

Elizabeth sintió una oleada de ira hacia el hombre que casi había destruido a su hermana, seguida de una profunda compasión por la propia Lydia. —Te defendías a ti misma y a tu hijo —dijo con firmeza —. No hay deshonra en ello.

—¿No la hay? —Los ojos de Lydia, cuando se encontraron con los de Elizabeth, estaban llenos de confusión—. Solo debería sentir alivio por haber escapado tanto de la deshonra como de la horca, gracias a la intervención del señor Darcy. Y sí, siento alivio... pero también duelo. —Una lágrima le resbaló por la mejilla—. ¿Cómo puedo llorarle después de lo que hizo? ¿Qué dice eso de mí?

Elizabeth la condujo hasta un banco de piedra parcialmente resguardado por un seto.

—Te hace humana —dijo, tomando entre las suyas las frías manos de Lydia—.

Wickham tenía un don para suscitar afecto incluso en aquellos a quienes dañaba. Tus sentimientos no son erróneos; sencillamente son complejos.

Lydia se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano, gesto infantil que le recordó a Elizabeth lo joven que su hermana era en realidad. —Tengo miedo —admitió en un hilo de voz—. De tener a este bebé, de vivir entre extraños, de estar sola.

—No estás sola —la aseguró Elizabeth—. La señora Wilkins ha asistido muchos partos con buen éxito, te cuidará como a una hija y te ayudará a encontrar un hogar respetable que adopte a tu criatura. Y, en cuanto te encuentres bastante repuesta para viajar tras el alumbramiento, te llevaremos a Pemberley, donde podrás empezar de nuevo.

—Con un secreto que no puedo contar a nadie salvo al hombre con quien quizá quisiera casarme, y que jamás se casaría conmigo en cuanto se lo dijera —dijo Lydia con amargura—. ¿Qué futuro es ese?

—Uno que forjes tú misma —replicó Elizabeth con firmeza—. Se te ha concedido una segunda oportunidad, Lydia. Lo que hagas con ella depende enteramente de ti.

Lydia guardó silencio un largo momento, sopesándolo, y al fin asintió, como si aceptara esa realidad con una madurez que Elizabeth no le había visto jamás. —El señor

Darcy ha sido más bondadoso de lo que merezco —dijo quedamente —. Después de todo.

Elizabeth apretó las manos de su hermana. —El señor Darcy entiende mejor que la mayoría cómo el encanto de Wickham podía engañar a

una muchacha. No te guarda rencor.

—¿Y tú? —preguntó Lydia, escudriñando el rostro de Elizabeth—. ¿Puedes perdonarme?

—No hay nada que perdonar —dijo Elizabeth con sinceridad—. Somos hermanas, Lydia. Ese vínculo no puede romperse. Es más, te debo un agradecimiento, ¡porque yo no quería casarme con el señor Wickham!

El sonido de unos pasos que se acercaban hizo que ambas alzaran la vista. Darcy avanzaba hacia ellas, con el ceño preocupado.

—Perdonen la interrupción —dijo, inclinándose ligeramente—, pero ya han cambiado los caballos y deberíamos continuar nuestro viaje si queremos llegar a nuestro alojamiento antes del anochecer.

Elizabeth se levantó y le tendió la mano a Lydia. —¿Vamos?

Lydia se puso en pie, enderezando los hombros con visible esfuerzo. —Sí —convino, con la voz más firme que antes—. Estoy lista.

De regreso al carruaje, Elizabeth sintió la mirada inquisitiva de su marido y le devolvió una leve inclinación de cabeza, tranquilizadora. Él respondió con una expresión de comprensión que le calentó el corazón, recordándole una vez más por qué había aceptado a aquel hombre complejo y generoso.

Darcy ayudó a cada dama a subir al carruaje con cortesía delicada; su mano se demoró en la de Elizabeth un instante más de lo necesario. —Nos detendremos de nuevo dentro de dos horas —les informó—. Si necesitan algo antes de entonces, hagan señas al cochero.

—¿No te reunirás con nosotras en el carruaje, hermano? —preguntó Georgiana—.

Llevas cabalgando un buen rato.

—Quizá mañana —respondió Darcy con una sonrisa para su hermana—. El ejercicio me sienta bien.

Cuando el carruaje reanudó su marcha hacia el norte, Elizabeth se acomodó contra los cojines, reflexionando sobre los cambios extraordinarios que habían transformado su vida en tan poco tiempo. De ser la hija de un caballero con perspectivas modestas a convertirse en la señora de una de las mejores propiedades de Inglaterra; de horrorizarse ante la primera proposición del señor Darcy a llegar a ser

una señora Darcy llena de estima por su nuevo esposo; de ser una hermana exasperada por el comportamiento alocado de Lydia a convertirse en la guardiana responsable del futuro bienestar de esa misma hermana.

La vida, pensó, mientras contemplaba el paisaje deslizándose más allá de la ventanilla, tenía la costumbre de desbaratar las expectativas de uno de las maneras más sorprendentes y decisivas.

El viaje prosiguió hacia el norte, con Darcy cabalgando junto al carruaje. Elizabeth observaba con serena satisfacción cómo acercaba a menudo su caballo a la ventanilla para interesarse por su comodidad; su desvelo se manifestaba en pequeños y atentos gestos que decían mucho de su cariño. Cuando cabalgaba por delante para asegurarse de que su alojamiento estuviera debidamente preparado, se sorprendía a sí misma siguiendo con la mirada la línea firme de su espalda recortándose contra el cielo de un azul brillante, maravillándose aún de saber que aquel hombre extraordinario era ahora su marido.

Esa noche se alojaron en una comodísima posada de postas. A Elizabeth y Lydia las condujeron a la habitación que habían de compartir, con Georgiana y la señora Annesley en el cuarto contiguo.

Lydia la miró con incertidumbre. —¿Acaso tú y el señor Darcy no…? —empezó. —

Bueno, ¿no vais a…?

—No es el lugar más propicio para una noche de bodas. Elizabeth forzó una sonrisa.

—Ya habrá tiempo de sobra para eso cuando lleguemos a Pemberley, me atrevo a decir.

Toda nuestra vida. Intentó creérselo, aunque tenía una desazón en la boca del estómago que, extrañamente, se parecía a un rechazo.

—¡Mi hermano ha dispuesto un salón privado para que cenemos! —anunció Georgiana con alegría, asomando la cabeza por la puerta comunicante. —A fe mía, estoy muerta de hambre; aquí siempre sirven excelentes viandas, Elizabeth; espero que disfrutes de la cena.

—Estoy segura de que será una delicia.

Al menos Georgiana no parecía encontrar extraño que su hermano no compartiese la alcoba de su flamante esposa. ¿Acaso las cosas eran

diferentes entre quienes se movían en las altas esferas que frecuentaban los Darcy? Elizabeth no lo sabía, y no le gustaba sentirse ignorante; pero, al menos, nadie parecía tratarla con la compasión que medio esperaba, como una recién casada abandonada en su noche de bodas.

Estoy siendo una necia, se dijo con severidad mientras se lavaba la cara y las manos. *El señor Darcy está siendo de lo más amable y considerado, y el razonamiento que le he dado a Lydia tiene todo el sentido. Ni siquiera le conozco lo bastante como para desear... ¡eso!*

Y, sin embargo, mientras se sentaba a su lado a la mesa, disfrutando de una cena deliciosa, había en ella una parte que lamentaba mucho el gesto honroso del señor Darcy.

Capítulo Dos

EL SEGUNDO DÍA DE viaje trajo un tiempo menos agradable, una fina llovizna que a ratos daba paso a una lluvia intensa que tamborileaba contra el techo del carruaje. A mediodía, llegaron a una posada de postas donde Darcy había reservado un salón privado para el almuerzo. Mientras los criados se afanaban, procurando que los fuegos estuvieran encendidos y la mesa bien dispuesta, Elizabeth se situó junto a la ventana, observando a Darcy hablar con el cochero y los mozos de cuadra, su alta figura inconfundible incluso a distancia.

—Mi hermano siempre se ocupa él mismo de cada detalle —comentó Georgiana, colocándose a su lado—. Dice que es deber de un caballero velar por la comodidad y la seguridad de quienes están a su cargo.

Elizabeth sonrió, reconociendo la verdad de aquella observación. —Se toma sus responsabilidades muy en serio.

—Siempre —convino Georgiana—. A veces demasiado en serio, creo. Por eso me alegra tanto que te haya encontrado. Se sonrojó levemente ante su propia audacia. —

Perdóname si hablo con demasiada libertad, pero no le he visto nunca tan... contento como lo ha estado en estos últimos días.

—No hay nada que perdonar —la aseguró Elizabeth con calidez—. Me alegra oírlo, porque él también me ha traído una gran felicidad.

Su conversación se vio interrumpida por la llegada de Lydia, que se había estado recomponiendo tras el viaje de la mañana. Parecía pálida pero dueña de sí, y había adoptado un comportamiento reservado que a Elizabeth le seguía pareciendo profundamente ajeno a su antigua manera de ser.

—La señora Annesley dice que llegaremos a Leicester al atardecer —observó Lydia, mirando hacia el tiempo desapacible—. Supongo que debería alegrarme de terminar este viaje.

Elizabeth percibió la aprensión de su hermana. —La señora Wilkins te está esperando

—dijo con suavidad—. El señor Darcy habla de ella con gran aprecio.

Lydia asintió sin entusiasmo. —Eso me lo han dicho repetidas veces. Estoy segura de que es todo lo que se considera debido y respetable.

La puerta se abrió para dar paso al propio Darcy, que trajo consigo una ráfaga de aire frío y el tenue olor a caballos y cuero. —Los caminos por delante están despejados —

anunció—, aunque puede que nos encontremos con más lluvia. He encargado una comida caliente que debería fortalecernos para lo que resta del viaje de hoy.

Al concluir la comida y mientras aguardaban a que preparasen los carruajes, se produjo un inesperado momento de cercanía. Georgiana, que había estado en gran parte callada durante el almuerzo, se dirigió de pronto directamente a Lydia.

—Creo... es decir, tengo entendido que compartimos cierta desgraciada relación —

dijo vacilante, retorciendo nerviosa la servilleta entre los dedos—. El señor Wickham nos era conocido a las dos.

Cayó un silencio cargado en la estancia. Darcy se puso rígido, claramente preocupado por su hermana, mientras Elizabeth contuvo el aliento, sin saber si intervenir. El rostro de Lydia perdió el color, pero sostuvo la mirada de Georgiana con firmeza.

—Sí —reconoció, con la voz tensa—. Así fue.

Georgiana miró a su hermano, que le dio una leve inclinación de cabeza en señal de ánimo. —Pensé que quizá... te ayudaría saber que no fuiste la primera a quien engañó.

Que su... su encanto estaba especialmente diseñado para aprovecharse de señoritas que no tenían motivo para dudar de su carácter.

Las manos de Lydia temblaron levemente al dejar la taza de té. —¿Él... tú también...?

No pudo completar la pregunta.

—No —respondió Georgiana en voz baja—. Mi hermano intervino antes de que las cosas llegaran tan lejos. Pero me había convencido de que me amaba profundamente, de que nuestra fuga era la única manera de estar juntos.

—Me dijo lo mismo —repuso Lydia con amargura—: que debíamos casarnos de inmediato, en secreto. Por supuesto, no hubo matrimonio, solo... —Se quedó sin palabras y miró a Darcy con evidente vergüenza.

Elizabeth intervino con suavidad. —Creo que lo que Georgiana desea transmitir, Lydia, es que la conducta de Wickham seguía un patrón. La culpa fue enteramente suya, no tuya.

—En efecto —añadió Darcy, con la voz cargada de una ira apenas contenida—.

Wickham convirtió en un arte identificar a las jóvenes vulnerables. Hizo lo mismo con la hija de uno de los arrendatarios de Pemberley hace muchos años.

El asombro se dibujó en el rostro de Lydia ante aquella información. —¿Hubo otras?

¿Antes que Georgiana? ¿Antes que yo?

—Sí —confirmó Darcy con gravedad—. Su encanto y su apariencia de bondad eran máscaras cuidadosamente cultivadas que ocultaban su verdadera naturaleza.

Un complejo abanico de emociones cruzó el rostro de Lydia: sorpresa, dolor, ira y, por último, un destello de algo que quizá fuera alivio. —Yo pensé... —empezó vacilante—, creí que de verdad se preocupaba por mí, al menos al principio. Que de algún modo le había llevado a... a cambiar conmigo.

—No —dijo Georgiana con inesperada firmeza—. Él nunca cambió. Tan solo mostró lo que siempre estuvo ahí, una vez hubo conseguido su propósito.

Elizabeth observó cómo su hermana asimilaba esa verdad, y vio en su expresión la lenta y dolorosa renuncia a una ilusión muy querida. Fue, reflexionó, una parte necesaria de la maduración de Lydia, por difícil que resultara.

—Gracias —dijo por fin Lydia, dirigiéndose a Georgiana—. Por contármelo. Ayuda, de algún modo, saber que no fui... no fui la única necia.

Georgiana esbozó una sonrisa tímida. —Mi hermano dice que la sabiduría suele venir al precio de experiencias dolorosas. Quizá ambas hayamos ganado algo de sabiduría.

—A un coste considerable —convino Lydia con una mueca, llevándose fugazmente una mano al vientre.

El momento de entendimiento entre ambas se vio interrumpido por el regreso de la señora Annesley del tocador, seguido poco después por el anuncio del posadero de que los carruajes estaban listos. Mientras se preparaban para partir, Elizabeth advirtió que Darcy miraba a su hermana con un orgullo inconfundible, y a Lydia con algo que se acercaba al respeto.

En la siguiente etapa del viaje, Darcy se les unió en el carruaje, tomando el asiento junto a Elizabeth. La presencia de su figura sólida y tranquilizadora a su lado le proporcionó consuelo mientras avanzaban bajo aquel tiempo desapacible.

—Háblame de Leicester —pidió Elizabeth, en parte para distraer a Lydia de su evidente ansiedad a medida que se aproximaban a su destino—. Nunca lo he visitado.

—Es una ciudad antigua —replicó Darcy—, con raíces que se remontan a la época romana. La catedral es particularmente hermosa, aunque no tan grandiosa como York Minster.

—¿Y la casa de la señora Wilkins? ¿Está en la propia ciudad?

—En las afueras —explicó—. Lo bastante cerca para resultar práctica, pero lo suficientemente apartada para ofrecer privacidad. Es una vivienda modesta pero confortable, con un pequeño jardín que en verano florece de manera encantadora.

Lydia escuchaba esta descripción con creciente tensión, las manos fuertemente entrelazadas sobre el regazo. Georgiana, al notar su angustia, alargó la mano con cautela para tocarle el brazo.

—La señora Wilkins tenía pájaros cantores cuando mi hermano y yo éramos pequeños —comentó—. Me dejaba darles de comer. Quizá aún los tenga.

—Creo que sí —confirmó Darcy—. Mencionó en su correspondencia que sus canarios habían sacado recientemente una nueva nidada.

Este pequeño detalle doméstico pareció aliviar parte de la aprensión de Lydia. —

Siempre me han gustado los pájaros —admitió—. Aunque Mamá nunca los permitía en Longbourn, porque temía que le alterasen los nervios.

La conversación continuó en esta tónica, con Darcy y Georgiana ofreciendo pequeños detalles tranquilizadores sobre la señora Wilkins y su casa, creando poco a poco un cuadro que parecía calmar en alguna medida los temores de Lydia.

Cuando empezó a caer el crepúsculo, el carruaje por fin tomó un camino estrecho, teniendo que detenerse más de una vez para dejar pasar a otros carruajes. Al cabo de unos minutos, se detuvieron ante una pulcra casa de ladrillo, cuyas ventanas resplandecían con una luz acogedora frente a la oscuridad que se cernía.

—Hemos llegado —anunció Darcy, innecesariamente pero con amabilidad.

Una mujer rolliza, de pelo canoso, apareció en la puerta antes incluso de que hubieran bajado del carruaje, el rostro surcado por una sonrisa que denotaba cálido afecto. La señora Wilkins no era lo que Elizabeth

había esperado; en lugar de la severa matrona que había imaginado, la mujer que los recibió era pequeña y de formas redondeadas, con ojos chispeantes y un aire de alegre eficacia.

—Señorito Fitzwilliam —exclamó, dedicando a Darcy una breve reverencia—. O

debería decir señor Darcy ahora, ¿no es así? Aun así, para mí siempre será el señorito Fitzwilliam, desde que apenas levantaba dos palmos del suelo.

La expresión de Darcy se suavizó en una sonrisa. —Señora Wilkins. Gracias por acceder a nuestro arreglo con tan poco margen.

—Tonterías —replicó con viveza—. Como si fuera a negarle algo después de todo lo que su familia ha hecho por la mía. Ahora, preséntenme a su esposa. ¡Esta debe de ser la señora Darcy!

Elizabeth se vio envuelta en un cálido abrazo que olía reconfortantemente a pan recién hecho.

—Bienvenida, querida —dijo la señora Wilkins—. ¡Y la señorita Georgiana también!

Vaya, cuánto ha crecido desde la última vez que la vi.

Georgiana se dejó abrazar con evidente placer, claramente afectuosa con la mujer mayor. Por fin, la señora Wilkins volvió su atención hacia Lydia, y su expresión se dulcificó.

—Y usted debe de ser la señora Brown —dijo, utilizando el nombre que habían convenido para la falsa identidad de Lydia—. Pasen, pasen, todos ustedes. Hay té

caliente esperándoles, y deben de estar helados hasta los huesos tras viajar con este tiempo tan miserable.

El interior de la casa era exactamente como lo había descrito Darcy: modesto pero confortable, con muebles bien abrillantados y señales de meticulosa pulcritud por todas partes. Un fuego chisporroteaba en el hogar de una salita acogedora, donde habían dispuesto una bandeja de té. Tal como había mencionado Georgiana, varias jaulas colgaban junto a las ventanas, y sus habitantes trinaban quedamente.

—He preparado mi cuarto de huéspedes para la señora Brown —les informó la señora Wilkins mientras servía el té—. Le da el sol de la

mañana, que pensé le resultaría alegre. Y está junto a mi propia alcoba, por si necesita algo durante la noche.

Mientras Darcy trataba los pormenores prácticos con la señora Wilkins, Elizabeth observó a Lydia tomar conciencia de su entorno. Su hermana parecía a la vez aliviada por la cálida sencillez hogareña del lugar e intimidada por lo definitivo de lo que aquello representaba.

—¿Te gustaría ver tu cuarto? —preguntó Elizabeth con suavidad.

Lydia asintió, y la señora Wilkins las condujo de inmediato escaleras arriba hasta una estancia agradable, decorada en suaves azules y cremas. Un pequeño fuego ardía en la chimenea, y la cama estaba cubierta por una gruesa manta de punto, de evidente antigüedad pero de excelente manufactura.

—Esa manta la hizo mi madre —dijo con orgullo la señora Wilkins—. Pensé que podría darle un toque de hogar, pues debe de echar de menos a su propia madre.

Esta sencilla muestra de amabilidad pareció conmover a Lydia, que parpadeó con rapidez. —Gracias —dijo en voz baja—. Es una habitación preciosa.

—La dejo para que se familiarice con ella —dijo con tacto la señora Wilkins—.

Cuando esté lista, baje, y tomaremos un bocado.

Cuando se hubo ido, Lydia se dejó caer en el borde de la cama, de pronto muy joven y desamparada. —Esto está ocurriendo de verdad —murmuró—. Voy a quedarme aquí, sola, como la señora Brown, viuda.

Elizabeth se sentó a su lado y le tomó la mano. —No sola. La señora Wilkins parece muy amable, y nosotras te escribiremos con regularidad. Solo es hasta después de que nazca el niño, Lydia.

—¿Y después qué? —preguntó Lydia, con voz pequeña—. ¿Qué será de mí entonces?

¿De nosotros?

—Entonces vendrás a Pemberley —le recordó Elizabeth—. Como acordamos.

Lydia asintió, asimilando aquel consuelo. —Intentaré —dijo tras un

momento— ser digna de lo que tú y el señor Darcy habéis hecho por mí. Sé que he sido una necia y… y peor.

—Eres mi hermana —dijo Elizabeth simplemente—. Eso es lo único que importa.

Cuando regresaron abajo, encontraron que los preparativos para la estancia de Lydia habían quedado ultimados. Se la presentaría a la comunidad local como la señora Brown, recientemente enviudada al caer su marido en batalla.

—Nadie lo pondrá en duda —les aseguró la señora Wilkins—. Las viudas de guerra son demasiado comunes en estos tiempos, pobres almas. Y esta ciudad es lo bastante grande como para que a los recién llegados no se les someta a un escrutinio excesivo.

A medida que se acercaba la hora de la partida, Elizabeth se descubrió renuente a dejar atrás a Lydia. Pese a todos los problemas que había causado su hermana, pese a la casi ruina de su propia dicha, Elizabeth no podía evitar sentirse protectora de esta nueva y vulnerable versión de Lydia.

Su despedida fue breve pero emotiva. —Acuérdate —dijo Elizabeth, abrazando con fuerza a su hermana—, esto no es para siempre. No es más que el tránsito hacia un nuevo comienzo.

Lydia se aferró a ella un instante. —Gracias —susurró—. Por todo. Al separarse, se recompuso visiblemente.

Darcy se acercó e hizo a Lydia una reverencia formal. —Señora Brown —dijo, usando deliberadamente su nuevo apellido—, está usted en excelentes manos con la señora Wilkins. Si necesita cualquier cosa, no tiene más que escribirnos a Pemberley.

Lydia los sorprendió al hacerle una reverencia respetuosa. —Gracias, señor Darcy.

Yo… comprendo lo que ha hecho por mí, y se lo agradezco.

La despedida de Georgiana fue inesperadamente cálida: un breve abrazo y un susurro al oído que devolvieron a Lydia una sonrisa apenas esbozada. Luego regresaron al carruaje, dejando a Lydia de pie en el umbral junto a la señora Wilkins,

una figura menuda recortada por la luz de las lámparas contra la oscuridad que se iba cerrando.

Cuando el carruaje se puso en marcha, Elizabeth se asomó a la ventana para un último gesto de despedida. La última imagen que tuvo de su hermana fue la de Lydia alzando la mano en señal de adiós y volviéndose después hacia la casa que sería su hogar durante los difíciles meses venideros.

Elizabeth se recostó de nuevo contra los cojines, sintiendo el peso de la emoción de la separación. La mano de Darcy encontró la suya en la penumbra del carruaje, sus dedos cálidos y tranquilizadores.

—La cuidarán bien —prometió en voz baja—. Y, con el tiempo, encontrará la manera de seguir adelante.

Elizabeth asintió, incapaz de hablar por un momento. Cuando lo hizo, su voz sonó firme, con una convicción recién adquirida. —Sí —convino—, lo hará. Y nosotros también.

Fitzwilliam Darcy nunca había imaginado que viajar en compañía de su flamante esposa resultara tan exquisitamente tortuoso. El suave vaivén del carruaje, la proximidad de la esbelta figura de Elizabeth a su lado y el peso de cuanto quedaba sin decir entre ambos se combinaban para crear una modalidad de tormento por completo desconocida para él. Se sorprendió estudiando el campo que desfilaba tras las ventanillas con inusitada intensidad, como si los setos y los prados pudieran ofrecerle alguna solución a su aprieto o, cuando menos, distraerlo de la enloquecedora conciencia de cada movimiento de Elizabeth, de cada suave inspiración, de cada leve crujido de su vestido de viaje.

—Llegaremos al White Hart en breve —dijo, rompiendo un silencio que se había prolongado incómodamente desde que dejaron a Lydia—. El alojamiento allí es de lo más cómodo. He enviado aviso por adelantado para que preparen nuestra llegada.

—Suena de lo más agradable —repuso Elizabeth, volviéndose por fin

hacia él con una sonrisa cortés que no llegó del todo a sus ojos—. Estoy segura de que todos agradeceremos camas como Dios manda después de tantas horas en la carretera.

Darcy asintió, dolorosamente consciente de cómo su alusión a las camas como Dios manda había precipitado sus pensamientos por derroteros del todo impropios para la compañía presente. Echó una mirada a Georgiana, sentada frente a ellos, que observaba su intercambio con ojos curiosos.

—El White Hart tiene un jardín de lo más encantador —apuntó Georgiana, su voz suave pareciendo amplificada en el interior cerrado del carruaje—. Quizá podamos pasear allí por la mañana antes de partir, si hay tiempo. Recuerdo que tienen las rosas más hermosas.

—Sería estupendo —respondió Elizabeth, y su sonrisa se templó algo al dirigirse a Georgiana—. Me gustaría estirar las piernas antes de otro día de viaje.

Darcy contempló aquel intercambio con una satisfacción mezclada con envidia. El sincero deseo de su hermana de trabar una relación con Elizabeth resultaba enternecedor, y el delicado aliento de Elizabeth a los tímidos intentos de Georgiana era precisamente lo que él había esperado. Sin embargo, no podía evitar desear que Elizabeth se dirigiera a él con esa misma calidez espontánea.

El White Hart resultó tan acogedor como Darcy recordaba, con sus paredes encaladas y su fachada de vigas negras. El posadero los saludó con la deferencia apropiada, inclinándose profundamente en cuanto reconoció a Darcy.

—¡Señor Darcy, señor! Es un honor, de veras lo es. He preparado nuestras mejores cámaras, tal como solicitó su criado.

—Gracias —repuso Darcy, dolorosamente consciente de que Elizabeth estaba justo detrás de él—. La señora Darcy y mi hermana necesitarán algún refrigerio tras el viaje.

¿Podría disponerse té en el salón privado?

Los ojos del posadero se abrieron un instante al oír lo de señora Darcy, antes de inclinarse de nuevo con renovado entusiasmo. —Por supuesto, señor. Permítame

felicitarle por su matrimonio, si no es atrevimiento. El salón privado está preparado, y haré que lleven el té de inmediato.

Mientras seguían a una criada hasta el salón, Darcy advirtió la rigidez en la postura de Elizabeth, la tiesura con que se mantenía mientras las felicitaciones del posadero flotaban en el aire entre ellos. Se le encogió un poco el corazón al reconocer en su porte no el cansancio satisfecho del viajero, sino la compostura cuidadosamente sostenida de quien se abre paso por un terreno desconocido y quizá poco grato.

El salón privado estaba cómodamente dispuesto, con un pequeño fuego encendido ya en el hogar para ahuyentar el fresco otoñal. Georgiana se dejó caer agradecida en una silla junto al fuego, mientras Elizabeth se acercaba a la ventana y miraba hacia el patio de la posada con aparente interés.

—El té no tardará en llegar —dijo Darcy, quedándose de pie con torpeza en el centro de la estancia, sin saber si unirse a su hermana junto al fuego o a su esposa en la ventana—. Hablaré con el posadero acerca de las habitaciones.

Elizabeth se apartó de la ventana con el rostro cuidadosamente neutro. —Gracias.

Agradecería disponer de un poco de tiempo para asearme antes de la cena, si pudiera arreglarse.

—Por supuesto.

Darcy se retiró, aliviado de contar con una tarea práctica que le ocupara. En el pasillo se detuvo, reuniendo sus pensamientos. El curso de acción le estaba claro, aunque le costaba admitirlo. Elizabeth se había casado con él en circunstancias que le dejaban escaso margen de elección. La situación de su hermana había sido desesperada, y la intervención de Darcy había llegado al precio de la mano de Elizabeth. Que ella hubiera accedido sin visible reticencia era prueba de su firmeza de carácter y de su devoción por su familia, no indicio de un afecto particular hacia él.

Se acercó al posadero, que supervisaba la descarga de sus baúles.

—Había solicitado tres aposentos —dijo Darcy en voz baja, cuidando de que su voz no se oyera más allá—. Uno para mi hermana y su dama de compañía, otro para Mrs.

Darcy y otro para mí.

Al posadero se le frunció el ceño por un instante antes de alisarse en deferencia profesional. —Le ruego me disculpe, señor; debo de haber

malinterpretado a su criado.

Había preparado nuestra mejor estancia para usted y la señora, pero desde luego puedo disponer otro aposento para usted.

—Sería preferible —repuso Darcy, ignorando la mirada curiosa—. Mrs. Darcy se ha sentido indispuesta en los últimos días y necesita descansar sin molestias. La mentira brotó con facilidad, un pequeño sacrificio para preservar la dignidad y la comodidad de Elizabeth.

—Muy bien, señor. Lo arreglaré de inmediato.

Cuando Darcy regresó al salón, encontró a Elizabeth y a Georgiana enfrascadas en una conversación tranquila sobre el paisaje por el que habían pasado aquel día, mientras Mrs Annesley dormitaba en un sillón. Elizabeth alzó la vista cuando él entró, con una pregunta en los ojos.

—Todo está arreglado —dijo, tomando asiento a una distancia discreta de las señoras—. Cenaremos dentro de una hora, ¿si les parece?

—Perfectamente —replicó Elizabeth, sirviéndole una taza de té con la cantidad exacta de leche que prefería, detalle nimio que, inexplicablemente, le oprimió la garganta—.

Georgiana y yo estábamos comentando las diferencias de paisaje entre Hertfordshire y Derbyshire. Tengo muchas ganas de verlo; nunca he tenido ocasión de viajar tan al norte.

—En efecto —acertó a decir, aceptando la taza de su mano sin permitir que sus dedos se rozasen—. Derbyshire tiene un carácter particular que siempre me ha resultado atractivo. Espero que llegue usted a apreciarlo también.

—Estoy segura de que sí —dijo ella, dedicando a su hermana una sonrisa cálida—.

Suena espectacular, ¡si las descripciones de Georgiana son aunque sea en mínima parte acertadas!

La cena transcurrió con sobriedad, servida en el salón privado, y resultó aún más incómoda de lo que Darcy había previsto, pues Mrs. Annesley, normalmente excelente a la hora de sostener una conversación, había alegado agotamiento y se había retirado temprano a la cama. El posadero proporcionó una excelente comida,

claramente empeñado en impresionar a sus adinerados huéspedes, y Darcy se descubrió observando a Elizabeth a hurtadillas, notando cómo la luz de las velas prendía en los finos huesos de su rostro, el movimiento gracioso de sus manos mientras atendía a su plato. Era hermosa, indudablemente, pero era una hermosura realzada por su

inteligencia, su agudeza y la compasión que la había llevado a sacrificar su propia dicha por la salvación de su hermana.

Georgiana, quizá percibiendo la extraña tensión entre ellos, hizo denodados esfuerzos por conversar, hablando de la música que esperaba compartir con Elizabeth en Pemberley y describiendo la biblioteca que sabía que interesaría a su nueva hermana.

Darcy agradeció la gentil intervención de su hermana, aun cuando advirtió las sombras del cansancio que empezaban a oscurecer los ojos de Elizabeth.

—Quizá debiéramos retirarnos —sugirió cuando concluyó la comida —. Mañana nos aguarda otra larga jornada y ambas parecen cansadas. Con suerte, Mrs. Annesley estará repuesta por la mañana.

Un leve alivio cruzó fugaz por los rasgos de Elizabeth antes de recomponerse. —Sí, creo que será lo más sensato.

Mientras subían la escalera, Darcy hizo un gesto a la sirvienta que esperaba para guiarlos hasta sus aposentos. —La habitación de Mrs. Darcy —dijo, señalando la primera puerta a la que llegaron.

Elizabeth se detuvo; una momentánea confusión cruzó sus facciones antes de que la comprensión aflorara. Le dirigió una mirada, con una expresión inescrutable en sus ojos oscuros.

—Pensé que quizá preferiría... es decir, después de un viaje tan cansado... —Darcy se encontró, contra su costumbre, falto de palabras.

—Gracias —dijo en voz baja—. Es una gran consideración por su parte.

La habitación de Georgiana quedaba contigua, y la de Darcy, al otro lado del pasillo.

Cuando Elizabeth se disponía a entrar en su cuarto, se volvió hacia él, con la mano apoyada levemente en el marco de la puerta.

—Buenas noches, Mr. Darcy —dijo, con voz lo bastante baja para que

Georgiana, que ya se desvanecía en su propio aposento, no la oyera—. Espero que descanse bien.

—Y usted, Mrs. Darcy —replicó con formalidad, aunque el título seguía resultándole extraño en la lengua, como un sortilegio demasiado poderoso para pronunciarlo a la ligera.

Ella asintió una vez y se deslizó dentro de su cuarto; la puerta se cerró con un leve clic que a los oídos de Darcy sonó como las notas finales de una sonata melancólica.

A solas en su aposento, Darcy se quedó de pie junto a la ventana que daba al patio de la posada, observando cómo las últimas tareas de la noche llegaban a su término. Las linternas se fueron apagando una a una, hasta que solo quedaron las estrellas para iluminar el patio de abajo. Pensó en Elizabeth, tendida en su cama solitaria a apenas unos pasos, y se preguntó si agradecía la distancia que él había interpuesto entre ambos o si se limitaba a resignarse a ella como a otro aspecto del pacto que había concertado para salvar a su hermana.

Lydia Bennet. No, Lydia Brown debía ser por ahora, a resguardo junto a la señora Wilkins, lejos del escándalo que casi había destruido a su familia. Darcy lo había dispuesto todo, con discreción y eficacia, pidiendo a cambio una sola cosa: la mano de Elizabeth en matrimonio. En verdad, ni siquiera la había pedido como contrapartida; habría ayudado a Lydia en cualquier caso, pero resultaba difícil hallar un motivo que permitiese retirar a Lydia de Longbourn con discreción para salvaguardar su reputación. La única idea que se le había ocurrido —quizá la única que había querido contemplar, se reconoció en un instante de acerada lucidez— fue que Lydia podía presentarse como acompañante de la nueva señora Darcy camino de Pemberley.

Elizabeth había accedido con una presteza sorprendente; al parecer, su gratitud por su intervención en los asuntos de Lydia superaba cualquier reserva que aún pudiera albergar respecto a su carácter o su persona.

Ahora, sin embargo, mientras se preparaba para otra noche de solitaria reflexión, Darcy se veía obligado a reconocer la posibilidad de que aquello que él había considerado la culminación de su deseo más profundo pudiera ser, para Elizabeth, no más que el precio de la salvación de su hermana. El pensamiento era como una piedra alojada en su pecho, pesada e inamovible.

Decidió que le daría tiempo. Tiempo, espacio y toda consideración.

Quizá, en el grato entorno de Pemberley, con sus comodidades y bellezas, llegase a verlo de otro modo.

Que llegase a considerar su matrimonio no como una obligación, sino como una alianza que, con paciencia y comprensión, pudiera evolucionar hacia algo semejante al profundo afecto que él sentía por ella.

Era, pensó al fin al apartarse de la ventana, una esperanza tenue sobre la que reposar su dicha. Pero, por ahora, era todo cuanto tenía.

Capítulo Tres

FUE DURANTE SU ÚLTIMO día de viaje cuando Darcy advirtió por primera vez que en su hermana comenzaba a operarse una transformación. El carruaje se había detenido en un mirador particularmente pintoresco, con vistas a un valle, y, mientras tomaban un ligero refrigerio en el hermoso aire estival, advirtió que Georgiana se aventuraba a expresar una opinión sin que nadie se dirigiese a ella directamente. Elizabeth había respondido con un interés y un estímulo tan genuinos que Georgiana, en vez de replegarse en su habitual silencio, había proseguido, y su voz cobraba firmeza con cada frase.

—Creo que el tratamiento de la luz en Turner es revolucionario —dijo Georgiana, un leve rubor de animación coloreándole las mejillas—. Aunque mi maestro de dibujo lo considera bastante controvertido.

—Solo he visto reproducciones de unas pocas de sus obras, pero me causaron una impresión notable —repuso Elizabeth, los ojos brillantes

de interés—. Hay algo casi veraz en su representación de la naturaleza que trasciende la mera apariencia, ¿no te parece?

—¡Sí! Exactamente así. Las manos de Georgiana, por lo general primorosamente plegadas en su regazo, se movieron con expresividad al hablar. —Es como si captase no solo el aspecto de una escena, sino su misma esencia.

Darcy se apoyó en el carruaje, satisfecho con observar aquel intercambio sin entrometerse entre las dos mujeres que se habían adueñado de su afecto. Que pudieran trabar un vínculo había sido su esperanza más íntima; que lo hicieran con semejante naturalidad superaba sus expectativas más optimistas. Elizabeth, con su particular don para poner a los demás a gusto, se había acercado desde el principio a Georgiana con una calidez que no resultaba ni abrumadora ni condescendiente. Le había hablado como a una igual, sin rastro de esas conversaciones artificialmente simplificadas que algunos adultos dirigen a las muchachas de la edad de Georgiana.

Ahora, al verlas compartir la frugal colación de pan, queso y manzanas que la cocinera de la última posada en la que se detuvieron les había preparado para su sustento, Darcy se maravilló del ritmo natural que se había establecido entre ellas.

Elizabeth pasó sin comentario la manzana más apetecible a Georgiana, mientras que Georgiana, de manera automática, le tendió el currusco del pan que sabía, por las comidas anteriores que habían hecho juntas durante el viaje, que Elizabeth prefería.

—Cuéntame más de tus estudios de música —dijo Elizabeth, acomodándose mejor sobre la manta de viaje—. Tu hermano habla muy bien de tus dotes.

Georgiana miró a Darcy, y él comprendió con una punzada que buscaba su permiso o su aliento para hablar de sus logros, hábito nacido de su natural modestia.

—A Georgiana la ha bendecido la naturaleza con un oído innato y una sensibilidad extraordinaria —dijo, proporcionándole la seguridad que buscaba—. Aunque ella infravalora sus dones.

—Mi hermano es demasiado generoso en su juicio —repuso Georgiana, volviendo la mirada a Elizabeth—. Pero amo la música profundamente. Encuentro que expresa lo que no puede decirse con palabras.

—Un sentimiento que comparto de todo corazón —dijo Elizabeth—, aunque mis propias y modestas habilidades apenas hacen justicia a las composiciones que intento.

—Quizá podamos tocar juntas en Pemberley —sugirió Georgiana, y enseguida pareció arrepentirse de su atrevimiento.

—No me gustaría nada más —se apresuró a asegurar Elizabeth—, aunque debes prometer no reírte de mis torpes intentos al lado de tu pericia.

—¡Jamás! —exclamó Georgiana, sinceramente afligida ante la sola idea.

Elizabeth rió, un sonido que nunca dejaba de agitar algo profundo en el pecho de Darcy. —Ya lo sé, querida Georgiana. Estaba bromeando. Seremos excelentes compañeras de música, estoy segura.

Darcy vio relajarse los hombros de su hermana y la pequeña sonrisa que curvó sus labios al oír a Elizabeth emplear el cariñoso apelativo "querida Georgiana". Tal vez fuese una minucia, pero para Darcy, que en los últimos tiempos había dedicado largas horas a observar todos los estados de ánimo de su hermana, representaba un avance significativo en su comodidad con Elizabeth.

Tras la traición de Wickham, Georgiana se había replegado en sí misma, y su natural reserva se había endurecido hasta rozar el miedo. Se había mostrado aún más reacia a expresar opiniones, a tratar con desconocidos, a confiar en sus propios juicios. Darcy había hecho cuanto pudo por devolverle la confianza, pero era dolorosamente consciente de sus propias limitaciones a ese respecto. Su natural gravedad, unida a su papel de hermano y tutor, le hacía difícil proporcionar ese particular género de suave estímulo que Georgiana requería.

Elizabeth, comprendió él, poseía precisamente las cualidades necesarias para sacar a Georgiana de su retraimiento. Era cálida sin resultar abrumadora, tenía principios sin ser rígida, y poseía un don para escuchar que hacía que los otros se sintieran valorados y comprendidos.

Cuando regresaron al carruaje, Darcy se encontró reflexionando sobre la extraña alquimia que Elizabeth parecía obrar en quienes la rodeaban. Tenía el don de realzar las mejores cualidades de los demás, de crear espacios en los que podían mostrarse sin temor al juicio o al ridículo. Era una de las muchas razones por las que se había

enamorado tan profundamente de ella, aunque había combatido el reconocimiento de ese amor hasta que estuvo casi a punto de ser demasiado tarde.

—¿Seguimos con nuestra discusión sobre las técnicas de Turner mientras viajamos?

—preguntó Elizabeth a Georgiana cuando se acomodaban en el carruaje—. ¿O quizá me cuentes algo más sobre tus composiciones favoritas para el pianoforte?

—Me gustaría mucho. Hay una sonata particularmente hermosa de Mozart que he estado practicando. Supone un desafío técnico, pero cuando se interpreta correctamente produce el más extraordinario efecto emocional.

—Qué fascinante —dijo Elizabeth, inclinándose ligeramente en su afán por escuchar más—. Por favor, explícame cuáles son las dificultades concretas. Creo que aprecio la

música con mayor hondura cuando comprendo algo de la destreza que se requiere para interpretarla.

Mientras el carruaje avanzaba, Darcy se contentó con escuchar cómo su hermana describía las sutilezas de la digitación y el tempo que exigía la composición. La voz de Georgiana, por lo común tan vacilante, fue cobrando firmeza a medida que hablaba de algo que de verdad comprendía y valoraba. Elizabeth formulaba preguntas acertadas que revelaban tanto su interés genuino como lo limitado de sus conocimientos musicales, creando una conversación en la que Georgiana podía lucirse sin sentirse cohibida por su pericia.

La luz de la tarde entraba oblicua por las ventanillas del carruaje, iluminando la escena ante él: Elizabeth, con sus hermosos ojos brillantes de interés, y Georgiana, a quien se le iba desanudando poco a poco la tensión de su esbelto porte mientras hablaba de su pasión por la música. Fue, pensó Darcy, precisamente lo que había esperado cuando por primera vez se atrevió a imaginar a Elizabeth como señora de Pemberley. No solo una esposa para él, sino una hermana y amiga

para Georgiana, alguien capaz de brindarle la guía femenina y la compañía que su hermana necesitaba con tanta urgencia.

Al encontrar su mirada, Elizabeth le dedicó una breve sonrisa. Era una sonrisa de entendimiento compartido, de preocupación mutua por la joven que iba entre ellos.

Darcy se la devolvió, sintiendo una oleada de gratitud tan honda que por un momento anegó sus persistentes dudas acerca de la naturaleza de los sentimientos de Elizabeth hacia él. Fuera cuales fuesen las complicaciones que existían entre ellos como marido y mujer, al menos en este asunto estaban perfectamente alineados: la felicidad y el bienestar de Georgiana eran lo primero para ambos.

Era, decidió mientras el carruaje proseguía su camino hacia Pemberley, un cimiento sobre el que aún podría edificarse algo perdurable.

—Ya casi estamos en Pemberley—. La voz de Darcy rompió el silencio, haciendo que Elizabeth diera un respingo.

Georgiana se había quedado dormida un rato antes, cabeceando contra el hombro de Mrs. Annesley, y Elizabeth había estado disfrutando en silencio de la belleza del campo de Derbyshire mientras subían, con paso constante, una cuesta empinada.

—Te ruego que me perdones, no pretendía asustarte—. Sonrió, haciendo que apareciese brevemente el hoyuelo de su mejilla, que ella solo había descubierto hacía poco que existía.

—Solo un poco. Estaba pensando en las musarañas—. Al fijarse en las ovejas que salpicaban la ladera, Elizabeth soltó una risita para sí—. Algo que imagino que aquí se hace mucho. ¿Deberé aprender a cardar y a hilar?

—Si así lo deseas, aunque no tienes por qué hacerlo.

El carruaje coronó la cima de la colina, y Darcy alzó la mano y dio unos golpecitos en el techo. Casi pareció que el cochero hubiera estado esperando la señal, pues de inmediato hizo detener a los caballos.

—Ven —dijo Darcy, abriendo la portezuela del carruaje y bajando—. Tu primera visión de Pemberley, Mrs. Darcy.

Casi temía tomarle la mano y bajar del carruaje; temía contemplar la finca de la que tanto había oído hablar. De la que ahora era señora.

Darcy no le soltó la mano y la atrajo para que se situara a su lado al borde del camino.

No habló, no dijo innecesariamente “Mira, ahí está Pemberley”; no hacía falta, pues la casa yacía bajo ellos como una joya de plata reluciente en el verde, ubérrimo valle.

El sol de la tarde brillaba sobre la piedra gris plateada, haciéndola resplandecer suavemente contra el telón de fondo de robles centenarios. Ante la casa, un arroyuelo se ensanchaba en un lago; el agua, una lámina de plata a la luz, componía en conjunto una imagen que, a juicio de Elizabeth, parecía un cuadro de Turner cobrando vida. Se quedó mirando, sobrecogida, y se dio cuenta de que Pemberley era aún más grandioso de lo que había imaginado. Había visto casas señoriales en Hertfordshire, pero no creía que ni Wrotham Park ni Knebworth House pudieran compararse con esta; era inmenso,

¡podría incluso describirse como un palacio!

—Es glorioso —consiguió decir al fin, consciente de que Darcy aguardaba a que hablara—. Yo… no había esperado una amplitud semejante…

—¿Nerviosa?— La voz de Darcy sonó suave.

—Un poco —admitió Elizabeth, sin hallar razón para disimular con él.

Hacía apenas unos meses, Elizabeth vivía una vida discretamente respetable como hija de un caballero en Hertfordshire, y sus expectativas se reducían a hacer un enlace modestamente acomodado o, quizá, si la fortuna no le deparaba un esposo adecuado, asumir el papel de tía soltera de los futuros hijos de sus hermanas. Entonces el señor Darcy le había pedido matrimonio, había sido rechazado y, tras la muerte de Wickham, se lo había vuelto a pedir. Ahora Elizabeth era la señora de una de las fincas más grandiosas de Derbyshire, con un servicio doméstico que debía contarse por decenas y unas responsabilidades que habrían hecho desfallecer a su madre.

—La gobernarás magníficamente —dijo Darcy, con una convicción que Elizabeth en absoluto compartía—. Creo que Pemberley te ha estado esperando.

Se atragantó con una risa incrédula y se volvió para dedicarle una

mirada juguetona.—¡Exageras, señor!

El hoyuelo de su mejilla volvió a asomar.—Quizá sea solo que yo te he estado esperando a ti. No dudes de ti misma, Elizabeth; yo, desde luego, no lo hago.

No pudo mantenerle la mirada; la intensidad con que la estaba mirando era demasiada, y era muy consciente de que aquella noche ya no habría más excusas, ningún motivo para que no compartieran dormitorio; seguramente el servicio también lo esperaría.

—Deberíamos seguir —dijo, encogiéndose el chal un poco más sobre los hombros—.

Georgiana y Mrs Annesley están cansadas, y desde aquí aún parecen quedar tres o cuatro millas hasta la casa.

—Casi cinco, y parte de ello en pronunciada cuesta abajo —admitió Darcy, ofreciéndole el brazo para ayudarla a volver al interior del carruaje—. —Tardaremos casi otra hora, pero no temas; llegaremos con tiempo de sobra para que quizá puedas echar un vistazo a la casa antes de la cena.

Elizabeth pensó que no le habría importado que el viaje durase otras cuatro horas en vez de una; tal vez le daría el tiempo necesario para reunir el valor. No lo dijo, sin embargo, y se limitó a acomodarse de nuevo en su asiento. Iba en el lado del carruaje que ofrecía la mejor vista de Pemberley, sin perder la casa de vista durante buena parte del descenso al valle, y pasó la mayor parte de la hora contemplando la belleza de su nuevo hogar.

No es de extrañar que esté orgulloso, pensó, muy consciente del señor Darcy sentado a su lado. *Tiene tantísimas razones para estarlo.*

Las ruedas del carruaje crujieron sobre la grava del camino circular, deteniéndose ante la imponente entrada principal con pórtico. Elizabeth contuvo el aliento al ver al personal dispuesto en dos filas perfectas —y muy largas— a ambos lados de las grandes puertas de

roble, aguardando a su nueva señora con rostros a la vez curiosos y expectantes.

—Te adorarán —murmuró Darcy—, como yo.

Antes de que pudiera responder, se abrió la portezuela del carruaje y un lacayo desplegó los peldaños. Darcy descendió primero y luego se volvió para ofrecerle la mano. Elizabeth posó sus dedos en la suya, recogiendo las faldas con la otra mano, y bajó con cuidado a tierra de Pemberley, por primera vez como su señora.

El aire era fresco y estaba impregnado del aroma de los jardines. Elizabeth se irguió, consciente de las muchas miradas puestas en ella. Aquel momento marcaría el tono de toda su etapa como señora Darcy; las primeras impresiones, como bien sabía, eran de capital importancia.

—Bienvenida a casa, señora Darcy —dijo Darcy con formalidad, pero con tal ternura en la mirada que Elizabeth sintió que los nervios empezaban a desvanecerse—. Le acomodó la mano en el pliegue del brazo y la condujo hacia el personal que las aguardaba—. —La señora Reynolds te presentará al servicio.

El ama de llaves se hallaba al frente del grupo, con la espalda erguida y el semblante severo. Hizo una profunda reverencia cuando se acercaron. —Bienvenida a Pemberley, señora Darcy.

—Gracias, señora Reynolds —respondió Elizabeth, agradecida de que la voz le permaneciera firme—. Me complace estar aquí y deseo hacer de Pemberley mi hogar.

Quizá se habría sentido un poco intimidada por el ama de llaves, de no haber insistido Darcy y Georgiana, una y otra vez y entre risas, en que, aunque la señora Reynolds tenía un porte de lo más digno, era la más amable de las mujeres.

Uno a uno, le fueron presentando al personal: el mayordomo, el señor Porter; la cocinera principal, la señora Winters; el jardinero mayor, el señor Fleming; y decenas de doncellas, lacayos, mozos de cuadra y otros criados cuyos nombres se esforzó desesperadamente por memorizar, sabiendo que inevitablemente fracasaría en este primer intento.

Al franquear el umbral, Elizabeth procuró no quedarse mirando. Los suelos de mármol relucían; antiguos tapices y cuadros colgados en las paredes proclamaban la larga historia de la familia Darcy, y la gran

escalera se curvaba hacia arriba con majestuosa elegancia, cubierta de gruesas alfombras burdeos y con varillas de latón bruñidas hasta relucir.

—¿Te gustaría descansar tras el viaje, o prefieres una visita? —preguntó Darcy con solicitud.

Elizabeth lo meditó un instante. El descanso sería bienvenido, pero los rostros expectantes a su alrededor sugerían que una visita era la opción más adecuada. —Una visita, creo; al menos, una breve —decidió—. —Me gustaría empezar a familiarizarme con mi nuevo hogar de inmediato.

Darcy sonrió, claramente complacido con su respuesta. —Señora Reynolds, si es tan amable, muestre a la señora Darcy las estancias principales antes de acompañarla a los aposentos de la señora. Tengo algunos asuntos que atender, pero me reuniré con ustedes para la cena.

—Por supuesto, señor.

Cuando Darcy se marchó, apretándole la mano con dulzura, Elizabeth sintió un instante de pánico al quedarse sola. *Respira*, se ordenó con severidad. *Eres la señora aquí ahora.*

—Por aquí, si hace el favor, señora Darcy —dijo la señora Reynolds.

Elizabeth la siguió, muy consciente del eco de sus propios pasos en el vasto espacio y decidida a concentrarse en cuanto dijese el ama de llaves sobre las galerías y aposentos por los que estaban a punto de pasar. Necesitaría conocerlos a fondo, entender los ritmos y las exigencias de aquella gran casa si quería administrarla con éxito. En cada

estancia, Elizabeth hacía preguntas, anotando cuáles requerirían una atención particular y cuáles parecían funcionar con fluidez sin intervención alguna.

—Y aquí —dijo por fin la señora Reynolds, abriendo un juego de puertas dobles—

está el salón de mañana de la señora.

Elizabeth entró y contuvo el aliento. La estancia era exquisita, con ventanas que daban a los jardines, paredes empapeladas con una seda azul verdosa suave estampada con diminutas flores doradas y un

mobiliario que lograba ser a un tiempo elegante y cómodo. Junto a la ventana se alzaba un escritorio de palisandro pulido, con la superficie despejada salvo por un tintero de plata y papel de escribir recién dispuesto.

—Este será su dominio, señora Darcy —explicó el ama de llaves—. La anterior señora, la madre del señor Darcy, utilizaba esta estancia para la correspondencia, para reunirse con el ama de llaves y para planificar menús y entretenimientos.

Elizabeth se acercó al escritorio y pasó la yema de los dedos suavemente por su tersa superficie. Allí aprendería a ser la señora de Pemberley. La idea era a la vez abrumadora y emocionante.

—¿Cuándo le convendría que revisáramos las cuentas de la casa y los turnos del personal? —preguntó, volviéndose hacia la señora Reynolds.

Un destello de respeto cruzó los ojos de la mujer mayor. —Cuando usted quiera, señora. Suelo revisarlos con el señor los lunes por la mañana, cuando está en Pemberley, pero estoy a su disposición.

—El lunes por la mañana me parece perfectamente bien. ¿A las diez?

—Muy bien, señora Darcy.

Habían concluido, al parecer, la parte de la visita que le correspondía hoy, pues la siguiente puerta que la señora Reynolds abrió a lo largo de la galería resultó ser la entrada a los aposentos de la señora de la casa. Elizabeth había esperado algo grandioso, pero la realidad superaba cuanto había imaginado. Los aposentos constaban de una sala de estar, un dormitorio y un cuarto de vestir, todos de gran tamaño y amueblados con un lujo discreto. Las ventanas daban al lago y enmarcaban a la perfección la vista hechicera.

—He asignado a una doncella, Sarah, a prueba como su doncella personal —dijo la señora Reynolds—. Ya ha deshecho su equipaje y la atenderá en breve. ¿Necesita algo más, señora Darcy?

—No, gracias, señora Reynolds. Ha sido de gran ayuda.

Cuando el ama de llaves se hubo marchado, Elizabeth se dejó caer en una delicada silla, de pronto abrumada por la enormidad del cambio en su situación. La estancia que la rodeaba representaba siglos de tradición y riqueza, un legado al que ella, Elizabeth Bennet de Longbourn, había accedido mediante su matrimonio. ¿Llegaría alguna

vez a sentirse realmente en casa entre tanta grandeza?

Se levantó y se acercó a la ventana, contemplando los jardines primorosamente trazados que se extendían ante ella. Su reflejo era un espectro en el cristal: una joven de ojos oscuros y expresivos, con la boca dibujada en un gesto resuelto.

—Bien, Lizzy —murmuró para sí—, querías un reto.

Unos suaves golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos. —Adelante —

llamó, apartándose de la ventana.

Darcy se detuvo en el umbral, con una expresión algo vacilante. —¿Puedo pasar?

—Por supuesto —dijo Elizabeth con una sonrisa, sinceramente complacida de verle—.

Al fin y al cabo, esta es tu casa.

—No —dijo, cruzando hasta ponerse a su lado—. Ahora es nuestra casa. Y no me tomaría la libertad de entrar en tus aposentos privados sin permiso.

La consideración de sus palabras la conmovió profundamente.

—¿Qué te ha parecido la visita? —preguntó, escudriñando su rostro—. ¿Te abruma?

Elizabeth sopesó disimular y luego optó por la honestidad. —Solo he visto unas pocas habitaciones, y aun así me ha resultado abrumador —admitió—. Pero prometo que aprenderé, y pronto. Pemberley no merece menos de su señora.

La expresión de Darcy se suavizó. —Pemberley ha tenido una gran fortuna con su nueva señora. Tomó su mano y la llevó a sus labios. —Y yo no menos.

En ese instante, con el sol de última hora de la tarde entrando por las ventanas y la mirada cálida de su esposo posada en su rostro, Elizabeth sintió los primeros indicios auténticos de pertenencia. Pemberley podía ser vasto y grandioso, con tradiciones antiguas y responsabilidades pesadas, pero ahora era su hogar, y ella se haría digna de él.

Capítulo Cuatro

ELIZABETH ESTABA JUNTO A la ventana de su alcoba, observando cómo la oscuridad iba cayendo sobre los terrenos de Pemberley. La noche estaba despejada, y las estrellas comenzaban a asomar en el cielo azul profundo, muy semejante a la noche en que se había quedado en vela en la casa parroquial de Hunsford tras rechazar furiosa la primera proposición de Darcy. Cuán distintas eran ahora sus circunstancias y, sin embargo, subsistía una curiosa semejanza: seguía estando sola, seguía pensando en Darcy, aunque ahora él era su marido de nombre, si bien no todavía en el sentido más pleno.

La velada había sido agotadora, llena de rostros nuevos, rutinas desconocidas y el peso de la responsabilidad posándose sobre sus hombros. Y, sin embargo, pese a su fatiga, Elizabeth sabía que el sueño se le resistiría. La cama a su espalda, grandiosa e imponente, con sus postes tallados y ricos cortinajes, parecía acentuar su soledad más que invitar al reposo.

Sus pensamientos derivaron hacia su viaje de bodas, la extraña semana de camino que los había llevado de Hertfordshire a Derbyshire. Darcy había sido el perfecto caballero en todo momento, solícito con su comodidad, atento a sus necesidades e invariablemente amable. Sin embargo, también se había mostrado inesperadamente distante. No frío, nunca eso, sino manteniendo entre ambos un espacio cuidadoso, como si se hubieran trazado límites invisibles que él no estaba dispuesto a franquear.

Y así, hasta que dejaron a Lydia en Leicester, Elizabeth había

compartido cuarto con su hermana menor, mientras que Darcy dormía aparte. Había sido un arreglo práctico, pero Elizabeth no podía evitar preguntarse si había otras razones para la sugerencia de Darcy, sobre todo cuando Darcy siguió insistiendo en que durmieran en habitaciones separadas una vez que hubieron dejado a Lydia y continuaron hacia Pemberley.

Ahora, al apartarse de la ventana y sentarse en el borde de la enorme cama, Elizabeth se descubrió dividida entre la gratitud por su consideración y una punzante incertidumbre acerca de sus motivaciones. ¿Se trataba de verdad solo de esperar el momento y el lugar adecuados? ¿O acaso Darcy albergaba reservas sobre su matrimonio que no había expresado?

Compartir habitación con Lydia había sido un ejercicio de paciencia. Su hermana, aunque escarmentada por sus experiencias, seguía siendo en el fondo la misma Lydia: parlanchina, propensa a la risita e incapaz por completo de guardarse sus pensamientos.

—Dios, Lizzy, tu Mr. Darcy es de lo más correcto —había susurrado Lydia la primera noche, después de que Elizabeth le explicara los arreglos para dormir—. ¡Yo habría pensado que estaría desesperado por tenerte para sí, especialmente teniendo en cuenta cómo te mira!

—Mr. Darcy es un caballero —había replicado Elizabeth con rigidez— que antepone mi comodidad y mi reputación a sus propios deseos. ¡Qué incómoda esta conversación con su hermana menor, su *embarazada* hermana menor, que, pese a su estado de soltera, tenía mucha más idea de lo que ocurriría en el lecho conyugal que la propia Elizabeth!

Lydia se había echado a reír, un sonido con menos alegría que antaño.
—Bueno, supongo que eso es lo que le distingue de... de algunos hombres.

El nombre no pronunciado había quedado suspendido entre ellas: *Wickham*. El hombre que había arruinado a Lydia, que la habría abandonado a la deshonra sin pensárselo dos veces. El contraste entre ambos no podía ser más marcado, y Elizabeth había sentido una oleada de gratitud hacia su marido, incluso mientras se maravillaba de su contención.

Cada mañana del viaje, Darcy la había saludado con cálida cortesía, y en sus ojos se adivinaba una profundidad de sentimiento que su comportamiento no expresaba. Cada noche, le deseaba debidamente

las buenas noches; a veces dejaba que las yemas de sus

dedos se demoraran sobre las de ella mientras le besaba la mano; otras, rozaba sus labios con su mejilla, pero nunca traspasaba la línea invisible que había trazado.

La desconcertaba hondamente. Elizabeth sabía que él la deseaba; lo había visto en sus ojos muchas veces desde aquel día funesto en Hunsford, una vez que aprendió a buscarlo. Lo había sentido en la tensión que a veces llenaba el aire entre ellos cuando se encontraban a solas. Y, sin embargo, él se contenía, y ella no podía por menos de preguntarse por qué.

¿Era posible que, pese a su amor, sintiera cierta vacilación acerca del vínculo que estaba forjando con su familia? La idea le encogió dolorosamente el estómago. Darcy le había asegurado que ya no le importaban las diferencias de su situación, que la valoraba por encima de toda consideración de riqueza o estatus. Pero las viejas dudas tardaban en morir, y Elizabeth se sorprendía preguntándose si, ahora que estaban realmente casados, él no estaría volviendo sobre su decisión de aliarse de manera tan permanente con una familia como la suya.

O quizá simplemente deseaba que su primera vez juntos fuera perfecta, sin mancha de las complejidades de su situación, libre de la presencia cercana de Lydia y del escándalo murmurado que se esforzaban tanto por evitar.

Elizabeth se levantó y comenzó a pasearse por la estancia, con el camisón susurrando suavemente alrededor de sus tobillos. Era extraño ser Mrs. Darcy y no ser todavía verdaderamente su esposa. Tenía un nombre nuevo, un nuevo hogar, nuevas responsabilidades, y, sin embargo, persistía ese umbral fundamental que no habían cruzado. Ya no era Miss Elizabeth Bennet, pero tampoco plenamente Mrs. Darcy.

Su madre, de haber sabido del arreglo, se habría puesto fuera de sí. Mrs. Bennet había susurrado a Elizabeth toda suerte de consejos y advertencias en los días previos a la boda; la mayoría tenía poco sentido y algunos hicieron que Elizabeth se sonrojara de furia. El único tema constante había sido que Elizabeth debía cumplir con su deber y asegurar su posición dándole a Darcy un heredero lo antes posible.

—Los hombres pueden ser volubles, Lizzy —le había advertido Mrs. Bennet—, incluso los mejores. Nada asegura un matrimonio como un

hijo. Un varón, si te es posible, ¡aunque gracias al buen Señor su hacienda no esté vinculada por mayorazgo como la de tu padre!

Elizabeth había desechado entonces las inquietudes de su madre, segura del amor de Darcy y de su propio conocimiento de su carácter. Ahora, sola en su gran alcoba de

Pemberley, se sentía menos segura. No de su amor, que no dudaba, habida cuenta de las molestias en que ya se había puesto por ella, sino de sus razones para esta demora.

Por fin se metió en la cama, con las sábanas frescas y crujientes contra la piel. Mañana empezaría de veras sus deberes como señora de Pemberley. Mañana, quizá, encontraría el valor para preguntar directamente a Darcy cuándo pensaba que debían dar verdadero comienzo a su matrimonio, porque parecía que esta noche no iba a ser. Su nueva doncella, Sarah, la había preparado para acostarse y se había retirado hacía más de una hora, dejando a Elizabeth esperar, y esperar, hasta que al fin concluyó que su marido no vendría.

Mirando hacia el dosel sobre su cabeza, Elizabeth trató de imaginar cómo sería cuando por fin llegase ese momento. ¿Se pondría nerviosa? ¿Él también? ¿Haría esta consumación tardía que todo resultase más incómodo entre ellos?

La estancia le parecía demasiado grande y la cama, demasiado vacía. Elizabeth se volvió de lado, encogiéndose en una pequeña bola bajo las sábanas. Ahora era la señora Darcy, dueña de cuanto abarcaba su vista, y sin embargo, en este aspecto fundamental, seguía como antes: esperando, preguntándose, anhelando un futuro que parecía tentadoramente próximo y, aun así, justo fuera de su alcance.

Darcy ni siquiera estaba presente en el desayuno a la mañana siguiente cuando un lacayo silencioso condujo a Elizabeth hasta la puerta del salón de desayunos, pero al menos no iba a desayunar sola, porque Georgiana estaba allí y se levantó para darle la bienvenida con una sonrisa radiante.

—¡Buenos días, hermana!

—Buenos días, Georgiana. La alegría evidente de Georgiana hizo que el nudo de pánico y nervios en el estómago de Elizabeth se aflojase un poco. —Qué agradable es ver tu cara sonriente por la mañana.

El lacayo sostuvo la silla de Elizabeth y preguntó, con tono grave, qué deseaba para el desayuno.

—La cocinera hará cuanto necesites —dijo Georgiana con entusiasmo —. A mí me pierde el chocolate y los huevos pasados por agua con tostadas, y champiñones con tocino si tengo especialmente hambre. Pero puedes tomar arenques ahumados, o kedgeree, o una tortilla, y por supuesto tenemos café y al menos cuatro clases de té...

Elizabeth rió, alzando una mano para detener el emocionado relato de Georgiana. —

El chocolate con huevos pasados por agua y tostadas suena delicioso, te lo agradezco.

Asintió al lacayo, que se retiró para llevar su pedido a las cocinas, aunque desde luego no se quedaron solas, pues dos de sus compañeros permanecían firmes a cada lado de la chimenea.

Georgiana no hizo caso de los sirvientes y siguió charlando feliz, lo cual supuso un alivio para Elizabeth, que, al cabo de unos momentos, se descubrió capaz de relajarse.

Preguntó por la señora Annesley; se preguntaba dónde estaría esa mañana la compañera de Georgiana.

—No es nada de mañanas —confió con una risita—. Desayuno sola, salvo que mi hermano esté en casa, y tengo las mañanas para mi música; las lecciones las hacemos por la tarde y por la noche.

—Parecía bastante agotada por el viaje —observó Elizabeth, preguntándose por qué el señor Darcy no estaba en el desayuno, aunque sin llegar a sentirse capaz de preguntar.

—Bueno... es bastante mayor —dijo Georgiana—. Casi setenta.

Elizabeth pestañeó, sorprendida. —Había pensado que la señora Annesley era mucho más joven —dijo.

—Oh, no; su nieto mayor es mayor que yo. En realidad, la señora

Annesley se había retirado —era la acompañante de mi abuela, ya ves, y se retiró cuando la Abuela falleció hace cuatro años—, pero después de, eh, Ramsgate —Georgiana miró de reojo a los lacayos y bajó la voz— y del despido de la señora Younge, salió de su retiro como un favor a mi hermano. Le estoy muy agradecida. Es tan amable y, por supuesto, la he conocido toda mi vida.

—Desde luego —convino Elizabeth, aunque en privado pensó que debía de ser bastante difícil para Georgiana, que parecía no tener oportunidad de relacionarse con

gente de su edad. No extrañaba que tuviese tantas ganas de hacerse amiga de Elizabeth, y que también lo hubiese intentado con Lydia. Para sus adentros, Elizabeth se propuso crear más ocasiones para que Georgiana se relacionase como es debido, idealmente antes de que fuesen a Londres para la Temporada de Georgiana, o la pobre muchacha corría el riesgo de sentirse abrumada.

Entonces les sirvieron los desayunos y ambas se aplicaron a sus platos; Elizabeth estaba encantada con el chocolate suave y cremoso y las tostadas deliciosamente crujientes, los huevos pasados por agua perfectos, coronados con una pizca de cebollino recién picado.

—Me voy a malacostumbrar con los cocineros de Pemberley —dijo en tono ligero—.

La cena de anoche ha sido magnífica, y este es un modo excepcional de empezar la mañana. Siento haber olvidado ya sus nombres, pero me aseguraré de que la señora Reynolds me los vuelva a presentar para poder hacerles llegar mis elogios en persona.

Por el rabillo del ojo, Elizabeth vio a uno de los lacayos mirar al otro y sonrió para sí.

Estaba segura de que sus palabras correrían por la red de chismorreos de Pemberley mucho antes de que tuviera ocasión de hablar con la señora Reynolds.

En voz alta, dijo a Georgiana: —Espero que me ayudes a conocer todos los secretos de Pemberley. Me siento bastante abrumada por su grandeza.

—¿Te gustaría ver la sala de música? —propuso Georgiana, puesto que ya habían terminado de comer—. Mi hermano me ha comprado un pianoforte nuevo que ya han entregado, y estoy deseando probarlo, si te apetece acompañarme. Me encantaría oírte tocar.

—Me gustaría mucho —convino Elizabeth, aliviada de tener un rumbo—. Aunque te advierto: mi forma de tocar te parecerá tristemente inferior a la tuya.

—Mi hermano dice que tocas con gran sentimiento, lo cual vale más que la mera destreza técnica.

—Tu hermano es muy amable —dijo Elizabeth—, pero también algo parcial a mi favor.

—Porque te quiere —afirmó Georgiana sin más, y luego se sonrojó ante su propia franqueza, por fortuna sin reparar en que a Elizabeth también se le habían encendido las mejillas.

La sala de música estaba bañada por la luz de la mañana; el pianoforte relucía.

Mientras Georgiana ordenaba las partituras, Elizabeth observaba a su cuñada con ojos nuevos. La muchacha tímida iba cobrando confianza a medida que conocía y confiaba en Elizabeth, aunque conservaba una cierta delicadeza en el trato que resultaba por completo encantadora.

Pasaron la mañana tocando a cuatro manos; la reserva que aún pudiera quedar entre ellas se deshacía gracias al lenguaje compartido de la música. Elizabeth descubrió en Georgiana a una maestra paciente, que corregía con suavidad sin censurar y se alegraba de veras cuando Elizabeth dominaba un pasaje difícil.

—Eres demasiado modesta respecto a tus habilidades —insistió Georgiana cuando terminaron una pieza particularmente exigente—. Con un poco más de práctica, podrías tocar con verdadera brillantez.

—Eres tan generosa en tus juicios como tu hermano —rió Elizabeth—. Pero te agradezco el estímulo.

La mañana musical dio paso a un paseo por los jardines de Pemberley tras un almuerzo ligero de sopa y verduras frescas para ensalada. El sol de mayo era cálido, hacía abrir flores en los arriates cuidadosamente atendidos; los jardineros se alzaban de un salto y se inclinaban al acercarse las dos damas. Georgiana ni parecía reparar en ello; se limitaba a asentir distraída, mientras que Elizabeth se tomaba el tiempo de sonreír y saludar a cada hombre, rogándoles que no se molestasen por su causa y elogiando el fruto de sus labores. Anchas sonrisas quedaban a su paso y ella empezó a sentirse un poco más segura. Si tenía que ganarse a la servidumbre miembro a miembro, eso es exactamente lo que haría.

—Siempre he adorado los jardines en primavera y a comienzos del verano —confió Georgiana mientras paseaban por un sendero de grava entre topiarios cuidadosamente esculpidos con formas de animales—. Todo tan lleno de promesas.

—¿Te importará pasar la próxima primavera en Londres, por tu Temporada? —

preguntó Elizabeth, deteniéndose a admirar un topiario de zorro de forma sorprendente.

El semblante de Georgiana se ensombreció levemente. —Confieso que la perspectiva me aterra un poco. Todos esos desconocidos, las expectativas...

—Impresiona, sí —convino Elizabeth—. Aunque sospecho que lo llevarás con mucha más gracia de la que tendría yo en tu lugar.

—Oh, no —protestó Georgiana—. Eres tan segura, te desenvuelves tan bien en sociedad... Ojalá pudiera parecerme más a ti.

Elizabeth se sintió conmovida por la confesión. —Mi seguridad a menudo oculta mis propias incertidumbres —admitió—. Y me ha llevado al error más de una vez. Pensó en su negativa a disimular su desdén por Wickham cuando supo la verdad de su carácter; aquello había llevado a Wickham a urdir que los sorprendieran en una situación aparentemente comprometedora. Si obligaban a Elizabeth a casarse con él, no se atrevería a denunciar su carácter: tal había sido su lógica, y la había atrapado con suma destreza en su lazo. De no haber sido por su muerte a manos de Lydia, muy posiblemente se habría visto forzada a llevar adelante ese matrimonio, aunque Darcy le había planteado otra opción: pedirle a Elizabeth que se casara con él en su lugar.

¡Qué elección habría tenido que hacer, de no haberse topado con el cadáver de Wickham aquel día! ¿Lo habría hecho? ¿Habría plantado a Wickham para casarse con Darcy? No acababa de imaginarse metiéndose en un escándalo de tal magnitud, aunque, dado que su única otra elección habría sido convertirse en la señora Wickham...

Elizabeth negó con la cabeza. No tenía sentido recrearse en lo que pudo ser y no fue. Ya tenía más que suficiente con lo que realmente había sucedido para ocupar sus pensamientos.

Se detuvieron junto a un pequeño estanque ornamental, observando el juego de la luz sobre el agua. Elizabeth percibió que Georgiana quería

decir algo más y aguardó con paciencia.

—¿Puedo preguntarte algo? —se atrevió por fin Georgiana, con la voz apenas por encima de un susurro.

—Por supuesto. Lo que quieras.

—¿Cómo supiste… cómo supiste que podías confiarle tu corazón a mi hermano? —La pregunta salió atropelladamente—. Después de rechazarle la primera vez, quiero decir.

Elizabeth lo meditó con cuidado. La pregunta revelaba mucho de los propios temores de Georgiana, sin duda influidos por su experiencia con Wickham. —Llegué a comprender que bajo su reserva había un hombre de profunda integridad y sentimiento

—dijo despacio—. Cometió errores, como yo, pero cuando más importaba, obró con generosidad y sin esperar premio ni reconocimiento.

Georgiana asintió pensativa. —A veces me preocupa no saber distinguir a un hombre bueno de uno… de uno que solo lo parece.

—Confía en tus instintos —aconsejó Elizabeth con suavidad—. Y ten presente que tienes personas que te quieren y te apoyarán en tus decisiones.

—Como tú —dijo Georgiana con una pequeña sonrisa—. Me alegra tanto que ahora seas mi hermana, Elizabeth. A Pemberley le hacía falta una señora como tú.

El calor de la aceptación de Georgiana fue un bálsamo para el espíritu inquieto de Elizabeth. Sin embargo, al regresar a la casa no pudo dejar de notar cómo la conversación de un grupo de doncellas cesaba de golpe a su paso, o cómo el lacayo apartaba la mirada de la suya al abrir la puerta.

¿Estaba siendo demasiado susceptible o había, en efecto, algo en sus modales que delataba conocimiento, o quizá conjeturas, acerca de su inusual situación matrimonial?

Más tarde, esa misma tarde, Elizabeth se reunió con Mrs. Reynolds en el cuarto de mañana de la señora para mantener su primera conversación sobre asuntos domésticos.

El ama de llaves era de una eficacia y un respeto irreprochables; no

obstante, a Elizabeth le pareció percibir cierta reserva en el trato de la mujer. Desde luego, aún no había para con Elizabeth ni el calor ni la amabilidad de los que Darcy y Georgiana habían hablado al referirse al ama de llaves.

—El menú para la cena de mañana me parece excelente, Mrs. Reynolds —dijo Elizabeth, dejando a un lado el papel—. Prevé usted todas las necesidades.

—Gracias, señora. He servido en Pemberley muchos años.

—Y ha conocido a Mr. Darcy desde que era un muchacho, creo que lo mencionó usted.

La expresión de Mrs. Reynolds se suavizó. —Desde luego, señora. No ha pisado la tierra hombre más cabal, salvo quizá su padre; que Dios tenga su alma.

—No podría estar más de acuerdo —repuso Elizabeth con sincera emoción—. Me considero muy afortunada.

Hubo una pausa durante la cual Elizabeth percibió que el ama de llaves sopesaba con cuidado sus palabras.

Por fin, habló Mrs. Reynolds y, por primera vez, el más leve amago de sonrisa curvó las comisuras de su boca. —Si se me permite, señora, Mr. Darcy parece más feliz de lo que le he visto en años. Su influencia le ha sido de lo más beneficiosa.

Elizabeth sintió un gran alivio ante aquella aprobación implícita. —Gracias, Mrs.

Reynolds. Significa muchísimo viniendo de alguien que le conoce tan bien.

Mientras proseguían con los asuntos de la casa y Mrs. Reynolds se mostraba entusiasmada con sus tímidas sugerencias, Elizabeth fue relajándose poco a poco. Fuera lo que fuese lo que cuchichearan los criados, parecía que, al menos, el ama de llaves no albergaba desaprobación alguna hacia la nueva Mrs. Darcy.

Con todo, su confianza se tambaleó cuando, al pasar junto a la lavandería más tarde aquel día, alcanzó a oír un fragmento de conversación a través de la puerta entornada.

—... aposentos separados desde que llegaron —decía una voz de mujer

—. La doncella de Miss Darcy asegura que fue igual durante el viaje: la hermana compartiendo el cuarto de la señora hasta que se fue a estar con los amigos en Leicester, y luego la señora durmiendo siempre sola.

—Quizá ya esté encinta y necesite descansar —sugirió otra voz.

—O quizá el amo se arrepiente de su elección —añadió una tercera voz, haciendo que Elizabeth se quedara helada en el acto—. He oído que la familia no está muy contenta.

Los Matlock y la tía del amo en Kent. Son muy estirados y, de la nueva Mrs. Darcy, dicen que su familia no es gran cosa. Había un buen montón de cartas de Matlock y de Rosings esperando al amo a su regreso.

Elizabeth se apartó con premura, ardiéndole las mejillas. No había tenido intención de escuchar a escondidas, pero lo que había oído confirmaba sus peores temores. Los criados, en efecto, chismorreaban sobre su matrimonio, sacando sus propias conclusiones acerca de los dormitorios separados y quizá incluso poniendo en duda el compromiso de Darcy con ella.

¿Cómo iba a afianzarse como señora de Pemberley si el servicio ponía en duda el lugar que ocupaba en el afecto de su esposo? ¿Cómo iba a ganarse su respeto si creían que el propio Darcy podría estar lamentando su unión?

Sin darse casi cuenta, Elizabeth se encontró en la biblioteca, buscando la soledad para serenarse. Para su sorpresa, Georgiana ya estaba allí, dibujando junto a la ventana.

—¡Elizabeth! —Georgiana alzó la vista con una sonrisa que se desvaneció al reparar en la expresión de Elizabeth—. ¿Ocurre algo?

No tenía sentido fingir. —Me temo que he alcanzado a oír algo que no se suponía que debiera oír —admitió Elizabeth, dejándose caer en una silla frente a Georgiana.

—¿Chismes de criados? —aventuró Georgiana con perspicacia.

Elizabeth asintió y luego vaciló, sin estar segura de cuánto debía revelar. Georgiana podía no estar al tanto de los arreglos para dormir, y Elizabeth no deseaba ponerla incómoda.

Georgiana dejó a un lado su cuaderno de dibujo. —Cuando regresé de

Ramsgate después de... después de lo que ocurrió con Mr. Wickham, hubo comentarios entre los criados —dijo en voz baja—. No maliciosos, quizá, pero sí curiosos, conjeturas, porque no se suponía que yo volviera a casa en muchas semanas y se preguntaban qué había pasado, sobre todo desde que mi acompañante, Mrs. Younge, había sido despedida. Me hacía sentir como si viviera tras un cristal: observada, pero aparte.

—Eso es exactamente —repuso Elizabeth, aliviada por la comprensión de Georgiana—. Estoy intentando encontrar mi lugar aquí, llegar a ser señora de Pemberley de hecho además de nombre, pero hay... complicaciones.

—¿Por tu hermana? —preguntó Georgiana—. No tienes por qué preocuparte por Lydia, Elizabeth; te prometo que Mrs. Wilkins la cuidará muy bien y aquí nadie sabe nada del asunto.

Tu doncella sabe algo, pensó Elizabeth, *y ya ha hablado más de lo que debe*. Aunque la doncella no sabía de la deshonra de Lydia, había chismorreado sobre los arreglos para dormir de Elizabeth y Darcy durante el viaje, y aquello no era aceptable. Pero Elizabeth no podía hablar con Georgiana de los dormitorios separados; era una conversación demasiado incómoda, y quizá correspondía a Mrs. Reynolds lidiar con la lengua suelta de la doncella. Se lo haría saber con discreción al ama de llaves la próxima vez que hablasen.

Elizabeth escogió bien sus palabras. —Sí, en parte es por eso. Tu hermano ha sido de lo más atento con la comodidad de todos durante una situación bastante inusual.

—Te adora, Elizabeth —dijo Georgiana con sincera convicción—. Cualquiera con ojos en la cara puede verlo. Te eligió a ti, y nunca le he visto tan feliz.

La sencilla convicción en la voz de Georgiana alivió parte de la ansiedad de Elizabeth.

—Gracias —murmuró—. Soy muy afortunada con mi nueva hermana.

—Y yo también —repuso Georgiana con una sonrisa tímida—. ¿Y si

puedo darte un consejo por experiencia propia? Los chismes se irán apagando a medida que se acostumbren a ti. Mientras tanto, quizá sea mejor no escucharlos.

Elizabeth se echó a reír, reconociendo la sensatez de las palabras de la joven. —Es un consejo excelente, Georgiana. Procuraré ser sorda y ciega a todo aquello que no se me dirija directamente.

Mrs. Annesley entró en la biblioteca y se acercó a ver el dibujo de Georgiana; y Elizabeth sintió cómo se le formaba una nueva determinación mientras se volvía para recorrer los estantes y escoger alguna lectura. Dijesen lo que dijesen los criados a sus espaldas, ella se conduciría con la dignidad propia de la esposa de Darcy y señora de Pemberley.

Resultó que su primera mañana en Pemberley, cuando su marido no había asistido al desayuno y había estado ausente la mayor parte del día, fue una excepción. Tras haber estado ausente durante algún tiempo, un asunto urgente en la finca había requerido la atención inmediata de Darcy; pero, una vez resuelto, se mostró mucho más presente de lo que Elizabeth había esperado, uniéndose a ella y a Georgiana cada mañana en el desayuno y a menudo almorzando también con ellas.

En efecto, Elizabeth encontró al señor Darcy el más atento de los maridos en todos los aspectos salvo en uno. Cada mañana, en el desayuno, se interesaba por su descanso y su comodidad; a lo largo del día, buscaba su parecer en asuntos tanto nimios como importantes, y cada noche se aseguraba de que no le faltara nada antes de desearle, como es debido, las buenas noches en la puerta de su alcoba. Todo era perfectamente correcto, infaliblemente considerado y, cada vez más, desesperante. Había pasado una

semana desde su llegada a Pemberley, y Elizabeth empezaba a preguntarse si llegaría a conocer la verdadera intimidad del matrimonio, que por ahora no existía sino en su imaginación. Aunque había decidido hablarle de sus disposiciones para la noche, cada vez que estaban lo bastante a solas como para hacerlo, un nudo de nervios se le formaba en la garganta y, contra su costumbre, no sabía qué decir.

Esa tarde en particular, paseaban junto al arroyo que serpenteaba por los jardines orientales de Pemberley. El tiempo era templado, y el sol

se asomaba de cuando en cuando tras suaves nubes para esparcir una luz moteada entre los árboles de hoja verde.

Darcy había propuesto el paseo tras el almuerzo, mencionando que era un paseo predilecto hiciera el tiempo que hiciera y que no creía que Elizabeth lo hubiera visto aún.

—¿Estás lo bastante abrigada? —preguntó, mirando con preocupación su ligero spencer—. La brisa puede resultar engañosa en su frescor.

—Estoy perfectamente cómoda, gracias —replicó Elizabeth, procurando no sonar impaciente ante su constante solicitud—. El ejercicio me mantiene lo bastante abrigada.

Él asintió, aparentemente satisfecho, y continuaron durante un rato en silenciosa compañía. Elizabeth se descubrió robándole miradas de soslayo al perfil, admirando la línea firme de su mandíbula y el gesto pensativo de su boca. Qué extraño estar casada con este hombre y, sin embargo, sentirse en cierto modo tan distante de él como cuando se conocieron.

Al tomar una curva del sendero, el pie de Elizabeth tropezó con una raíz al descubierto. Vaciló ligeramente, y el brazo de Darcy se lanzó para sostenerla, ciñéndole con firmeza la cintura. El contacto, aunque fugaz, hizo que un estremecimiento le recorriera el cuerpo. Por un momento, permanecieron inmóviles, su mano, cálida, contra su costado, y sus ojos trabados en mutua sorpresa.

—Perdóname —dijo Darcy, soltándola en cuanto recuperó el equilibrio—. Espero no haberme tomado demasiada libertad.

—En absoluto —acertó a decir Elizabeth, con la voz no del todo firme —. No has hecho sino evitar una caída poco airosa. Gracias.

Reanudaron el paseo, pero algo había cambiado en la atmósfera entre ambos.

Elizabeth era agudamente consciente de su presencia a su lado, de la distancia

cuidadosa que mantenía, de cómo llevaba ahora las manos unidas a la espalda, como si quisiera impedir cualquier nuevo contacto accidental.

Buscando terreno más seguro, Elizabeth dijo: —La señora Reynolds ha mencionado que el inquilino de Willow Cottage ha solicitado reparar el tejado antes del próximo invierno.

Darcy pareció agradecer el cambio de tema. —Sí, es un asunto que requiere atención.

La casita es de las más antiguas de la finca, y me temo que años de remiendos no han hecho sino aplazar la inevitable necesidad de obras más sustanciales.

—Quizá a la larga resultase más económico emprender una renovación completa en vez de seguir con arreglos menores —sugirió Elizabeth.

Sus ojos se iluminaron con interés. —Piensas de manera práctica. Yo había considerado lo mismo, pues creo que la casa es demasiado pequeña y conviene añadirle habitaciones. La familia lleva allí tres generaciones; merecen una vivienda sólida y lo bastante amplia para vivir con holgura, aunque me temo que quizá tengan que mudarse temporalmente para poder acometer una reconstrucción de tal entidad. Tengo una casa disponible en Kympton que podrían utilizar durante unos meses, aunque...

Entraron en una conversación sobre asuntos de la finca; la incomodidad de instantes antes fue desvaneciéndose poco a poco a medida que encontraban terreno común en su preocupación por Pemberley y su gente. Elizabeth ofrecía observaciones y sugerencias que Darcy acogía con sincera consideración, a veces asintiendo, a veces cuestionando con suavidad sus suposiciones al aportar información adicional a la que ella aún no había tenido acceso.

Era en esos momentos cuando Elizabeth podía imaginar con mayor claridad la futura alianza entre ambos: trabajar juntos como administradores de Pemberley, aportando cada cual sus propias fortalezas a la responsabilidad compartida. ¡Si al menos lograran esa misma armonía en los aspectos más íntimos de su matrimonio!

Capítulo Cinco

DARCY PERMANECÍA JUNTO A la chimenea del salón de Pemberley, observando cómo la luz del fuego proyectaba suaves sombras sobre el perfil de Elizabeth. Su esposa desde hacía apenas una quincena estaba sentada en el sofá de damasco azul; sus dedos seguían distraídamente el dibujo del tapizado mientras su mirada se clavaba en las llamas danzantes; una copa de jerez, intacta, descansaba en la mesita auxiliar a su lado.

La íntima quietud del momento le conmovía hondamente; cuántas veces la había imaginado aquí, en esta misma estancia. Ahora estaba de veras aquí, señora de Pemberley, aunque las circunstancias que habían precipitado su unión distaban mucho de lo que él había imaginado. Darcy se descubría atesorando estos ratos de sosiego con Elizabeth, incluso cuando, como ahora, ella parecía perdida en pensamientos que él no alcanzaba a discernir del todo.

Caía la tarde; el cielo, al otro lado de los altos ventanales, se veía surcado de naranjas y rojos a medida que el sol se hundía tras las colinas. Esperaban a Georgiana y a la señora Annesley antes de pasar a cenar; aquellos pocos momentos a solas eran una rareza en la ajetreada casa. Darcy se descubría atesorando estos ratos de sosiego con Elizabeth, incluso cuando, como ahora, ella parecía perdida en pensamientos que él no alcanzaba a discernir del todo.

—Esta noche arde especialmente bien el fuego —observó Darcy, más por romper el silencio que por verdadera apreciación de las llamas—. Johnson debe de haber escogido los troncos de roble.

Elizabeth alzó la vista; en su expresión hubo un instante de distracción antes de recomponer el gesto en una sonrisa. —En efecto. Aunque confieso que sé poco sobre cómo arden las distintas maderas.

—El roble arde despacio y da un calor excelente —explicó Darcy, agradecido por la trivialidad del tema—. En Pemberley tenemos la fortuna de contar con extensos bosques que nos proveen de abundante madera seca.

—Una ventaja de una propiedad tan grandiosa. Su voz no encerraba censura, y sin embargo hubo en su tono algo que hizo a Darcy preguntarse si no estaría comparando Pemberley con la modestia de la casa de su infancia.

Se extinguió la conversación y Darcy volvió a quedarse estudiándola. Vestía un vestido de seda de un rosa intenso que realzaba hermosamente su tez. Su oscuro cabello se recogía en un estilo elegante y sencillo que, a su parecer, le sentaba mucho mejor que los elaborados artificios que preferían mujeres como Caroline Bingley. Elizabeth Bennet se había convertido en Elizabeth Darcy, y aunque todavía a veces se maravillaba de ello, ya no podía imaginarla siendo otra cosa.

El silencio entre ambos se prolongó, no incómodo, exactamente, pero cargado de algo que Darcy no sabía nombrar. Elizabeth se removió un instante, le miró y volvió a apartar la vista, y él se preguntó si habría algo que quisiera decir. Esperó con paciencia.

Cuando por fin habló, su voz fue suave, casi vacilante. —Señor Darcy —comenzó y, corrigiéndose con una pequeña sonrisa—, Fitzwilliam. Desde hace varios días deseo expresarte algo.

Darcy sintió un leve sobresalto de preocupación. —Espero que no haya nada que te inquiete.

—No, no es exactamente preocupación. Elizabeth le miró; en sus ojos se reflejaba la luz del hogar. —Quería decirte que lo siento.

Darcy frunció levemente el ceño, desconcertado. —¿Lo sientes? ¿Por qué?

—Que te sentiste obligado por el honor a salvarme de Wickham —dijo en voz baja—, y después de las consecuencias de mi propia insensatez.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos. Darcy tuvo la sensación de que la estancia se volvía de pronto a la vez muy quieta y

terriblemente ruidosa, siendo el

crepitar del fuego el único sonido que rompía el silencio. Miró fijamente a Elizabeth, tratando de comprender del todo lo que estaba diciendo.

—Elizabeth... —empezó, y se descubrió sin palabras.

Se adelantó antes de que él pudiera ordenar sus pensamientos. —Sé que actuaste por sentido de la responsabilidad, sobre todo dado tu conocimiento previo del carácter de Wickham. Y luego, cuando los... actos... de Lydia agravaron la situación, diste un paso al frente para protegernos a todos del escándalo. Fue un acto noble, pero no puedo evitar sentir que te forzaron la mano.

Darcy sintió que un peso frío se le asentaba en el estómago. ¿Era así como veía ella su matrimonio? ¿Como una obligación que él había cumplido por deber y no por deseo?

La idea estaba tan lejos de la verdad que apenas podía creer que albergara semejantes dudas.

La observó ahora con mayor detenimiento. Su porte, por lo común tan naturalmente seguro, parecía de algún modo disminuido. En sus ojos había una vulnerabilidad que rara vez veía en ella, y sus manos, fuertemente entrelazadas en el regazo, delataban su ansiedad. Aquello no era una inquietud pasajera, comprendió, sino algo que la afligía profundamente.

—Te equivocas por completo —dijo por fin, con la voz baja y controlada pese al tumulto de sus emociones. Se apartó de la chimenea para sentarse a su lado en el sofá, cerca, pero sin tocarla—. Si crees que me casé contigo por obligación o por compasión, entonces he fallado en dejar claros mis sentimientos.

En su expresión había inseguridad. —Pero, dadas las circunstancias...

—Las circunstancias —la interrumpió Darcy con suavidad— únicamente aceleraron mis planes de reanudar mi cortejo contigo. Cambiaron el momento, no el resultado que yo deseaba.

Un destello de algo parecido a la esperanza cruzó sus facciones, pero la duda permaneció. —Eres amable al decirlo.

—No estoy siendo amable —insistió Darcy, permitiendo que una intensidad poco habitual se filtrara en su voz—. Estoy diciendo la

verdad.

El sonido de unos pasos ligeros en el pasillo anunció la llegada de Georgiana y de la señora Annesley. Darcy se sintió frustrado por la interrupción y, sin embargo, tal vez le

viniera bien un momento para ordenar sus ideas. Aquella conversación requería más que los pocos minutos que faltaban para la cena.

Elizabeth enderezó la espalda y recompuso el gesto, ocultando aquel momento de vulnerabilidad mientras se preparaba para saludar a los demás. Darcy se maravilló de su fortaleza, al tiempo que se proponía corregir a fondo su equívoco en cuanto volvieran a quedarse a solas.

Georgiana entró, y su rostro juvenil se iluminó al verlos. —Hermano, Elizabeth, os ruego me disculpéis si os hemos hecho esperar.

—En absoluto —replicó Elizabeth con calidez—. Estábamos simplemente disfrutando de la puesta de sol. Es una tarde preciosa, ¿no os parece?

La señora Annesley siguió a Georgiana en la estancia, ofreciendo saludos corteses.

Darcy respondió de manera automática, con la mente aún ocupada por la confesión de Elizabeth. Cuando el pequeño grupo se dispuso a pasar al comedor, ofreció su brazo a Elizabeth. Ella lo tomó con una sonrisa que no llegaba del todo a sus ojos.

—Continuaremos nuestra conversación más tarde —murmuró, apenas lo bastante alto para que ella lo oyera. La leve presión de sus dedos en su brazo fue su única respuesta, pero bastó para tranquilizarlo de que estaba dispuesta a escuchar cuanto tenía que decir.

Mientras se encaminaban a la cena, Darcy se encontró planeando cuidadosamente sus palabras. Tendría que hacerle comprender que, lejos de haberse visto atrapado en un matrimonio, se consideraba el más afortunado de los hombres por haber obtenido su mano, con independencia de las circunstancias que los habían llevado al altar.

Durante toda la comida, Darcy tuvo la atención dividida entre las necesarias cortesías del anfitrión y las inquietudes íntimas que había suscitado la confesión de Elizabeth en el saloncito. Más de una vez, la sorprendió mirándole con una pregunta en los ojos, que ella ocultaba con rapidez en cuanto advertía su atención. Cuando por fin se

retiraron al salón para pasar la velada, y Georgiana se hubo excusado para tocar el pianoforte, teniendo por audiencia a la señora Annesley, Darcy se encontró a solas con su esposa por primera vez desde su conversación interrumpida.

Elizabeth se sentó junto a la ventana, con un libro abierto pero claramente no leído en el regazo. El suave repiqueteo de la lluvia contra los cristales ofrecía un contrapunto apacible a la tensión que Darcy sentía en su interior. Se acercó hasta donde estaba ella y,

tras vacilar un instante, tomó la silla de enfrente en lugar de la de su lado. Esta conversación exigía que pudiera ver bien su rostro.

—Creo que antes nos interrumpieron —comenzó, manteniendo la voz medida y serena pese a la importancia de lo que deseaba transmitir—. Habías expresado ciertas...

ideas equivocadas acerca de la naturaleza de nuestro matrimonio que, a mi juicio, deben quedar aclaradas.

Elizabeth cerró el libro y lo dejó a un lado con un suspiro, aunque Darcy sospechaba que no había leído ni una palabra. —No pretendía parecer desagradecida —dijo—. Tus acciones fueron más que generosas.

—No —dijo Darcy con firmeza, inclinándose ligeramente hacia delante—. Ese es precisamente el malentendido que deseo corregir. No hubo nada de generoso en mis actos, Elizabeth. Fui enteramente egoísta.

Se le formó un leve surco entre las cejas. —¿Egoísta? Difícilmente puedo considerar egoísta que rescataras a Lydia de las desastrosas consecuencias de su propia insensatez y me ofrecieras la protección de tu nombre.

—Lo fue, porque me aseguró lo que más quería en el mundo —replicó Darcy, con la voz baja e intensa—. Debes entenderlo, Elizabeth. Tenía la plena intención de hacerte mi esposa mucho antes de que Wickham se convirtiera en una amenaza, y ni siquiera tu rechazo cambió mis propósitos, aunque entonces intenté fingir que sí lo había hecho.

Los labios de Elizabeth se entreabrieron, sorprendida, y Darcy prosiguió, de pronto ansioso por lograr que le comprendiera.

—Tus palabras, por duras que fueran, me obligaron a examinarme a mí mismo y mi comportamiento como nada más lo habría hecho.

Empecé el proceso de enmendar los defectos que tan acertadamente señalaste. —Se detuvo, reuniendo sus pensamientos—.

Planeaba volver a buscarte cuando hubiera pasado el tiempo suficiente, para demostrarte con hechos y no con palabras que me había tomado a pecho tus reproches.

Arreciaba ahora la lluvia, y el golpeteo sobre los cristales era un lejano contrapunto a la conversación. En el breve silencio, las notas leves de la práctica de pianoforte de Georgiana llegaban desde la sala de música, una melodía envolvente que parecía subrayar la corriente emocional que fluía entre ellos.

—El que lo siente soy yo, Elizabeth —prosiguió Darcy—. Siento que te vieras sin más elección que aceptarme, sobre todo si se considera lo atrozmente que me comporté

durante nuestro trato en Hertfordshire y en Rosings. Al fin y al cabo, declaraste que era el último hombre del mundo con quien te casarías jamás y, a las pocas semanas, te viste obligada a ponerte ante el vicario y pronunciar tus votos con ese mismo hombre.

La expresión de Elizabeth cambió; una mezcla compleja de emociones cruzó por sus facciones. —No fue como lo describes —empezó, pero Darcy alzó la mano con suavidad.

—Por favor, permíteme terminar. He pensado mucho en ello. —Se levantó de la silla, demasiado inquieto ya para permanecer sentado, y se situó frente a la chimenea—.

Cuando supe de tu compromiso con Wickham, me vi impelido a ir en tu busca para asegurarme de que no se te había impuesto... lo cual, siendo Wickham, por supuesto que había ocurrido. En conciencia no podía hacer otra cosa que ofrecerte una alternativa. Y cuando las cosas tomaron su... giro inesperado...

Aquí Darcy se detuvo, aún vivo el recuerdo de aquellos días caóticos. Su absoluta devastación cuando Caroline Bingley reveló con autosuficiencia el compromiso; su terror ante la posibilidad de que Elizabeth hubiera desechado su carta sin leerla y no hubiese sabido la verdad sobre el carácter de Wickham. Su único deseo había sido protegerla, pero, cegado por el pánico, la única forma en que concebía hacerlo era ofreciéndose a casarse con ella él mismo. Estaba en ello cuando dieron con el cadáver de Wickham.

—Cuando las cosas tomaron su giro inesperado —repitió—, vi que se

presentaba una oportunidad para protegerte, sí, pero también para asegurar lo que deseaba desde el momento en que comprendí que te amaba: el derecho a llamarte mi esposa.

Las manos de Elizabeth estaban fuertemente entrelazadas sobre su regazo, la mirada fija en su rostro. —Hablas de amor, pero la premura de nuestro matrimonio no te dejó tiempo para una reflexión debida. Las circunstancias fueron extraordinarias, la presión, inmensa.

—Mi reflexión ya estaba hecha —insistió Darcy—. Te amaba antes, te amaba entonces y te amo todavía. Las circunstancias no alteraron en nada la determinación de mi corazón.

Regresó a su asiento frente a ella y se inclinó hacia delante para cogerle las manos entre las suyas. Sus dedos estaban fríos contra su palma y temblaban levemente.

—Fui arrogante —admitió—. El modo de mi primera propuesta fue imperdonable.

Hablé de tus conexiones inferiores, de la impropiedad de tu madre, de los obstáculos que había superado para pedirte en matrimonio, como si debieras estar agradecida por mi condescendencia. Me comporté de un modo abominable.

—Fuiste sincero —murmuró Elizabeth, aunque no retiró sus manos de las de él.

—Fui sincero en cuanto a los hechos, quizá, pero estaba por completo equivocado en mi comprensión de lo que de veras importa —replicó Darcy—. Y mi intromisión al separar a Bingley de tu hermana fue presuntuosa y errónea. No puedo justificar aquellas acciones.

—Condenaste a mi familia, y no sin cierto motivo —dijo Elizabeth en voz baja—. Y, sin embargo, ahora estás unido a ellos para siempre.

—Y me considero afortunado por ello —dijo Darcy, sorprendiéndose a sí mismo por la sinceridad de la afirmación—. La agudeza e inteligencia de tu padre, la bondadosa dulzura de tu hermana Jane: son cualidades que he llegado a apreciar de verdad. En cuanto al resto… —se permitió una leve sonrisa—. Las familias rara vez son perfectas, la mía incluida.

La expresión de Elizabeth se suavizó un poco, pero la duda no había abandonado del todo sus ojos. —Has de admitir que es difícil conciliar tu evidente desdén por mis conexiones con tus acciones posteriores.

—Estaba equivocado —dijo Darcy sin más—. No quizá en advertir ciertas impropiedades, sino en permitir que me cegaran para lo que tenía verdadero valor. Tu valía, Elizabeth, no la determinan tus conexiones, sino tu carácter, tu inteligencia, tu espíritu vivaz. —Se detuvo, y el pulgar le acarició suavemente el dorso de la mano—.

Cuando me dijiste que era el último hombre en el mundo con quien te casarías, lo merecía por completo.

Un rubor tiñó las mejillas de Elizabeth al recuerdo de sus duras palabras. —Hablé airada, sin la debida reflexión.

—Hablaste con verdad, según el hombre que yo había mostrado ser — replicó Darcy—. Que te vieras obligada a casarte con ese mismo hombre tan poco después debió de parecerte un cruel capricho del destino.

La tarde había ido cayendo a su alrededor mientras hablaban; los criados habían entrado en silencio para encender más velas sin perturbar su conversación. La luz

dorada proyectaba un resplandor cálido sobre los rasgos de Elizabeth, suavizando las líneas de preocupación que antes marcaban su semblante.

—Temo —prosiguió Darcy, la voz ahora más baja, más íntima— que puedas sentir que te viste obligada a aceptarme. Que, entre el escándalo de la muerte de Wickham a manos de tu hermana y la necesidad de preservar la reputación de tu familia, no te quedara más remedio que aceptar mi oferta.

Entonces le soltó las manos y se recostó un poco, como para darle espacio a responder con sinceridad. —Si así te sientes, en efecto, querría que me lo dijeras sin rodeos. No puedo soportar la idea de que hayas sacrificado tu felicidad por respeto a las conveniencias.

Elizabeth guardó silencio un largo momento; bajó la mirada hacia sus manos, ahora libres de las suyas. Cuando volvió a alzar la vista, había una resolución nueva en su expresión.

—Me malinterpretas por completo —dijo, repitiendo sus propias palabras de antes—.

Si he parecido turbada por las circunstancias de nuestro matrimonio, no ha sido por arrepentimiento de mi elección, sino por temor a que te hubieran maniobrado para pedirme en matrimonio contra tu mejor

juicio.

Darcy sintió un atisbo de esperanza ante sus palabras, pero se mantuvo cauto. —

¿Cómo podías pensar tal cosa, dada mi declaración anterior?

—Porque —dijo Elizabeth—, hay quienes hablan de amor en un momento y, al siguiente, descubren que no resiste las consideraciones prácticas de la vida. Tú ya habías sopesado en otra ocasión los inconvenientes de un vínculo con mi familia y decidido que podían superarse; pero has de reconocer que esos inconvenientes se vieron enormemente aumentados por los sucesos posteriores. Cuando las circunstancias te forzaron de nuevo, temí que llegaras a resentir la necesidad de cumplir tus honrosas intenciones.

La ironía de su mutuo malentendido habría resultado divertida en otras circunstancias. Tal como estaban, Darcy no sintió más que un profundo alivio que empezaba a arraigarle en el pecho, aunque aún no estaba del todo convencido de los sentimientos de Elizabeth.

—¿Entonces no te arrepientes de aceptarme? —preguntó, con una vulnerabilidad mayor de la que había pretendido.

—Solo lamento que las circunstancias nos negaran el cortejo que podríamos haber tenido —repuso Elizabeth, mientras un leve y vacilante amago de sonrisa empezaba a formársele en los labios—. Y quizá que se me negara el gusto de verte humillarte como es debido tras mi inicial rechazo.

El atisbo de su habitual y vivaz guasa fue como un bálsamo para su alma. Darcy sintió cómo la tensión que lo atenazaba empezaba a disolverse, sustituida por un cauto optimismo.

—Te aseguro, señora —dijo, permitiendo que también a él se le dibujara una sonrisa—, que, de haberlo permitido las circunstancias, mi humillación habría sido a la vez concienzuda y digna, una contradicción que solo yo he logrado dominar.

La risa de Elizabeth, suave pero sincera, llenó el espacio entre ambos. —No lo dudo, señor.

Cayó entre ellos un silencio cómodo, mientras la lluvia seguía repiqueteando suavemente contra los cristales.

—Sigo siendo culpable de arrogancia —dijo Darcy al cabo de un

momento, retomando su argumento anterior—. Al ayudar a separar a Bingley de tu hermana, actué movido por una preocupación mal encauzada por mi amigo y por un injustificado sentimiento de superioridad acerca de lo que constituía un enlace adecuado.

—Te equivocaste respecto a los sentimientos de Jane —convino Elizabeth—.

Simplemente es más reservada al mostrar sus emociones.

—Me equivoqué en muchas cosas —admitió Darcy—. Incluida la importancia de las relaciones y de la fortuna a la hora de determinar la felicidad.

La ironía de su antigua actitud no se le escapaba. Cuánto había luchado contra sus sentimientos por Elizabeth por motivos semejantes, para descubrir al fin que su dicha dependía enteramente de dejar a un lado esas mismas consideraciones.

—En cuanto a mi espantosa condena de tu familia —prosiguió, mirándola directamente—, no puedo justificar esas palabras. Si bien pudo haber algo de verdad en mis observaciones sobre ciertas impropiedades, el modo en que las expresé fue imperdonable. Hablé desde el orgullo y desde un sentimiento de superioridad que desde entonces he llegado a reconocer como injustificado.

—Mi familia no está exenta de culpa —admitió Elizabeth con una leve sonrisa—. Mi madre puede resultar bastante apabullante, y la conducta de Lydia antes de su...

desafortunada experiencia... fue sin duda impropia. Incluso mi padre, a quien quiero entrañablemente, podría haber ejercido más contención en el gobierno de la casa.

—Todas las familias tienen sus peculiaridades —dijo Darcy—. La mía incluida, te lo aseguro. Mi tía, Lady Catherine, es un ejemplo perfecto.

La mención de Lady Catherine encendió un brillo en los ojos de Elizabeth. —Ah, sí, tu formidable tía. Tengo entendido que nuestro matrimonio le desagradó sobremanera.

—Apoplética sería el término más exacto —replicó Darcy, permitiéndose una leve sonrisa—. Su carta, en la que expresaba su indignación porque me casara contigo y no con Anne, fue de una virulencia realmente espectacular.

—Y, sin embargo, te casaste conmigo —observó Elizabeth.

—Me habría casado contigo frente a la oposición de todos mis parientes —declaró Darcy—. Aunque admito que la premura de nuestra boda le impidió presentar resistencia en persona, por lo cual creo que ambos debemos estar muy agradecidos.

Elizabeth rió quedamente, y aquel sonido calentó el corazón de Darcy. —Entonces, he ahí la parte positiva de nuestra precipitada unión.

Darcy se inclinó para coger de nuevo su mano, y con el pulgar le acarició la palma. —

Parece que ambos hemos juzgado mal los sentimientos del otro. Tú creías que me casé contigo por obligación, mientras yo temía que me aceptaras solo por necesidad.

La constatación de que habían estado viviendo bajo malentendidos mutuos le pareció a Darcy a un tiempo necia y maravillosamente afortunada. ¡Cuánta ansiedad se habrían ahorrado con una franqueza más temprana!

—Entonces, ambos estamos donde deseamos estar —dijo Elizabeth en voz baja—, aunque quizá por un camino más tortuoso de lo que habría sido ideal.

—Importa menos el camino que el destino —replicó Darcy, alzándole la mano hasta los labios y depositando un beso suave en sus nudillos —. Y me hallo por completo satisfecho con el lugar al que hemos llegado.

La sonrisa de Elizabeth, cálida y genuina, lo llenó de una felicidad que apenas se había atrevido a esperar durante aquellos días oscuros tras su rechazo en Hunsford. En

ese momento de perfecta comprensión, Darcy se sintió profundamente agradecido por los caprichos del destino que los habían reunido. Fuera cuales fuesen las circunstancias de su matrimonio, el fundamento sobre el que ahora descansaba era el del afecto y el respeto mutuos, muy lejos de la obligación o la necesidad que cada uno había temido

que impulsara al otro.

—¿Nos reunimos con Georgiana para un poco de música antes de retirarnos? —

preguntó, reacio a poner fin a su conversación privada, pero consciente de sus deberes como anfitrión y hermano.

—No —dijo Elizabeth con rapidez, viendo la oportunidad de abordar el más incómodo de los temas—. Que practique en paz. Además, me doy cuenta de que prefiero hablar contigo.

—Por supuesto —dijo complaciente—. ¿De qué te gustaría hablar?

Ahora que había llegado el momento, Elizabeth volvió a vacilar; pero, esta vez, estaba decidida a hablar: la situación se había prolongado más que suficiente. Aunque le había comentado con delicadeza a la señora Reynolds que los chismes del servicio eran inaceptables, y había sacado a colación que la doncella de Georgiana hablaba fuera de lugar, el ama de llaves la había mirado con ojos sabedores, aun cuando prometió encargarse del asunto. Elizabeth sabía que la única manera de acallar los rumores era comportarse como deben hacerlo los recién casados; pero ¿cómo abordar un asunto tan delicado sin parecer ni demasiado atrevida ni demasiado exigente? Nunca había sido tímida a la hora de decir lo que pensaba, pero este era un terreno inexplorado, lleno de posibilidades de malentendidos.

—He estado pensando —empezó y luego se detuvo, reuniendo valor— en nuestro arreglo. En concreto, en los arreglos para dormir.

Un rubor le subió por el cuello a Darcy, pero sostuvo su mirada con firmeza. —Ya veo.

—¿Ah, sí? —preguntó Elizabeth, con un leve matiz de desafío en la voz—. Porque confieso que yo misma no los entiendo del todo.

Darcy se movió para sentarse a su lado en el sofá, aunque mantuvo una distancia adecuada. —Creí que te había explicado mis razones —dijo—. Con la situación de tu hermana y las circunstancias poco habituales de nuestro matrimonio...

—Sí, pero ya llevamos una semana en Pemberley —señaló Elizabeth —. Lydia está instalada a salvo en Leicester. Las... circunstancias poco habituales ya no rigen.

—Tienes razón, por supuesto —dijo Darcy en voz baja, con la vista ahora fija en sus manos—. Te debo una explicación mejor.

Elizabeth aguardó, con el corazón latiéndole con rapidez en el pecho.

—Quería que todo fuera perfecto para ti —dijo por fin—. Nuestro matrimonio ha estado acompañado de tanta premura y complicación. El escándalo con tu hermana, el engaño necesario, la boda precipitada... nada ha sido como debía.

—La vida rara vez se arregla a nuestra conveniencia —observó Elizabeth—.

—No, pero... —Vaciló y luego pareció tomar una determinación—. Mereces más de lo que las circunstancias han dictado. Mereces un marido que pueda ofrecerte un comienzo digno en tu vida conyugal, no uno distraído por los arreglos relativos a tu hermana o por el manejo de un engaño complejo.

Elizabeth meditó sus palabras. —¿Así que tu decisión de esperar fue por consideración hacia mí? ¿Por lo que creías que yo merecía?

—En parte —admitió—. Pero no del todo.

—¿Qué, entonces?

Darcy se levantó bruscamente y fue y vino hasta la ventana, dándole la espalda.

Durante un largo momento guardó silencio, y Elizabeth temió haber insistido demasiado. Luego, sin volverse, habló.

—Tenía miedo.

La confesión, pronunciada tan quedamente, dejó atónita a Elizabeth. —¿Miedo? ¿A qué?

—A decepcionarte. Se volvió por fin a mirarla, con una expresión más vulnerable de lo que ella le había visto nunca—. Hace poco más de un mes me dijiste que yo era el último hombre en el mundo con el que considerarías casarte, y, sin embargo, las circunstancias te obligaron a hacer exactamente lo que menos deseabas. Temo...

quedarme corto en el aspecto más íntimo de nuestra relación; fallar en hacerte feliz como un marido debe hacer feliz a su esposa, porque no soy el marido que tú querías.

Elizabeth le miró fijamente, apenas capaz de creer lo que oía. Aquel hombre seguro y capaz, que administraba vastas propiedades y se ganaba el respeto dondequiera que iba, estaba confesando inseguridades que reflejaban las suyas propias.

—Fitzwilliam —dijo en voz baja, usando deliberadamente su nombre de pila—, ¿no se te ocurrió que yo podría albergar temores semejantes? ¿Que yo, con mi experiencia limitada y mi modesta educación, podría preocuparme por decepcionarte a ti?

Pareció sinceramente sorprendido. —¿Tú? ¿Cómo podrías decepcionarme? Eres todo cuanto he deseado jamás.

—Como tú lo eres ahora para mí —replicó Elizabeth, incorporándose para acercarse a él—. ¡Ojalá olvidaras para siempre aquellas cosas terribles que dije en Kent; palabras pronunciadas en absoluta ignorancia de la verdad de tu carácter! Cada una de tus palabras y de tus acciones desde aquel día han refutado por completo lo que yo creía, y no me queda sino avergonzarme de haber estado tan total y profundamente equivocada en mis propias acciones y creencias.

—Solo a mí debo culpar por lo que pensaste de mí —insistió Darcy—. Por mi orgullo y mi arrogancia, y por mi terca negativa a explicarme en lo tocante a Wickham, lo cual te costó tan caro a ti y a tu familia.

—No cargues en tu conciencia sus fechorías —le dijo Elizabeth con firmeza—. Al final lo pagó bien caro. No dejes que nos arrebate nuestra oportunidad de un futuro feliz,

¡sea cual sea el camino enrevesado por el que hayamos llegado hasta aquí! Ya nos ha costado bastante, digo; ¡basta! Pensar en Wickham volvía a enfurecerla; el pecho se le agitó y se le encendieron las mejillas, y de pronto fue consciente de aquel extraño ardor en los ojos de Darcy mientras la miraba desde su altura.

¿Le gusto cuando estoy enfadada? se preguntó, y una sonrisa afloró a sus labios. —No sé cómo hacer que me creas cuando te digo que nunca he estado más agradecida que al verme demostrada equivocada respecto a alguien. Que, lejos de ser el último hombre en el mundo con quien desearía estar casada, eres el *único* hombre en el mundo, y el único temor que tengo es que descubras que eres *tú* quien se equivoca, que yo no soy la esposa con la que has soñado. Y aquí nos tienes, pues, ambos temiendo lo mismo, negándonos a nosotros mismos la oportunidad de averiguar si nuestros temores tienen algún fundamento.

La mirada de Darcy se suavizó al mirarla. —He sido un necio, ¿verdad?

—Quizá los dos lo hayamos sido —concedió Elizabeth con una leve sonrisa—.

Aunque sostengo que tú has sido el mayor necio, pues ha sido tu decisión la que nos ha mantenido en este extraño limbo.

Una sombra de humor curvó sus labios en respuesta. —Concedo el punto, señora.

¿Qué quieres que haga para enmendarme?

El corazón de Elizabeth se aceleró ante la pregunta y todo lo que implicaba. —Quiero que recuerdes que nos elegimos el uno al otro pese a todos los obstáculos y objeciones.

Que ya hemos superado retos mayores que la torpeza de una intimidad nueva. Que ahora somos compañeros en todo y no necesitamos afrontar ningún desafío en soledad.

Darcy extendió la mano despacio, como dándole tiempo a retirarse, y tomó la de ella entre las suyas. —Me humillas con tu sabiduría, Elizabeth —dijo en voz baja—. He estado tan empeñado en hacer lo que creía mejor para ti, que no he tenido en cuenta lo que tú podías querer de verdad.

—Y lo que yo quiero —dijo Elizabeth, con la voz firme pese al rubor que le subía a las mejillas— es ser tu esposa en todos los sentidos de la palabra.

El aire entre ambos pareció espesarse con un deseo no dicho. El pulgar de Darcy dibujó pequeños círculos en el dorso de su mano, provocándole escalofríos que le recorrían el cuerpo.

—Entonces no te decepcionaré por más tiempo —prometió, con la voz baja y cargada de emoción—. ¿Esta noche, si así lo deseas?

—Sí, lo deseo —confirmó Elizabeth, con el pulso desbocado ante su propia audacia—.

Con el mayor ardor.

Darcy sonrió ante el eco deliberado de su primera proposición. —Una respuesta más feliz que la que recibí la última vez que usé esas

palabras.

—Y una pregunta más sensata, esta vez —replicó Elizabeth—, de un hombre que ha aprendido a consultar los deseos de su esposa antes de tomar decisiones que afectan a ambos.

—Una lección que me esforzaré por recordar —prometió, llevándose su mano a los labios.

Cumplieron con su deber acudiendo a la sala de música para oír a Georgiana tocar, pero la corriente de expectación que fluía entre ellos imprimía incluso a la conversación más trivial una significación nueva y palpitante. Cuando por fin se retiraron por la noche, Darcy acompañó a Elizabeth hasta la puerta de su alcoba, como ya era su costumbre.

Esta vez, sin embargo, no se despidió cortésmente con un simple buenas noches ni se dio media vuelta. Había una pregunta en sus ojos cuando se inclinó para besarle la mejilla. Elizabeth la respondió tomándole la mano y atrayéndole al otro lado del umbral, a la estancia que, desde esa noche en adelante, habría de pertenecer de verdad a ambos. La doncella Sarah, sentada en una silla junto a la puerta del tocador, les dirigió una sola mirada y se retiró con discreción, sabiendo que esta noche no serían menester sus servicios. Quizá, pensó Elizabeth en los últimos instantes de lucidez antes de que Darcy se inclinara para besarla, Sarah haría saber al servicio que todas sus conjeturas carecían por completo de fundamento.

Esa noche, Elizabeth sabía que, aunque ella y su marido aún tenían mucho que aprender el uno del otro y del propio matrimonio, habían dado el primer paso hacia la verdadera unión que ambos deseaban. Fueran cuales fuesen los desafíos que aguardasen, los afrontarían juntos, como marido y mujer en todos los sentidos de la palabra.

Capítulo Seis

DARCY NO RECORDABA UNA mañana en que el comedor de desayunos de Pemberley hubiese parecido más luminoso. La luz de la mañana entraba a raudales por los altos ventanales, bañando de un resplandor suave la plata bruñida y la fina porcelana, pero era Elizabeth quien de veras iluminaba la estancia. Su Elizabeth. Su esposa. Aún aquella idea le asombraba, incluso después de la noche que acababan de compartir. Estaba sentada frente a él, untando mantequilla en una tostada con delicada precisión; de vez en cuando alzaba la vista para encontrarse con su mirada y, cuando lo hacía, un rubor favorecedor le teñía las mejillas.

Darcy se descubrió del todo incapaz de atender a los excelentes manjares que tenía delante. Su té se enfrió mientras seguía cada movimiento de Elizabeth: la manera en que recogía un rizo rebelde detrás de la oreja, cómo fruncía levemente los labios al considerar qué confitura elegir, el giro gracioso de su muñeca al servirse más té. Cada gesto corriente parecía esta mañana cargado de un significado extraordinario.

—¿Quieres más café, hermano? La voz de Georgiana lo sacó de su ensimismamiento.

Darcy parpadeó, de pronto consciente de que había estado mirando fijamente a su esposa durante lo que debían de ser varios minutos. —Gracias, no —replicó, aclarándose la garganta—. Es... más que suficiente.

Los ojos de Elizabeth relucieron con una alegría contenida mientras daba un sorbo deliberado de su propia taza. El mensaje privado en su mirada era inconfundible para él

y sólo para él: era plenamente consciente de su distracción y la encontraba divertida más que incómoda. Aquella comunicación silenciosa entre ambos, todavía tan nueva y sin embargo ya tan natural, hizo que el corazón se le henchiese de dicha.

La noche anterior había sido... A Darcy le subió el calor por el cuello al recordarlo. Su anterior vacilación y torpeza habían dado paso a algo profundo y tierno. Elizabeth había acudido a él con el mismo valor y la misma sinceridad que conquistaron su corazón, transformando lo que podría haber sido un mero deber en algo sagrado. Se había despertado antes del alba y la había encontrado acurrucada a su lado, los rizos oscuros desparramados sobre su almohada, la respiración honda y sosegada. Durante varios minutos se había limitado a contemplarla dormir, aún sin dar del todo crédito a su fortuna.

—Elizabeth, tienes que probar esta mermelada —dijo Georgiana, pasándole un pequeño cuenco de cristal—. La señora Reynolds mandó prepararla con las moras del verano pasado. Está deliciosa.

—Gracias, Georgiana —respondió Elizabeth, aceptando el cuenco con una cálida sonrisa—. Confieso que esta mañana se me ha abierto bastante el apetito.

El inocente comentario hizo que los pensamientos de Darcy se precipitasen por un rumbo decididamente impropio, y se apresuró a coger su taza de café para ocultar su reacción. Cuando se atrevió a alzar la vista de nuevo, sus ojos se encontraron con los de Elizabeth, y vio que no le había pasado inadvertido el efecto de su involuntario doble sentido. Una leve dilatación de sus ojos, un apenas perceptible mordisco en el labio inferior, le dijeron que sus pensamientos habían seguido un derrotero semejante.

—Parecéis ambos de excelente humor esta mañana —observó Georgiana, mirándolos alternativamente con evidente deleite—. No recuerdo cuándo te he visto con tan buen aspecto, Fitzwilliam. El matrimonio te sienta a las mil maravillas.

Darcy estuvo a punto de atragantarse con el café. —Yo... es decir... —balbució, poco acostumbrado a resultar tan transparente, y menos aún ante su hermana menor.

—La luz de la mañana favorece especialmente hoy —intervino

Elizabeth con soltura, aunque Darcy no pasó por alto el brillo risueño de sus ojos al volverse hacia Georgiana—. ¿Tocarás después del desayuno, Georgiana? Creo que dijiste que deseabas practicar una sonata nueva, ahora que has dominado la última.

—Oh, sí —convino Georgiana de inmediato—. ¿Te importaría pasarme las páginas, Elizabeth? Valoraría mucho tu opinión sobre el tercer movimiento, que me parece el más difícil.

—Encantada —repuso Elizabeth, con una serenidad muy superior a la de Darcy—.

Aunque te prevengo: mis conocimientos musicales palidecen frente a los tuyos. Puede que sólo sea capaz de ofrecer entusiasmo, más que pericia.

Darcy se había preocupado, brevemente, por cómo se adaptaría su hermana a compartir su atención con Elizabeth, pero aquellos temores habían resultado infundados. Georgiana había florecido en presencia de Elizabeth, ganando confianza y animación con cada día que pasaba.

—Había pensado que quizá podríamos cabalgar hasta los campos del oeste esta tarde

—dijo Darcy, por fin recobrando la voz—. El administrador comentó que las mejoras en el drenaje están casi concluidas, y me gustaría inspeccionarlas. ¿Te gustaría acompañarme, Elizabeth? Las vistas desde la loma occidental son particularmente hermosas.

—Me gustaría muchísimo —respondió Elizabeth—. Aunque debo advertirte que quizá necesite instrucción adicional en equitación. Mis habilidades son más bien rudimentarias comparadas con lo que imagino que se espera de la señora de Pemberley.

Tampoco me he subido a un caballo en estos dos o tres años; me temo que puedo estar bastante oxidada.

—Tenemos varios caballos muy tranquilos y mansos, y Fitzwilliam es un profesor excelente —la aseguró Georgiana—. Él me enseñó a montar, y de niña me daban pavor los caballos.

—¿Fue paciente? —preguntó Elizabeth, con una comisura de la boca alzada en una sonrisa.

—Muchísimo —contestó Georgiana con seriedad—. Aunque puede ser

bastante exigente con la postura adecuada.

—¿Ah, sí? —la ceja de Elizabeth se arqueó con delicadeza—. Me esforzaré por merecer su aprobación, entonces.

Aquel intercambio en apariencia inocente arrastraba corrientes subterráneas que hicieron que el cuello de la camisa de Darcy se le quedase de pronto estrecho. El modo en que Elizabeth pronunció la palabra aprobación hacía pensar que recordaba sus

muchas opiniones sobre el comportamiento debido, opiniones que él había expresado con tanta grosería durante su trato anterior. Y, sin embargo, no había reproche en su broma, sólo un afectuoso divertimento por lo lejos que habían llegado.

—Tengo plena confianza en tus dotes naturales —consiguió responder, con la voz más baja de lo que pretendía.

El mayordomo entró con paso medido, llevando la correspondencia de la mañana sobre una bandeja de plata. —Ha llegado el correo, señor —anunció, presentando primero la bandeja a Darcy.

—Gracias, Porter. Darcy aceptó el fajo de correspondencia.

Darcy revisó las cartas con rapidez: varias de negocios que podían esperar, una invitación de una familia vecina que exigiría respuesta y dos misivas dirigidas a Elizabeth en manos distintas. Se las entregó de inmediato.

—Gracias —dijo Elizabeth; al ver las cartas se le iluminaron los ojos —. —¡Oh! Una es de Jane, y la otra... —examinó con cuidado la segunda carta—. —De Lydia; es la primera que recibo de ella.

Darcy advirtió el leve ceño que asomó entre las cejas de Elizabeth al mencionar a su hermana menor. Sabía que Elizabeth había estado escribiendo con diligencia a la más joven, incluyendo muchas observaciones acerca de Pemberley, pues Lydia necesitaría esa información para mantener en sus propias cartas a casa la ilusión de que estaba alojada con ellos. Georgiana incluso había tenido la amabilidad de hacer unos bocetos del exterior, de varias estancias y de algunos criados para que Lydia pudiera enriquecer sus descripciones; pero era la primera vez que Lydia se tomaba la molestia de escribir en respuesta.

—Quizá solo quiera compartir noticias —sugirió Georgiana con esperanza—.

Leicester está bastante lejos de su antiguo hogar. Puede que esté sintiendo la separación de su familia.

—Quizá —concedió Elizabeth, aunque su tono dejaba entrever escepticismo. Guardó ambas cartas en el bolsillo—. —Creo que las leeré después del desayuno.

—Por supuesto —respondió Darcy, comprendiendo su renuencia a compartir posibles inquietudes en la mesa—. —No tenemos compromisos esta mañana. Puedes leer tus cartas con calma.

Al concluir la comida, Darcy volvió a sentirse cautivado por el sencillo espectáculo de Elizabeth levantándose de la silla. La manera en que se movía, con una gracia natural y no con elegancia afectada, despertaba en él algo profundo. Cuando ella le sorprendió mirándola una vez más, le regaló una sonrisa tan genuina e íntima que pareció detenerle el mismo latido del corazón.

—¿Nos vemos en la sala de música dentro de media hora, Elizabeth? —preguntó Georgiana, encaminándose ya hacia la puerta.

—Sí, por supuesto —replicó Elizabeth, sin apartar los ojos de los de Darcy—. —Creo que me retiraré a mi saloncito para leer primero mis cartas, si os parece.

—Perfectamente —dijo Darcy, comprendiendo su invitación tácita. Se demoró un minuto o dos para que Georgiana no los viera irse juntos y no se sintiera quizá excluida.

Darcy se detuvo en el umbral del saloncito de la señora, momentáneamente suspendido por la visión de Elizabeth acurrucada en el banco de la ventana, una carta abierta entre las manos. La luz veraniega de la mañana, tamizada por los visillos, parecía crear un halo alrededor de sus oscuros rizos. Su expresión era de intensa concentración; el ceño, apenas fruncido, mientras los ojos corrían veloces por la página.

Aún no había advertido su presencia, y él vaciló en interrumpirla, saboreando la ocasión de contemplarla en un momento sin defensas. He aquí su esposa, idea todavía tan nueva y, sin embargo, ya tan esencial para Pemberley como sus piedras seculares y sus praderas verdísimas.

Carraspeó suavemente, y Elizabeth alzó la vista; su gesto serio se deshizo en una sonrisa que nunca dejaba de acelerarle el pulso.

—Perdóname —dijo, entrando en la estancia—. —No pretendía interrumpir tu concentración.

—En absoluto —respondió ella, haciéndose a un lado para dejarle sitio en el banco de la ventana—. —Acabo de terminar la carta de Lydia. Es… sorprendente.

Darcy se sentó a su lado, lo bastante cerca como para sentir el calor de su presencia.

—¿Sorprendente? ¿En qué sentido?

Elizabeth le tendió la carta.

—Léela tú mismo. Apenas reconozco la mano de mi hermana en estos sentimientos.

Darcy aceptó las páginas con cierta aprensión. Sus tratos con Lydia Bennet habían sido limitados y, en su mayor parte, desagradables. La temeridad de la muchacha había estado a punto de arruinar a su familia y le había exigido a él un gasto considerable y no poco esfuerzo para rescatar la situación, aunque, bien mirado, debía estar agradecido… Sin el desastre que Lydia provocó, dudaba que ahora estuviese casado con Elizabeth.

La carta que tenía entre las manos guardaba poca semejanza con el billete voluble que había medio esperado:

Queridísima Lizzy:

Espero que esta carta te encuentre bien instalada en Pemberley. Leicester es bastante agradable, ¡aunque no tan grandioso como tu nuevo hogar! A juzgar por los dibujos de la señorita Darcy —por los que te ruego le des las gracias en mi nombre—, parece imponente; ya me han sido de provecho, pues Kitty me ha escrito varias veces suplicándome detalles que no podría proporcionar sin ellos. Confieso que estaría demasiado asustada como para siquiera pensar en ser la señora de una finca tan imponente, pero no dudo que tú la administras admirablemente, como todo lo que haces.

La señora Wilkins es todo cuanto el señor y la señorita Darcy dijeron de ella, la misma bondad, y tiene un número sorprendente de amigos y vecinos que me han recibido con mucha cordialidad.

Me descubro agradecida por su instrucción en materias de decoro. Confieso, querida hermana, que empiezo a comprender ahora muchas de las advertencias que tú y Jane intentasteis inculcarme y que yo desoí tan a

la ligera. He sido para ti una dura prueba, me temo, pero estoy resuelta a enmendarme, ahora que sé mejor.

Te ruego transmitas mis respetos al señor Darcy y a tu nueva hermana. La señora Wilkins te envía también sus mejores deseos.

Tu hermana que te quiere,

Lydia

Darcy alzó la vista de la carta, sinceramente asombrado.

—Esto sí que es sorprendente. Hay aquí una madurez que no habría esperado.

—Justamente —convino Elizabeth, recuperando la carta y doblándola con cuidado—.

Había temido... bueno, que pudiera volverse aún más imprudente y necia después de todo lo sucedido. En cambio, parece que la adversidad ha despertado en ella un sentido

de la responsabilidad que nunca le había visto. ¡Hasta esta carta es de una discreción absoluta!

—¿Y qué hay de tu hermana Jane? —preguntó, al reparar en la segunda carta aún sin abrir en el regazo de Elizabeth—. ¿También te ha escrito?

—Sí —respondió Elizabeth, rompiendo el lacre de la segunda carta—. Confieso que estoy deseosa de noticias de Longbourn. Parece que ha pasado una eternidad desde que nos hemos ido, aunque apenas ha transcurrido una quincena.

Cuando Elizabeth empezó a leer, Darcy observó el juego de emociones que cruzaba su expresivo semblante: las sonrisas daban paso a la preocupación y, luego, a una melancolía anhelante que le hizo desear consolarla. Cuando ella alzó la vista, tenía los ojos brillantes de lágrimas no derramadas.

—Jane está bien —dijo, esforzándose claramente por sonar alegre—, pero temo que está sola, aunque nunca admitiría abiertamente tal sentimiento.

—¿Puedo? —preguntó Darcy, señalando la carta.

Elizabeth dudó solo un instante antes de entregársela. —No hay nada

privado, y valoro tu parecer.

Darcy aceptó la carta, conmovido por su confianza. La letra elegante de Jane llenaba varias páginas:

Mi queridísima Lizzy,

Tu carta me dio tal alegría que la he leído tres veces. Pemberley se me antoja tan magnífico como mereces, y me complace muchísimo saber que te estás asentando bien en tu nuevo papel. La señorita Darcy resultó de lo más encantadora, y me alegra que hayas hallado tan cálida acogida en tu nuevo hogar.

Todo sigue como de costumbre en Longbourn, aunque se nota vivamente tu ausencia. Mamá habla a diario de tu buena fortuna, pero se ha mostrado notablemente más compuesta desde tu boda. Tener a una hija —tan ventajosamente casada—, como ella dice, parece haber aliviado muchas de sus antiguas inquietudes.

Te sorprenderían mucho los cambios en Mary y Kitty. Sin la influencia de Lydia, Kitty se ha vuelto casi sosegada. Pasa las mañanas practicando el pianoforte y su bordado, y las tardes dibujando o leyendo —literatura edificante— que Mary le recomienda. Han formado toda una

alianza. Mary parece menos inclinada a moralizar ahora que tiene en Kitty una oyente dispuesta, y Kitty parece sinceramente interesada en perfeccionar sus habilidades.

Papá ha salido de su biblioteca con más frecuencia últimamente. Creo que echa terriblemente de menos tu conversación, aunque nunca lo diría. Ha empezado a preguntarle a Mary por sus lecturas, lo que la complace enormemente. Kitty incluso le ha pedido que la ayude a mejorar su francés y se han sentado juntos a practicar. No creo que ahora reconocieras las tardes en Longbourn.

Los Lucas acuden con frecuencia, y Charlotte escribe que espera visitar a su familia en julio.

Estoy deseando verla... en su última carta dejó entrever algo que me hace sospechar que quizá tenga noticias que compartir que no agradarán a Mamá, pero sé que a ti te alegrarán.

Por mi parte, me mantengo ocupada con asuntos de la casa y visitas a amigos y arrendatarios.

El invierno ha sido en su mayor parte muy agradable y soleado, por lo cual

estamos todos agradecidos. El jardín florece con gran hermosura y me descubro pasando allí mucho tiempo; pronto tendremos una preciosa cosecha de lavanda para jabones y perfumes. El muguete también se da bien este año y he hecho unos arreglos muy bonitos con él y con las lilas y peonías para alegrar la casa.

Espero que me vuelvas a escribir cuando el tiempo te lo permita. Atesoro cada detalle de tu nueva vida y me consuela saber que te hallas tan felizmente situada.

Tu hermana más afectuosa,

Jane

Darcy dobló la carta con cuidado, comprendiendo la preocupación de Elizabeth.

Aunque las palabras de Jane eran uniformemente alegres, había un trasfondo de soledad imposible de pasar por alto. La minuciosa atención al arreglo floral y las múltiples lecturas de la carta de Elizabeth hablaban de horas vacías y de cierta aislamiento.

—No menciona al señor Bingley —observó en voz baja.

Elizabeth negó con la cabeza. —No, no lo haría. Jane jamás se quejaría, ni siquiera conmigo.

El peso de su antigua injerencia en la relación de Jane y Bingley se posó con incomodidad sobre los hombros de Darcy. Aunque había confesado sus actos a Elizabeth antes de su matrimonio y ella le había perdonado, seguía siendo

dolorosamente consciente de su responsabilidad en la separación de dos personas que quizá, de otro modo, habrían encontrado la felicidad juntos.

—Creo que te echa muchísimo de menos —dijo, devolviéndole la carta.

—Sí —convino Elizabeth—. No me arrepiento de mi elección —añadió apresuradamente, buscando su mano—, pero no puedo evitar sentir que la he dejado un poco abandonada.

—Tu lealtad hacia tu familia te honra —dijo Darcy, apretándole los dedos con suavidad—. Nunca desearía apartarte de aquellos a quienes amas.

La sonrisa de Elizabeth fue tierna. —No lo has hecho. Estoy exactamente donde deseo estar. —Bajó la mirada hacia las cartas en su regazo—. No es más que el ajuste natural del matrimonio, supongo. No se pueden mantener todos los vínculos anteriores exactamente como eran.

Darcy estudió su rostro, impresionado de nuevo por su extraordinaria mezcla de sensibilidad y sentido práctico. A pesar de las manías y defectillos de su familia, que en otro tiempo tanto le habían disgustado, el firme afecto de Elizabeth por los suyos revelaba una profundidad de carácter que había llegado a atesorar. Su capacidad para reconocer sus defectos sin que menguara su amor era una cualidad que él aspiraba a imitar.

—Parece que tus hermanas menores prosperan en tu ausencia —observó—. Que Mary y Kitty formen una alianza es inesperado, pero quizá beneficioso para ambas.

—Desde luego —rió en voz baja Elizabeth—. Apenas puedo imaginar a Kitty leyendo de buen grado —literatura edificante—, como dice Jane. ¿Y que Mary relaje su afán de sermonear? Los prodigios no se acaban nunca.

—Y tu madre parece más tranquila.

—Sí, habiendo colocado a una hija en un matrimonio que considera ventajoso, imagino que Mamá puede ahora concentrar sus energías en las demás —el tono de Elizabeth era irónico, pero afectuoso—. Me temo que la pobre Jane tendrá que soportar la mayor parte.

Darcy asintió, pensando en su propia hermana y en lo distintas que eran sus circunstancias de las de las señoritas Bennet. Georgiana tendría su temporada de presentación en sociedad con todas las ventajas de la riqueza y las relaciones, mientras

que las hermanas Bennet dependían en gran medida de sus encantos personales y de cuanto su padre pudiera proporcionar.

—Tu padre debe sentir tu ausencia de forma especial —dijo—; sé que valoraba tu conversación por encima de todas.

—En efecto —confirmó Elizabeth, y una sombra le cruzó el rostro—. —A veces me preocupa. Se refugia en su biblioteca en lugar de afrontar las realidades de administrar su hacienda o de guiar a las hijas que le quedan. Jane hará cuanto pueda, pero carece de mi disposición a desafiarle cuando es preciso. Me alegra que esté

intentando forjar un vínculo mejor con Mary y Kitty, al menos; eso consuela.

Darcy meditó sobre ello. La negligencia del señor Bennet respecto a sus responsabilidades había sido durante mucho tiempo motivo de desaprobación privada; sin embargo, ahora comprendía mejor el afecto complejo que Elizabeth mantenía por su imperfecto padre. Era una valiosa lección sobre los matices de la lealtad familiar, una que haría bien en recordar.

—Quizá podríamos invitar a todos a visitar Pemberley el verano próximo, cuando regresemos de Londres —sugirió, sorprendiéndose a sí mismo con la oferta—. —Este año es imposible, desde luego, hasta que se resuelva la situación de Lydia, pero el próximo...

El rostro de Elizabeth se iluminó con un placer sincero. —¿De veras? ¿No te importaría?

—Son tu familia —dijo sin más—. —Y, por tanto, ahora también la mía.

La radiante sonrisa que le dedicó le confirmó que había hablado bien, aunque la perspectiva de hospedar a la señora Bennet en Pemberley no estaba exenta de inquietudes. Sin embargo, por la felicidad de Elizabeth, soportaría molestias mucho peores que las efusiones de su madre.

—Gracias —dijo en voz baja, alzando la mano para tocarle la mejilla —. —Sigues sorprendiéndome, señor Darcy.

—Me esforzaré por seguir haciéndolo durante muchos años, señora Darcy —replicó, cubriéndole la mano con la suya.

Aunque Elizabeth parecía complacida con su sugerencia, Darcy advirtió el leve ceño entre sus cejas y reconoció en él un sentimiento que no había previsto: culpa. Recordó

con dolorosa claridad su propio papel en separar a las hermanas Bennet, no sólo por el matrimonio, sino por su anterior injerencia en el afecto entre Jane y Bingley. El peso de ese conocimiento volvió a oprimirle, exigiendo reconocimiento y, quizá, reparación.

—Estás preocupada —aventuró; no era una pregunta, sino una suave observación.

Elizabeth alzó la vista de una segunda lectura de la carta de Jane; su

expresión se aclaró en un intento de jovialidad que no llegó del todo a sus ojos. —No exactamente preocupada. Sólo pensativa.

—Por Jane —apremió, decidido a no permitir que encubriera sus sentimientos sólo para tranquilizarle.

Un leve suspiro se le escapó de los labios. —¿Se nota tanto? Me siento un tanto egoísta por haber perseguido mi propia dicha con tanta prontitud cuando ella... Se interrumpió.

—Cuando ella sigue en Longbourn, separada del hombre al que quiere —concluyó Darcy por ella. Las palabras le supieron amargas, pues no podía olvidar su complicidad en esa separación.

—Sí —admitió Elizabeth—. Aunque nunca me reprocharía nada, ni yo querría echar sombra alguna sobre nuestra propia dicha. Es sólo que Jane siempre ha sido quien se sacrificaba por los demás. Merece ser feliz.

Darcy asintió, con la culpa retorciéndosele en el pecho. Aunque había confesado a Elizabeth su injerencia en el afecto de Bingley por Jane, la plena medida de su manipulación seguía siendo una vergüenza privada. No sólo había aconsejado a su amigo en contra del enlace; había ocultado activamente a Bingley la presencia de Jane en Londres, en connivencia con Caroline Bingley para lograrlo.

—He pensado a menudo en mis actos respecto a tu hermana y Bingley —dijo con cautela—. —Mi arrepentimiento es profundo, no sólo por el dolor que causé, sino por la presunción que hubo detrás de mi intromisión.

—Actuaste conforme a lo que entendías entonces. Ya lo hemos hablado y te he perdonado.

—Tu generosidad excede lo que merezco —repuso—. —Y, sin embargo, no puedo evitar sentirme responsable de la actual soledad de Jane.

—Al fin y al cabo, Bingley tomó su propia decisión —le recordó Elizabeth con dulzura.

—Tras una considerable presión por mi parte —replicó Darcy—. —Puede que haya rectificado mi opinión sobre el enlace y haya dejado de desalentar activamente la unión, pero aún no he hecho la debida reparación.

—¿Qué estás sugiriendo, Fitzwilliam?

El uso de su nombre de pila, aún lo bastante infrecuente como para provocarle un aleteo de placer, lo distrajo momentáneamente del cariz serio de su conversación. Le ahorró responder de inmediato la entrada de la señora Reynolds.

—Perdonen la interrupción, señor, señora —dijo el ama de llaves con una reverencia respetuosa—. —La señorita Darcy pregunta si desean acompañarla en el salón de música.

—Por supuesto —respondió Elizabeth, incorporándose con gracia—. —Por favor, dígale que iremos enseguida.

Cuando la señora Reynolds se retiró, Darcy ofreció el brazo a Elizabeth. —¿Seguimos con nuestra conversación más tarde? —preguntó en voz baja.

—Si lo deseas —repuso, aunque su mirada curiosa sugería que no estaba del todo satisfecha con el aplazamiento.

Encontraron a Georgiana ya sentada al pianoforte; sus dedos esbeltos se movían con destreza por los compases iniciales de una sonata de Mozart. Al verlos entrar, alzó la vista y se le iluminó el rostro.

—¡Elizabeth! Esperaba que vinieras. ¿Me pasarás las páginas? Esta siguiente sección es bastante complicada.

Mientras las dos mujeres inclinaban la cabeza sobre la partitura, rizos oscuros junto a cabellos claros, a Darcy le impresionó el cuadro que ofrecían. Su hermana, antaño tan tímida y reservada, ahora visiblemente a gusto en presencia de Elizabeth; su esposa, extendiendo a Georgiana la misma cordialidad genuina que dispensaba a sus propias hermanas. Aquella visión le removió algo hondo, una sensación de acierto que trascendía su anterior incomodidad, y se sentó en silencio, satisfecho con el placer que le proporcionaban la vista y el sonido de su ejecución.

La música fluyó por la estancia; los dedos expertos de Georgiana arrancaban las armonías complejas con creciente confianza. Cuando la pieza concluyó, los elogios entusiastas de Elizabeth tiñeron las mejillas de su hermana con un rubor muy favorecedor.

—¿Te ha gustado leer tus cartas? —preguntó Georgiana, visiblemente deseosa de que Elizabeth tuviera buenas noticias—. ¿Todo está bien?

—Lydia envía sus elogios y las gracias por tus bocetos. Y Jane... está —contenta—.

Darcy hizo una ligera mueca al pensar que —contenta— era lo mejor que podían atribuir a los sentimientos de Jane.

—Me gustaría conocer mejor a tus hermanas, especialmente a Jane —replicó Georgiana—. Fue tan amable conmigo, preguntándome por mis estudios y mostrando un interés sincero en mis respuestas.

—Esa es Jane, exactamente —convino Elizabeth, con un leve tinte de añoranza en la voz—. Siempre pendiente del bienestar ajeno antes que del propio.

Darcy, que se había contentado con observar su intercambio, se sintió impelido a hablar.—Estaba pensando antes en lo distinto que debe de parecerte Pemberley tras la animación de Longbourn. Debes de echar de menos la compañía de tu familia, en particular la de tus hermanas.

Elizabeth alzó la vista, la sorpresa evidente en su expresión.—Sí; aunque la compensación de mi situación actual más que equilibra la balanza.

—Aun así —insistió, mientras la idea que se iba formando en su mente tomaba contornos más nítidos—, parece un infortunio particular que tú y Jane estéis separadas tan poco después de tu boda, sobre todo dada su situación solitaria en este momento.

Georgiana los miró a uno y otro con curiosidad.—¿No se encuentra bien Jane?

—No en cuanto a la salud —aclaró Elizabeth—. Pero creo que puede sentirse algo sola. Jane y yo siempre hemos estado particularmente unidas.

—Me gustó muchísimo cuando nos conocimos —aportó Georgiana—. Tiene un trato tan dulce, y habló con tanta benevolencia de todos.

Darcy advirtió la calidez genuina en la voz de su hermana.—Estaba considerando —

dijo, dirigiéndose a Elizabeth pero incluyendo a Georgiana con la mirada— si, cuando viajemos a Londres para la Temporada del nuevo año, podríamos invitar a tu hermana a acompañarnos.

Los ojos de Elizabeth se agrandaron.—¿A Londres?

—Para la presentación en sociedad de Georgiana —explicó Darcy—. Habíamos pensado abrir la casa de los Darcy en la ciudad para la Temporada. La compañía de tu hermana podría hacerte más llevadero el cambio, y desde luego sería bienvenida. —Se volvió hacia Georgiana—. ¿Te parecería bien tal arreglo?

El rostro de Georgiana se iluminó con un entusiasmo genuino.—¡Oh, sí! Me gustaría muchísimo. Confieso que estoy algo inquieta por mi presentación, y contar con Elizabeth y con su hermana para guiarme me daría un gran consuelo. —Se volvió hacia Elizabeth con impaciencia—. ¿Crees que vendría?

Elizabeth pareció momentáneamente sin palabras, con los ojos sospechosamente brillantes.—Yo... creo que sí, que podría.

—Entonces, queda decidido —declaró Darcy, complacido por la pronta aceptación del plan por parte de su hermana—. Le escribiremos de inmediato, extendiéndole la invitación.

Lo que no dijo, aunque sospechaba que Elizabeth lo comprendía, era que Bingley estaría sin duda en Londres durante la Temporada. Su amigo mantenía allí una casa y participaba con regularidad en los eventos de sociedad. La oportunidad de que Jane y Bingley se reencontrasen, esta vez sin su injerencia, bien podría conducir a la renovación de su afecto.

—Fitzwilliam —dijo Elizabeth en voz baja, usando adrede su nombre de pila—, esto es sumamente atento por tu parte.

La gratitud en sus ojos le conmovió profundamente. Era tan poca cosa ofrecerlo y, sin embargo, evidentemente significaba mucho para ella. Que su felicidad estuviese tan estrechamente ligada al bienestar de su hermana hablaba de la hondura de su devoción familiar, cualidad que él en otro tiempo había desdeñado y que ahora valoraba enormemente.

—Escribiré a Jane inmediatamente después del almuerzo —prosiguió Elizabeth, volviéndose de nuevo hacia Georgiana—. ¿Querrías añadir unas líneas de tu propia mano? Sé que a Jane le agradaría mucho

saber de ti directamente.

—Me gustaría mucho —convino Georgiana, superada por un momento su natural timidez por un entusiasmo genuino—. ¿Quizá podría describir algunos de los conciertos y exposiciones a los que pensamos asistir? Jane mencionó su interés por el arte cuando hablamos en tu boda.

—Una sugerencia excelente —aprobó Elizabeth.

Mientras ambas proseguían su conversación, Darcy observó con satisfacción la facilidad del trato entre ellas. Georgiana siempre había sido dolorosamente reservada con los extraños y, sin embargo, con Elizabeth no mostraba su habitual retraimiento. Y

ahora hablaba de Jane con una calidez similar. Su decisión de invitar a Jane a Londres ya estaba dando frutos, estrechando los vínculos entre Elizabeth y su hermana incluso antes de la llegada de Jane.

Sonó a lo lejos una campana que anunciaba que en breve se serviría el almuerzo.

Georgiana se levantó a regañadientes, diciendo que debía excusarse para arreglarse, pero que deseaba continuar la conversación durante el almuerzo.

Al quedarse a solas con Elizabeth, Darcy cobró de pronto conciencia de su cercanía.

Ella permanecía sentada al pianoforte, con los dedos posados levemente sobre las teclas sin arrancar sonido, el gesto pensativo.

—Gracias —dijo sencillamente, alzando la vista hacia él.

—No hay por qué —replicó él, sentándose a su lado en el banquillo—. Tu felicidad es esencial para la mía.

La sonrisa de Elizabeth tenía una calidez que le cortó la respiración. —No es solo la invitación a Jane, aunque eso es desde luego generoso. Es tu comprensión de lo que ella significa para mí y tu disposición a remediar una situación que bien podrías haber pasado por alto.

—Ya he causado suficiente dolor por orgullo e intromisión —dijo en voz baja—. Si puedo enmendar, aunque sea en pequeña medida, con este gesto, es lo menos que puedo hacer.

—Para mí no es poca cosa —replicó, tomando su mano—. Representa todo lo que he llegado a apreciar en ti, Fitzwilliam: tu capacidad de crecer, tu determinación de corregir los agravios que percibes, tu consideración por aquellos a quienes quieres.

Sus palabras se posaron sobre él como una bendición, curando heridas que no había advertido que aún dolían. Saber que ella le veía con tanta claridad, que comprendía sus defectos y, aun así, le quería, lo dejó completamente humilde.

—Elizabeth —murmuró, bajando instintivamente la voz a pesar de la estancia vacía.

La manera en que le miró entonces, con los ojos luminosos de emoción, le hizo pensar seriamente en cogerla de la mano y conducirla escaleras arriba hasta sus aposentos. Los asuntos del día bien podían esperar; la finca se había apañado sin su vigilancia constante durante siglos. Pero la corrección y su propio sentido del deber intervinieron.

Ya habría tiempo para tales indulgencias más tarde, cuando hubiesen quedado cumplidas las obligaciones del día.

Como si leyera sus pensamientos, un rubor subió a las mejillas de Elizabeth. —Quizá debiéramos unirnos a Georgiana para el almuerzo —sugirió, aunque su voz llevaba una nota de reticencia que igualaba exactamente los sentimientos de él.

—Una sugerencia sensata —convino, levantándose y ofreciéndole la mano para ayudarla—. Aunque descubro que, por el momento, mi apetito no es principalmente de comida.

Su risa, baja e íntima, confirmó que lo había comprendido a la perfección. —La paciencia, señor Darcy, se supone que es una virtud.

—Una que me resulta cada vez más difícil cultivar en tu presencia, señora Darcy —

replicó, complacido por el color subido de sus mejillas.

Mientras se dirigían al comedor, Darcy reflexionó que el matrimonio con Elizabeth estaba resultando aún más transformador de lo que había imaginado. Ella le desafiaba, le sostenía y le inspiraba a convertirse en una versión mejor de sí mismo. El camino no sería siempre llano, en particular mientras afrontaban la integración de sus familias, tan distintas, pero cada vez estaba más seguro de que, juntos,

podrían hacer frente a cualquiera de las dificultades que se presentasen.

Por ahora, se daría por satisfecho con saber que él había traído esa luz particular a sus ojos y, más tarde, cuando volviesen a estar a solas, descubriría qué otras respuestas podría provocar en su brillante y hermosa esposa.

Capítulo Siete

EL SONIDO DE RISAS, mezclado con notas de pianoforte, se deslizaba por la quietud matinal de los pasillos de Pemberley. Darcy se detuvo a medio paso, momentáneamente olvidada la carta que tenía en la mano. La risa de su hermana no era un sonido que se oyera a menudo entre aquellas paredes y, en los últimos meses, se había vuelto aún más rara. Pero desde la llegada de Elizabeth, la apacible compostura de Georgiana había empezado a dar paso a algo mucho más vivo.

La correspondencia de su administrador podía esperar. Aquellos fugaces momentos de felicidad de Georgiana eran mucho más valiosos que los informes sobre mejoras de los arrendatarios o las cuentas trimestrales. En los meses posteriores al asunto de Ramsgate, había visto a su hermana replegarse cada vez más en sí misma, su natural timidez cristalizando en algo más inquietante. Incluso su amada música se había convertido en una ocupación solitaria, practicada con perfección técnica pero con poca alegría.

Hasta Elizabeth.

Darcy se acercó a la puerta entreabierta con pasos sigilosos, sin querer anunciar su presencia y arriesgarse a romper el delicado hechizo que parecía haberse apoderado de la sala de música. El sol de la mañana entraba a raudales por los altos ventanales, bañando la estancia con una luz dorada que bruñía los oscuros rizos de Elizabeth mientras se sentaba junto a Georgiana al pianoforte. Tenían las cabezas inclinadas sobre la partitura, los hombros casi rozándose, cuatro manos suspensas sobre las teclas.

—Ahora, probemos una vez más —decía Elizabeth, con una voz cálida, más de aliento que de instrucción—. Y si volvemos a tropezar, lo declararemos sin más una interpretación artística.

La sonrisa que le respondió transformó por completo el semblante de Georgiana.

Darcy contempló, embelesado, cómo los rasgos de su hermana se relajaban en una expresión de auténtico placer. Parecía más joven, libre del peso de las expectativas y de los errores pasados que sabía que arrastraba.

—Me temo que mis interpretaciones artísticas pondrán a prueba incluso tu generosa naturaleza, hermana —repuso Georgiana, con un atisbo de autocrítica que, sin embargo, era distinto de su habitual inseguridad. Había en ello un juego que Darcy no oía desde hacía demasiado tiempo.

—Tonterías. El propio Mozart quedaría prendado de tu manera de tocar —declaró Elizabeth—. Aunque quizá se escandalizase un poco por nuestro tempo. ¿Empezamos?

Comenzaron el dúo, una pieza animada que exigía tanto precisión como coordinación. Darcy observó el contraste de sus estilos: la ejecución técnicamente impecable de Georgiana, complementada por la interpretación vivaz de Elizabeth. Su prometida tocaba con sentimiento antes que con estricta sujeción a la notación, y sus dedos danzaban sobre las teclas con una imprecisión confiada que, de algún modo, realzaba la pieza en vez de desmerecerla.

Lo que más le impresionó, sin embargo, fue lo atentamente que Georgiana observaba a Elizabeth por el rabillo del ojo. No con la ansiedad de quien teme equivocarse, sino con fascinación, como si estudiara un enfoque nuevo e intrigante de un arte que antes había considerado en una sola dimensión.

Cuando llegaron a un pasaje especialmente difícil, los dedos de

Elizabeth vacilaron levemente y dejó escapar una pequeña exclamación teatral. —Ay, cielos, me temo que nos he desviado.

En lugar de retraerse, como habría hecho hacía apenas unas semanas, Georgiana soltó una risita. —¿Quizá debamos declarar también eso una interpretación artística?

—Sin la menor duda —convino Elizabeth con fingida seriedad—. De hecho, me parece una mejora. Mozart era demasiado predecible en este pasaje.

Se echaron a reír juntas, y el normalmente contenido semblante de Georgiana se iluminó de alegría. El sonido llenó la estancia de techos altos, y Darcy sintió que algo se

ensanchaba en su pecho en respuesta. ¿Cuánto tiempo había esperado para ver así a su hermana? ¿Cuántas horas había pasado pensando en qué podría devolverle el ánimo tras la cruel manipulación de Wickham?

La respuesta, por lo visto, había sido Elizabeth. Ni su riqueza, ni la grandeza de Pemberley, ni siquiera su propia entrega habían logrado lo que esta mujer había conseguido en apenas unos días. Sabía que Elizabeth le haría feliz, pero no había previsto del todo hasta qué punto su presencia transformaría toda su casa.

Como si percibiera sus pensamientos, Elizabeth alzó la vista y atrapó su mirada. Por un momento, se contemplaron sin decir nada a través de la estancia inundada de sol, y Darcy se asombró de cómo se le suavizaba el gesto al verle. Aquella mirada, tan cálida, íntima y suavemente burlona, era aún lo bastante nueva como para cogerle desprevenido, aunque había pasado ya casi una semana desde que habían llegado a su nuevo entendimiento y habían empezado a compartir dormitorio.

—Señor Darcy —llamó, rompiendo el hechizo—, ¿cuánto tiempo llevas merodeando en los umbrales, señor? ¿Es este un hábito que debemos corregir?

Georgiana se volvió, sorprendida por su presencia, pero la sorpresa dio pronto paso a una sonrisa. No había tensión en su postura, ni miradas ansiosas entre su hermano y su nueva amiga.

—Perdonad la intromisión —dijo, entrando del todo en la estancia—. Simplemente estaba apreciando la superior destreza musical.

—¿Incluso las interpretaciones artísticas? —replicó Elizabeth, con los ojos chispeantes de picardía.

Darcy sintió la conocida tirantez que a menudo le aquejaba en situaciones sociales: el instinto de mantener la debida dignidad, de responder con corrección formal. Pero en la mirada de Elizabeth había tanto desafío como afecto, y se descubrió deseando salir a su encuentro.

—Especialmente esas —respondió, permitiendo que una leve sonrisa le curvase los labios—. Aunque confieso que no soy ninguna autoridad en música. Me temo que mis elogios pueden estar algo sesgados en lo que respecta a las intérpretes.

Los ojos de Elizabeth se abrieron un punto, claramente complacida por su disposición a entrar en su broma ligera. —¿Parcialidad en la apreciación musical? ¡Qué

desvergüenza, señor Darcy! Y yo que te creía un hombre de la más estricta imparcialidad.

—Me temo que mi reputación de imparcialidad ha sido muy exagerada —dijo, adentrándose más en la sala—. Estoy descubriendo una marcada predilección por cierta compañía que tiñe por completo mi juicio.

—¿Te unes a nosotras, hermano? —preguntó Georgiana—. Elizabeth me está enseñando este dúo nuevo; quizá te apetezca probar.

—¡No sabía que tocabas, Fitzwilliam! —exclamó Elizabeth—. ¿Qué otras habilidades has estado ocultándome?

—No he tocado en años —dijo con una risita—. Temo que mis esfuerzos inspiren más risas que admiración.

—Mucho mejor —declaró Elizabeth—. Una mañana sin risas apenas merece ser tenida en cuenta. Ven, Mr. Darcy, muéstranos si tus dedos son tan ágiles como tu ingenio.

Georgiana estaba mirando fijamente a Darcy con una expresión que él no había visto en años, una mezcla de asombro y deleite que por un momento lo transportó a su infancia, antes de que las expectativas de la sociedad y la traición de Wickham le hubieran enseñado la cautela. Se le ocurrió que su hermana rara vez, si es que alguna vez, lo había visto entregado a chanzas tan desenfadadas. ¿Había sido de veras tan solemne en su presencia todos esos años? El pensamiento no le resultó

cómodo.

—Hermano, no creo haberte oído jamás admitir falta de destreza en nada —dijo Georgiana, con un matiz de asombro en la voz. Miró rápidamente a Elizabeth, como si buscara confirmación de que semejante prodigio estaba ocurriendo de veras.

Elizabeth, al percibir su desconcierto, se inclinó hacia delante en confidencia. —

Georgiana, debo informarte de que tu hermano te ha estado ocultando su verdadera naturaleza con suma crueldad. Pues en Hertfordshire confesó ser un mal bailarín, contra toda evidencia.

—¿De veras lo hizo? Los ojos de Georgiana se agrandaron, y su mirada iba de uno a otro con creciente animación.

—Me limité a reconocer que me falta esa conversación fácil que hace a uno verdaderamente diestro en un salón de baile —protestó Darcy, aunque sin la actitud defensiva que antaño habría acompañado tal afirmación.

—Y, sin embargo, bailaste conmigo en Netherfield —replicó Elizabeth —, pese al peligro de mis inferiores conexiones y a tu propia renuencia a recomendarte ante los extraños.

Georgiana dejó escapar un leve jadeo ante la franqueza de Elizabeth, pero en su expresión había fascinación más que sobresalto. Darcy observó cómo su hermana se inclinaba un poco hacia delante, claramente interesada en aquel atisbo revelador de su cortejo.

—Te aseguro —prosiguió Elizabeth, atrayendo deliberadamente a Georgiana más a su intercambio— que la transformación de tu hermano no ha sido menos que extraordinaria. Cuando nos conocimos por primera vez, me juzgó apenas tolerable y, desde luego, no lo bastante hermosa para tentarle.

—¡Hermano! —exclamó Georgiana, horrorizada, olvidando por un instante su habitual reserva—. ¡No lo hiciste!

Darcy sintió que un calor le subía por el cuello que nada tenía que ver con el sol de la mañana que entraba a raudales por las ventanas. —Mi recuerdo de aquella velada en particular es algo menos preciso que el de Elizabeth.

—Oh, te aseguro, señor, que mi recuerdo es impecable —replicó

Elizabeth, con los ojos chispeándole de picardía—. Creo que esas fueron tus palabras exactas. Aunque, en justicia, no sabías que podía oírte.

—Qué mortificante —murmuró Georgiana, aunque los labios le temblaban con la risa contenida.

—En efecto —convino Elizabeth con solemnidad—. Estaba bien decidida a detestarlo por completo después de semejante desaire.

Darcy observó con callada admiración cómo Elizabeth modulaba su manera de animar a Georgiana a participar sin abrumarla. Hacía preguntas que invitaban a responder, no a obedecer, permitía silencios cómodos cuando era preciso y mantenía una calidez que poco a poco sacaba a su hermana de su caparazón.

—Y, sin embargo, aquí estás —dijo Georgiana, con una audacia inesperada—, de modo que debo suponer que mi hermano revisó su opinión sobre tu hermosura y halló algún modo de redimirse.

La risa de Elizabeth llenó la estancia, luminosa y sin cortapisas. —Lo hizo, aunque el camino no estuvo exento de complicaciones. Quizá algún día te contemos el relato completo.

—Me gustaría muchísimo —replicó Georgiana, y a Darcy le llamó la atención la curiosidad genuina de su voz.

Por un instante, vislumbró a la niña que había sido a los diez años, antes de que la muerte de su padre la dejara únicamente a su cuidado. Qué ansiosa era entonces, llena de preguntas sobre todo, desde la astronomía hasta la poesía, su natural reserva equilibrada por un deseo insaciable de comprender el mundo. Aquel espíritu curioso casi se había extinguido tras Ramsgate, sustituido por una cautela recelosa que le dolía ver.

Pero ahora, al verla inclinarse hacia Elizabeth con interés abierto, Darcy percibió destellos de su antiguo yo asomando. Era como si Elizabeth hubiera encontrado de algún modo la llave para abrir partes de Georgiana que habían quedado selladas, incluso para él.

—Hermana, no debes creer todo lo que dice Elizabeth —dijo, intentando mantener el gesto serio—. Es bien capaz de exagerar por puro efecto dramático.

—Sólo cuando la historia lo merece —protestó Elizabeth, y sus ojos se encontraron con los de él con una comprensión tan íntima que, por un

momento, se le cortó la respiración.

Georgiana los miró alternativamente, observando su intercambio con una nueva lucidez. —Creo —dijo con cuidado— que me gustaría muchísimo oír ambas versiones de los hechos.

—Una solución diplomática digna de nuestro primo el coronel —observó Darcy, gratamente sorprendido por su afirmación. Elizabeth había conseguido lo que institutrices, maestros y su propio esmerado celo no habían logrado: hacer que Georgiana se sintiera lo bastante segura como para empezar a asomar desde detrás de sus barreras protectoras.

—Quizá podamos continuar nuestros empeños musicales después del almuerzo —

sugirió entonces Elizabeth, recogiendo las partituras en un montón pulcro—. Me temo que he acaparado vuestro tiempo de práctica con bastante desvergüenza.

—En absoluto —le aseguró Georgiana rápidamente—. Lo he disfrutado enormemente.

—Y yo también —dijo Elizabeth, con una sonrisa cálida y sincera—. Aunque sostengo que la aportación de tu hermano habría elevado mucho nuestra interpretación, y un día de estos *habremos de* persuadirle para que se nos una.

—Si por —elevar— entiendes —dejarla casi irreconocible—, entonces no puedo sino estar de acuerdo —replicó Darcy con sequedad.

Esto provocó otra carcajada de ambas mujeres, cuyo sonido se armonizó tan bellamente como cualquier dúo que pudieran haber interpretado. Darcy se descubrió sonriendo en respuesta, incapaz de mantener ni siquiera el amago de dignidad ante su alegría compartida.

El momento cristalizó una certeza que se venía formando desde la llegada de Elizabeth a Pemberley: su hogar ancestral, por toda su grandeza e historia, nunca le había parecido verdaderamente completo hasta ahora. Siempre había habido en la gran casa una quietud que él había confundido con el debido orden, un silencio que había interpretado como digno en lugar de vacío. La presencia de Elizabeth lo había cambiado todo.

—Creo que Mrs. Reynolds mencionó que hoy se serviría el almuerzo en el comedor pequeño —dijo Darcy, ofreciéndole el brazo a Elizabeth

mientras Georgiana recogía sus libros de música—. Quizá después podamos mostrarle a Miss Elizabeth algo más de los jardines.

—Oh, sí —convino Georgiana con un entusiasmo inesperado—. Las rosas están especialmente hermosas este año. Las rosas blancas de nuestra madre ya están en flor.

Elizabeth aceptó su brazo, con la mano posada levemente sobre la manga en un gesto que, pese a su corrección, le envió una corriente de calor. —Me gustaría muchísimo.

Confieso que desde mi llegada a Pemberley he visto vergonzosamente poco de sus famosos jardines, aunque la lluvia me ha servido de excusa conveniente para mi pereza.

—No diría yo que has estado perezosa —replicó Darcy, conduciéndolos fuera de la sala de música—. Solo tu correspondencia agotaría a muchos.

—Las cartas a mi tía y a mis hermanas difícilmente pueden considerarse trabajo —

replicó Elizabeth.

Al entrar en el comedor pequeño donde solían tomar el almuerzo, Darcy se permitió imaginar cómo estaría Pemberley dentro de un año: Elizabeth firmemente asentada como su señora, Georgiana, que seguiría floreciendo bajo su guía, quizá incluso el repiqueteo de pasitos resonando por las largas galerías. La visión le llenó de un contento tan hondo que rozaba la reverencia.

Pemberley siempre había sido para él algo más que una casa; representaba el legado de generaciones, una responsabilidad que había asumido desde la muerte de su padre con solemne dedicación. Pero ahora, al ver a Elizabeth tomar asiento con gracia a la mesa, comprendió que Pemberley se estaba transformando en algo nuevo: no solo una gran finca que conservar, sino un hogar en el que vivir y al que amar.

Tras el almuerzo, Georgiana y Mrs. Annesley se disculparon para ir a practicar el italiano de Georgiana, y Darcy se levantó de su silla.

—¿Sigue apeteciéndote un paseo? —preguntó, señalando hacia la puerta.

—Me gustaría ir a por mi sombrero primero, si no te importa —repuso

Elizabeth—. El sol puede ser agradablemente cálido, pero no deseo terminar la tarde pareciéndome a la hija de un granjero tras la cosecha.

—No puedo imaginarte menos que encantadora en ninguna circunstancia —se oyó decir Darcy, las palabras escapándosele antes de haberlas sopesado debidamente.

Las cejas de Elizabeth se alzaron con fingida sorpresa. —Mr. Darcy, creo que eso ha sido casi un cumplido sin reservas. Ten cuidado, señor, o empezaré a pensar que de veras me admiras.

—Creo que he dejado más que clara mi admiración —replicó, ofreciéndole el brazo para acompañarla hasta la escalera principal—. Aunque admito carecer de tu particular elocuencia para expresarla.

—Te adornan otras cualidades —le aseguró, posando la mano en su brazo con una naturalidad que aún le asombraba—. No la menor, tu paciencia con las jóvenes impertinentes que se burlan más allá de los límites de la decencia.

—Me descubro con una marcada inclinación por la impertinencia —admitió—. En especial la tuya.

Se detuvieron al pie de la gran escalera, y Elizabeth alzó la mirada hacia él con una expresión que le cortó la respiración por un instante. —Entonces nos avendremos a las mil maravillas, pues no tengo intención de volverme del todo correcta, ni siquiera como señora de Pemberley.

—Eso espero —replicó con sentimiento—. Te aguardaré aquí.

Mientras Elizabeth subía la escalera para recoger su sombrero y sus guantes, Darcy se sorprendió maravillándose del cambio operado en su relación. Hacía apenas unas semanas se había acercado a ella con una proposición tan mal concebida y peor expuesta que su rechazo, por doloroso que fuera, había estado enteramente justificado.

Ahora ella se movía por su casa con creciente confianza, y su mente vivaz se interesaba por todo, desde los tapices antiguos hasta los implementos agrícolas más recientes, con igual atención.

Cuando regresó, ataviada como correspondía para el paseo, Darcy la condujo por la entrada lateral que proporcionaba el acceso más directo a los jardines orientales. La grava crujía agradablemente bajo sus pies cuando salieron a la luminosa claridad de la tarde.

—Dime, Mr. Darcy —dijo Elizabeth al tomar un sendero serpenteante que rodeaba el lago—, ¿te parece que Pemberley ha cambiado mucho con mi presencia?

La pregunta, formulada con su característica franqueza, merecía una respuesta igualmente sincera. —Por completo —dijo—. Aunque quizá no de maneras visibles para el observador casual.

—Qué intrigante —replicó, ladeando levemente la cabeza para estudiar su expresión—. Te ruego que te explayes, señor.

Darcy sopesó sus palabras con cuidado. —Pemberley siempre ha sido ordenado, silencioso, digno; cualidades que valoraba sin cuestionar su plenitud. Tu presencia ha revelado lo que faltaba.

—¿Y qué era? —preguntó, con la voz suavizada.

—Vida —dijo sencillamente—. Alegría. La sensación de que estas estancias y jardines existen no solo para ser mantenidos, sino para ser disfrutados. Hasta los criados se mueven de otro modo cuando estás presente.

La expresión de Elizabeth sugería que no había considerado antes esa perspectiva. —

Seguro que exageras.

—No —insistió con suavidad—. Tú misma has notado la transformación de Georgiana. Pero el efecto se extiende más allá de ella. Mrs. Reynolds sonríe con mayor facilidad. Los lacayos se mantienen menos rígidos en la cena. Incluso a Porter, que lleva de mayordomo aquí desde antes de mi nacimiento y cuyo semblante creía yo fijado para siempre en una estoica corrección, le pillaron tarareando ayer.

—¡Tarareando! —exclamó Elizabeth entre risas de deleite—. ¡Qué escándalo! ¿Cuál era la melodía? ¿Algo debidamente digno, eso espero?

—El Lincolnshire Poacher, si no me equivoco —respondió Darcy, dejando que asomara su propia diversión—. Nada acorde con la dignidad de un mayordomo de su categoría.

El sendero los condujo entonces por una avenida de hayas añosas, cuyas ramas dibujaban sobre la grava un juego de luz y sombra moteado. Elizabeth se detuvo a admirar la vista que se abría ante ellos

cuando una curva del camino los hizo volver por un momento hacia la casa: el lago reluciendo a lo lejos, las colinas ondulantes más allá, la perfecta simetría de la propia Pemberley alzándose del paisaje como si hubiese brotado de él de manera natural y no fuese fruto de manos humanas.

—Es el lugar más hermoso que he visto jamás —dijo en voz baja, y Darcy quedó impresionado por la auténtica apreciación de su voz. No había artificio ni halago en su admiración; Elizabeth Bennet no era mujer que elogiase lo que no la conmoviera de veras.

—Ha estado en mi familia durante diez generaciones —repuso—. Cada una añadió algo a su carácter sin anular lo que había antes.

—Como estratos de historia hechos visibles —observó Elizabeth—. Me fijé también en el interior, en cómo las partes más antiguas de la casa se funden con tanta armonía con las adiciones más recientes. Revela una contención admirable a lo largo de las generaciones.

Su agudeza le agradó sobremanera. Muchos visitantes de Pemberley reparaban solo en su tamaño o en el valor de sus enseres; pocos apreciaban el delicado equilibrio entre innovación y tradición que la había conformado a lo largo de los siglos.

—Mi padre era especialmente consciente de ese equilibrio —dijo Darcy—. Repetía a menudo que la verdadera prueba del buen gusto consistía en saber cuándo era mejor no tocar lo que ya estaba bien.

—Una filosofía aplicable más allá de la arquitectura, diría yo —comentó Elizabeth, mirándole con un sentido que iba mucho más allá de su conversación inmediata.

—Sin duda —convino, entendiéndola a la perfección—. Qué extraordinario era conversar con alguien capaz de comunicar tanto con tan pocas palabras, cuya mente seguía sendas semejantes a las suyas y, sin embargo, llegaba a conclusiones que quizá él jamás habría considerado.

Mientras proseguían su paseo, pasando junto a parterres formales y plantaciones más naturalistas diseñadas al gusto moderno, Darcy se dio cuenta con cierta sorpresa de lo cómodo que se sentía en presencia de Elizabeth. Había desaparecido la penosa cohibición que le había atormentado durante los inicios de su trato, la constante preocupación por posibles pasos en falso o malentendidos. En su lugar había una naturalidad que antes solo había experimentado con Bingley o con el coronel Fitzwilliam, sus amigos más antiguos.

No, se corrigió, era algo distinto incluso de eso. Era la comodidad de sentirse plenamente comprendido y aceptado, con defectos y todo. Elizabeth le había visto en su peor momento —orgulloso, desdeñoso, fríamente arrogante— y le había hecho responder por ello. Que ahora pudiera caminar a su lado, con la mano apoyada levemente en su brazo y los ojos brillantes de interés mientras él le señalaba una vista particularmente hermosa, no le parecía menos que milagroso.

—Si te gustaría ver algo bastante especial —dijo Darcy, conduciendo a Elizabeth por un sendero que se apartaba de los jardines principales—, la rosaleda de mi madre está justo al otro lado de ese seto. La rosaleda era quizá el lugar más privado de la extensa finca de Pemberley, un santuario que su padre había creado para Lady Anne y que el propio Darcy había mantenido con especial cuidado desde la muerte de ambos.

—Me gustaría muchísimo —replicó Elizabeth, suavizándosele la expresión al mencionar a su madre—. Georgiana ha hablado antes de rosas blancas. ¿Son las de tu madre?

—Sí —confirmó Darcy, apreciando su atención a tales detalles—. Mi padre mandó traerlas de Francia como regalo por su trigésimo cumpleaños.

Atravesaron una abertura arqueada en el seto, y Darcy sintió la familiar sensación de entrar en otro mundo. La rosaleda estaba diseñada como un círculo perfecto, bordeado por bojes recortados con primor y dividido por senderos de grava en ocho parterres en forma de cuña. En el centro se alzaba una pequeña fuente de mármol, cuyo rumor suave ofrecía un apacible contrapunto al zumbido de las abejas entre las flores.

—Oh —murmuró Elizabeth, apretando por un instante su mano sobre su brazo—. Es exquisito.

Darcy contempló su rostro mientras ella se recreaba en la vista, sintiendo una satisfacción particular ante su admiración sincera. El jardín se encontraba en el apogeo de su belleza: rosas de todos los tonos, desde el blanco más puro hasta el carmesí más profundo, llenaban el aire con su fragancia compleja. Las rosas blancas de Lady Anne ocupaban el lugar de honor junto a la fuente, sus pétalos inmaculados, luminosos sobre el verde oscuro del follaje.

—Mi madre pasaba aquí horas —dijo en voz baja, mientras los recuerdos acudían a él como siempre en aquel lugar—. Traía a

Georgiana cuando era un bebé, extendía su mantita sobre la hierba mientras cuidaba de sus plantas favoritas. Me enseñó los nombres y el origen de cada variedad.

Aún podía imaginar a Lady Anne arrodillada a su lado, los guantes de jardinería manchados de tierra, explicándole la diferencia entre las rosas damascenas y las gállicas con la misma paciencia que mostraba cuando le enseñaba las letras. Aunque podía disponer de cuantos jardineros quisiera, prefería ocuparse ella misma de ciertas plantas, alegando que respondían mejor a un trato personal.

—Debió de ser una mujer extraordinaria —dijo Elizabeth con dulzura.

—Lo era —convino Darcy, guiándola hacia las rosas blancas—. Inteligente, bondadosa, pero con una firmeza de propósito que le servía bien como señora de Pemberley. Llevaba la casa con eficacia y compasión —se detuvo y añadió—: Me recuerdas a ella en ciertos aspectos.

Elizabeth alzó la vista hacia él, claramente conmovida por la comparación.—Me honra que lo pienses.

—Le habrías gustado enormemente —prosiguió, sorprendiéndose de lo seguro que estaba de ello—. Tu viveza, tu ingenio, tu negativa a dejarte impresionar por el mero estatus o la riqueza.

—¿Y me habría aprobado como nuera? —preguntó Elizabeth, con un atisbo de vulnerabilidad bajo el tono burlón.

—Sin reservas —replicó Darcy con firmeza—. Aunque quizá la sorprendieran las circunstancias de nuestro compromiso. No estuve a la altura en los inicios de nuestro trato.

La risa de Elizabeth se propagó por el jardín, clara y sin contención. —Es, desde luego, una manera de describirlo. Aunque en muchos aspectos fui igualmente culpable.

—¿En qué? —preguntó, con sincera curiosidad. Habían hablado largo y tendido de su comportamiento tras la eventual aceptación de su propuesta, pero ella había dicho poco acerca de su propio papel en sus malentendidos.

—Desde el principio estaba predispuesta a pensar lo peor de ti —admitió, extendiendo la mano para rozar el pétalo de una rosa blanca con dedos delicados—. Las falsedades del señor Wickham hallaron terreno fértil porque ya te había juzgado con dureza por motivos por

completo triviales. Fue prejuicio en su forma más pura, y no me enorgullece.

La franqueza de aquella autoevaluación le conmovió hondamente. ¿Cuántas personas eran capaces de una reflexión tan honesta sobre sus propias faltas? Era otra cualidad más que distinguía a Elizabeth de cualquiera que hubiera conocido.

—Quizá podamos convenir en que ambos hemos aprendido valiosas lecciones —

sugirió, guiándola hacia un banco de piedra dispuesto para disfrutar de la mejor vista del jardín.

—En efecto —dijo mientras se sentaban juntos, lo bastante cerca como para que él sintiera el calor de su presencia sin impropiedad—. Aunque sospecho que seguiremos desafiándonos el uno al otro.

—Cuento con ello —repuso Darcy, y cada palabra era sincera—. Desde los primeros momentos de nuestro trato, tu negativa a dejarte amedrentar por situación o persona alguna me impresionó tanto como fastidiaba a la señorita Bingley.

Elizabeth soltó una risita inesperada. —¡Pobre señorita Bingley! Confieso el más mezquino de los impulsos, Fitzwilliam; de veras desearía haber sido una mosca en la pared cuando recibió la noticia de nuestra boda.

Darcy parpadeó; jamás se había detenido a pensar qué podría haber dicho o pensado Caroline Bingley en tal ocasión. Pero ahora que Elizabeth lo mencionaba... una gran carcajada se le escapó de los labios. —¡Temo por la seguridad de su preciado juego de té de Meissen!

Los ojos de Elizabeth brillaban de alegría mientras reía con él, y sus risas resonaron por el jardín. ¿Había conocido este lugar la risa desde la muerte de su madre? Su alegría compartida se fue apagando al cabo, y quedaron sentados juntos en apacible silencio.

El sol se había desplazado levemente, proyectando sombras moteadas a través de los manzanos que daban sombra a las rosas. Una brisa suave llevó el perfume de las rosas hasta el banco, y Darcy observó cómo Elizabeth cerraba un instante los ojos para inspirarlo, su perfil recortado contra el verdor que tenía detrás.

En ese instante, sobrecogido por una oleada de sentimientos que no

sabía nombrar ni contener, le tomó la mano. Ella se volvió hacia él de inmediato, y sus dedos se cerraron en torno a los de él con una certeza elocuente.

—Elizabeth —dijo en voz baja, pronunciando su nombre de pila con la reverencia que merecía—.

—¿Sí? —repuso ella, con la voz igualmente queda pero firme.

—No dejo de asombrarme contigo —admitió—. Por tu generosidad de ánimo, tu bondad con Georgiana, la rapidez con que te has convertido en la verdadera señora de Pemberley. Cada día me revela nuevas cualidades que admirar.

Un rubor favorecedor le tiñó las mejillas, pero su mirada siguió siendo directa. —Me haces parecer irrealmente perfecta, y ambos sabemos que está muy lejos de la verdad.

—No perfecta —le corrigió—, sino perfecta para mí, que es algo muy distinto y más valioso.

Sus ojos se enternecieron con sus palabras, y Darcy se inclinó hacia ella, atraído por una fuerza tan inevitable como la gravedad. Vaciló un instante, cuidadoso de la decencia incluso en aquel rincón apartado, pero fue la propia Elizabeth quien acortó la distancia que quedaba entre ambos.

Sus labios se encontraron en un beso que, aunque suave, encerraba toda la promesa de su futuro en común. Cuando se separaron, Elizabeth permaneció cerca, y sus ojos se toparon con los de él con una expresión de tal ternura y certeza que le oprimió el

corazón. —Fitzwilliam —dijo, usando su nombre de pila con serena deliberación—, te amo.

Aquella sencilla declaración, hecha en ese jardín que guardaba tantos recuerdos de su pasado, alcanzó a Darcy con una fuerza inesperada. No había comprendido hasta ese momento cuánto necesitaba oír esas palabras.

—Elizabeth —dijo, con la voz insólitamente insegura—. No puedes imaginar lo que significa oírte decir eso.

—Creo que quizá sí —repuso, con la mano aún enlazada con la de él —. Cuando acepté tu propuesta, lo hice con un aprecio mucho mayor por tu verdadero carácter; pero, aun así, las circunstancias me

impidieron llegar a conocerte realmente antes del día de nuestra boda. Y aunque hubiéramos tenido meses de cortejo, no creo que hubiera llegado a comprenderte de veras sin verte aquí, en Pemberley; sin conocer tu herencia y las responsabilidades que asumes con tanta naturalidad; ni sin ver tu tierno cuidado por Georgiana. Pero todo eso lo sé ahora y, sabiéndolo, sabiéndote a ti, me conozco a mí misma y a mi propio corazón. Te amo.

Darcy sintió una opresión en el pecho que no era del todo placentera y, sin embargo, resultaba perfecta; la manifestación física de un gozo tan completo que lindaba con el dolor. —Te he amado tanto tiempo que ni siquiera sé cómo empezó —dijo con la voz espesa—. Esto... tú... en Pemberley... con Georgiana... Balbuceaba incoherencias, sin decir nada con sentido, pero Elizabeth sonrió con comprensión.

—Esto no es más que el principio, Fitzwilliam —dijo en voz suave—. Nuestros primeros pasos, como los primeros pasos vacilantes de un niño; puede que no siempre acertemos, pero hay la promesa de mucho más si seguimos intentándolo.

La estampa que sus palabras dibujaron en su imaginación era tan hermosa, tan luminosa, que casi temía imaginarla. No pudo sino mirarla y esperar que, de algún modo, comprendiera toda la adoración que jamás tendría elocuencia para expresar, aunque viviera cien años más.

Capítulo Ocho

EN LAS SEIS SEMANAS transcurridas desde su matrimonio con el

señor Darcy, Elizabeth había llegado a apreciar el sosegado ritmo de la vida en Pemberley. Los días de verano transcurrían en una agradable ensoñación de paseos matutinos por los vastos terrenos, tardes dedicadas a perfeccionar su conocimiento de la administración de la finca y veladas en la excelente compañía de su marido y de su hermana. Estaba sentada en el salón, a primera hora de la tarde, con un libro; al otro lado de la estancia, Georgiana y la señora Annesley trabajaban en un bordado, cuando el inconfundible rodar de unas ruedas de carruaje sobre la grava quebró la tranquilidad.

—No suena como uno de los carros del granjero que traen provisiones —murmuró Elizabeth, volviendo la cabeza para mirar por la ventana. Había descubierto una particular predilección por leer en este asiento junto a la ventana, que no solo tenía una luz magnífica a esta hora del día, sino también un cojín excepcionalmente cómodo y una vista espectacular del lago y los jardines, por si su libro dejaba de captar su atención.

En efecto, un elegante carruaje estaba recorriendo el último tramo del camino hacia la casa. ¿Quién podría ser? Darcy le había asegurado que ninguno de sus formidables parientes sería tan descortés como para irrumpir en Pemberley sin invitación, ni siquiera Lady Catherine, y había dejado aviso en Lambton de que, debido a su reciente matrimonio, los terrenos de Pemberley estaban cerrados a los visitantes ese verano. Se habían declinado cortésmente las invitaciones de los vecinos, y Georgiana le había

asegurado que todos eran demasiado bien educados como para presentarse sin anunciarse y sin ser invitados.

—¿Visitantes? —inquirió Georgiana en voz suave, alzando la vista de su bastidor de bordado con una leve alarma en los ojos.

—Tal vez, aunque desde luego no esperamos a nadie. Desde este ángulo, Elizabeth apenas alcanzaba a ver la escalinata si estiraba un poco el cuello y apoyaba la frente en el cristal. Observó cómo un lacayo bajaba a toda prisa los peldaños para atender la portezuela del carruaje y descubrir a sus visitantes. El señor Bingley apareció el primero, y se volvió para ayudar a su hermana. Incluso desde esa distancia, Elizabeth pudo distinguir la rígida postura de Caroline Bingley y la particular inclinación de la barbilla que delataba su disgusto. Tras ellos llegaron el señor y la señora Hurst.

—Parece que son los Bingley —dijo Elizabeth con cierta sorpresa—. Qué extraño que hayan llegado sin enviar aviso previo.

—¿Bajamos a recibirlos? —preguntó Georgiana, plegando ya con cuidado su labor.

Elizabeth asintió con una sonrisa tranquilizadora. —Por supuesto. Aunque quizá podrías pedir a la señora Reynolds que prepare unos refrigerios mientras yo les doy la bienvenida. Te dará un momento para recomponerte.

Un destello de gratitud cruzó el semblante de Georgiana mientras se escabullía de la estancia. Elizabeth alisó su vestido, un sencillo pero elegante vestido de día de muselina azul pálido que sabía que le favorecía, y se dirigió al vestíbulo, donde oyó la inconfundible voz de su marido saludando ya a los inesperados visitantes.

—¡Darcy, viejo amigo! —la voz entusiasta de Bingley resonó por el corredor—. Espero que no te importe que nos hayamos presentado sin el debido aviso. Pasamos de camino para visitar a unos parientes en Scarborough, ya sabes, y no hemos podido resistir detenernos en Pemberley.

Elizabeth entró en el vestíbulo y encontró al señor Bingley sacudiendo la mano de su marido con su característica animación, mientras la señorita Bingley permanecía a un lado, con el traje de viaje impecable a pesar del trayecto y la expresión convertida en una obra maestra de cortesía ensayada. Los Hurst se mantenían detrás, aburridos como de costumbre.

—Señora Darcy —dijo la señorita Bingley, ejecutando una reverencia perfecta cuando Elizabeth se acercó—. Qué bien se encuentra. El aire del campo le debe de sentar de maravilla.

—Señorita Bingley, qué agradable sorpresa —replicó Elizabeth, correspondiendo al saludo con una cálida sonrisa que desmentía su conciencia de la insinceridad de la otra—. ¿Ha sido cómodo el viaje?

—Tan cómodo como cabría esperar en estos caminos campestres —repuso la señorita Bingley, dejando que su mirada se deslizara de forma crítica por el grandioso vestíbulo, como si buscara algún defecto en su esplendor—. Aunque ha valido cada bache y cada sacudida por volver a ver este querido Pemberley.

El señor Bingley se volvió desde Darcy, y su rostro se iluminó al ver a Elizabeth. —

¡Señora Darcy! Debo ofrecerle mis tardías felicitaciones. El matrimonio le sienta admirablemente. Su jovial exuberancia parecía lo

bastante sincera, aunque Elizabeth creyó percibir cierta contención bajo su habitual efusividad.

—Gracias, señor Bingley. Nos complace mucho recibirles a ambos en Pemberley —

respondió Elizabeth, cruzando una mirada con su marido, sutilmente interrogante. La leve negación de cabeza de él le indicó que estaba tan sorprendido como ella por su llegada.

—Deben de estar fatigados tras el viaje —dijo Darcy, con un tono cortés pero medido—. Elizabeth, quizá podamos llevar a nuestros invitados al salón azul. Iré a hablar con la señora Reynolds y asegurarme de que tenga preparadas algunas habitaciones para huéspedes.

—Desde luego, pasen. Creo que Georgiana ha ido a disponer los refrigerios.

A medida que avanzaban por los corredores de Pemberley, Elizabeth advirtió cómo la mirada de Caroline Bingley se demoraba en el mobiliario elegante, en las obras de arte de valor incalculable, en la arquitectura de proporciones perfectas. Había algo casi posesivo en aquel escrutinio, como si catalogara mentalmente tesoros que en otro tiempo hubiera esperado reclamar como propios.

En el salón azul, con sus magníficas vistas a los jardines, se acomodaron para lo que prometía ser un ejercicio de cortesía tirante. Georgiana se les unió poco antes de que una doncella llegara con el té y delicados pastelillos, presentados en la mejor porcelana de Pemberley.

—Señorita Darcy, qué delicia volver a verla —arrulló Caroline, adoptando el tono meloso que reservaba para quienes juzgaba valiosos socialmente—. He echado muchísimo de menos su compañía; siempre es un placer estar en presencia de una joven tan consumada como usted. Ha de tocar para nosotros durante nuestra estancia.

—¡Oh! Yo... sí, si así lo desea —murmuró Georgiana, con la mirada fija en su taza de té.

—Mi hermana practica con constancia —dijo Darcy, y su leve cambio de postura indicaba que sus instintos protectores se habían despertado —. —Aunque no querría que se sintiera obligada a tocar—.

—Tonterías, Darcy —intervino Bingley con una risa—; la modestia de

la señorita Darcy la honra, pero todos sabemos que sus talentos al pianoforte son excepcionales.

No muy distintos de los de su hermana, señora Darcy. Recuerdo que la señorita Mary Bennet era toda una música.

Elizabeth estuvo a punto de atragantarse con el té ante la comparación entre la sensible y consumada interpretación de Georgiana y las ejecuciones pesadas de Mary.

—Mary se dedica con esmero a su práctica —logró decir con diplomacia—.

—¿Y cómo está su —encantadora— familia, señora Darcy? —inquirió Caroline, cuyo énfasis en —encantadora— sugería más bien lo contrario—. —Sus hermanas deben de echar de menos su animada presencia en Longbourn—.

—Todas están bien, gracias —respondió Elizabeth con serenidad—. —Jane escribe con regularidad con noticias de casa—.

—Ah, la señorita Bennet —dijo Bingley, con la voz notablemente suavizada—. —¿Se encuentra bien? Es decir... espero que goce de buena salud y de buen ánimo—.

—Muy bien —confirmó Elizabeth, observando atentamente su rostro —. Había en él una melancolía que sugería que sus sentimientos por Jane no se habían desvanecido del todo.

Los labios de Caroline se afinaron casi imperceptiblemente. —¿Y sus otras hermanas?

Tengo entendido que la milicia ha abandonado Meryton. Qué gran pérdida debe de ser para su familia—. Parecía que deseaba decir más, quizá sacar a colación a Wickham y el desdichado compromiso de Elizabeth, pero Bingley se apresuró a intervenir con un comentario sobre lo deliciosos que estaban los pastelillos.

La conversación divagó por diversos temas, con Caroline haciendo observaciones punzantes sobre las dificultades de mantener una finca tan grandiosa y mostrando una preocupación exagerada por que Elizabeth encontrase su lugar en la sociedad de Derbyshire. Durante todo ello, Elizabeth mantuvo la compostura, respondiendo con la dosis justa de ingenio para satisfacer la corrección sin incurrir en una hostilidad abierta.

Cuando terminaron el té, Darcy se levantó con mesurada elegancia. —Bingley, si no estás demasiado fatigado, había pensado que quizá te gustaría ver las mejoras que he hecho en los pastos del este. He dispuesto un sistema de drenaje que podría interesarte—.

—¡Estupenda idea! —convino Bingley, poniéndose en pie de un brinco con notable entusiasmo—. Siempre deseoso de aprender de tus métodos, Darcy. Hurst, ¿nos acompañará?

El señor Hurst gruñó, pero se puso en pie y siguió a Darcy y a Bingley fuera de la estancia. La señora Hurst intercambió una mirada con Caroline Bingley, una mueca apenas disimulada, y Elizabeth suspiró para sus adentros. ¡Cuánto habría deseado poder escapar también al aire libre!

—Quizá les agradaría ver las nuevas incorporaciones de la biblioteca —sugirió, sabiendo que a Caroline le resultaría difícil rechazar tal ofrecimiento sin parecer inculta—.

—Claro, usted es una gran lectora —dijo la señora Hurst, y luego miró a su hermana y soltó una risilla algo nerviosa, quizá recordando la conversación en Netherfield en la que Darcy había dicho una vez que ninguna mujer podía considerarse verdaderamente instruida si no mejoraba su entendimiento mediante una lectura extensa—.

La sonrisa de Caroline era quebradiza. —Qué atenta, señora Darcy. Aunque confieso que mi interés por los libros se limita principalmente a su encuadernación y a la apariencia que ofrecen en los estantes. Aportan tanta elegancia a una estancia, ¿no le parece?—

La hora siguiente transcurrió en una conversación laboriosa, con Georgiana cada vez más retraída bajo la atención condescendiente de Caroline y la señora Hurst debatiéndose entre querer mostrarse obsequiosa con Elizabeth y no molestar a su hermana. Cuando el reloj dio las cuatro, Elizabeth aprovechó la oportunidad para sugerir que quizá sus invitadas desearían descansar antes de la cena y estaba segura de que las habitaciones de invitados ya estarían preparadas.

—Debería consultar con la señora Reynolds los preparativos de la cena —dijo Elizabeth—. Nuestra cocinera querrá preparar algo especial para nuestros inesperados huéspedes—.

—Le ruego que no se moleste por nuestra causa —replicó Caroline—. Aunque imagino que la administración de la casa debe de serle todo un desafío, dada la diferencia de escala con Longbourn.

—Desde luego es diferente —convino Elizabeth con amabilidad—. Pero aprender me resulta satisfactorio. ¿Me excusa? Habían regresado al vestíbulo, donde los sirvientes aguardaban para acompañar a las hermanas al ala de invitados, y Georgiana también se escabulló con una sonrisa de alivio dirigida a Elizabeth.

Libre de la compañía de Caroline, Elizabeth se adentró por el corredor hacia el despacho de su marido. La visita de los Bingley había alterado la apacible rutina de Pemberley, trayendo consigo corrientes soterradas de tensión que ella había esperado dejar atrás. La hostilidad apenas disimulada de Caroline era inquietante, aunque no inesperada. Lo que preocupaba más a Elizabeth era el modo de Bingley al hablar de Jane.

Al acercarse al despacho de Darcy, con la intención de preguntarle si cenarían formalmente en honor de sus invitados, el sonido de voces alzadas en el interior la hizo detenerse. La puerta estaba entreabierta, y las palabras de Bingley llegaban con claridad al pasillo.

—¡Tienes un buen descaro, Darcy, para sermonearme sobre conexiones adecuadas cuando fuiste y te casaste tú mismo con una Bennet! —La voz del habitualmente afable Bingley tenía un amargor que Elizabeth no le había oído nunca—. —Después de todo tu discurso sobre que su familia era inadecuada, que le faltaban relaciones y que la vulgaridad de su madre hacía de Jane un partido impropio. ¡Y mírate ahora, señor de Pemberley con Elizabeth por esposa!

Elizabeth se quedó helada, la mano suspendida en el aire ante la puerta. Sabía que debía anunciar su presencia, o retirarse en silencio, pero el estupor la dejó clavada en el sitio.

—Las circunstancias eran distintas —replicó la voz de Darcy, más baja pero con una tensión inconfundible—. —Nunca he afirmado que mis consejos fueran perfectos, Bingley—.

—Distintas, desde luego —replicó Bingley—. ¡Tan distintas que tus principios se volvieron de pronto flexibles cuando estaba en juego tu propia felicidad!

El sonido de unos pasos que se acercaban a la puerta sobresaltó a Elizabeth y la sacó de su trance. Se retiró con presteza, doblando el recodo justo cuando la puerta del despacho se abría del todo. Con el corazón desbocado, siguió por el pasillo hacia las cocinas, la mente en un torbellino ante las implicaciones de lo que había alcanzado a oír.

Así pues, Bingley resentía la injerencia de Darcy. Más aún, resentía la aparente hipocresía de que Darcy se hubiese casado con Elizabeth tras desalentar el apego de Bingley hacia Jane. Ese conocimiento le oprimía el pecho mientras hablaba mecánicamente de los preparativos de la cena con la señora Reynolds, con la cabeza en otra parte.

El comedor de Pemberley resplandecía con la luz suave de decenas de velas, cuyas llamas se reflejaban en la superficie pulida de la mesa de caoba y en el fino cristal dispuesto con precisión ante cada cubierto. Elizabeth tomó asiento en el extremo opuesto de la mesa, frente a su marido, muy consciente de la mirada escrutadora de Caroline Bingley sobre la elegancia de la mesa y los lacayos apostados, firmes, junto a las paredes. Las últimas semanas habían bastado para que Elizabeth aprendiera de la señora Reynolds el debido manejo de una cena formal en Pemberley, pero aún no había tenido ocasión de poner en práctica lo aprendido.

La señorita Bingley se había vestido con esmero evidente; su traje de seda burdeos profundo, adornado con encajes costosos, estaba claramente escogido para impresionar.

A su lado, el señor Bingley parecía de mejor humor que antes; su buen ánimo habitual parecía restituido mientras elogiaba a Georgiana por su aspecto. La más joven de la compañía lucía un recatado vestido azul pálido, y su nerviosismo se hacía patente en la manera en que mantenía los ojos bajos, fijos en el plato.

—Qué comedor tan encantador —observó Caroline cuando sirvieron el primer plato—. Aunque creo que, la última vez que estuve en Pemberley, cenamos en el salón mayor contiguo a la galería. Este es un ambiente mucho más íntimo.

—Solo usamos el comedor de aparato para reuniones numerosas; creo que fuimos veinte a la mesa la última vez que estuvo usted aquí —replicó Darcy con ecuanimidad—. Esta sala es más apropiada para las comidas de familia.

—Qué sensato —dijo Caroline con una sonrisa tensa—. Y qué

afortunado que la señora Darcy no tenga que sentirse abrumada por la grandiosidad de los aposentos de aparato de Pemberley hasta que se haya aclimatado debidamente.

Elizabeth aceptó de manos de un lacayo un cuenco de consomé, con la sonrisa imperturbable.—Encuentro que cada estancia en Pemberley posee su encanto particular, señorita Bingley.

—Pemberley le debe de parecer bien distinto de Longbourn —insistió Caroline—.

Una finca tan modesta, según recuerdo.

—Distinto, desde luego, pero cada lugar tiene sus méritos —repuso Elizabeth con amabilidad, decidida a no morder el anzuelo—. Y Pemberley tiene la ventaja nada desdeñable de albergar una biblioteca vasta, que ofrece entretenimiento sin fin en los días de lluvia.

—Mi esposa ha avanzado de manera notable en el catálogo de la colección —intervino Darcy, con un tono cálido de orgullo—. Ha descubierto varios volúmenes cuya existencia tenía yo por completamente olvidada.

Bingley se animó con esto.—¡Magnífico! Siempre dije que la señorita Elizabeth tenía una mente vivaz. ¿Recuerdas, Darcy, cómo se recorrió a pie todos esos kilómetros hasta Netherfield cuando Jane estaba enferma? ¡Qué entrega a la familia! —Se volvió hacia Elizabeth con sincera admiración—. ¿Y ha tenido usted muchas noticias de la señorita Bennet desde su boda?

—Jane está muy bien —respondió Elizabeth con cautela—. Me escribe con regularidad contándome noticias de casa.

—Estupendo, estupendo —asintió Bingley, y su expresión se enterneció al oír el nombre de Jane—. Siempre la he tenido por la joven más amable de cuantas conozco.

Los labios de Caroline se afinaron casi imperceptiblemente antes de dirigir su atención a Georgiana.—Señorita Darcy, ¿ha tenido muchas ocasiones de perfeccionar sus ya considerables talentos musicales? Recuerdo que tocó de un modo divino la última vez que nos vimos.

Cuando retiraron el primer plato y trajeron el segundo, Elizabeth se permitió relajarse apenas. La conversación había derivado hacia asuntos más seguros: Georgiana describía con vacilación sus estudios musicales recientes y Bingley prodigaba elogios entusiastas a una

nueva composición que había oído en Londres. Quizá, después de todo, la velada transcurriría sin incidentes.

Su esperanza duró poco.

—Me ha sorprendido muchísimo enterarme de su matrimonio, señora Darcy —dijo de pronto Caroline cuando sirvieron el pescado—. En especial, habida cuenta de las noticias que había recibido sobre una conexión entre usted y el señor Wickham. Incluso llegaron a publicarse las amonestaciones, ¿no es así? Qué tragedia que falleciese.

Elizabeth sintió un nudo en el estómago, aunque mantuvo el semblante neutro.

Percibía con agudeza la rigidez de Darcy al otro extremo de la mesa. La mención del nombre de Wickham en relación con el suyo ya era bastante desagradable, pero el mayor peligro residía en adónde podía conducir semejante conversación. Si Caroline empezaba a indagar de cerca sobre Wickham, la frágil ficción que rodeaba las circunstancias de Lydia podía deshacerse.

Elizabeth dio un sorbo de vino, aprovechando el instante para componer su respuesta.—Una tragedia, sin duda, señorita Bingley. Pero confieso que he tenido escaso motivo para pensar en el señor Wickham desde mi boda.

Darcy carraspeó.—Bingley, mencionaste interés por el nuevo ganado. Estoy muy satisfecho con él; llevamos ya dos años con esta raza...

Elizabeth dirigió a su marido una mirada agradecida cuando la conversación se recondujo dócilmente hacia las mejoras agrícolas. Le costó concentrarse en la discusión subsiguiente sobre el manejo del ganado; su ánimo seguía alterado por la alusión maliciosa de Caroline a Wickham. ¿Qué había oído acerca de su muerte? ¿O acaso no pretendía sino causar incomodidad al aludir al antiguo compromiso de Elizabeth y a las precipitadas circunstancias de su boda con Darcy?

La llegada del plato principal proporcionó un breve respiro. Elizabeth elogió el buen hacer de la cocinera mientras se servía un suculento asado de buey acompañado de verduras de temporada de los huertos de la cocina de Pemberley. Durante unos benditos minutos, la conversación siguió al trote sobre la propia comida y el apacible tiempo estival que tanto había beneficiado a los jardines.

Entonces Bingley, con las mejillas levemente encendidas por el excelente vino, sacó a colación un tema que hizo que a Elizabeth la

asaltara de nuevo la ansiedad.

—He estado pensando seriamente en volver a Netherfield en otoño —anunció, y se le iluminó el semblante—. Londres se vuelve terriblemente tedioso al cabo de un tiempo,

¿no es verdad? Nada como el aire de la campiña y los vecinos de la comarca para reanimar el ánimo.

—Charles, no puedes hablar en serio —protestó de inmediato Caroline —. Netherfield fue apenas tolerable una temporada. La sociedad es tan limitada, y los entretenimientos, provincianos en el mejor de los casos.

—Disparates —replicó Bingley con buen talante—. Encontré el vecindario de lo más agradable. La caza es excelente, el paisaje, pintoresco, y la gente, acogedora. —Su mirada se desvió hacia Elizabeth—. Espero con gusto reanudar el trato con las familias de la zona. Las Bennet al completo incluidas, por supuesto.

A Elizabeth se le aceleró el pulso. —La sociedad de Hertfordshire sin duda dará la bienvenida a su regreso, señor Bingley. Aunque debería advertirle que quizá encuentre algunos cambios desde su partida.

—¿Cambios? —Bingley frunció el ceño, perplejo—. ¿Qué clase de cambios?

—Ocho meses es un tiempo considerable —replicó Elizabeth con cuidado—. Las circunstancias de las personas cambian; se forman nuevos afectos.

—¿Se refiere quizá a su hermana Jane? —intervino Caroline con una mirada de entendida—. ¿Ha formado un nuevo afecto, señora Darcy? De ser así, qué afortunada ella. Siempre pensé que era demasiado hermosa para permanecer mucho tiempo sin compromiso.

Elizabeth reconoció la trampa en la que había caído sin saberlo. Si sugería que Jane había formado un nuevo afecto, Caroline se aferraría a ello para desanimar el interés de su hermano. Si lo negaba, estaría alentando el regreso de Bingley a Netherfield, lo cual podría dar pie a preguntas incómodas sobre la ausencia de Lydia del círculo familiar.

—El corazón de Jane siempre ha sido suyo para otorgarlo —dijo Elizabeth con diplomacia—. Pero no querría que el señor Bingley regresase a Netherfield con expectativas que pudieran conducir a una desilusión.

—¿Desilusión? —la frente de Bingley se ensombreció—. ¿Sugiere que la señorita Bennet quizá no acogería bien mi regreso?

Elizabeth vaciló. —Me limito a sugerir que las partidas inesperadas pueden dejar impresiones duraderas, señor Bingley. Jane no es de las que hablan mal de nadie, pero tampoco permanece indiferente ante circunstancias que podrían parecer indicio de desinterés.

—¡Desinterés! ¡Jamás me sentí indiferente hacia la señorita Bennet! Muy al contrario.

Yo había esperado... es decir, creí que mi admiración era evidente.

—Su partida de Hertfordshire sin despedirse de la familia pudo sugerir lo contrario

—dijo Elizabeth con suavidad.

Bingley pareció abatido. —Pero aquello fue... ¡tenía asuntos urgentes en Londres!

Pensaba regresar en cuestión de días, pero entonces... —Su voz se fue apagando mientras miraba a Darcy.

—Entonces le persuadieron de que su presencia era requerida en otra parte —

concluyó ella, y su tono se suavizó ante su evidente desasosiego—. Jane no podía conocer sus motivos. Solo podía observar sus acciones.

—¿Cree que ella rehusaría recibirme? —preguntó Bingley, con su habitual aplomo completamente desvanecido.

Antes de que Elizabeth pudiera formular una respuesta que desalentara su visita sin revelar sus verdaderas preocupaciones, intervino Caroline.

—De verdad, Charles, esto dista mucho de ser conversación apropiada para la mesa

—dijo con aspereza—. No puede esperarse que la señora Darcy revele los sentimientos privados de su hermana. Además, tu interés por Netherfield resulta decididamente prematuro. Apenas hemos comenzado nuestro periplo hacia el Norte.

Para alivio de Elizabeth, Darcy hizo seña de que se sirviera el postre, poniendo fin a esa línea de conversación. La charla volvió a

desplazarse, pero Elizabeth advirtió que Bingley parecía abstraído, con el entusiasmo de antes apagado. Sorprendió a Caroline estudiándola con los ojos entornados, una expresión calculadora que sugería que sospechaba que el desánimo de Elizabeth obedecía a algo más que a la preocupación por los sentimientos de Jane.

El resto de la cena transcurrió entre cumplidos forzados y cautas evasivas. Para cuando las señoras se retiraron al salón, dejando a los caballeros con su oporto, Elizabeth se sentía como si hubiese sorteado un campo de batalla más que ofrecido una cena. Las incisivas preguntas de Caroline acerca de Wickham, unidas al entusiasmo de Bingley por regresar a Netherfield, componían un enredo de posibles desastres. La historia cuidadosamente urdida para proteger la reputación de Lydia, y por extensión la respetabilidad de toda la familia Bennet, pendía de un hilo.

Darcy estaba de pie en la gran entrada de Pemberley, mirando cómo el carruaje de los Bingley se perdía por el largo camino de acceso. Una sensación de alivio lo inundó cuando por fin el vehículo tomó la curva y desapareció de la vista. Por muy hospitalario que se había esforzado en ser, incluso la breve visita de una sola noche le había supuesto un considerable esfuerzo, sobre todo los intentos apenas velados de la señorita Bingley por recobrar su atención a pesar de la presencia de Elizabeth como su esposa.

Bingley había estado de excelente humor, especialmente cuando el tema de conversación era Jane Bennet, asunto al que volvió una y otra vez. La intención de su amigo de regresar a Netherfield antes del otoño se hacía cada vez más patente. A Darcy le resultaba evidente que el afecto por Jane no había disminuido pese a su larga separación.

Caroline Bingley, sin embargo, había sido harina de otro costal. Sus comentarios punzantes, apenas disfrazados de cortesías, se habían vuelto cada vez más difíciles de ignorar. Había hecho numerosos comentarios sobre las "desafortunadas conexiones"

que acarreaba emparentar con la familia Bennet, todo ello

manteniendo una pátina de conversación cortés.

Darcy caminó por el gran vestíbulo hacia su despacho, y sus pasos resonaron en el suelo de mármol. La casa se sentía distinta ahora que solo su familia más cercana residía en ella. Más silenciosa, sin duda, pero también liberada de la constante necesidad de sostener conversaciones de cumplido. Apenas se había acomodado en el escritorio

cuando un suave golpe lo interrumpió. Reconoció de inmediato el toque particular de Elizabeth, y algo en su urgencia le hizo incorporarse con premura.

—Adelante —llamó, rodeando el escritorio mientras Elizabeth entraba, el rostro hecho un retrato de preocupación contenida.

—Espero no interrumpir nada importante —dijo, cerrando la puerta a su espalda.

Había un ceño entre sus cejas que Darcy había aprendido a reconocer como signo de inquietud.

—Nada que no pueda esperar —le aseguró, señalando las sillas junto a la chimenea—.

Algo te preocupa.

Elizabeth cruzó hasta la silla indicada, pero no se sentó de inmediato. Sus manos se entrelazaban y se soltaban delante de ella, una muestra de agitación poco común en una mujer que por lo general mantenía una notable compostura.

—Se trata de los Bingley —empezó, sentándose por fin. Darcy se unió a ella, inclinándose ligeramente hacia delante para indicarle toda su atención—. O, más bien, se trata de Lydia.

Por un momento no comprendió su inquietud. Y entonces, de pronto, se le hizo la luz.

—Te preocupa que sepan que Lydia no está aquí —dijo Darcy.

—Sí —Elizabeth sostuvo su mirada con firmeza—. Caroline Bingley nunca se ha distinguido por su discreción, en particular cuando compartir información puede elevar su propio lugar. Si los Bingley regresan a Netherfield, como creo que es la intención del señor Bingley dado su renovado interés por Jane, sin duda harán una visita

a mi familia.

—Y mencionarán haber estado en Pemberley —prosiguió, siguiendo su razonamiento con creciente inquietud.

—Precisamente. Un comentario imprudente acerca de la ausencia de Lydia en Pemberley podría deshacer en un instante todo el artificio —la voz de Elizabeth se mantuvo firme, pero Darcy veía la preocupación en sus ojos—. Mi madre no sabe nada de la verdadera situación de Lydia. Si se entera de que Lydia no está donde hemos dicho...

—Las consecuencias podrían ser graves —concluyó Darcy. Se levantó y cruzó hasta la ventana, mirando hacia los terrenos mientras sopesaba las implicaciones. El relato

cuidadosamente construido que habían urdido para proteger a Lydia y la reputación de la familia siempre había sido precario, pero no había considerado cómo la visita de los Bingley podía ponerlo en peligro.

—Temo que una sola palabra a destiempo pueda dejar al descubierto toda la farsa —

prosiguió Elizabeth—. Mi madre quedaría desolada, y el escándalo afectaría no solo a Lydia, sino a todas mis hermanas. Las posibilidades de Jane con el señor Bingley podrían arruinarse antes de reavivarse del todo.

Darcy volvió a encararla, tomando nota de su expresión atribulada. Una oleada de culpa lo invadió. Había alentado aquel engaño, lo había facilitado con sus recursos y contactos, sin quizá apreciar del todo el delicado equilibrio necesario para sostenerlo.

—Debería haber considerado esta posibilidad —admitió.

—No podías prever la visita sin aviso de los Bingley —replicó Elizabeth, siempre ecuánime incluso en su inquietud—. Y el plan era realmente excelente, con muy pocas personas sabiendo que Lydia no estaba donde se decía que estaba. Solo ahora, con la clara intención del señor Bingley de volver a Netherfield, veo el peligro. Incluso si no regresan, es evidente que Caroline Bingley mantiene correspondencia con alguien en Meryton. Una carta suya podría echarlo todo por tierra.

Darcy regresó a su asiento, con la mente ya trabajando posibles soluciones. —

Podríamos escribirle a tu madre para prepararla para cualquier posible incoherencia en el relato.

Elizabeth negó con pesar. —Mi madre no puede guardar un secreto de tal magnitud.

Cualquier intento de explicarlo solo daría lugar al mismo descubrimiento que tratamos de evitar.

Tenía razón, desde luego. Darcy se frotó la frente, sintiendo de nuevo la complejidad de su situación. Lo que había comenzado como un engaño necesario para proteger a Lydia y el buen nombre de la familia se había convertido en una madeja cada vez más enmarañada.

—No permitiré que tu familia quede expuesta de este modo —dijo Darcy con firmeza, alargando la mano para tomar la de ella; sus dedos estaban fríos en su apretón—.

Encontraremos una solución.

—Ojalá hubiera una manera de resolver de una vez la situación de Lydia —dijo en voz baja—, en lugar de mantener indefinidamente esta farsa.

La idea quedó flotando entre ambos, no dicha pero comprendida. A Lydia le hacía falta un marido, un matrimonio legítimo que la transformase de muchacha arruinada en esposa respetable.

Darcy le apretó la mano con suavidad. —Me dedicaré por entero a resolverlo. Los Bingley estarán en Scarborough al menos una quincena. Eso nos da algo de tiempo.

La sonrisa de Elizabeth fue pequeña pero sincera; la preocupación en sus ojos se suavizó un tanto ante su seguridad. —Sabía que hacía bien al traerte esta preocupación.

—Tráeme siempre tus preocupaciones —dijo Darcy con sinceridad—. Tus cargas son también las mías, Elizabeth.

Ella asintió, y parte de la tensión abandonó su postura. —Es un consuelo tener un compañero en estas dificultades. Me había acostumbrado tanto a cargar sola con preocupaciones así.

La franca sencillez de sus palabras lo conmovió profundamente. Con toda su fortaleza e independencia, Elizabeth había cargado, en efecto, con pesadas responsabilidades dentro de su familia. Que ahora

confiara lo bastante en él como para compartir esas cargas le llenó de un hondo sentido del propósito.

—Quizá —dijo Darcy, pensativo—, podríamos consultar con el coronel Fitzwilliam.

Tiene contactos en el ejército que podrían ser útiles en esta situación.

Elizabeth inclinó la cabeza, pensativa.—¿De qué modo?

—Podría conocer a oficiales que busquen ascenso, hombres de buen carácter a quienes podría persuadirse de que contrajeran matrimonio, con los incentivos adecuados. Darcy escogió sus palabras con cuidado, sin querer dar a entender que habría que casar a Lydia con cualquiera. —Mi primo es un excelente juez del carácter ajeno.

—Es una posibilidad que merece la pena explorar —convino Elizabeth, y su expresión se iluminó con esperanza—. ¿Le escribirías?

—Hoy mismo —prometió Darcy—. Le explicaré nuestro aprieto y le pediré su consejo.

Elizabeth se puso en pie y Darcy hizo lo propio.—Gracias —dijo simplemente—. Por tomártelo en serio.

—¿Cómo no habría de hacerlo? —repuso Darcy, sorprendido por su gratitud—. El bienestar de tu familia me importa por encima de todo.

Entonces sonrió, con una sonrisa genuina que le iluminó los ojos.—No todos los maridos considerarían que la reputación de la hermana de su esposa merece tanto esfuerzo.

—No todos los maridos están casados contigo —replicó Darcy, y las palabras se le escaparon antes de que pudiera moderarlas.

Un leve rubor tiñó las mejillas de Elizabeth, y apartó la mirada un instante.—Te dejo con tu correspondencia, entonces. Georgiana ha dicho que quería ensayar un dúo esta mañana.

—Desde luego. Darcy la observó mientras se encaminaba hacia la puerta, con pasos más ligeros que al entrar.—Elizabeth —la llamó cuando alcanzó el umbral—. Ella se volvió, con la mano en el pomo de la puerta.—Encontraremos una solución.

Ella asintió una vez, su expresión se suavizó con una confianza que le hizo sentirse humilde y se marchó, cerrando la puerta con suavidad

tras de sí.

Darcy volvió a su escritorio y sacó una hoja nueva. Le escribiría al coronel Fitzwilliam de inmediato. Mientras mojaba la pluma en el tintero, Darcy reflexionó sobre hasta qué punto había cambiado su vida desde que se casó con Elizabeth. Nunca habría imaginado llegar a involucrarse tanto en el bienestar de la familia Bennet y, sin embargo, allí estaba, consagrándose a rescatar la reputación de la más díscola de sus hijas.

Por Elizabeth, haría esto y mucho más. Con renovada determinación, se puso a escribir.

Capítulo Nueve

DARCY REGRESÓ A SU escritorio tras concluir la cena; la carta inconclusa al coronel Fitzwilliam reclamaba su atención. Las velas proyectaban sombras trémulas por el despacho mientras él meditaba sobre el delicado equilibrio que exigía su correspondencia. Había prometido a Elizabeth una solución, y sin embargo el camino a seguir seguía sin estar claro. Una cosa, no obstante, era segura: no podía volver a interferir en las intenciones de Bingley respecto a Jane. Aquella injerencia desacertada, nacida de lo que había creído un amistoso interés, ya había causado demasiado dolor.

Tomó la pluma y volvió a dejarla. El recuerdo del rostro de Bingley cuando Darcy admitió su intromisión en su relación con Jane Bennet lo perseguía aún. El dolor, la traición en los ojos de su amigo, habían sido una amarga lección sobre las consecuencias de excederse.

Entonces Darcy había justificado sus actos como una protección, teniendo por inadecuadas las conexiones de la familia Bennet, por vulgar a la madre y por desenfrenadas a las hermanas menores. Qué irónico que ahora se viese enredado en proteger la reputación de la más alocada de las hermanas Bennet.

—No puedo hacerlo otra vez —murmuró a la habitación vacía, levantándose de la silla para pasear ante la chimenea—. No puedo presumir de dirigir la vida de Bingley por segunda vez.

Las llamas danzaban en el hogar, arrojando una luz cálida sobre el pulido suelo de madera. Darcy se detuvo ante el fuego, las manos entrelazadas a la espalda, la mente trabajando el dilema. Bingley lo había perdonado por la primera intromisión, pero

aquel perdón había sido arduo y llevaba implícita una condición: nunca más. Su amistad se había recompuesto, pero otra ruptura semejante de la confianza la haría añicos sin remedio.

Y, sin embargo, si Bingley regresaba a Netherfield, acudía a visitar a los Bennet y, con inocencia, preguntaba por el paradero de Lydia, tras mencionar que había estado en Pemberley, las consecuencias podían ser devastadoras. No solo para Lydia, cuya ruina se convertiría en conocimiento público, sino para todas las hermanas Bennet. Incluso su propia familia podría verse tocada por el escándalo.

Unos golpecitos suaves interrumpieron sus pensamientos. Se volvió y encontró a Elizabeth en el umbral, con una expresión de preocupación en el rostro.

—Me preguntaba si aún estaría usted despierto —dijo, entrando en el despacho y cerrando la puerta con cuidado tras de sí—. Parecía usted preocupado durante la cena.

Darcy le indicó con un gesto que se reuniese con él junto al fuego. —He estado considerando nuestro aprieto con Bingley.

Elizabeth cruzó para colocarse a su lado; su sola presencia era un consuelo incluso en silencio. La luz de las llamas atrapaba los tonos cálidos de su oscuro cabello, la hondura reflexiva de sus ojos. Su capacidad para valorar con lucidez, aun en asuntos cercanos a su corazón, era una de las cualidades que él más admiraba en ella.

—¿Ha llegado a alguna conclusión? —preguntó al cabo de un momento.

—Solo que no puedo interferir en las intenciones de Bingley respecto a su hermana —

repuso Darcy, con voz firme pese a la frustración que le imponía tal limitación—. Ya lo hice una vez, en detrimento de todos los implicados. No voy a repetir ese error.

Elizabeth le escrutó el rostro; su expresión se suavizó con la comprensión. —Su amistad con el señor Bingley es importante para usted.

—Lo es —admitió Darcy—. Pero, más aún, dudo que esta vez atendiese a mi consejo, aun cuando se lo ofreciese. Se mostró de lo más tajante acerca de tomar en adelante sus propias decisiones respecto a Jane.

—Creo que tiene razón en eso —dijo Elizabeth, y se sentó en una de las butacas a ambos lados de la chimenea. Darcy la imitó, agradeciendo, como siempre, su enfoque práctico de los problemas—. Pero, con toda honestidad, no puedo decir si Jane acogería o no su regreso. Había puesto la suficiente distancia para considerar sus actos con

desapasionamiento y, al saber que se había dejado persuadir tan fácilmente para apartarse de ella, después de haberle mostrado una atención tan particular... no creo que ello hiciera su carácter más grato a sus ojos. Desde luego, no se dejará conquistar tan fácilmente por segunda vez.

—Bien, eso le corresponde a Jane decidirlo por sí misma, y ciertamente sin más injerencias por mi parte —dijo Darcy con firmeza, aunque, en su fuero interno, admitía que Elizabeth quizá tuviese razón. No en menor medida porque la propia Jane, cuando él la vio por última vez, parecía mirar hacia adelante más que hacia atrás. Darcy incluso había creído advertir una cierta admiración mutua entre Jane y el coronel Fitzwilliam, aunque aquello era sin duda un enlace imposible, dada la necesidad del coronel de una esposa acaudalada.

—Jane es capaz de determinar su propio futuro, creo; ocupémonos tan solo del problema, mucho más espinoso, de Lydia —convino Elizabeth.

—¡En efecto! —suspiró Darcy, mirando la carta sin terminar. Aunque el coronel estaba al corriente de todos los pormenores de la situación actual de Lydia, Darcy debía seguir siendo prudente con lo que pusiese por escrito, no fuera a parar la carta a manos indebidas.

—Los incentivos adecuados podrían persuadir a alguien conveniente —dijo Elizabeth con cautela. Su expresión revelaba su incomodidad ante lo mercenario de tal arreglo, y, sin embargo, su sentido práctico reconocía la necesidad.

—Incentivos económicos, quiere decir. Darcy no lo formuló como una pregunta.

Ambos comprendían lo que sería preciso.

—Sí —admitió Elizabeth—. No es como desearía que empezase ningún matrimonio, pero, dadas las circunstancias...

—Puede que sea la única opción —concluyó Darcy por ella.

Entre ambos se instaló un silencio cómodo; los dos meditaban las complejidades morales de su situación. El fuego chisporroteaba en el hogar, enviando, de cuando en cuando, chispas por la chimenea. Afuera, se había levantado el viento y hacía crujir la hiedra que trepaba por los muros de Pemberley.

—Terminaré la carta esta noche —decidió Darcy—. Explicaré la situación con la mayor delicadeza posible y le pediré su consejo.

Elizabeth se levantó y se acercó a su escritorio. Echó un vistazo a la carta sin concluir y luego a Darcy. —¿Querría que le ayudara a redactarla? Cuatro manos quizá hagan más llevadera una tarea tan difícil.

Darcy sintió una oleada de gratitud por su ofrecimiento. Aún le resultaba novedosa esta alianza, este compartir cargas que antaño había soportado en soledad. Se reunió con ella en el escritorio, acercando una segunda silla junto a la suya.

—Agradecería su ayuda —dijo, sentándose a su lado—. —Richard la conoce ya como de la familia. Su voz en este asunto tiene peso.

Juntos redactaron la carta: Darcy escribía mientras Elizabeth, de cuando en cuando, sugería frases o enfoques. Mencionaron a Lydia como —nuestra conocida común, la joven viuda de Leicester—, y su preocupación de que la visita de los Bingley a Netherfield, tras haber estado en Pemberley, pudiera revelar que ciertas personas no se hallaban donde debían. La única solución era un matrimonio respetable, cuanto antes, y se preguntaban si el coronel Fitzwilliam podría sugerir un candidato adecuado.

—¿Deberíamos mencionar la posibilidad de arreglos económicos? —preguntó Elizabeth mientras Darcy se preparaba para concluir la carta.

Lo consideró, y luego asintió. —Fitzwilliam comprende cómo funcionan estos asuntos. Indicaré que hay recursos disponibles si puede concertarse una situación adecuada.

Darcy añadió el último párrafo y firmó su nombre con una floritura. Elizabeth repasó la carta ya concluida y asintió, conforme.

—Logra el equilibrio justo —dijo—. Suficientemente sincera para transmitir la urgencia, y lo bastante discreta para proteger la reputación de Lydia si la carta se extraviara.

Darcy plegó la carta y la selló con lacre, presionando su anillo de sello en la sustancia caliente. —Haré que la envíen a primera hora de la mañana por un mensajero especial.

Deberíamos tener respuesta en diez días, o quizá más, según si Richard está en Londres o lo han enviado a otra parte.

Elizabeth le rozó el brazo con suavidad, un gesto de gratitud que lo reconfortó más que el fuego. —Gracias, Fitzwilliam.

El uso de su nombre de pila, todavía bastante infrecuente como para resultar notable, indicaba la hondura de su sentimiento. Darcy cubrió su mano con la suya.

—Lo afrontamos juntos —dijo sin más.

—Juntos —convino ella, con una sonrisa cansada pero genuina—. Debería retirarme ya. Georgiana mencionó que quería visitar Lambton mañana por la mañana.

—Que descanse bien —dijo Darcy, incorporándose al tiempo que ella—. Me reuniré con usted enseguida.

Después de que Elizabeth se hubiera marchado, Darcy permaneció en su despacho unos momentos más. Dejó la carta sobre la mesita junto a la puerta, donde la recogerían por la mañana para su entrega. El peso

de la responsabilidad se le asentaba con fuerza sobre los hombros, y, sin embargo, se sentía más capaz de soportarlo con Elizabeth a su lado.

La llegada del propio coronel Fitzwilliam a Pemberley, doce días después de que Darcy hubiera despachado su carta, ya fue bastante inesperada. Que, además, se presentara con un acompañante —a juzgar por el uniforme, un capitán de su regimiento— resultó aún más sorprendente. Darcy observó desde la ventana de su despacho a los dos hombres desmontando ante la casa, y advirtió la seriedad del gesto de su primo. Fuera cual fuese la solución que Fitzwilliam había ideado, no había perdido tiempo en ponerla en práctica.

Darcy se alisó el chaleco y se dirigió al vestíbulo, llegando justo cuando Mrs.

Reynolds estaba dando la bienvenida a los visitantes.

—Primo —dijo Darcy, tendiéndole la mano—. Esto sí que es un placer inesperado.

Fitzwilliam le estrechó la mano con firmeza. —Darcy. Recibí tu carta y me pareció que el asunto exigía atención inmediata—. Hizo un gesto hacia su acompañante, un hombre alto, de porte excelente y de pensativos ojos castaños—. Permíteme presentarte al capitán James Wallace de los 7.º de Dragones Ligeros.

—Señor Darcy —dijo el capitán, inclinándose con precisa formalidad —. Me honra con su hospitalidad.

Darcy examinó al hombre con atención. Wallace parecía estar a comienzos de la treintena, con la tez curtida de quien ha visto servicio real y no solo ha desfilado por los parques de Londres. Su uniforme, impecablemente limpio, mostraba, sin embargo, señales de uso verdadero. Lo más notable, no obstante, era su mirada directa, ni deferente ni desafiante, sino firme y segura.

—Capitán Wallace —saludó Darcy con una ligera inclinación—. Bienvenido a Pemberley. Debe de estar fatigado tras el viaje. Mrs. Reynolds les mostrará sus habitaciones y, quizá, quiera acompañarnos luego al salón a tomar algún refrigerio, cuando se haya instalado.

—Sería muy de agradecer, señor —repuso Wallace—. Aunque hablaba con tonos educados, había en su habla un leve acento, sutil pero

perceptible, que sugería que no era de Londres ni de sus alrededores. ¿Del suroeste, quizá? Dorset o Cornualles, sospechó Darcy.

Mientras Mrs. Reynolds se llevaba al capitán, Darcy se volvió hacia su primo. —

Supongo que has encontrado una solución a nuestro aprieto.

Fitzwilliam echó un vistazo en torno al vestíbulo. —¿Quizá en algún lugar más privado?

Darcy condujo a su primo al despacho, cerrando la puerta con firmeza tras ellos. —

Ahora, explícamelo. Supongo que el capitán Wallace es fundamental para el plan que has ideado, ¿no?

—Él es el plan —repuso Fitzwilliam, quitándose los guantes y el sombrero—. El capitán Wallace está dispuesto a casarse con Lydia Bennet.

Darcy alzó una ceja. —¿Y está al corriente de las... circunstancias?

—Completamente al corriente —confirmó Fitzwilliam, sentándose en uno de los sillones de cuero.

—¿Incluso de... cómo se produjo la muerte de Wickham?

—Sí, Darcy. Le conté todo, antes de revelar el nombre de Lydia. No se mostró preocupado; dijo que le parecía que Wickham recibió exactamente lo que merecía por tratar tan abominablemente a una joven dama —Fitzwilliam esbozó una sonrisa tensa—

. Somos soldados, Darcy. Hemos visto muertes mucho más feas y mucho menos justificadas que la de Wickham. Conozco a Wallace desde hace varios años. Sirvió a mis órdenes durante la campaña de la Península. Es discreto, honorable y necesita mejorar su situación económica.

—¿Y por eso accede al enlace? ¿Por el incentivo económico? —Darcy permaneció de pie, escrutando el rostro de su primo en busca de cualquier indicio de duda.

—En parte —admitió Fitzwilliam—, pero no del todo. Wallace es el tercer hijo de una familia de Cornualles que no pertenece a la clase de los caballeros. Su padre prosperó lo suficiente en el comercio como

para comprarle a Wallace su primer nombramiento como oficial, pero no habrá nada más; se espera que se abra camino por sí mismo en el mundo y, de hecho, así lo ha hecho, ganándose sus posteriores ascensos por méritos propios. Es ambicioso, pero sus circunstancias le imponen límites. Un matrimonio con la hija de un caballero le sería ventajoso socialmente.

—¿Por cuánto? —preguntó Darcy sin rodeos.

Fitzwilliam se encogió de hombros levemente. —No hablamos de cifras exactas, pero sugerí que, fuera cual fuese la cantidad convenida, la mitad se invirtiese a nombre de Lydia y que esos fondos se destinasen a su manutención, mientras que la otra mitad se le pagaría directamente a él. Él se mostró muy dispuesto, diciendo que era una estipulación justa que garantizará estabilidad para el futuro de Lydia y, al mismo tiempo, le permitirá progresar en su carrera. A cambio, ofrece su nombre y respetabilidad. Creo que, dadas las circunstancias, es un intercambio equitativo.

Darcy paseó ante la chimenea, cavilando. —¿Y su carácter? ¿Respondes por él?

—Sin reservas —dijo con firmeza Fitzwilliam—. Wallace ha demostrado un valor excepcional en combate y rectitud en todos sus tratos. Está bien educado, lee mucho y se conduce como un caballero en todos los aspectos. Sus circunstancias económicas son su única limitación.

—¿Y su aspecto? ¿Sus modales? —insistió Darcy—. La señorita Lydia es joven y tiene ciertas... expectativas.

Un atisbo de diversión cruzó el rostro de Fitzwilliam. —No tienes por qué preocuparte por ello. Wallace es un sujeto bastante apuesto, como has visto. Baila bien, conversa con inteligencia y ha hechizado a más de una hija de general en las reuniones del regimiento; disfruta a fondo de toda clase de veladas sociales. Creo que hasta una muchacha de la vivaz disposición de la señorita Lydia podría encontrarle atractivo.

Darcy asintió despacio, asimilando la información. —¿Y no busca simplemente un arreglo sobre el papel?

—No —confirmó Fitzwilliam—. Wallace no busca un matrimonio de conveniencia, Darcy. Quiere una esposa de verdad y una familia. Cree que podría hacer de este enlace un éxito, pese a sus comienzos poco habituales, y está dispuesto a reconocer a la criatura como propia.

La puerta se abrió y un lacayo apareció con una bandeja con un refrigerio. Ambos guardaron silencio mientras disponía el servicio de té, y solo reanudaron la conversación cuando se hubo marchado.

—Me gustaría hablar con él personalmente —dijo Darcy, sirviendo té a su primo—.

Para valorar su idoneidad.

—Desde luego —convino Fitzwilliam, aceptando la taza—. No esperaba menos. Pero no lo habría traído hasta aquí si no creyese que es la solución a tu problema.

Unos golpes en la puerta los interrumpieron. A la señal de Darcy, Elizabeth entró, con expresión curiosa.

—Coronel Fitzwilliam —dijo, con un tono de alegre bienvenida—. Qué alegría verle.

Fitzwilliam se puso en pie e hizo una reverencia. —Señora Darcy. Está usted muy bien.

—Y, si no me equivoco, ¿ha traído un invitado? —preguntó Elizabeth, cuya mente vivaz ya percibía la relación con su carta.

—El capitán James Wallace —confirmó Darcy—. En estos momentos se está refrescando tras el viaje. Mi primo cree que puede ser la respuesta a nuestra... situación con su hermana.

Los ojos de Elizabeth se abrieron un poco. —¿De veras? ¿Tan pronto?

—He actuado de inmediato en cuanto he recibido la carta de Darcy —explicó Fitzwilliam—. La oportunidad me pareció demasiado propicia como para dejarla pasar.

El regimiento del capitán Wallace está en proceso de trasladarse a York mientras hablamos y estará acantonado allí, al menos, durante los próximos meses, lo que situaría a su hermana a una distancia conveniente tanto de los chismes de Londres como de la curiosidad de Hertfordshire.

—¿Y el capitán Wallace está dispuesto a casarse con Lydia? —preguntó Elizabeth, sentándose junto a Darcy—. ¿Sabiéndolo todo?

—Lo está —dijo Fitzwilliam—. Por una suma aún por acordar, de la cual la mitad se invertirá en beneficio de Lydia.

Elizabeth miró a Darcy, con una pregunta en los ojos. Él asintió levemente, indicando su aprobación provisional del plan.

—Me gustaría conocer a ese capitán —dijo Elizabeth, imponiéndose su carácter práctico—. Antes de proseguir.

—Por supuesto —convino Darcy—. Creo que se nos unirá en breve.

Como si lo hubieran previsto, apareció en la puerta Mrs. Reynolds, anunciando al capitán Wallace. El hombre entró; había cambiado el uniforme por atuendo civil que, sin ser de primera calidad, estaba bien cortado y le favorecía. Se inclinó ante la concurrencia, y la presencia de Elizabeth no alteró su aplomo.

—Señora Darcy —dijo Fitzwilliam, haciendo las presentaciones—. Permítame presentarle al capitán James Wallace.

—Capitán —saludó Elizabeth con una inclinación cortés—. Bienvenido a Pemberley.

—El honor es mío, señora —replicó Wallace, respetuoso sin resultar servil—. Su casa es magnífica.

—Por favor, siéntese con nosotros —invitó Darcy, señalando una silla —. Mi primo me informa de que está al corriente de nuestra... delicada situación.

Wallace aceptó el asiento, con la espalda tan erguida como si estuviera en formación.

—Sí, señor. El coronel Fitzwilliam me ha explicado, con toda reserva, las circunstancias de la señorita Lydia. Comprendo la necesidad de discreción y de actuar con celeridad.

Darcy lo examinó con detenimiento, tomando nota de la mirada firme y el porte sereno. Nada en el ademán de Wallace sugería incomodidad con el arreglo propuesto.

—¿Y está dispuesto a casarse con mi hermana, conociendo su pasado? —preguntó Elizabeth directamente, con la voz serena pese a lo insólito de la conversación.

—Lo estoy, señora Darcy —confirmó Wallace sin vacilar—. Con ciertas condiciones, que juzgo razonables dadas las circunstancias.

—El arreglo económico —dijo Darcy.

—Sí, señor. Dos mil libras es una suma razonable, creo, que proporcionaría cierta seguridad para el futuro. No procedo de la riqueza, pero siempre me he conducido con honor. Puedo ofrecer a la señorita Lydia respetabilidad, si no lujo.

La expresión de Elizabeth permaneció neutra, pero Darcy percibió que su valoración del hombre no era desfavorable. —¿Y puedo preguntarle, capitán Wallace, por qué aceptaría usted tal arreglo? Además del incentivo económico, quiero decir.

Wallace sopesó cuidadosamente su respuesta. —He alcanzado una edad en la que deseo la compañía de una esposa. Mi carrera me mantiene alejado de los círculos sociales habituales donde podría conocer a señoritas adecuadas, y mis orígenes familiares me excluyen de la consideración de muchas de las procedentes de la pequeña nobleza, que sería mi preferencia para una esposa, alguien que se mueva con comodidad en círculos selectos. Además, no mantengo en la actualidad lazos sentimentales particulares. Hizo una pausa y añadió, con tranquila franqueza: —

Comprendo que la señorita Lydia es joven y de espíritu vivo, y ese carácter animado es algo que siempre he apreciado. No espero afecto inmediato, pero creo que el respeto mutuo puede crecer y convertirse, con el tiempo, en algo más sólido.

Darcy intercambió una mirada con Elizabeth, impresionado por la honesta valoración del capitán. No había falso sentimentalismo en sus palabras, ni fingimiento de unos sentimientos románticos que no podía albergar por una joven a la que jamás había visto.

En su lugar, ofrecía plena franqueza, sensatez práctica y la disposición a levantar un matrimonio verdadero desde unos comienzos pragmáticos.

—El capitán Wallace sirvió con distinción en España —añadió el coronel Fitzwilliam—. Ha recibido condecoraciones por su valor bajo el fuego y por su capacidad estratégica.

—¿Y ahora estará destinado en York? —inquirió Elizabeth.

—Sí, señora. El regimiento estará allí al menos seis meses, quizá más. Hemos pasado cuatro largos años en la Península y esto será un respiro bienvenido.

—Capitán, si fuéramos a seguir adelante con este arreglo, creo que dos mil libras sería un precio muy justo por lo que usted ofrece. Sé que

habló del asunto con el coronel Fitzwilliam y que convino en asentar la mitad sobre Lydia, pero me parece que se está vendiendo demasiado barato. Dos mil libras para usted y otras dos mil, invertidas, a favor de Lydia; además, le arrendaré una casa en York mientras resida allí y, en lo sucesivo, en las ciudades donde quede destinado. Algo modesto pero respetable, acorde con el rango de un oficial. Y si lo envían de nuevo al extranjero, mantendré el arrendamiento para Lydia, para que no tenga que seguir a la tropa.

Los ojos de Wallace se abrieron un tanto, la primera señal de sorpresa que mostraba.

—Es muy generoso, señor.

—Deseo asegurar el bienestar de mi cuñada —dijo Darcy, sencillamente—. Y

proporcionar un fundamento para que su matrimonio se desarrolle con naturalidad, sin las presiones de la inseguridad económica.

—Le estaría profundamente agradecido por tal disposición —dijo Wallace con sinceridad—. Y me esforzaría por ser un buen marido para la señorita Lydia y tratar a su hijo como si fuera mío.

Elizabeth adoptó un aire pensativo. —Mi hermana está ahora en Leicester, viviendo bajo la protección de unos amigos de la familia. Fue muy maltratada por su anterior acompañante. Ha madurado en parte con la experiencia, pero sigue siendo joven en muchos aspectos.

—Lo comprendo —dijo Wallace—. Si puedo hablar con franqueza, señora Darcy, no espero perfección. Solo pido que la señorita Lydia esté dispuesta a entrar en este matrimonio con la mente abierta y el propósito de hacerlo prosperar.

—¿Y si se niega? —preguntó Elizabeth, y la pregunta quedó suspendida en el aire.

Wallace se irguió en la silla. —Entonces aceptaré su decisión con buen grado. No deseo llevar a la fuerza a una novia renuente hasta el altar.

Aquella respuesta pareció satisfacer a Elizabeth, que asintió levemente. —Gracias por su franqueza, capitán.

Darcy se levantó y fue a situarse ante la chimenea, ponderando cuanto había oído. El capitán Wallace parecía ser exactamente lo que Fitzwilliam había afirmado: honorable, franco y pragmático. Su

disposición a casarse con Lydia parecía obedecer a un auténtico deseo de progreso unido a una visión práctica del matrimonio, más que a la desesperación o la avaricia.

—Creo que debemos proceder —anunció Darcy tras un momento de reflexión—.

Coronel Fitzwilliam, ¿avala usted sin reservas el carácter del capitán Wallace?

—Así es —confirmó Fitzwilliam—. Confiaría en él mi vida; de hecho, ya lo he hecho en el campo de batalla.

—Y usted, capitán —prosiguió Darcy, volviéndose hacia Wallace—. ¿Convenirá en casarse con la señorita Lydia Bennet, tratarla con respeto y consideración y guardar la más absoluta discreción acerca de las circunstancias de su matrimonio y de cualquier indiscreción del pasado de Lydia?

—Tiene usted mi palabra de oficial y caballero —replicó Wallace, poniéndose en pie para mirarle de frente.

Darcy asintió, satisfecho. —Entonces tenemos un acuerdo. Dos mil libras al contraer matrimonio con la señorita Lydia; otras dos mil, invertidas, para la seguridad futura de Lydia y de sus hijos —el que ahora lleva en su seno y cualquiera que pudiera tener con usted—; y una casa en York arrendada para su uso.

Elizabeth se puso en pie también, con una expresión mezcla de alivio y de preocupación persistente. —Escribiré a Lydia de inmediato para prepararla para esta propuesta.

—Deberíamos actuar con rapidez —aconsejó Fitzwilliam—. Antes de que la señorita Bingley escriba otra carta a su conocida en Meryton y complique aún más las cosas.

—De acuerdo —dijo Darcy—. Lydia lleva residiendo en Leicester el tiempo suficiente para satisfacer los requisitos de vecindad, y deberíamos poder obtener allí sin dificultad una licencia matrimonial común; escribiré de antemano para solicitarla. Partiremos hacia Leicester dentro de dos días, creo. Eso permitirá que se hagan los preparativos.

Extendió la mano a Wallace. —Gracias, capitán, por su ayuda en este asunto.

Wallace le estrechó la mano con firmeza. —La gratitud es mía, señor Darcy. Su generosidad supera toda expectativa.

Cuando concluyeron sus gestiones, Darcy se descubrió moderadamente optimista. El capitán Wallace parecía un partido mucho mejor para Lydia de lo que cabía esperar.

Con un apoyo económico adecuado y la estabilidad del matrimonio, Lydia podría aún hallar contentamiento, quizá incluso felicidad. Y la reputación de la familia Bennet quedaría a salvo.

Por el bien de Elizabeth, Darcy habría pagado diez veces la suma solicitada; al fin y al cabo, ya había desembolsado más en sus esfuerzos por librarse de Wickham, mucho menos merecedor. Ver el alivio en sus ojos cuando se presentó una solución valía cada penique. Cuando el capitán Wallace y el coronel Fitzwilliam se despidieron para asearse antes de la cena, Darcy se volvió hacia Elizabeth y le tomó la mano entre las suyas.

—¿Bien? —preguntó en voz baja—. ¿Qué opina de nuestro capitán?

—Creo —repuso Elizabeth con una leve sonrisa— que hemos sido extraordinariamente afortunados. Parece un hombre honorable, y no exento de encanto.

Lydia bien podría haber salido peor parada.

—Mucho peor —convino Darcy, pensando en Wickham—. Confiemos en que tenga el buen juicio de reconocer una buena oferta cuando se le presente.

Elizabeth le apretó la mano. —Con sus generosas condiciones, creo que incluso Lydia verá la sensatez de aceptar al capitán Wallace.

Mientras Elizabeth se retiraba a escribir su carta a Lydia, Darcy volvió a su escritorio, ya calculando mentalmente las disposiciones necesarias para asegurar la casa en York y transferir los fondos prometidos. Era un gasto considerable, pero uno que protegería a la familia de Elizabeth y, por extensión, a la suya propia. Algunas cosas, reflexionó, no tenían precio. La tranquilidad de espíritu que esta solución

proporcionaría a Elizabeth estaba sin duda entre ellas.

El aire de la mañana traía un atisbo de otoño mientras Darcy y el coronel Fitzwilliam recorrían el sendero oriental en torno al lago de Pemberley. El capitán Wallace se había

quedado en la casa, enfrascado en conversación con Elizabeth acerca del temperamento y las preferencias de Lydia, una preparación pragmática para su inminente presentación. Darcy celebró aquella oportunidad de conversar en privado con su primo, máxime porque algo en el modo de Fitzwilliam le había parecido inusual desde que la noche anterior saliera a relucir el nombre de Bingley.

—Wallace es un buen hombre —observó Fitzwilliam, rompiendo un silencio cómodo que había durado varios minutos—. Creo que sabrá manejar la situación con la discreción debida.

—Tu juicio en este asunto ha sido inestimable —reconoció Darcy—. Confieso que había empezado a desesperar de hallar una solución adecuada al aprieto de la señorita Lydia.

Fitzwilliam asintió, con la mirada fija en las colinas lejanas. —A veces, el camino más directo es el mejor. Wallace necesita un ascenso; la señorita Lydia, respetabilidad. Un arreglo mutuamente beneficioso.

—En efecto —concedió Darcy. Caminaron unos pasos más antes de que añadiera—: Te estoy particularmente agradecido por tu pronta respuesta. Con Bingley con la intención de regresar a Netherfield en breve, el momento es propicio.

Al mencionar a Bingley, Darcy advirtió un cambio sutil en el porte de su primo. Los hombros de Fitzwilliam se tensaron apenas, y su paso perdió por un instante su ritmo sencillo. Tan leve fue el cambio que cualquiera menos familiarizado con el coronel lo habría pasado por alto por completo.

—¿Entonces Bingley volverá a Netherfield? —preguntó Fitzwilliam, con un tono cuidadosamente casual—. No me había dado cuenta de que su interés por la propiedad persistía.

—Su interés no radica tanto en la propiedad como en su proximidad a Longbourn —

replicó Darcy, observando atentamente a su primo—. Durante su visita

aquí habló con bastante franqueza de su intención de reanudar su trato con la señorita Bennet.

—¿La señorita Bennet? ¿Jane Bennet, quieres decir?

—Sí —confirmó Darcy—. Su inclinación parece haber sobrevivido a su separación.

El coronel guardó silencio durante varios pasos. Cuando volvió a hablar, su voz llevaba una nota de cuidadosa indagación. —¿Y la señorita Bennet? ¿Acoge con agrado esta renovación de atenciones?

—Elizabeth cree que el afecto de su hermana por Bingley se ha mantenido constante

—dijo Darcy—. Prevé que un compromiso podría seguir con bastante rapidez en cuanto se reencuentren.

Fitzwilliam frunció levemente el ceño. —Ya veo.

Llegaron a un banco de piedra con vistas al agua, y Darcy les indicó que se sentaran.

Cuando lo hicieron, estudió el perfil de su primo. Fitzwilliam siempre había sido el más expresivo de los dos, y su carrera militar había hecho poco por templar su natural franqueza de semblante. Ahora, sin embargo, parecía inusualmente reservado.

—Te noto preocupado por la noticia —observó Darcy, decidiéndose por un enfoque directo.

—En absoluto —replicó Fitzwilliam con excesiva premura—. Bingley es un buen hombre. Si hace feliz a la señorita Bennet, no cabe sino desearles lo mejor.

Había en su tono algo, una neutralidad forzada, que a Darcy le pareció significativo.

—Has tratado a la señorita Bennet en varias ocasiones ya —dijo Darcy, poniendo a prueba su creciente sospecha—. ¿Qué impresión te ha causado?

La mirada de Fitzwilliam permaneció fija en el lago, donde una pareja de cisnes deslizaba con serenidad sobre la superficie inmóvil. —Es todo lo que hay de apacible y bueno —respondió tras un instante—. Hermosa, desde luego, pero, más importante aún, bondadosa. Hay en

su carácter una serenidad que es... verdaderamente notable.

El calor en su voz al hablar de Jane confirmó la sospecha de Darcy. Su primo, normalmente pragmático, albergaba sentimientos por la hermana de Elizabeth.

—La admiras.

Fitzwilliam le miró de soslayo y apartó la vista. —Sería difícil no admirar tales cualidades.

—Y, sin embargo, nunca has mencionado esa admiración.

—¿Para qué? —preguntó Fitzwilliam, con un deje de resignación en la voz—. Soy un segundón, Darcy. Mis perspectivas, aunque respetables, son limitadas. La señorita Bennet merece seguridad y comodidad que yo no puedo ofrecer.

—Te subestimas —replicó Darcy—. —Tu posición social dista mucho de ser insignificante.

—Quizá no —admitió Fitzwilliam—. —Pero tampoco basta para mantener a una esposa sin tener en cuenta las cuestiones económicas. Hizo una pausa y añadió con una ligereza forzada: —Además, parece que ha de respetarse la pretensión previa de Bingley. El asunto está zanjado.

Darcy estudió a su primo con atención. Fitzwilliam siempre había sido práctico respecto a sus perspectivas como hijo segundón. Había elegido la carrera militar sabiendo que ofrecía respetabilidad, si no gran fortuna, y había llevado sus asuntos con esmerada atención a las realidades financieras. Que se apartara si creía que los afectos de Jane estaban comprometidos en otra parte era por completo acorde con su carácter.

—¿Nunca te planteaste manifestar tu interés a la señorita Bennet? —preguntó Darcy—.

Fitzwilliam soltó una risa breve y sin humor. —¿Cuándo? ¿Durante aquellos días desastrosos a raíz de la muerte de Wickham, cuando todos nos esforzábamos desesperadamente por contener una situación que se nos había ido de las manos?

Había un matiz de amargura en su tono que Darcy rara vez había oído en su primo, habitualmente templado. Confirmaba la hondura del sentimiento que Fitzwilliam intentaba ocultar.

—No me había dado cuenta —dijo Darcy en voz baja—.

—No había nada que advertir —respondió Fitzwilliam, recobrando la compostura—.

—Una admiración pasajera, nada más. La felicidad de la señorita Bennet es lo importante, y si esta se halla con Bingley, que así sea.

Darcy sopesó con cuidado sus siguientes palabras. —¿Y si su dicha pudiera estar en otra parte? ¿No querrías saberlo?

Fitzwilliam se levantó bruscamente, volviéndose hacia el lago en lugar de hacia su primo. —No es una cuestión que merezca la pena plantearse, Darcy. La señorita Bennet

y Bingley estaban prácticamente comprometidos antes de tu intromisión. Ahora es justo que tengan su oportunidad de ser felices.

—¿Incluso a costa de la tuya?

—No estoy precisamente consumiéndome de pena —dijo Fitzwilliam con fingida ligereza—. —En Londres hay muchas jóvenes adecuadas. Mi madre me presenta al menos a tres en cada reunión social que organiza.

Darcy reconoció la evasiva, pero decidió no insistir. Los sentimientos de su primo eran claramente más fuertes de lo que quería admitir, pero arrancarle una confesión no serviría de nada.

—En cualquier caso —prosiguió Fitzwilliam, claramente deseoso de cambiar de tema—, nuestra preocupación inmediata es la situación de la señorita Lydia. Considero que deberíamos partir para Leicester mañana en lugar de esperar un día más. Cuanto antes se resuelva el asunto, mejor.

—Puede que tengas razón —convino Darcy, levantándose para reunirse con su primo—. —Haré las gestiones necesarias.

Echaron a andar de regreso a la casa, y la conversación derivó hacia cuestiones prácticas de los planes de viaje y la documentación necesaria para el matrimonio.

Fitzwilliam habló de estos pormenores con su habitual eficacia, pero Darcy advirtió la tensión subyacente que persistía en su porte.

Cuando la casa apareció a la vista, Darcy consideró si debía mencionar

sus observaciones a Elizabeth. Por un lado, ella conocía a su hermana mejor que nadie y podía tener intuiciones acerca de los sentimientos de Jane que a él le faltaban. Por otro, si los afectos de Jane estaban efectivamente comprometidos con Bingley, introducir otra posibilidad no haría sino complicarlo todo aún más.

—Darcy —dijo Fitzwilliam cuando se acercaban a la terraza—, te agradecería discreción respecto a nuestra conversación.

—Por supuesto —replicó Darcy—. —Aunque me pregunto si no te perjudicas guardando silencio.

Fitzwilliam negó levemente con la cabeza. —Algunas batallas no pueden ganarse, primo. Y algunas no deberían librarse en absoluto. Con aquella críptica observación, aceleró el paso hacia la casa, dando por concluida la conversación.

Darcy le siguió más despacio, inquieto por aquella complicación imprevista. Siempre había respetado el juicio de su primo, especialmente en cuestiones de decoro y conducta. Si Fitzwilliam había optado por apartarse en favor de la relación previa de Bingley con Jane, quizá ese fuera el proceder más honorable.

Sin embargo, no podía evitar preguntarse si Jane Bennet, con su carácter apacible y su deseo de complacer a los demás, no aceptaría la renovada atención de Bingley por un sentido del deber más que por verdadera preferencia. Elizabeth había hablado de la tendencia de su hermana a ocultar sus auténticos sentimientos, a mostrar siempre lo que los otros deseaban ver; fue precisamente esa inclinación la que había convencido a Darcy de que Jane no sentía un afecto verdadero por Bingley en un principio, argumento que Darcy había esgrimido cuando sus razones sobre la idoneidad del enlace habían caído en saco roto.

Al llegar a la terraza, Darcy suspiró, recordando su propósito de no inmiscuirse de nuevo en la relación de Jane y Bingley —lección que había aprendido dolorosamente—; pero no creía poder quedarse de brazos cruzados si sospechaba que la felicidad de Jane pudiera sacrificarse a la cortesía o a las expectativas.

Por ahora, sin embargo, la situación de Lydia exigía toda su atención. La cuestión de Jane, Bingley y los inesperados sentimientos de su primo tendría que esperar. Una crisis familiar por vez era más que suficiente.

Capítulo Diez

ELIZABETH NUNCA SE HABÍA considerado especialmente terca, sino simplemente firme en sus convicciones cuando la situación lo exigía. La coyuntura actual sin duda exigía firmeza, decidió, mientras permanecía en el despacho de su marido en Pemberley, escuchando a los caballeros discutir sus arreglos para viajar a Leicester, donde su hermana menor, Lydia, aguardaba su llegada. La exclusión de su propio nombre de sus planes no había pasado inadvertida, ni pensaba dejarla pasar sin comentario.

—Estaré lista para partir a las siete mañana por la mañana —dijo con calma, interrumpiendo la conversación entre su marido y Colonel Fitzwilliam.

Ambos caballeros se volvieron hacia ella con idénticas expresiones de sorpresa, aunque Darcy se repuso primero; sus facciones adoptaron ese gesto particular de apacible preocupación que Elizabeth había aprendido a reconocer como su modo de prepararse para negarle algo.

—Querida, habíamos pensado que sería mejor que te quedaras en Pemberley con Georgiana —dijo—. El viaje será fatigoso, y la situación... delicada.

Elizabeth entrelazó las manos ante sí, la imagen misma de la determinación serena. —

Soy muy consciente de la delicadeza de la situación, Mr. Darcy. De hecho, creo que precisamente por eso se requiere mi presencia. Lydia

querrá, sin duda, al menos a una de sus hermanas con ella en un momento así.

—Mrs. Darcy, su preocupación por su hermana le honra, pero debemos considerar lo que es decoroso. Que una joven en la... condición... de Miss Lydia reciba la visita de caballeros es una cosa, pero...

—Pero que los reciba junto con su propia hermana es muy distinto —concluyó por él Elizabeth, sin ceder—. No puedo imaginar argumento de decoro alguno que me excluya de acompañar a mi marido a ver a mi propia hermana, sobre todo cuando se enfrenta a decisiones de tanta trascendencia.

El coronel pareció algo escarmentado, pero la expresión de Mr. Darcy siguió siendo inquieta. Elizabeth cruzó la estancia para situarse a su lado y posó levemente la mano en su brazo.

—Fitzwilliam —dijo suavemente, usando su nombre de pila con deliberada intimidad—, sabes que no insistiría sin un buen motivo. Lydia necesitará el consejo de una mujer en estas cuestiones, y no el de Mrs. Wilkins, a quien conoce desde hace apenas unas semanas. Por muy sensatos y prácticos que seáis tú y Colonel Fitzwilliam, hay aspectos de esta situación que solo una hermana puede tratar debidamente con ella.

El semblante de Mr. Darcy se suavizó un tanto. —Había esperado evitarte el viaje y la... desagradable naturaleza de las circunstancias.

—Agradezco tu consideración —replicó Elizabeth—, pero prefiero con mucho enfrentarme a lo desagradable antes que saber que he descuidado mi deber para con mi hermana. Además —añadió con un atisbo de su ingenio característico—, habiendo capeado ya el temporal de su indiscreción inicial, creo que estoy perfectamente preparada para lo que pueda venir.

El coronel, que había observado aquel intercambio con el aire de quien sabe cuándo ha sido superado en maniobra, esbozó una leve sonrisa. —Mrs. Darcy presenta argumentos convincentes. Me atrevería a decir que a Miss Lydia le vendría bien la influencia sosegadora de su hermana en este punto.

Elizabeth inclinó la cabeza en señal de agradecimiento por aquel apoyo y volvió a centrar toda su atención en su marido. Sus ojos oscuros estudiaban su rostro con una intensidad que aún a veces le cortaba la respiración, incluso después de más de dos meses de

matrimonio.

—Muy bien —dijo por fin—. Si estás decidida, entonces, por supuesto, has de venir.

—Estoy completamente decidida y, desde luego, ¡no consentiré que vayas sin mí!

Mientras los caballeros reanudaban su discusión de los asuntos prácticos, sus pensamientos se volvieron hacia la verdadera razón por la que insistía en acompañarlos. Más allá del deseo natural de apoyar a Lydia en esta prueba, Elizabeth albergaba dudas acerca de la comprensión que tenía su hermana de su situación. Lydia siempre había sido alocada e impulsiva, con poca consideración por las consecuencias.

Incluso ahora, recluida en Leicester bajo la apariencia de una joven viuda, Elizabeth dudaba de que su hermana comprendiese plenamente la gravedad de su posición.

Sin matrimonio con Captain Wallace, el porvenir de Lydia sería, en efecto, muy sombrío. La ficción de ser viuda podría servir por el momento, pero no podría mantenerse indefinidamente. Elizabeth sabía que debía hacer comprender a Lydia que, salvo un matrimonio respetable, probablemente nunca podría regresar a Longbourn ni moverse en sociedad junto a su familia de nuevo, aun cuando estuviese dispuesta a renunciar a su hijo.

Esa dolorosa verdad debía transmitirse con firmeza y compasión a un tiempo, tarea para la que Elizabeth se sentía singularmente capacitada. Mr. Darcy y Colonel Fitzwilliam podrían encargarse de los arreglos prácticos y de las negociaciones con Captain Wallace, pero solo Elizabeth podía aconsejar debidamente a su hermana sobre lo que le aguardaba.

—¿Elizabeth? —La voz de Mr. Darcy interrumpió su ensoñación—. Colonel Fitzwilliam preguntaba si habías informado a Georgiana de nuestro viaje.

—Aún no. Hablaré con ella esta tarde.

—Estoy seguro de que no es necesario inquietar a mi joven prima con los pormenores de este desafortunado asunto.

—Al contrario —discrepó Elizabeth—. Georgiana ha demostrado ser sensata y discreta más allá de su edad, y ya es plenamente consciente

de la situación de Lydia.

Ocultarle nada en este punto no haría sino invitar a la desconfianza.

Colonel Fitzwilliam parecía dispuesto a discutir el punto más a fondo, pero Darcy asintió, respaldando la decisión de Elizabeth. —Estoy de acuerdo, Elizabeth. Georgiana no sentirá más que alivio al ver que la situación de Lydia puede resolverse felizmente.

He aprendido la lección de no ocultar verdades a mi hermana por creerla demasiado joven para oírlas —añadió, en tono de advertencia, a su primo—. No la previne del carácter de Wickham, ¡y mira en qué líos estuvimos a punto de meternos!

—Es un argumento justo —concedió con soltura Colonel Fitzwilliam, y luego sonrió con aire contrito—. ¡Supongo que no quiero pensar que la pequeña Georgie está creciendo!

—El año que viene irá a Londres para la Temporada —dijo Elizabeth con intención—, cuyo objeto es, a la postre, encontrarle marido.

—¡Dios nos libre! El coronel parecía realmente horrorizado. —Darcy, ¿cómo piensas refrenarte de desafiar a todo pretendiente a punta de espada?

—Los duelos nunca han sido mi método preferido para zanjar desacuerdos —dijo Darcy con una mirada divertida—. Me bastará con ahuyentarlos a todos con la mirada,

¡no temáis!

Los preparativos siguieron tomando forma durante la hora siguiente. Partirían temprano a la mañana siguiente, viajando en el cómodo carruaje del señor Darcy para cubrir la considerable distancia hasta Leicester. Ya se habían enviado cartas por delante para advertir tanto a Lydia como a la señora Wilkins de su inminente llegada, y Darcy había incluido una petición a la señora Wilkins para que acudiese al vicario local e indagara sobre la obtención de una licencia matrimonial común, de modo que Lydia pudiera casarse de inmediato, sin necesidad de esperar a que se publicasen las amonestaciones.

A medida que la conversación llegaba a su conclusión, Elizabeth se excusó para comenzar los preparativos de su ausencia. Al recorrer los suntuosos pasillos de Pemberley, tenía la mente ocupada con la madeja enmarañada que estaban tejiendo. Un engaño exigía otro, y luego otro más, hasta que apenas podía recordar qué historias se

habían contado a quién.

La supuesta viudedad de Lydia, el matrimonio calculado con el capitán Wallace y la continuada separación de su familia en Longbourn, que jamás debía adivinar la verdad: todas esas ficciones se enroscaban en la mente de Elizabeth como una labor de encaje intrincada pero frágil.

Nunca se había sentido cómoda con la falsedad, y prefería hablar con franqueza aun cuando resultara menos conveniente. Y, sin embargo, allí estaba, no solo participando en esa elaborada farsa, sino insistiendo en su derecho a hacerlo. Por Lydia, se recordó.

Por la criatura inocente que merecía una oportunidad de respetabilidad. Por sus padres y hermanas, que de otro modo quedarían devastados por la completa deshonra de una de las suyas.

Elizabeth se detuvo ante una ventana que dominaba los magníficos jardines de Pemberley y tomó fuerzas del sereno paisaje que se extendía ante ella. Lo hecho no podía deshacerse. La indiscreción de Lydia no podía borrarse, pero sus consecuencias quizá aún pudieran manejarse con suficiente cuidado y previsión. Fuera cuales fuesen las dudas que albergaba sobre el rumbo emprendido, Elizabeth sabía con certeza que debía llevarlo hasta el final.

Con renovada resolución, siguió su camino para hablar con Georgiana y hacer los arreglos de su ausencia. Aquella madeja enmarañada podía inquietar su conciencia, pero no permitiría que atrapase el futuro de su hermana si podía evitarlo.

Cuando el carruaje de los Darcy se detuvo ante la casita de la señora Wilkins, Elizabeth sintió que el corazón se le aceleraba de aprensión. Por muy esmerada que hubiese sido su planificación, el éxito de aquella empresa dependía en gran medida de factores fuera de su control: la disposición de Lydia a cooperar, el verdadero carácter del capitán Wallace y la posibilidad de un entendimiento genuino entre dos desconocidos a punto de quedar unidos en matrimonio en las

circunstancias más insólitas.

—¿Estás del todo lista? —preguntó el señor Darcy en voz baja mientras el lacayo abría la portezuela del carruaje.

Elizabeth asintió, convocando una compostura que en realidad no sentía. —Tan lista como puede estar una para un encuentro así. No tenía ya más tiempo para prepararse, en cualquier caso; el coronel Fitzwilliam y el capitán Wallace habían desmontado y los aguardaban en los escalones.

Elizabeth aceptó la mano de su marido al bajar del carruaje, se tomó un instante para arreglarse la ropa de viaje y luego siguió a los caballeros al interior de la casa, donde la señora Wilkins la esperaba con una sonrisa de bienvenida.

—Señora Darcy —dijo el coronel en voz baja—, quizá desee ver a su hermana a solas al principio.

Elizabeth miró a su marido, que asintió conforme. —Sí, creo que será lo mejor. Hay mucho de lo que debemos hablar.

—Subiendo las escaleras, señora —dijo la señora Wilkins con amabilidad—. Segunda puerta a la derecha. La está esperando, por supuesto, pero le sugerí que se quedara arriba y hablara con usted primero.

Tan sabia como bondadosa; Elizabeth esperaba que Lydia hubiese reconocido la bondad de la señora Wilkins. Con un quedo agradecimiento, dejó el pulcro saloncito y subió las escaleras; llamó a la puerta indicada y entró al oír el —¡Adelante!—.

Lydia se levantó de una silla junto a la ventana cuando ella entró, y a Elizabeth se le cortó la respiración al contemplar el aspecto de su hermana. Aunque Lydia llevaba un vestido holgado de azul oscuro, no podía ocultarse el marcado abultamiento de su vientre. Con casi cinco meses de embarazo, su estado era inconfundible.

Y no fue solo el estado físico de Lydia lo que impresionó a Elizabeth, sino el cambio en su porte. Aquella muchacha alocada y risueña parecía ahora contenida, su exuberancia templada por las circunstancias. Aun así, el rostro se le iluminó considerablemente al ver a su hermana.

—¡Lizzy! —exclamó, adelantándose con las manos extendidas—. Oh, me alegro muchísimo de que hayas venido. Qué alegría ver una cara

conocida.

—Lydia, te veo bien —dijo Elizabeth mientras estrechaba a su hermana entre sus brazos, y lo decía de veras pese a las circunstancias —. Había un color saludable en las mejillas de Lydia, y sus ojos, aunque más serios de lo que Elizabeth recordaba, estaban claros y brillantes.

—¡Tienes que contarme más sobre Pemberley! Y ¿has recibido muchas cartas de casa?,

¿me has traído alguna contigo? Es un fastidio tener que enviar todo por Pemberley y esperar días de más para las respuestas; Kitty no deja de reñirme por lo que tardo en contestar.

—Lo siento, Lydia. Elizabeth respondió a las preguntas de Lydia mientras la observaba con mayor detenimiento. Bajo los intentos de Lydia por recobrar su antigua vivacidad, percibió una cautela nueva, una sombra de comprensión que antes no existía.

—¿Y tú, Lydia? ¿Cómo has estado, de veras? —preguntó Elizabeth cuando por fin hubo una pausa en las preguntas de su hermana.

La mano de Lydia se movió instintivamente hacia el vientre. —Bastante bien, supongo, dadas las circunstancias. El bebé ha empezado a dar patadas, lo cual resulta muy extraño. La señora Wilkins dice que eso significa que será fuerte —vaciló, y añadió en voz más baja—. Nunca pensé... es decir, no me di cuenta de lo difícil que sería todo.

Este reconocimiento de la gravedad de su situación, por leve que fuese, era más de lo que Elizabeth había esperado. Cubrió la mano de Lydia con la suya. —Sé que esto no te ha resultado fácil.

—Es terriblemente aburrido aquí —se quejó Lydia; en su expresión asomó un destello de su antigua petulancia. —No me permiten ir a ningún sitio interesante, y tengo que fingir estar de luto por un marido que nunca existió. Es a todas luces injusto.

Elizabeth se contuvo de replicar con dureza sobre la justicia y las consecuencias de los propios actos. No era momento de sermones. —La situación es temporal, Lydia. Eso es en parte por lo que hemos venido hoy. ¿Entiendes que el capitán Wallace ha venido con nosotros precisamente para ver si tú y él haríais buena pareja?

Lydia asintió, y su expresión se tornó incierta. —El amigo del coronel Fitzwilliam.

¿De veras está dispuesto a casarse conmigo, aun sabiendo…? —señaló vagamente hacia el vientre—. ¿Cómo es, Lizzy? ¿Es muy viejo o feo? No podría soportarlo si fuera espantosamente aburrido.

—Creo que su aspecto no te disgustará —le dijo Elizabeth con dulzura —. Y el coronel Fitzwilliam habla bien de él, que no es recomendación menor.

—Pero ¿por qué aceptaría un arreglo así? ¿Qué gana con ello? —Las preguntas de Lydia revelaron más agudeza de la que Elizabeth había previsto.

—Creo que hay alguna contrapartida económica —admitió Elizabeth con cautela, sin querer subrayar el aspecto mercenario de la transacción—. Pero el coronel Fitzwilliam nos asegura que el capitán es un hombre de buen carácter que desea formar una familia.

Tu… situación… le permite tenerla con mayor prontitud de lo que podría de otro modo.

Lydia asimiló esta información con una inusitada reflexión. —¿El bebé?

—Ha accedido a reconocerlo como propio en cuanto estéis casados. El niño llevará su apellido.

—Así que voy a ser la señora Wallace —musitó Lydia, probando el sonido—. Bueno, supongo que es mejor que permanecer escondida aquí para siempre. —Inspiró hondo y alzó la barbilla con valentía—. Solo pude ver la coronilla cuando subíais por el sendero

—admitió, señalando la ventana—. Al menos era alto. —Una pequeña sonrisa le rozó los labios—. No creo que pudiera soportar un marido más bajo que yo.

Elizabeth le sonrió con ánimo. —De veras creo que te gustará, Lydia. Es un caballero, y encantador, y me asegura que le gustan los bailes y las fiestas, y que le complacería mucho una esposa a la que le guste bailar.

A Lydia se le iluminaron los ojos, pero enseguida se le ensombreció el gesto y llevó una mano al vientre. —Eso tendrá que esperar…

—No por mucho más tiempo —insistió Elizabeth con brío—. ¿Bajarás a conocerlo?

—¿Qué pensará de mí? —preguntó Lydia, con un leve temblor de miedo en la voz.

—Pensará que eres preciosa —dijo Elizabeth con firmeza, y le resultó insoportable ver a la segura Lydia reducida a aquello. Alargó la mano, le esponjó un poco los rizos y luego le tomó la mano—. Lo eres de verdad, Lyddie. Sé tú misma, y estoy segura de que le gustarás muchísimo.

Lydia parecía poco convencida, pero cuadró los hombros y dejó que Elizabeth la condujera escaleras abajo, donde la señora Wilkins acababa de servir té a los tres caballeros en la salita.

El capitán Wallace fue el primero en ponerse en pie y se inclinó con respeto. —

Señorita Bennet, me complace conocerla. No hubo repugnancia ni juicio en su expresión al mirar por primera vez a Lydia, solo una ponderación serena y quizá un atisbo de compasión.

Lydia, por su parte, pareció quedarse momentáneamente sin habla, cosa harto inusual. Elizabeth le apretó la mano con suavidad y se sentaron. Con buen ánimo, Elizabeth inició la conversación, secundada por el coronel Fitzwilliam y el capitán Wallace; Darcy hizo cuanto pudo, pero Elizabeth veía la preocupación en su rostro mientras observaba a Lydia permanecer en silencio.

—Quizá deberíamos salir un rato —sugirió el señor Darcy a los otros caballeros cuando terminaron el té—. Esta salita es bastante pequeña, y con todos aquí está un poco cargada. Demos a las damas algo de espacio.

Elizabeth le lanzó una mirada agradecida; la mayor sensibilidad de su marido hacia los matices sociales era uno de los muchos cambios que había observado en él desde su matrimonio. Darcy le devolvió la sonrisa mientras seguía a los otros caballeros al exterior y cerraba la puerta.

Cuando ellos salieron, Lydia se volvió hacia Elizabeth con los ojos muy abiertos. —No es en absoluto lo que esperaba —susurró—. —Parece bastante… decente.

—¿Acaso esperabas que el coronel Fitzwilliam concertara para ti el matrimonio con un ogro? —preguntó Elizabeth, incapaz de reprimir del todo la diversión.

—No, pero… —Lydia hizo un gesto vago—. Dadas las circunstancias, pensé que podría ser mucho mayor, o adusto, o… no sé, de algún modo más obviamente desesperado.

Elizabeth suspiró. —Lydia, has de recordar que el capitán Wallace te está prestando un gran servicio. Sean cuales sean sus motivos, merece tu respeto y tu gratitud.

Para su sorpresa, Lydia asintió sin discutir. —Sí, lo sé. Procuraré ser… agradable.

Esa modesta disposición a la urbanidad fue quizá la señal más prometedora que Elizabeth había observado hasta entonces en su hermana.

Los caballeros regresaron al cabo de unos diez minutos, y Darcy miró a Elizabeth con una pregunta en los ojos. Ella asintió, aunque seguía sin estar del todo segura de Lydia; pensaba, sin embargo, que Lydia intentaba ser sensata y, desde luego, merecía oír los arreglos que se habían propuesto.

El coronel Fitzwilliam tomó al principio las riendas de la conversación y repasó en términos generales lo acordado hasta el momento, supeditado al consentimiento de Lydia. El capitán Wallace se casaría con Lydia en cuanto el vicario expidiera la licencia común, tras lo cual establecerían un hogar modesto en York, donde su regimiento debía acantonarse. El niño, cuando naciera, se presentaría como prematuro pero legítimo.

Evitarían encontrarse con nadie de Longbourn hasta que el niño tuviera suficiente edad para que nadie se preguntara por qué un supuesto prematuro parecía grande y sano.

A lo largo de esta conversación, Elizabeth observó con atención al capitán Wallace, en busca de cualquier indicio de reserva o desdén. No halló ninguno. Antes bien, parecía considerar a Lydia con una suerte de cortesía protectora que resultaba a la vez sorprendente y reconfortante.

—Señorita Bennet —dijo dirigiéndose directamente a Lydia cuando hubo una pausa en la explicación del coronel—, creo que nos sería beneficioso hablar con franqueza entre nosotros, puesto que estamos contemplando un compromiso de la mayor importancia. ¿Tendría usted objeción a mantener una breve conversación en privado?

Lydia pareció sobresaltarse, aunque la sugerencia no le desagradó.

Miró a Elizabeth, que asintió con gesto de ánimo.

—No tengo objeción alguna, señor —respondió Lydia con inusual formalidad.

—Salgamos fuera a dar un breve paseo —dijo Darcy a Elizabeth—. La iglesia está a pocos pasos calle abajo, si te apetece verla.

Ella accedió con gracia y tomó su brazo. El coronel Fitzwilliam los siguió al exterior y caminaron calle abajo hasta el cementerio de la iglesia.

Cuando regresaron al salón un cuarto de hora después, el capitán Wallace estaba sentado muy cerca de Lydia, hablándole con seriedad. A Elizabeth le llamó la atención el cambio en la expresión de su hermana. La cautela no había desaparecido del todo, pero se había visto acompañada por algo parecido a una esperanza cauta.

—Hemos llegado a un entendimiento —anunció simplemente el capitán Wallace.

Lydia asintió, con una pequeña sonrisa jugueteando en sus labios. —El capitán ha sido muy amable —dijo, con un tono tan distinto de su habitual ligereza que Elizabeth casi se sobresaltó—. Me ha explicado lo que se esperaría de mí como su esposa y... creo que podré cumplir con esas expectativas.

La expresión del capitán Wallace se suavizó al volver la vista hacia Lydia. —La señorita Bennet se ha mostrado singularmente franca respecto a sus circunstancias y a sus esperanzas de futuro. Aprecio la franqueza en todo trato.

El resto de la tarde transcurrió en la discusión de los arreglos prácticos. La señora Wilkins ya había hablado con el vicario, que deseaba conversar con el capitán Wallace antes de expedir la licencia común, y podía ponerse a disposición al día siguiente para tal encuentro. La boda tendría lugar lo antes posible después de ello, con únicamente los presentes hoy como asistentes.

Durante estas conversaciones, Elizabeth observó con creciente optimismo el modo en que el capitán Wallace trataba a su hermana. No había romanticismo, desde luego, pero

sí bondad, paciencia y un respeto fundamental que sugerían que esta unión poco común podría resultar más venturosa de lo que nadie se había atrevido a esperar.

Mientras se dirigían a su alojamiento para pasar la noche, Elizabeth se sorprendió reflexionando sobre el giro inesperado que había tomado el día. Lo que había empezado como una medida desesperada para salvar la reputación de su hermana prometía ahora brindar a Lydia algo que en realidad nunca había tenido: la guía de alguien que la veía con claridad, con sus defectos y todo, y aun así la trataba con constante bondad.

—Pareces pensativa —observó el señor Darcy mientras se preparaban para la cena.

—Estoy sorprendida —admitió Elizabeth—. El capitán Wallace no es en absoluto lo que esperaba. Y Lydia... creo que por fin está madurando, aunque tarde.

La expresión del señor Darcy se suavizó hasta convertirse en una de las escasas y tiernas sonrisas que reservaba exclusivamente para ella.
—Hasta los más díscolos acaban por encontrar su camino, querida mía. Quizá tu hermana solo necesitaba la guía adecuada.

Elizabeth le tomó la mano, agradecida más allá de las palabras por su apoyo inquebrantable durante esta dura prueba. —Confiemos en que así sea —dijo en voz baja—. Confiemos en que así sea.

Capítulo Once

LA BODA DEL CAPITÁN James Wallace con Lydia Bennet se celebró con sobria dignidad en la pequeña iglesia parroquial de St. Mary's, en Leicester, tres días después de su primer encuentro. Elizabeth

permaneció junto a su marido, contemplando cómo su hermana menor pronunciaba los votos con una voz clara y firme que desmentía su juventud y las circunstancias que los habían llevado a todos a aquel momento. Ningún vestido blanco ni flores de azahar la distinguían como novia; llevaba, en cambio, un modesto vestido de muselina azul pálido, arreglado a toda prisa para acomodar su estado, manteniendo la ficción de que era una viuda reciente que volvía a casarse.

La ceremonia fue breve y asistieron únicamente quienes conocían la verdad: Mr.

Darcy, Elizabeth, Mrs. Wilkins y el coronel Fitzwilliam. El vicario local, informado solo de que la novia era una joven viuda en situación delicada, ofició el servicio con la solemne gravedad que correspondía. El capitán Wallace, resplandeciente con el uniforme de gala, respondió con calma y precisión, sin apartar la mirada del rostro de Lydia.

Elizabeth se descubrió observando a la pareja con atención durante toda la ceremonia.

Pese a las prisas y a lo inusual de las circunstancias, había en el enlace algo inesperadamente acertado. La natural vivacidad de Lydia, aunque atenuada por los sucesos recientes, parecía complementar la serena firmeza del capitán. Cuando él deslizó una sencilla alianza de oro en su dedo, sus manos fueron suaves, y la sonrisa que Lydia le devolvió no tuvo nada de su antiguo coqueteo, sino solo una gratitud vacilante.

—Les declaro marido y mujer —proclamó el vicario—, y con esas palabras, la ficción se convirtió en realidad. Lydia Bennet era ahora Mrs. Wallace, y su hijo por nacer quedaba legitimado gracias a esta unión de conveniencia.

Mientras los recién casados firmaban el registro, Elizabeth sintió cómo la mano de Mr.

Darcy se deslizaba en la suya, ofreciéndole un apoyo silencioso. Él, más que nadie, comprendía la complejidad de sus emociones en aquel instante: el alivio mezclado con una preocupación persistente, la esperanza ensombrecida por la conciencia de los engaños que habían hecho posible esta resolución.

Tras la ceremonia, se encaminaron a un comedor privado de la posada de postas donde Mr. Darcy y Elizabeth se habían alojado. Se había dispuesto un sobrio desayuno de boda, la primera comida compartida por aquella familia improvisada a toda prisa.

La conversación fluyó con más facilidad de lo que Elizabeth había previsto, y el capitán Wallace reveló un humor seco que de cuando en cuando arrancó a Lydia alguna risa sincera.

—¿Cuándo partirás hacia York? —preguntó el coronel Fitzwilliam cuando concluyó la comida.

—Mañana por la mañana —respondió el capitán Wallace—. He conseguido alojamiento para el futuro inmediato. Nada grandioso, pero lo bastante cómodo hasta que puedan hacerse arreglos más permanentes.

—Nos ocuparemos de esos arreglos permanentes en breve —le aseguró Mr. Darcy—.

He dado instrucciones a mi abogado para que empiece a buscar una propiedad adecuada.

A Lydia se le abrieron los ojos ante esto. —¿Una casa? ¿Quiere decir que tendremos casa propia?

—Una modesta, de alquiler —dijo Mr. Darcy con amable firmeza—, acorde con la posición del capitán Wallace. No convendría establecerles de un modo que suscitara preguntas.

Elizabeth observó atentamente a su hermana, casi esperando ver el mohín de decepción que tan bien conocía. En lugar de eso, Lydia asintió con una comprensión sorprendente. —No, claro que no. Sería de lo más imprudente.

Aquella muestra de prudencia recién adquirida estuvo a punto de hacer que Elizabeth se atragantara con el té. El capitán Wallace pareció advertir su sorpresa, pues una leve sonrisa de comprensión cruzó su rostro mientras miraba de una a otra.

—La señora Wallace demuestra una capacidad de adaptación notable —observó en voz baja—. Una cualidad valiosa en la esposa de un militar.

En la mañana de la partida de Lydia y el capitán Wallace, Elizabeth la encontró en el saloncito privado de la posada, sentada ante una pequeña mesa de escribir, el cabello dispuesto con un peinado más sobrio que sus otrizos rizos elaborados. Llevaba un vestido de viaje verde oliva que favorecía su tez y dejaba holgura suficiente para su figura en aumento. Al entrar Elizabeth, alzó la vista con una sonrisa en la que se mezclaban la excitación y los nervios.

—¡Lizzy! Estaba haciendo una lista de cosas que debo recordar comprar para nuestra nueva casa. El capitán dice que podremos adquirir cuanto necesitemos en York, pero me daría mucha rabia olvidar algo importante... esto es todo lo que recuerdo de lo que Mamá solía decir que eran las cosas esenciales en una casa, por humilde que fuera.

A Elizabeth le llamó la atención aquella insólita previsión en su hermana menor. —

Eso me parece de lo más sensato —respondió, tomando asiento cerca de Lydia—. ¿Estás bien preparada para el viaje? No es poca cosa.

—El capitán ha dispuesto que interrumpamos el viaje para pasar la noche en una posada que sabe que es cómoda y respetable —explicó Lydia—. Dice que no sería prudente que intentara recorrer toda la distancia en un solo día, dada mi condición.

Aquella consideración por la comodidad de Lydia elevó aún más la opinión de Elizabeth sobre el capitán Wallace. —Parece muy atento a tu bienestar.

—Es muy amable —convino Lydia, con un deje de asombro en la voz —. No es en absoluto lo que esperaba en un marido. Anoche me habló de nuestra vida en York. Dice

que al principio debemos vivir con discreción, sentando nuestra respetabilidad antes de empezar a recibir visitas o participar en sociedad.

—Es un consejo juicioso —dijo Elizabeth, observando atentamente a su hermana por si advertía señales de rebeldía ante tales restricciones. Para su sorpresa, Lydia se limitó a asentir.

—Sí, a mí también me lo pareció. Explicó que su posición permite, con el tiempo, alguna tertulia modesta, pero que sería mejor comenzar con un círculo pequeño de conocidos.

Elizabeth se maravilló en silencio del cambio de su hermana. La Lydia que había partido de Longbourn hacía apenas unos pocos meses habría protestado con vehemencia contra tales limitaciones a su vida social, exigiendo bailes, reuniones y diversión constante. Esta nueva Lydia, apaciguada por las circunstancias y, sin embargo, de algún modo más asentada, parecía comprender la necesidad de la prudencia.

—¿Y qué hay de tu correspondencia con nuestra familia? —preguntó Elizabeth, abordando el delicado asunto que la había traído aquella mañana. —¿Has pensado qué les escribirás sobre tu matrimonio?

—Escribiré a mamá hoy, en cuanto nos pongamos en camino. Había pensado decirle que el coronel Fitzwilliam me presentó al capitán Wallace y que enseguida nació entre nosotros un afecto.

—Tiene la ventaja de ser en su mayor parte verdad —observó Elizabeth—. —¿Y de tu boda apresurada?

—Diré que las obligaciones militares del capitán exigían prisa, pues debía regresar de inmediato a York. Los dedos de Lydia jugueteaban nerviosos con el borde de su papel de escribir. —¿Crees que se sorprenderán mucho?

—Sorprendidos, desde luego, pero papá y Jane también se sentirán muy aliviados, imagino. Jane hará cuanto pueda para que mamá se muestre contenta con la idea.

Lydia asintió y, a continuación, formuló la pregunta que Elizabeth había estado temiendo con cierta aprensión. —¿Cuándo podría visitar Longbourn? Sé que no puede ser de inmediato, pero quizá después de que nazca el bebé. Me gustaría muchísimo presentar a mi hijo a nuestros padres.

Elizabeth tomó aire con cautela, preparándose para exponer la dura verdad con la mayor delicadeza posible. —Lydia, me temo que visitar Longbourn no será posible por algún tiempo. Tu… estado… ya no puede ocultarse, y en los meses venideros no hará sino hacerse más evidente.

—Pero después de que nazca el bebé… —insistió Lydia, dejando asomar un atisbo de su antigua impaciencia—. —¿Seguro que entonces podría ir con mi hijo? Podría decir que nació prematuro.

—La dificultad está en el tiempo —explicó Elizabeth—. —Tu matrimonio acaba de celebrarse. Aun si afirmaras que el niño nació prematuro, las fechas suscitarían preguntas que podrían conducir

precisamente al escándalo que tanto nos hemos afanado en evitar.

La comprensión afloró en los ojos de Lydia, seguida de un destello de congoja. —

¿Quieres decir que no podré ver a mamá en absoluto? ¿Ni a Mary y a Kitty?

Elizabeth tomó la mano de su hermana y la apretó con suavidad. —No de inmediato, no. Creo que lo más seguro sería esperar al menos un año completo tras el nacimiento de tu hijo antes de intentar visita alguna a Longbourn. Para entonces, el detalle exacto de las fechas habrá perdido relieve y será menos evidente que tu hijo no fue, en realidad, prematuro.

Lydia guardó silencio un largo momento, asimilando aquella ingrata realidad.

Elizabeth observó el vaivén de emociones en el rostro de su hermana: decepción, frustración y, al fin, una aceptación resignada que habría sido impensable en la Lydia de antaño.

—Ya veo —dijo por fin, con voz pequeña pero firme—. —Es la consecuencia de mis actos, ¿no es así? El precio que debo pagar por mi insensatez.

La madurez de ese reconocimiento estuvo a punto de arrancar lágrimas a Elizabeth.

—Es una limitación temporal, Lydia, no un destierro eterno. Con el tiempo, cuando los recuerdos se hayan desvanecido y tu matrimonio con el capitán Wallace esté bien asentado, las visitas serán posibles. Hasta entonces, habrán de bastar las cartas.

Lydia asintió despacio. —El capitán dijo algo parecido anoche. Sugirió que, tras un año o así en York, podría solicitar destino en una guarnición de Londres, lo que nos situaría más cerca de Hertfordshire sin estar tan cerca como para atraer un escrutinio constante.

—Qué atento por su parte —dijo Elizabeth, cada vez más impresionada por la consideración que mostraba el capitán Wallace hacia los sentimientos de su nueva esposa pese a las circunstancias de su unión.

—Dice que de una familia militar se espera que se traslade con frecuencia, de modo que nuestros desplazamientos no parecerán

sospechosos. Lydia logró esbozar una pequeña sonrisa. —Parece que, al fin y al cabo, he de ser una verdadera esposa de soldado, aunque no exactamente como lo había imaginado.

Había en aquel reconocimiento de unos sueños amoldados a la realidad algo conmovedor que tocó hondo a Elizabeth. —Puede que descubras que esta vida encierra más satisfacción de la que imaginas —aventuró—. —El capitán Wallace parece un hombre de valía, y a tu hijo no le faltará de nada bajo su protección.

—No —convino Lydia, posando instintivamente la mano en la curva del vientre—. —

El bebé tendrá su nombre y su amparo. Eso vale mucho, me he dado cuenta.

Las hermanas permanecieron un momento en silencio, cómodamente acompañadas, mientras la luz de la mañana trazaba suaves dibujos a través de las modestas cortinas.

Elizabeth se sorprendió estudiando el perfil de Lydia, notando los sutiles cambios que el embarazo y las circunstancias habían obrado en ella. Había en sus rasgos una suavidad que nada tenía que ver con lo físico, un asomo de reflexión que insinuaba los inicios de una verdadera madurez.

—Te echaré de menos, Lizzy —dijo de pronto Lydia, con la voz levemente trabada—.

—Sé que he sido muy tonta e irreflexiva, y no he causado sino disgustos y preocupaciones, pero me gustaría de veras que pudiéramos vernos más a menudo ahora que estoy intentando ser mejor.

Elizabeth se sentó junto a su hermana en el pequeño banco y le pasó un brazo por los hombros. —Nos veremos, te lo prometo, especialmente si tú y tu marido os trasladáis a Londres. El señor Darcy y yo vamos a Londres con regularidad y, cuando lo hagamos, sin falta os haremos una visita. Y quizá antes de eso, cuando tu hijo tenga unos pocos meses, puedas venir a vernos a Pemberley, en un momento en que no haya riesgo de toparnos con conocidos de Hertfordshire.

La perspectiva iluminó notablemente la expresión de Lydia. —¿De veras? ¿Podría ir a Pemberley?

—Si el capitán Wallace está de acuerdo, y si ambos sois discretos respecto al momento del nacimiento de tu hijo al hablar con los

criados, no veo por qué no—. Elizabeth apretó con suavidad los hombros de su hermana.—Me gustaría mucho conocer a mi sobrina o a mi sobrino—.

—El capitán cree que será un niño—, confió Lydia con una leve sonrisa.—Dice que puede saberlo por cómo llevo el embarazo, aunque no alcanzo a imaginar cómo—.

—Cuentos de viejas—, dijo Elizabeth, devolviéndole la sonrisa.—Aunque me alegrará por igual que sea una sobrina o un sobrino—.

Su conversación se vio interrumpida por la llegada del capitán Wallace, quien llamó con respeto antes de entrar en la estancia. Iba vestido para viajar; su porte era tan compuesto y cortés como lo había sido a lo largo de su breve trato.

—Señora Darcy, buenos días. ¿Se halla usted bien?— La saludó con una reverencia.—

Espero que me perdone la interrupción, pero el carruaje estará listo dentro de media hora, y he pensado que la señora Wallace quizá desee concluir sus preparativos—.

—Por supuesto, capitán—, respondió Elizabeth, poniéndose en pie.—Justo iba a retirarme—.

Lydia se levantó también, su movimiento algo torpe debido a su cambiante figura.—

¿Tienes que irte ya, Lizzy?—

—Mucho me temo que sí. El señor Darcy y yo pensamos partir hacia Pemberley de inmediato—. Elizabeth se volvió hacia el capitán Wallace.—¿Podría concederme un último momento a solas con mi hermana, capitán?—

—Por supuesto—. Hizo de nuevo una reverencia y se retiró; su discreción confirmó aún más la buena opinión que Elizabeth tenía de él.

Solas de nuevo, Elizabeth abrazó a Lydia.—Escríbeme cuando estéis instalados, y no dudes en hacerme saber si necesitas cualquier cosa. El señor Darcy y yo estamos dispuestos a ayudaros en todo cuanto podamos—.

Lydia devolvió el abrazo con sorprendente fiereza.—Gracias, Lizzy.

Por todo. Sé que no he merecido tanta bondad—.

—Eres mi hermana—, dijo Elizabeth con sencillez.—Esa es razón suficiente—.

Al separarse, Elizabeth vio lágrimas brillando en los ojos de Lydia, pero también una determinación que sugería que su hermana menor aún podría encontrar el camino hacia una dicha verdadera, pese a los infaustos comienzos de su vida matrimonial.

—Por ahora, adiós—, dijo Elizabeth, dirigiéndose hacia la puerta.—Cuídate, Lydia, y da recuerdos a tu marido. Espero con impaciencia noticias de vuestra llegada segura a York—.

—Adiós, Lizzy—, respondió Lydia, componiéndose visiblemente.—Te escribiré muy pronto, te lo prometo—.

Cuando el carruaje que llevaba a los recién casados se alejó, Elizabeth se sintió asaltada por una peculiar mezcla de emociones: alivio por haberse hallado una solución, preocupación por el futuro de Lydia y una incómoda conciencia de la red de engaños en la que todos habían quedado enredados.

—Parece preocupada, señora Darcy—, observó el coronel Fitzwilliam mientras regresaban al interior para prepararse para sus respectivas partidas.

—Estoy contemplando la curiosa posición moral en que nos encontramos—, admitió Elizabeth.—Hemos hecho cuanto ha sido posible para asegurar la respetabilidad de Lydia y, sin embargo, al hacerlo hemos creado una ficción que habrá de mantenerse indefinidamente. Hay algo... inquietante en ello—.

El coronel lo consideró con reflexión.—Comprendo su desasosiego, pero quizá le ayude pensar que la verdad no sirve a nadie en este caso, y menos aún al niño inocente.

A veces el proceder más amable no es el más recto—.

—Esa es una postura moral bastante sofisticada, coronel—, observó Elizabeth con una pequeña sonrisa.

—La guerra enseña que la virtud rara vez es asunto sencillo, señora Darcy—. Su expresión se volvió más seria.—En cualquier caso, creo que el capitán Wallace será un buen esposo para su hermana. No es un hombre dado a los remordimientos ni a las segundas reflexiones una

vez que se ha comprometido con un curso de acción—.

Esta valoración proporcionó a Elizabeth cierto consuelo cuando emprendieron el viaje de regreso a Pemberley, tras despedirse del coronel, que volvía a Londres. El campo de principios de verano pasaba agradable ante las ventanillas del carruaje, en marcado contraste con el viaje, cargado de tensión, que habían hecho a Leicester.

—¿Crees que serán felices?—le preguntó a su marido mientras viajaban hacia el norte.

Darcy sopesó la pregunta con su acostumbrada reflexión.—Contentos, cuando menos.

Wallace es un hombre firme, que aportará seguridad y guía, mientras que tu hermana aporta juventud y vitalidad a lo que, de otro modo, habría sido para él una existencia bastante solitaria—.

—Resulta extraño pensar en la indómita Lydia asentada en un arreglo tan sensato—, musitó Elizabeth.—Aunque quizá —asentada— no sea aún la palabra—.

—Ahora tiene más motivos que la mayoría para abrazar la respetabilidad—, observó Darcy.—La seguridad de su hijo depende de ello—.

Elizabeth asintió, con la ferviente esperanza de que Lydia mantuviera su prudencia recién descubierta.

—Diría que la preocupación más apremiante ahora es asegurarse de que la señora Wallace cuente con adecuada compañía y guía femeninas mientras se prepara para su confinamiento—, dijo Darcy, tras haber viajado en silencio un rato.

—Lo había considerado—, admitió Elizabeth.—Me preguntaba si la señora Annesley podría conocer a alguna mujer adecuada, alguien discreta que pudiera servir de compañera a Lydia. Necesitaría orientación para establecer su casa y, más adelante, ayuda con el niño —.

El señor Darcy asintió pensativo.—Una sugerencia excelente. El criterio de la señora Annesley en tales asuntos es intachable—.

A medida que la conversación proseguía, detallando el apoyo práctico que se brindaría a los recién casados, Elizabeth se descubrió volviendo

al malestar fundamental que le provocaba toda la situación. Por mucho esmero que pusieran en los preparativos y por muy generosa que fuese su ayuda, seguían siendo cómplices de un engaño que probablemente habría de sostenerse toda la vida.

La criatura crecería creyendo una ficción sobre su origen. Lydia tendría que permanecer para siempre vigilante respecto de lo que revelara de su pasado. Su madre no llegaría a conocer jamás toda la verdad de las circunstancias de su hija menor. Cada capa del engaño parecía exigir otra más, tejiendo una red de falsedades en constante expansión.

Y, sin embargo, ¿qué alternativa existía? La verdad destruiría irreparablemente la reputación de Lydia y marcaría a su criatura con el estigma de la ilegitimidad. La misma sociedad que hacía necesarias estas medidas elaboradas para preservar la respetabilidad no tendría la menor misericordia si la verdad llegara a saberse.

—Sigues preocupada —observó Darcy en voz baja.

—Estoy sopesando la curiosa aritmética moral en la que nos hemos embarcado —

confesó Elizabeth—. Pesar falsedades frente a la ruina, el engaño frente a la deshonra.

Parece que no hay un camino enteramente virtuoso.

Darcy la contempló con la profunda comprensión que se había convertido en una de las piedras angulares de su matrimonio. —Quizá la virtud, en este caso, no resida en una honestidad perfecta, sino en obrar con compasión hacia quienes son vulnerables.

Tu hermana, su criatura, tu familia. Todos podrían padecer gravemente por un exceso de franqueza.

Elizabeth sonrió con pesar. —Qué práctico te has vuelto en cuestiones de principio, señor Darcy. Recuerdo una época en que eras bastante más rígido en tus nociones de decoro.

—Tuve una maestra excelente en el arte de la complejidad moral —replicó, y sus ojos se templaron al encontrarse con los de ella—. Alguien que me enseñó que los verdaderos principios han de templarse con humanidad.

Este reconocimiento, tan delicado, de la influencia que ella había

ejercido en su modo de pensar proporcionó a Elizabeth cierto consuelo. La red de engaños seguía inquietándola, pero quizá, como habían sugerido tanto su marido como el coronel Fitzwilliam, fuese una concesión necesaria a las realidades del mundo en que vivían.

Al relajarse en su cómodo carruaje, apoyando la cabeza en el hombro de su marido, Elizabeth se permitió esperar que Lydia, en su nueva vida como señora Wallace, encontrara no solo seguridad, sino dicha verdadera, pese al heterodoxo comienzo de su matrimonio.

Capítulo Doce

LA VISIÓN DE PEMBERLEY alzándose sobre el paisaje estival nunca dejaba de agitar algo profundo en el pecho de Darcy; pero hoy, al regresar con Elizabeth a su lado tras su viaje a Leicester, aquella emoción era particularmente intensa. La luz dorada de la última hora de la tarde bañaba la fachada de piedra con un resplandor tibio, haciendo que las ventanas relucieran como faros acogedores. Aquello era el hogar, el verdadero hogar ahora, de un modo en que nunca lo había sido, ni siquiera en su niñez. Cuando el carruaje tomó el último tramo del camino de entrada, él miró a Elizabeth y encontró sus ojos oscuros ya fijos en él, una leve sonrisa jugueteando en sus labios, como si pudiera leerle el pensamiento. Tal vez pudiera, en ese modo peculiar que se había desarrollado entre ellos, un entendimiento silencioso que no necesitaba palabras.

—Se siente distinto volver esta vez —dijo en voz baja—.

La sonrisa de Elizabeth se acentuó. —¿En qué sentido?

—Se me ha quitado un peso de encima —repuso, pensando en Lydia, ya casada con el capitán Wallace, la crisis conjurada gracias a sus esfuerzos combinados—. —Me parece que puedo respirar más libremente ahora.

—Yo también —admitió, buscando su mano—. —Aunque confieso que no me sentiré del todo tranquila hasta que recibamos noticias de York de que se han asentado bien.

El carruaje se detuvo ante la gran entrada, y Darcy vio a Georgiana bajar ya apresurada los peldaños para darles la bienvenida, con la señora Reynolds siguiéndola a un paso más digno. El rostro de su hermana resplandecía de un auténtico placer, visión que aún le sorprendía a veces cuando recordaba a la muchacha tímida y retraída que había sido apenas unos meses atrás.

—¡Por fin habéis vuelto! —exclamó Georgiana mientras el lacayo abría la portezuela del carruaje—. —Os he estado aguardando desde el mediodía.

Darcy descendió primero; se volvió para ayudar a Elizabeth antes de abrazar a su hermana. —Los caminos estaban en excelente estado y hemos hecho buen camino.

—¿Se concluyó satisfactoriamente el asunto en Leicester? —preguntó Georgiana en voz más baja, con los ojos escudriñando su rostro.

—Muy satisfactoriamente —confirmó—. —Tu cuñada está ahora respetablemente establecida como la señora Wallace.

El alivio asomó fugaz por las facciones de Georgiana. —Oh, me alegro muchísimo. Y

el capitán Wallace... es decir, ¿Lydia pareció satisfecha con el arreglo?

—Más que satisfecha —respondió Elizabeth, uniéndose a ellos tras dar instrucciones al lacayo acerca de su equipaje—. —De hecho, creo que tu hermano y el coronel Fitzwilliam han encontrado un excelente partido para mi hermana. El capitán es bondadoso y atento en todo.

Aquella seguridad tranquilizó a Georgiana, y enlazó su brazo con el de Elizabeth mientras subían los escalones. —Debéis de estar rendidos del viaje. He mandado preparar el té en la sala azul, y la cocinera ha hecho esos pastelillos de limón que te gustan especialmente, Elizabeth.

Darcy siguió a las dos mujeres que más amaba en el mundo,

tomándose un instante para saborear la estampa que componían juntas. Elizabeth, con su porte gracioso y paso vivo; Georgiana, creciendo cada día en seguridad y elegancia. Habían forjado un vínculo que iba mucho más allá de la relación formal de cuñadas: se habían hecho verdaderas amigas y confidentes. Él había albergado esta esperanza, pero la realidad superaba sus expectativas, como sucedía con tantos aspectos de su matrimonio con Elizabeth.

El mes que siguió a su regreso transcurrió con un grato compás de tranquilidad doméstica que Darcy no había conocido jamás en Pemberley. Días que antaño habían

estado colmados de una soledad impuesta por el deber ahora se veían animados por la presencia de Elizabeth. Ella se movía por las estancias nobles con creciente seguridad, consultando con la señora Reynolds los asuntos de la casa, conferenciando con los jardineros sobre sutiles cambios en los parterres formales, explorando la vasta biblioteca con un entusiasmo genuino por sus tesoros.

Aún más notable era la transformación de Georgiana. Bajo el dulce estímulo de Elizabeth, su hermana había salido por fin de su caparazón, revelando un ingenio callado y una inteligencia reflexiva que Darcy siempre había sabido que existían, pero que nunca había acertado a hacer aflorar. A veces los sorprendía con las cabezas juntas sobre un libro de poesía o una pieza de música, y sus risas flotaban por los pasillos como una bendición sobre la vieja mansión.

La señora Annesley comentó en voz baja a Darcy un día que juzgaba que ya hacía poca falta, pero él la tranquilizó asegurándole que aún se apreciaba su labor en la formación de Georgiana. A Darcy le pareció un momento oportuno para preguntarle si conocía a alguien adecuado que pudiera acompañar a Lydia durante el alumbramiento, a lo que la señora Annesley se animó al instante y dijo que más bien pensaba que le gustaría asumir ella misma el puesto. Acordaron que viajaría a York más adelante aquel año, cuando se acercase el encierro de Lydia. La señora Annesley se retiraría de nuevo cuando le conviniese, pues Georgiana ya no la necesitaría una vez iniciase su Temporada en Londres.

La inminencia de la fiesta anual de la cosecha, a principios de septiembre, insufló nueva energía a Pemberley. Aquella tradición, que se remontaba a generaciones, siempre congregaba a arrendatarios y vecinos por igual, pero ese año tenía un significado especial, pues sería la primera celebración de tal naturaleza con Elizabeth como señora de la casa.

—Confieso que estoy algo nerviosa —le confesó a él Elizabeth la víspera de la fiesta, mientras estaban sentados juntos en la biblioteca después de que Georgiana se hubiese retirado—. —Tus arrendatarios te conocen de toda la vida, mientras que yo sigo siendo una perfecta desconocida para la mayoría.

—Te han visto por la finca estos últimos meses —le recordó Darcy—. —Y quienes te han tratado ya te tienen en gran estima.

Elizabeth sonrió, aunque en sus ojos persistía un atisbo de incertidumbre. —Es distinto, sin embargo, ¿no te parece? Será una ocasión formal en la que se espera que cumpla ciertos deberes como señora de Pemberley.

—Los cumplirás admirablemente —le aseguró—. —Tienes una facilidad natural con la gente que a mí siempre me ha faltado.

—Tu modo no es deficiente, solo distinto —replicó ella con lealtad—. —Tus arrendatarios te respetan profundamente.

—El respeto es una cosa —admitió Darcy—. —Pero a ti te querrán, Elizabeth. Ese es un don que yo nunca podría ofrecerles.

La mañana del festival amaneció despejada y templada, un tiempo perfecto para las celebraciones al aire libre. Desde la ventana de su vestidor, Darcy veía a los criados levantando largas mesas de caballete en la pradera del lado sur, mientras otros colgaban farolillos y guirnaldas de flores de finales de verano de estructuras de madera provisionales. La visión familiar lo colmó de una expectación inusitada. Aquel año, por primera vez, no se limitaría a presidir en solitario los festejos; compartiría el deber con su esposa.

Elizabeth apareció en el desayuno vestida con una túnica de un verde suave que realzaba hermosamente su tez, el cabello oscuro dispuesto con sencilla elegancia bajo una modesta capota de paja. Georgiana, asimismo, se había esmerado con su aspecto, y lucía un vestido azul pálido que la hacía parecer más mayor que sus aún no diecisiete años.

—Estáis las dos encantadoras —dijo Darcy, poniéndose en pie cuando entraron en el salón de desayuno—. —La viva estampa de las damas de Pemberley.

La sonrisa de Elizabeth ante su cumplido lo reconfortó mientras tomaban asiento a la mesa. —Tu administrador ha pasado antes con algunas preguntas finales sobre los preparativos —le informó—. Espero no haberme extralimitado al tomar decisiones en tu ausencia.

—Nunca podrías extralimitarte —la aseguró Darcy—. Pemberley es tu hogar ahora, y tú su señora. Tu criterio en estos asuntos vale tanto como el mío.

La mañana transcurrió con presteza entre los preparativos finales y, hacia el mediodía, empezaron a llegar los primeros arrendatarios. Darcy permaneció junto a Elizabeth, saludando a cada familia por su nombre a medida que se acercaba. Le sorprendió la facilidad con que ella conversaba con todos, desde el anciano arrendatario que cultivaba los campos más septentrionales hasta los niños pequeños que la miraban

con tímida curiosidad. Recordaba detalles de sus vidas que él mismo a veces olvidaba y se interesaba por sus familiares con sincero interés.

—Señora Davis, qué alegría verla —decía Elizabeth a la esposa del maestro carretero—. ¿Se ha repuesto su hija de la tos? La semana pasada le envié un remedio de mi madre, pero no he tenido ocasión de averiguar su eficacia.

—En efecto que sí, señora Darcy, y le estamos muy agradecidos por su amabilidad —

repuso la mujer, claramente conmovida por el interés de Elizabeth.

Esta escena se repitió a lo largo de la tarde a medida que iban llegando más familias.

Darcy se sorprendió observando a su esposa con un profundo sentimiento de orgullo y gratitud. Ella aportaba a Pemberley cualidades que él jamás habría podido proporcionar: calidez, cercanía, una empatía natural que salvaba la distancia inevitable entre señor y arrendatario.

A medida que avanzaba la tarde, dieron comienzo los juegos tradicionales de la cosecha en la pradera. Los niños corrían en carreras de sacos o trataban de atrapar con la boca manzanas que flotaban en cubas de agua; los mozos competían en pruebas de fuerza y destreza que formaban parte del festival desde la época del abuelo de Darcy.

Los arrendatarios de más edad se reunían en corrillos, compartiendo cerveza e historias de cosechas pasadas. Y por entre todo ello, Elizabeth se movía con perfecta gracia, aplaudiendo a los vencedores, consolando a los desilusionados, compartiendo risas con los mayores.

—Su esposa es una dama extraordinaria, señor —observó el señor

Yates, vicario de Kympton, que se había unido a Darcy para contemplar una competencia especialmente animada con horcas y fardos de heno—. Parece haberse asentado en Pemberley como si hubiera nacido para ello.

—Así es —convino Darcy, con la mirada siguiendo a Elizabeth mientras entregaba un pequeño premio a un joven labrador triunfante —. Pemberley es, en verdad, afortunado.

Al acercarse la noche, la celebración se trasladó al gran pabellón provisional levantado para el baile. Se encendieron los farolillos cuando el sol comenzó a ponerse, bañando la reunión con un resplandor suave. Los músicos del lugar atacaron una animada melodía campestre, y Darcy contempló cómo Elizabeth se unía al baile con Georgiana.

Ofrecían un cuadro que él habría querido preservar para siempre: Elizabeth, con las mejillas encendidas por el esfuerzo y la felicidad; Georgiana, riendo sin apuro alguno al calcular mal un giro y casi chocar con otro bailarín. La visión colmó a Darcy de una satisfacción tan completa que casi lo desbordaba, un sentimiento que nunca había creído posible antes de que Elizabeth entrara en su vida.

Más tarde, cuando la mayoría de los arrendatarios se hubo marchado y solo unos pocos apuraban las últimas jarras de cerveza, Darcy se encontró a solas con Elizabeth al borde del pabellón. La noche se había vuelto fresca, y él le echó su chaqueta por los hombros, una intimidad que aún le estremecía tras meses de matrimonio.

—Gracias —dijo ella, ajustándose la prenda más al cuerpo.

—Soy yo quien debería darte las gracias —repuso en voz baja—. Has transformado Pemberley, Elizabeth. No mediante cambios espectaculares, sino con tu mera presencia.

Ella se recostó ligeramente contra él, una muestra pública de afecto que antes le habría parecido impropia, pero que ahora acogía de buen grado. —No he hecho más que lo que me sale de manera natural —dijo—. No es difícil amar Pemberley y todo lo que representa.

—Aun así, nunca había visto que todos disfrutasen tanto del festival —le dijo Darcy—

. Tienes un don para hacer que la gente se sienta valorada. A mí me han dicho a menudo que carezco de ese talento en particular.

Elizabeth le sonrió, el rostro iluminado por la luz suave de los farolillos. —Quizá.

Pero posees otras cualidades que inspiran lealtad y respeto profundos. Entre los dos hacemos un todo razonable, creo.

—Más que razonable —convino—. Diría que perfecto.

Regresaron a la casa del brazo y encontraron a Georgiana en el salón de música pese a lo avanzado de la hora, con los dedos deslizándose sobre las teclas del pianoforte en un suave nocturno. Alzó la vista cuando entraron, y su sonrisa no mostraba ya rastro de la timidez que antaño le era habitual.

—No podía dormir todavía —explicó—. El día ha sido demasiado maravilloso para darlo por terminado tan pronto.

—Entonces, sigue tocando —la animó Darcy, acomodándose con Elizabeth en el pequeño sofá cercano al instrumento—. Seremos tu público.

Mientras la música de Georgiana llenaba la estancia, Darcy se permitió saborear la perfecta dicha del momento. Allí, en aquella sala, con las dos mujeres a las que más amaba en el mundo, había encontrado una felicidad más completa de lo que jamás hubiera imaginado posible. La cabeza de Elizabeth fue a posarse suavemente sobre su hombro, y él sintió, más que vio, su leve suspiro de satisfacción.

Pemberley siempre había sido su ancla, su responsabilidad, su herencia. Ahora, con Elizabeth a su lado y Georgiana floreciendo al amparo de sus cuidados conjuntos, se había convertido en algo aún más precioso: se había convertido en un verdadero hogar.

El correo de la mañana fue llevado a la sala mientras Darcy estaba sentado a su escritorio, revisando las cuentas trimestrales que le había remitido su administrador.

Septiembre había traído consigo cierta frescura en el aire y una grata

sensación de culminación, pues la cosecha se había recogido sin contratiempos. Ordenó las cartas con su habitual precisión, apartando primero la correspondencia de negocios. Solo cuando hubo despachado estos asuntos más urgentes advirtió que Elizabeth, sentada en un sillón cómodo junto a la ventana con su propia correspondencia, se había quedado muy quieta, la atención completamente absorbida por una carta escrita en papel de calidad mediana. La leve sonrisa que jugueteaba en sus labios le indicó que las noticias eran favorables incluso antes de que ella alzara la vista y sorprendiera su mirada interrogante.

—De Lydia —confirmó, alzando las hojas dobladas—. Parece que nuestra nueva señora Wallace se está acomodando a la vida conyugal con un entusiasmo notable.

Darcy dejó la pluma, dedicando toda su atención a su esposa. —¿En efecto? Es una noticia muy grata.

Elizabeth se levantó y se acercó a su escritorio, con sus característicos movimientos gráciles. —¿Te gustaría escuchar lo que escribe? Creo que te resultará de lo más esclarecedor.

—Desde luego —respondió, sinceramente curioso por las nuevas circunstancias de su joven pariente—. La inversión que había hecho en el capitán Wallace parecía, a decir de todos, dinero bien empleado; pero la confirmación de la satisfacción de Lydia acabaría de tranquilizarle.

Elizabeth se sentó en el borde de la silla frente a su escritorio, disponiendo las páginas para leer en voz alta. — *Mi querida hermana* —empezó, adoptando un tono algo más animado que captaba algo de la exuberancia natural de Lydia—. *Te alegrará saber que ya estamos completamente instalados en nuestra casa de York, que es pequeña pero muy bonita y lo bastante a la moda como para satisfacerme. El capitán Wallace, o James, como ahora se me permite llamarle, ha sido de lo más atento y amable, y me ha presentado a varias de las esposas de los oficiales, que han sido extraordinariamente corteses*.

Darcy aprobó con satisfacción que Lydia estuviese estableciendo conexiones sociales adecuadas en York. —Entonces, ¿el regimiento la ha recibido bien?

—Así parece —confirmó Elizabeth antes de continuar—. *Hemos cenado dos veces con el coronel y su esposa, que elogiaron mucho mis nuevos vestidos. James insistió en que debía tener un guardarropa completamente*

nuevo, adecuado para la esposa de un oficial, y ha sido muy generoso a este respecto, aunque no aprobó la seda rosa que admiré en el escaparate de la modista, diciendo que era demasiado frívola para mi situación actual.

Esta prueba de la sensata guía del capitán Wallace, y de la aparente aceptación de Lydia, resultaba muy alentadora. Darcy había temido que las naturales inclinaciones díscolas de la joven se impusieran una vez casada, con el riesgo de provocar discordia en el nuevo hogar.

—Hay más —dijo Elizabeth, pasando la página—. *He empezado a aprender a llevar una casa como es debido, pues descubro que sé vergonzosamente poco de tales asuntos. James dice que mejoro día a día, y la señora Skane, que viene a ayudar con el trabajo más pesado, afirma que no soy ni mucho menos tan irremediable como temió al principio*.

—Elogios nada desdeñables —observó Darcy con una sonrisa.

—En efecto —asintió Elizabeth, mientras sus ojos recorrían más abajo la carta—. Y

aquí está quizá el pasaje más notable: *Me sorprendo pensando a menudo en lo distinto que podría haber salido todo si hubiera sido menos necia en mis actos. Aunque no puedo fingir que no echo a veces de menos la emoción de los bailes y coqueteos que antes me parecían tan importantes, empiezo a comprender que hay satisfacciones más duraderas en una vida respetable.*

James me está enseñando a jugar al ajedrez, que encuentro sorprendentemente entretenido pese a mis protestas iniciales de que sería terriblemente aburrido.

Darcy alzó las cejas con auténtica sorpresa. —Parece un cambio de actitud de lo más significativo en la joven que en su día declaró que moriría de aburrimiento si se la privaba de un casaca roja con quien coquetear.

—Así es —convino Elizabeth—. El capitán Wallace parece ser exactamente la influencia firme que Lydia necesitaba. Le menciona una docena de veces más en la carta, siempre con aparente respeto e incluso afecto.

—Eso es más de lo que nos atrevíamos a esperar —observó Darcy—. Un matrimonio arreglado, cimentado en el respeto mutuo, suele ser el principio de un afecto verdadero.

Elizabeth asintió, con el gesto volviéndose más serio. —Cierra su carta con un párrafo bastante conmovedor: *Aunque todavía desearía que las circunstancias me permitieran visitar Longbourn, comprendo ahora por qué eso es imposible por el momento. Por favor, dile a Mr.*

Darcy que estoy agradecida por su generosidad al arreglar nuestra situación actual, y que procuraré ser digna de ella. Quizá, con el tiempo, cuando el niño sea mayor, podamos visitar Pemberley, como sugeriste.

Esta muestra de la creciente madurez de Lydia conmovió a Darcy más de lo que había previsto. La muchacha frívola e irreflexiva que estuvo a punto de acarrear la deshonra a su familia parecía estar convirtiéndose en una joven más reflexiva. Era una transformación que no había anticipado, pero que acogía de todo corazón.

—Les daremos, sin duda, la bienvenida en Pemberley cuando llegue el momento oportuno —dijo, con un tono deliberadamente sobrio para ocultar la emoción que sentía—. El regimiento del capitán Wallace permanecerá en York al menos seis meses, según tengo entendido, lo que debería darles tiempo sobrado para asentar su matrimonio sobre bases firmes.

Elizabeth le sonrió, una sonrisa que sugería que había visto a través de su intento de prudencia el sentimiento genuino que latía debajo. —Has hecho un gran acto de bondad por mi hermana, Fitzwilliam. No lo olvidaré.

—Ha sido enteramente egoísta, te lo aseguro —replicó con ligereza—. Tu felicidad es esencial para la mía.

Al día siguiente llegó un nuevo lote de cartas para Elizabeth, comunicaciones tanto de Jane Bennet como del propio Mr. Bennet.

—Más noticias de la familia —observó, rompiendo primero los sellos de la carta de su padre. A medida que leía, su expresión se iluminó considerablemente—. ¡Oh, son excelentes noticias! Papá escribe que la investigación sobre la muerte de Mr. Wickham se ha abandonado oficialmente. Una vez que la milicia partió hacia Brighton, las autoridades locales no tuvieron mayor interés en proseguir el asunto. Por lo visto no había pistas prometedoras, ni demasiado aliciente para continuar.

—Verdaderamente es una grata noticia —dijo Darcy, sintiendo cómo se le aligeraba de los hombros un peso que ni siquiera había reconocido del todo—. La muerte de Wickham había sido una sombra persistente sobre su dicha, una amenaza latente que aún podía surgir para desbaratar todos sus cuidadosos arreglos. —¿Menciona tu padre si en algún momento recayó alguna sospecha sobre tu hermana?

Elizabeth negó con la cabeza, repasando de nuevo la carta. —Ninguna en absoluto, por lo que parece. Papá escribe que *el consenso general parece ser que Wickham encontró su fin a raíz de alguna disputa de juego o de otro asunto igualmente poco edificante, lo cual no sorprende a nadie que conociera su carácter. El asunto se da ahora por concluido, para gran alivio de tu madre, pues la presencia de alguaciles en el vecindario le resultó sobremanera perturbadora para sus nervios.*

A Darcy se le escapó una sonrisa ante el característico humor seco del señor Bennet respecto a los famosos nervios de su esposa. —¿Y qué escribe tu hermana Jane?

Elizabeth ya estaba abriendo la segunda carta. —Casi lo mismo, aunque con más detalle acerca de la reacción de mi madre a la noticia. Leyó un instante y añadió: —

También menciona que el señor Bingley ha escrito a nuestro padre, manifestando su intención de regresar a Netherfield poco después de San Miguel.

Aquella información, expresada con naturalidad, recordó a Darcy su última conversación con el coronel Fitzwilliam acerca de Jane y Bingley. Sintió un desasosiego

momentáneo al evocar los evidentes sentimientos de su primo por la hermana de Elizabeth, pero apartó ese pensamiento por el momento. Ya habría tiempo de considerar esa complicación en particular más adelante.

—Ambas cartas confirman que el nombre de Lydia no se ha relacionado con la investigación de manera seria —prosiguió Elizabeth, visiblemente aliviada—. Parece que la historia de que se quedó con nosotros en Pemberley y de que aquí se la presentó al capitán Wallace, antes de casarse con él y mudarse a York, ha sido aceptada sin reparos. Excepto por mamá, que al principio estuvo muy disgustada, pero parece que por fin ha aceptado la situación, pues papá ha sido muy firme: ¡no puede salir disparada para York a visitarlos!

—Entonces podemos dar el asunto por verdaderamente concluido —dijo Darcy, levantándose del escritorio para reunirse con Elizabeth junto a la ventana. La vista desde aquella ventana en particular era una de sus favoritas, pues dominaba los jardines formales, donde aún florecían, resguardadas por los muros, las últimas rosas.

—La influencia de Wickham en nuestras vidas parece haber llegado por fin a su término.

Elizabeth alzó la vista hacia él, con una expresión elocuente. —¿Te trae paz? ¿Después de todo lo que ha hecho?

Darcy sopesó la pregunta con seriedad. George Wickham había sido una sombra sobre su vida desde la infancia: primero, como el inexplicable favorito de su padre; después, como una decepción y fuente de continuo quebranto económico; más tarde, como una amenaza para la dicha y la reputación de Georgiana; y, por último, como el instrumento de un casi desastre para la familia Bennet. Su muerte, si bien lamentable en el sentido abstracto en que toda pérdida de una vida humana debe de serlo, había eliminado un peligro persistente para aquellos a quienes Darcy más amaba.

—No puedo fingir que le lloro —admitió por fin—. Pero tampoco

celebro su desaparición. Tomó sus decisiones en la vida, como todos debemos hacerlo, y afrontó sus consecuencias. Me limito a agradecer que esas consecuencias no hayan destruido el futuro de tu hermana junto con el suyo.

La mano de Elizabeth encontró la suya; sus dedos, cálidos y reconfortantes, se posaron sobre su piel. —Yo también. Y ahora, quizá, podamos dejar de veras atrás este penoso asunto.

—En efecto —convino Darcy, apretándole la mano con suavidad—. Que Wickham quede en el olvido y concentrémonos, en cambio, en el porvenir, que, desde donde me hallo, se antoja extraordinariamente prometedor.

En ese momento, con pruebas tangibles de la dicha de Lydia en su nueva vida y la confirmación de que el espectro del escándalo se había retirado para siempre, Darcy sintió posarse sobre él una profunda sensación de que todo estaba en su sitio. La maraña de complicaciones que había enredado los comienzos de su trato se estaba por fin desenredando, hilo a hilo, por molesto que fuera cada uno, y dejaba tan solo el vínculo puro y firme que le unía a Elizabeth.

—Concentrémonos, en efecto, en el futuro —convino Elizabeth, con los ojos brillantes de afecto—. Un futuro que, creo, contendrá mucha más alegría que pena, si los indicios recientes significan algo.

Darcy no pudo sino asentir, con el corazón demasiado henchido para más palabras. El capítulo de sus vidas que había incluido a George Wickham quedaba cerrado; lo que restaba era escribir el resto de su historia juntos, libres de las sombras del pasado.

Capítulo Trece

LA CARTA DE BINGLEY llegó en una mañana de octubre particularmente espléndida, justo cuando Darcy estaba sopesando dar un paseo por los límites septentrionales de la finca. La letra de su amigo era inconfundible, aquel garabateo entusiasta tan propio de la naturaleza entusiasta de Bingley. Darcy rompió el lacre con una mezcla de expectación y cautela. Su último encuentro en Pemberley había sido lo bastante cordial en apariencia, pero las tensiones latentes en torno a Jane Bennet no habían quedado nunca del todo resueltas. Al desplegar las páginas, Darcy se descubrió esperando que hubiera pasado tiempo suficiente para que cualquier rencor persistente se hubiera desvanecido. Las primeras líneas le aseguraron que así había sido, pues el buen humor natural de Bingley brillaba en cada entusiasta frase.

— *Mi querido Darcy* —comenzaba la carta—. — *Te alegrará saber que por fin he regresado a Netherfield. La casa está poco más o menos como la dejamos, aunque confieso que ahora me parece más pequeña tras mi estancia en Londres. Quizá sea simplemente que Londres ensancha el sentido de las proporciones, o quizá que a Netherfield le falta la grandeza de Pemberley, que me ha malacostumbrado a fincas menores*—.

Darcy sonrió ante aquella efusividad tan propia de Bingley antes de seguir leyendo.

— *Te escribo para hacerte llegar la más cordial invitación: que tú, la señora Darcy y, por supuesto, la señorita Darcy, si quisiera unirse a vosotros, os alojéis en Netherfield en cuanto os sea más conveniente. El campo en otoño está particularmente hermoso este año y me siento ansioso por compartirlo con queridos amigos. He contratado a una nueva cocinera que es toda*

una maravilla, y la casa se ha aireado a conciencia y está lista para recibir visitas. ¡Di que vendrás, Darcy! Una visita de al menos una quincena sería más que bienvenida, aunque, naturalmente, no osaría dictar la duración de vuestra estancia—.

La invitación no era inesperada. Bingley había dejado claras sus intenciones de volver a Netherfield durante su breve visita a Pemberley en verano. Lo que sorprendió a Darcy fue el momento, tan poco después del regreso de su amigo a la propiedad. Denotaba un anhelo que no podía sino atribuirse al continuo interés de Bingley por

Jane Bennet.

Darcy se levantó del escritorio y se dirigió a la ventana, sopesando la invitación mientras contemplaba el paisaje otoñal de Pemberley. Hertfordshire. Hacía casi un año que no ponía el pie en aquel condado, un año en el que su vida entera se había transformado. Entonces había llegado a Netherfield como un visitante reticente, desdeñoso de la sociedad local y decidido a mantener las distancias con lo que consideraba relaciones inferiores. Qué distinto sería ahora su regreso, con Elizabeth como esposa.

El recuerdo de aquellos primeros días de su trato le arrancó una sonrisa entre amarga y divertida. Qué ciego había estado a sus propios sentimientos, qué obstinado en su superioridad. Elizabeth había puesto en entredicho cada una de sus suposiciones, había desmontado todos sus prejuicios y, al hacerlo, le había dado el mayor de los dones: la oportunidad de convertirse en un hombre mejor de lo que había sido.

Decidió que un regreso a Hertfordshire sería un cierre adecuado de ese círculo.

Volver a pasear por los lugares donde había conocido a Elizabeth, pero esta vez con ella a su lado como esposa y no como el objeto de su confusa y mal expresada admiración.

Además, se lo debía a Bingley tras su anterior intromisión en los asuntos de su amigo: esta vez apoyaría sin reservas su cortejo.

Tomada la decisión, Darcy dejó a un lado sus planes de cabalgar y salió en busca de Elizabeth. La encontró en el jardín de rosas, el mismo rincón apartado donde habían compartido sus primeras declaraciones verdaderas de amor. Elizabeth cortaba con cuidado las flores marchitas con unas pequeñas tijeras de podar. La sencillez doméstica de la escena le conmovió profundamente.

—Has estropeado los guantes, señora Darcy —observó, al reparar en las manchas verdes sobre el tejido claro—.

Elizabeth alzó la vista con una sonrisa, sin el menor asomo de disculpa.—Así es. Pero, gracias a ello, las rosas estarán más sanas la próxima temporada, me asegura la señora Reynolds—.

—No me cabe duda —replicó Darcy, alzando la carta de Bingley—. —Hemos recibido una invitación que puede interesarte—.

Elizabeth dejó las tijeras y se quitó los guantes, prestándole toda su atención.—¿Ah, sí? ¿De quién?—

—Bingley ha regresado a Netherfield y desea que le visitemos en cuanto nos sea conveniente. Georgiana también está incluida en la invitación—.

Un aleteo de emociones cruzó el expresivo rostro de Elizabeth: placer, sorpresa y quizá un atisbo de incertidumbre.—Qué amabilidad por parte del señor Bingley.

¿Cuándo ha vuelto a Hertfordshire?—

—Hace poco, por lo que parece. Su carta da a entender que apenas acaba de reabrir la casa—. Darcy le entregó las páginas, observando cómo leía la efusiva invitación de Bingley.

—Desde luego parece ansioso por tener compañía —observó Elizabeth, devolviéndole la carta—. —Aunque sospecho que no es únicamente la nuestra la que busca—.

—En efecto, no —convino Darcy, ofreciéndole el brazo para acompañarla de vuelta a la casa—. —Imagino que, durante nuestra estancia, le veremos presentarse en Longbourn con bastante frecuencia —.

Elizabeth aceptó su brazo y se puso a su paso por el sendero de grava. —Jane no ha mencionado al señor Bingley en sus últimas cartas, más allá de señalar su planeado regreso a Netherfield. No acierto a discernir si acoge con agrado su renovada atención o no—.

—Tu hermana siempre ha sido muy reservada al expresar sus sentimientos —apuntó Darcy con cautela—.

—Sí, aunque últimamente lo es menos en sus cartas para mí. Se ha vuelto más franca en muchos asuntos—. Elizabeth alzó la vista hacia él con gesto reflexivo.—Creo que ha cambiado en cierto modo en el último año. Hay una nueva independencia en su manera de pensar que me resulta de lo más refrescante—.

Caminaron un rato en silencio cómplice, mientras la luz otoñal moteaba el sendero ante ellos al filtrarse entre los árboles medio desnudos.

—¿Te gustaría aceptar la invitación de Bingley? —preguntó por fin Darcy—. Dejo la decisión enteramente en tus manos. Con Lydia

debidamente casada, nuestro razonamiento inicial para no salir de Pemberley hasta después de Año Nuevo ha quedado sin efecto.

Elizabeth sopesó la cuestión con seriedad. —Me gustaría ver a mi familia, desde luego. Han pasado muchos meses desde nuestra boda y, aunque las cartas son un consuelo, no es lo mismo que estar juntos.

—Podríamos dividir nuestro tiempo entre Netherfield y Longbourn —sugirió Darcy—. Aunque imagino que tu madre preferiría tenerte bajo su techo durante toda nuestra visita.

—Eso plantearía cierta dificultad con Georgiana y la señora Annesley —señaló Elizabeth con pragmatismo—. No estoy segura de que Longbourn sea lo bastante grande para todos nosotros, además de más servidumbre.

Darcy no había considerado este aspecto, pero reconoció de inmediato la sensatez de la observación de Elizabeth. Longbourn era una propiedad respetable, pero carecía de la amplitud de Netherfield o Pemberley. La incorporación de Georgiana, su acompañante y los criados necesarios, efectivamente, plantearía dificultades logísticas.

—Quizá podríamos aceptar la invitación de Bingley para alojarnos en Netherfield, y pasar los días principalmente en Longbourn —sugirió—. Eso permitiría la intimidad familiar sin sobrecargar la casa de tu madre. —Se le ocurrió otro pensamiento—. Y

quizá la señora Annesley aproveche para trasladarse a la casa de Lydia. Falta apenas un par de meses, poco más, para que nazca la criatura; viajar a Hertfordshire y luego todo el camino de vuelta hasta York resultará muy penoso para la señora Annesley.

Elizabeth asintió, complacida con esta solución. —Parece de lo más sensato.

Georgiana tendrá compañía de sobra, en cualquier caso: entre mí, todas mis hermanas y, supongo, la señora Bingley y la señora Hurst.

Darcy rió levemente ante el tono poco entusiasta de Elizabeth al mencionar a las hermanas de Bingley. A Georgiana no le agradaba su compañía más que a Elizabeth, aunque nunca expresaría su opinión ni permitiría que aquellas damas lo advirtieran.

—¿Crees que Georgiana disfrutaría de una visita así? —preguntó Elizabeth, como si leyera sus pensamientos.

—Creo que acogería con gusto la oportunidad —repuso Darcy tras un momento de reflexión—. Ha manifestado interés en conocer mejor a tu familia.

Habían llegado ya a la terraza, donde les aguardaba un ligero almuerzo en el pequeño saloncito de mañana que se había convertido en el lugar de comida preferido de Elizabeth en los días apacibles. Los amplios ventanales ofrecían una espléndida vista de los jardines al tiempo que los resguardaban del aire otoñal, cada vez más fresco.

Mientras tomaban asiento, Darcy se descubrió ponderando las implicaciones de su visita a Netherfield más allá del mero placer de ver a la familia de Elizabeth. El renovado interés de Bingley por Jane Bennet era inconfundible, pero Darcy no podía evitar recordar también los evidentes sentimientos del coronel Fitzwilliam hacia la mayor de las Bennet. La posibilidad de situaciones embarazosas o, peor aún, de un verdadero desconsuelo, le inquietaba.

¿Pero le correspondía a él inmiscuirse en este asunto? Su anterior intromisión, por bien intencionada que fuera, había causado un dolor considerable tanto a Jane como a Bingley. Se había prometido no volver a incurrir en semejante presunción. Con todo, estaba la felicidad de su primo a considerar, y el coronel había sido fundamental para resolver la situación de Lydia, un servicio que dejaba a Darcy en deuda.

—Pareces preocupado, Fitzwilliam —observó Elizabeth, sacándolo de sus pensamientos—. ¿Tienes reservas acerca de la visita?

Darcy negó con la cabeza, dejando a un lado sus inquietudes por el momento. —En absoluto. Solo estaba considerando los arreglos prácticos, nada más.

Elizabeth lo estudió con una mirada de entendido que sugería que no estaba del todo convencida por aquella explicación, pero no insistió. Era otra de las cualidades que él más apreciaba en su esposa: su instintiva comprensión de cuándo convenía profundizar en un asunto y cuándo permitirle su intimidad.

—Entonces, ¿aceptamos? —preguntó en su lugar—. Creo que unas semanas en Netherfield serían de lo más gratas, especialmente en esta estación, cuando el campo está en su mejor momento.

—Si te place, desde luego —convino Darcy—. ¿Partimos la semana que viene? Eso daría tiempo suficiente para los preparativos sin demorar en exceso nuestra visita.

—La semana que viene sería perfecto. Hoy mismo escribiré a Jane para informarla de nuestros planes, y tú podrías responder a la invitación del señor Bingley.

La decisión estaba tomada: regresarían al lugar donde había comenzado su historia, aunque ya eran personas muy distintas de las que fueron entonces. Él, en particular, había sido transformado por el amor de Elizabeth y por el desafío que ella había planteado a sus supuestos. Esta visita sería, en cierto modo, un testimonio de esa transformación.

El fuego de su saloncito privado se había consumido hasta un resplandor confortable, proyectando sombras suaves sobre el elegante mobiliario. Darcy estaba sentado en su butaca favorita, mientras Elizabeth ocupaba el pequeño sofá contiguo, con los pies metidos debajo de sí en una postura que habría escandalizado a su tía Lady Catherine, pero que a él le resultaba absolutamente encantadora. La noche había traído un vivo frío otoñal que hacía aún más grata la calidez del fuego y, con ella, un humor contemplativo que parecía haberse asentado sobre ambos. Su inminente partida hacia Hertfordshire flotaba tácitamente entre los dos, trayendo consigo pensamientos acerca de Jane y Bingley y de las complicaciones que podría acarrear su reencuentro. Darcy observó cómo Elizabeth pasaba las páginas del libro distraídamente, con la atención claramente en otra parte, y decidió que había llegado el momento de abordar lo que le rondaba la cabeza desde que nos llegó la invitación de Bingley dos días atrás.

—Esta noche pareces distraída —observó en voz baja.

Elizabeth alzó la vista con una leve sonrisa de reconocimiento. —Temo que soy mala compañía. Mis pensamientos no dejan de volver a nuestra próxima visita y a lo que pueda significar para Jane.

—Yo también lo he estado pensando —admitió Darcy, dejando a un lado el informe de la hacienda que había estado fingiendo revisar—. —Las intenciones de Bingley parecen bastante claras.

—En efecto. Elizabeth cerró el libro por completo, marcando su lugar con una cinta.

—Hoy he recibido una carta de Jane. El señor Bingley se presentó en Longbourn al día siguiente de su regreso a Netherfield.

Esta prontitud confirmó lo que Darcy ya sospechaba sobre el apego persistente de su amigo. —¿Y cómo fue recibido?

—Con corrección, según Jane. Escribe con su contención habitual, pero, leyendo entre líneas, creo que sigue sin tener claros sus propios sentimientos. Elizabeth se volvió hacia él para mirarle de frente. —El último año la ha cambiado de maneras que todavía se van manifestando. Ahora está menos dispuesta a creer sin espíritu crítico en las buenas intenciones ajenas.

—Una consecuencia natural del desengaño —dijo Darcy con cautela —. —Una de la que soy en gran medida responsable.

Elizabeth le estudió pensativa. —Ya has reconocido esa responsabilidad, Fitzwilliam.

No hay necesidad de volver sobre viejos arrepentimientos.

—Quizá no —convino—. Pero nuestro regreso a Hertfordshire vuelve a poner la cuestión en primer plano. Bingley, casi con toda seguridad, reanudará sus pretensiones hacia tu hermana, y yo... —Se detuvo, buscando las palabras adecuadas—. Quiero dejar absolutamente claro que esta vez no intervendré de ningún modo. Lo que se desarrolle entre ellos ha de hacerlo según sus propios sentimientos, sin influencia mía.

—Te agradezco esa seguridad —dijo Elizabeth en voz baja.

—No es solo una seguridad, sino una promesa —remarcó Darcy, queriendo que ella comprendiese la hondura de su compromiso en este punto—. Mi anterior injerencia fue injustificable, nacida del orgullo y de una preocupación mal encauzada. Me creí más sabio que Bingley en asuntos del corazón, más capaz de distinguir el sentimiento verdadero de la mera sociabilidad cortés.

—¿Y ahora? —le animó Elizabeth con suavidad.

Darcy negó con la cabeza, con gesto de contrición. —Ahora reconozco la arrogancia de tal presupuesto. Si algo me han enseñado los acontecimientos recientes, es que los asuntos del corazón no pueden

juzgarse por criterios externos ni por la sabiduría convencional. Cada cual ha de determinar su propio camino.

La expresión de Elizabeth se suavizó con aprobación. —Es un cambio de perspectiva considerable.

—Uno que hacía mucha falta —reconoció Darcy—. En su día emití juicios sobre la naturaleza de los sentimientos de tu hermana basándome en mis propias observaciones limitadas y prejuicios. Fue una presunción extrema.

—Jane siempre ha sido reservada al mostrar sus emociones —dijo Elizabeth—. Es de su naturaleza mantener cierta compostura, incluso cuando algo la afecta profundamente.

—Una cualidad que confundí con indiferencia —admitió Darcy—. Permití que mis preocupaciones por la situación de tu familia y mis propios prejuicios acerca de las conexiones adecuadas enturbiaran mi juicio.

—Y ahora esas preocupaciones se han visto algo aliviadas, supongo, por tu trato más cercano con nuestra familia —sugirió Elizabeth.

Darcy lo sopesó. —No tanto aliviadas como puestas en su debida perspectiva. Las consideraciones que antes me parecían primordiales —las diferencias de fortuna y de conexiones— resultan mucho menos significativas cuando se sopesan frente al afecto genuino y la compatibilidad de carácter.

Elizabeth sonrió, claramente complacida con aquella respuesta. —¿Así que ahora no te opondrías a un enlace entre ellos?

—No me atrevería a pretender voz alguna en el asunto —aclaró Darcy —. Mi opinión, sea favorable o no, es por completo irrelevante para lo que debe ser una decisión tomada únicamente por tu hermana y Bingley.

—Y, sin embargo —dijo Elizabeth con perspicacia—, hay algo en la situación que todavía te inquieta.

Su intuición respecto a sus pensamientos no dejaba de asombrarle. Darcy se levantó de su silla y fue a colocarse ante el fuego, ordenando con cuidado sus ideas. ¿Cómo expresar su preocupación por el coronel Fitzwilliam sin traicionar la confianza de su primo?

—Solo deseo asegurarme de que a tu hermana se le permita elegir

libremente, sin sentir obligación alguna hacia Bingley por su relación anterior —dijo por fin—. Hay...

circunstancias que han cambiado desde su último encuentro.

La mirada de Elizabeth se aguzó con interés. —¿A qué circunstancias te refieres?

Darcy eligió sus palabras con cuidado. —Durante nuestros esfuerzos por resolver la situación de Lydia, Jane pasó algún tiempo en compañía del coronel Fitzwilliam.

Observé... es decir, me pareció posible que entre ellos hubiera surgido una inclinación mutua.

Elizabeth guardó silencio un momento, asimilando aquella revelación. —¿Crees que el coronel Fitzwilliam ha concebido un apego por Jane?

Darcy suspiró, reacio a hablar por su primo y, sin embargo, sin querer inducir a error a su esposa. —Creo que es posible, sí. Durante nuestro viaje a Leicester habló de tu hermana con particular calidez. Pero no querría que tu hermana sintiese que el derecho anterior de Bingley la obliga de algún modo, si es que sus afectos se hubieran encaminado a otra parte.

—Ya veo —dijo Elizabeth, pensativa—. ¿Y tu primo ha expresado la intención de cortejarla?

—No —admitió Darcy—. De hecho, cuando le mencioné el previsto regreso de Bingley a Netherfield, Fitzwilliam dejó claro que no interferiría en lo que considera el derecho anterior de Bingley.

—Así que ambos caballeros están decididos a obrar con honor, quizá a costa de su propia felicidad —observó Elizabeth con un atisbo de exasperación—, mientras ninguno de los dos considera que Jane pueda tener sentimientos y preferencias propios en la cuestión.

Aquella concisa valoración de la situación hizo sonreír a Darcy a su pesar. —Dicho así, sí parece bastante presuntuoso por ambas partes.

—Muchísimo —convino Elizabeth—. Jane no es un premio que deba llevarse el primer pretendiente ni una espectadora pasiva de la historia de su vida. Tomará su decisión según su propio corazón, como debe ser.

—Entonces estamos completamente de acuerdo —dijo Darcy,

regresando a sentarse a su lado en el sofá en lugar de en su butaca aparte, una cercanía que aún le procuraba un apacible placer tras meses de matrimonio—. Solo deseo que tu hermana sepa que, sea cual sea su decisión, cuenta con nuestro apoyo.

La expresión de Elizabeth se suavizó con evidente agradecimiento. —Eso significa mucho, Fitzwilliam. Sobre todo viniendo de ti.

—Espero que se lo digas —dijo Darcy—. Antes de que Bingley inicie en serio sus atenciones a nuestra llegada. No querría que se sintiese constreñida por ninguna preocupación infundada acerca de mi amistad con Bingley ni por ningún sentimiento de obligación debido a nuestro pasado.

—Se lo diré —prometió Elizabeth—. Aunque espero que Jane se forme su propia opinión de todos modos. Últimamente se ha vuelto bastante firme en sus juicios.

—Al parecer, un rasgo de familia —observó Darcy con una sonrisa.

Elizabeth rió quedamente. —Quizá. Aunque Jane expresa sus opiniones con mucha más delicadeza de la que yo suelo lograr.

—Tu franqueza es una de tus cualidades más apreciadas —le aseguró Darcy, tomando su mano entre las suyas—. Al menos para quienes tenemos la fortuna de merecer tu sincera estima.

Se quedaron sentados en un silencio compartido durante un momento, el fuego crepitando quedo en el hogar. Fuera, había empezado a caer una llovizna; su suave repiqueteo contra los cristales no hacía sino realzar la sensación de íntimo confort en su salita privada.

—Significa más de lo que puedo expresar —dijo por fin Elizabeth— oírte hablar con tanto respeto de la autonomía de Jane en este asunto. Hubo un tiempo en que temí que considerases el juicio de mi familia universalmente deficiente.

—Hubo un tiempo en que así era —reconoció Darcy con franqueza—. Pero ese tiempo ha quedado muy atrás, junto con muchas de mis otras ideas equivocadas.

Elizabeth le apretó la mano, un reconocimiento silencioso del largo camino que ambos habían recorrido desde aquellos primeros días de mutuos malentendidos. —

Estoy orgullosa del hombre que eres, Fitzwilliam Darcy.

La sencilla declaración, pronunciada sin ornato ni exceso de sentimiento, le conmovió profundamente. De Elizabeth, cuyo buen concepto nunca se concede sin mérito, tales palabras tenían un peso profundo.

—Las buenas cualidades que poseo se han visto acrecentadas sin medida por tu influjo —replicó—. Me has enseñado a ver más allá de los estrechos límites de mi propia perspectiva.

—Nos hemos enseñado el uno al otro, creo —dijo Elizabeth, reflexiva —. Yo también fui culpable de juicios emitidos con demasiada premura y sostenidos con excesiva firmeza.

Darcy llevó su mano a los labios y depositó un beso suave en sus dedos. —Entonces, sintámonos ambos satisfechos de nuestra mejora mutua.

Elizabeth sonrió, los ojos cálidos de afecto. —En efecto. Y confiemos en que Jane y el señor Bingley, o Jane y el coronel Fitzwilliam, o Jane y algún caballero aún desconocido, puedan encontrar una alianza semejante.

—Tu hermana no merece menos —convino Darcy.

La conversación derivó hacia asuntos prácticos de su próximo viaje, pero Darcy descubrió que sus pensamientos se demoraban en cuán profundamente había cambiado su vida en el año transcurrido desde su última visita a Hertfordshire. Había llegado entonces henchido de orgullo, convencido de su propia superioridad y decidido a mantener las distancias respecto de lo que consideraba una sociedad inferior. Volvería ahora convertido en un hombre transformado por el amor, con Elizabeth a su lado y con una nueva comprensión de lo que de verdad importaba en la vida.

Capítulo Catorce

EL CAMINO DE ACCESO a Netherfield se veía exactamente como Elizabeth recordaba; la avenida habitual, flanqueada por árboles señoriales que ahora dejaban caer sus hojas otoñales en una suave lluvia dorada. Sin embargo, todo lo demás había cambiado.

Ahora iba sentada en el elegante carruaje de su esposo, y no en el modesto tilbury de su padre; Darcy a su lado y Georgiana enfrente. El corazón no se le aceleró con la nerviosa expectación que había marcado sus visitas anteriores a aquella casa, sino con el genuino placer que le daba la perspectiva de ver a Jane de nuevo.

—Hemos llegado —observó Darcy, alargando la mano para tomar la suya—. ¿Estás preparada para enfrentarte a las hermanas Bingley una vez más?

Elizabeth sonrió y le apretó los dedos en respuesta. —Creo que ahora puedo sobrellevar su particular estilo de hospitalidad con ecuanimidad —dirigió una mirada a Georgiana, que contemplaba el intercambio con silencioso interés—. Es por Georgiana por quien me preocupo. Caroline Bingley puede ser bastante… apabullante.

—Estaré perfectamente bien —la aseguró Georgiana, aunque sus dedos jugueteaban nerviosos con la cinta de su sombrero—. Entre tú y mi hermano, dudo que se me pida decir gran cosa.

El carruaje se detuvo ante la imponente entrada de Netherfield. Elizabeth vio a Bingley aparecer en la puerta y bajar las escaleras a

toda prisa con su característica

premura. Su sonrisa era tan cálida y genuina como la recordaba, y su trato, tan abierto y afable como siempre.

—¡Darcy! ¡Señora Darcy! ¡Señorita Darcy! Han llegado por fin. No puedo expresarles cuánto me complace darles de nuevo la bienvenida a Netherfield —ayudó él mismo a Elizabeth a bajar del carruaje e hizo una reverencia sobre su mano con perfecta cortesía—. Señora Darcy, tiene usted un aspecto verdaderamente magnífico. Está visto que el matrimonio le sienta de maravilla.

—Gracias, señor Bingley. Así es —Elizabeth aceptó su saludo con sincera calidez—.

Le estamos muy agradecidos por su invitación.

—En absoluto, en absoluto. Es enteramente un placer mío. He aguardado su visita con gran impaciencia.

Mientras avanzaban hacia la entrada, Elizabeth sintió la mano de Darcy en la parte baja de la espalda, un leve toque que transmitía a la vez apoyo y afecto. Aún tales demostraciones sutiles tenían el poder de calentarle el corazón, incluso tras meses de matrimonio. Juntos siguieron a Bingley al interior, donde el elegante vestíbulo de entrada se presentaba muy parecido a como lo recordaba, aunque quizá con algunos adornos adicionales que delataban la influencia persistente de Caroline en la decoración.

—Deben de venir fatigados del viaje —dijo Bingley, conduciéndolos hacia el salón—.

He mandado preparar té, y a usted, señora Darcy, le aguarda una grata sorpresa.

Elizabeth apenas había cruzado el umbral del salón cuando distinguió una figura conocida alzándose de una butaca junto a la ventana. —¡Jane! —exclamó, olvidando toda formalidad mientras cruzaba la estancia con paso decidido.

Jane salió a su encuentro y envolvió a Elizabeth en un cálido abrazo. —Lizzy, qué maravilla verte. —Cuando se separaron, Elizabeth examinó con avidez el rostro de su hermana. Jane parecía bien, quizá más dueña de sí misma de lo que Elizabeth recordaba; su dulce hermosura se veía realzada por una cierta serena confianza que antes no había estado presente.

—Estás maravillosa —dijo Elizabeth, aún sosteniendo entre las suyas las manos de Jane—. De veras, maravillosa.

—Y tú también —repuso Jane, con los ojos encendidos de sincera felicidad—. El matrimonio ha llevado a tu semblante un resplandor de lo más favorecedor.

Un carraspeo intencionado interrumpió su reencuentro. Caroline Bingley se había levantado del sofá; su alta y delgada figura iba impecablemente ataviada con lo último de la moda londinense. —Señora Darcy —dijo, enfatizando el título con la inflexión justa para dar a entender que aún le resultaba notable—. Qué placer volver a verla.

—Señorita Bingley —reconoció Elizabeth con perfecta cortesía, negándose a morder el anzuelo—. Confío en que se encuentre bien. Y la señora Hurst también, por supuesto —

añadió, al observar a la otra hermana de Bingley rondando cerca con una sonrisa zalamera.

—¡Ay, señora Darcy, estamos todas excesivamente bien! —se adelantó a decir Louisa Hurst antes de que Caroline pudiera hablar, avanzando para tomar la mano de Elizabeth con una calidez sin precedentes—. Y estamos tan, tan complacidas de tenerla de nuevo de visita en Netherfield. Y al señor Darcy también, por supuesto. ¡Y a la señorita Darcy! Qué placer tener la oportunidad de llegar a conocerla mejor.

Elizabeth observó con cierta diversión cómo la atención de la señora Hurst se desplazaba de inmediato hacia Georgiana, que permanecía en silencio junto a su hermano. La transparencia con que la hermana mayor de Bingley buscaba congraciarse con los Darcy era absoluta. Caroline, entretanto, se había recompuesto lo suficiente para saludar a Darcy y a su hermana; el trato que les dispensó fue notablemente más agradable que el que había mostrado a Elizabeth.

—Señorita Darcy, ¡cuánto ha crecido desde que la vimos en Pemberley! —observó Caroline, adoptando el tono meloso que reservaba para aquellos a quienes quería impresionar—. Debe de estar casi lista para su presentación en sociedad en Londres.

—Aún no —respondió Georgiana en voz queda, buscando con la mirada el apoyo de Elizabeth—. Mi hermano y mi hermana creen que es mejor esperar hasta la primavera, pues acabo de cumplir diecisiete.

—Muy juicioso —convino Caroline, aunque Elizabeth advirtió el leve

entrecerrar de sus ojos ante la referencia de Georgiana a ella como “hermana”—. No conviene precipitarse en la sociedad siendo demasiado joven. Pueden suceder tantas… cosas desafortunadas a las muchachas que entran en sociedad antes de estar debidamente preparadas.

La alusión, bien dirigida, quedó flotando en el aire, con su objetivo inconfundible.

Elizabeth sintió, más que vio, a Darcy ponerse rígido a su lado.

—En efecto —replicó Elizabeth con calma, dedicando a Caroline una sonrisa agradable—. Por fortuna, Georgiana ha recibido una guía excelente de su hermano y de la señora Annesley. Y ahora que ella y yo nos hemos hecho tan buenas amigas, espero poder ofrecerle también la poca sabiduría que poseo.

Siempre conciliadora, Jane intervino con suavidad: —¿Nos sentamos? Se enfriará el té.

Se distribuyeron por la estancia; Elizabeth tomó asiento junto a Jane en un pequeño sofá, mientras Darcy y Bingley se situaron cerca de la chimenea. Condujeron a Georgiana hasta una silla próxima a las hermanas Bingley; Elizabeth observó aquella colocación con cierta inquietud, aunque la mirada tranquilizadora de Darcy sugería que no perdería de vista a su hermana.

—Dime, Jane —dijo Elizabeth, aceptando una taza de té—, ¿te has estado alojando aquí en Netherfield?

—Oh, no —repuso Jane—. Vine expresamente para verte llegar. El señor Bingley tuvo la amabilidad de enviarme el carruaje esta misma mañana.

—Muy amable, sin duda —convino Elizabeth, observando el leve rubor que ascendía a las mejillas de Jane al oír el nombre de Bingley. Se preguntó si los sentimientos de Jane por él seguían tan firmes como antaño o si la desilusión del año anterior había templado su estimación.

Mientras la conversación discurría a su alrededor, Elizabeth observó con interés la dinámica de la sala. La atención de Bingley volvía una y otra vez a Jane, y su expresión se iluminaba cada vez que ella hablaba. Caroline, al no lograr monopolizar la conversación con Darcy, volvió su atención hacia Georgiana, cuyas respuestas quedas y las miradas furtivas que de cuando en cuando dirigía a Elizabeth

delataban su incomodidad.

—¿Y cómo está su familia, señora Darcy? —preguntó de pronto Caroline, su voz recorriendo la estancia con deliberada claridad—. Nos sorprendió tanto saber de su hermana menor y su... precipitado matrimonio. Con un capitán Wallace, creo, ¿no es así? Un militar, como el señor Wickham, aunque tengo entendido que las circunstancias fueron bien distintas.

Un silencio cayó sobre la sala. Elizabeth sintió a Jane tensarse a su lado, pero conservó la compostura con notable facilidad. Un año antes, semejante observación la habría desconcertado; ahora, casi le resultaba divertida.

—El capitán Wallace es, en efecto, un militar de excelente carácter —replicó Elizabeth con serenidad—. Él y Lydia se han instalado muy felizmente en York.

—Qué fortuna —insistió Caroline, con una sonrisa apenas dibujada—. Aunque una no puede dejar de preguntarse por lo precipitado de todo. De cortejo a matrimonio en tan poco tiempo...

Elizabeth sostuvo la mirada de Caroline, consciente de que Darcy observaba el intercambio con inquietud. —El capitán Wallace reconoció de inmediato el verdadero valimiento de mi hermana, como suelen hacer los mejores hombres con las mujeres a quienes llegan a amar. Darcy y yo aprobamos por completo el enlace.

Mientras hablaba, dirigió a Darcy una mirada significativa y obtuvo a cambio la leve inflexión de sus labios que, en sociedad, hacía las veces de sonrisa. El gesto de Caroline se agrió de modo visible.

—¿Y qué hay de sus otras hermanas? —intervino apresurada la señora Hurst, claramente ansiosa por suavizar la momentánea tensión—. ¿La señorita Catherine y la señorita Mary, se encuentran bien? Hemos de ir todos a Longbourn mañana, Charles.

Muero por renovar mi trato con la familia Bennet.

Elizabeth estuvo a punto de atragantarse con el té ante aquella insólita rectificación de la anterior actitud de la señora Hurst hacia su familia. Los ojos de Jane se agrandaron levemente, única señal de su sorpresa semejante.

—No las he visto aún, pues hemos venido directamente a Netherfield —respondió Elizabeth, recobrando pronto la compostura—. Tenemos

pensado visitar Longbourn mañana por la mañana. ¿Quizá quieran acompañarnos?

—Oh, sería encantador —exclamó la señora Hurst, mientras Caroline mostraba un entusiasmo mucho menor—. ¿Verdad, Charles? Una ocasión perfecta para presentar nuestros respetos.

—Por supuesto, por supuesto —convino Bingley de buena gana, aunque mantenía la vista fija en Jane—. Ya he pasado por Longbourn varias veces desde mi regreso a Netherfield, pero estaré encantado de acompañarles a todos mañana.

El resto de la visita transcurrió con la suficiente agradabilidad; Caroline hizo tan solo otra alusión velada a la situación de Lydia, que Elizabeth desvió con calma y aplomo.

Georgiana se fue relajando poco a poco hasta contribuir con modestia a la conversación, en especial cuando el tema derivó hacia la música y el pianoforte del salón de Netherfield, que Caroline insistió en que debía estar a disposición de Georgiana durante su estancia.

Cuando por fin los condujeron a sus habitaciones para descansar antes de la cena, Elizabeth se encontró a solas con Darcy en unos cómodos aposentos que daban a los jardines. La tarde otoñal empezaba a declinar hacia el anochecer, tiñendo las ventanas de un resplandor cálido.

—Has manejado a Caroline Bingley con un aplomo notable —observó Darcy, colocándose a su lado junto a la ventana.

Elizabeth sonrió, apoyándose en su alta figura.—Encuentro que sus pullas han perdido gran parte de su veneno ahora. Quizá sea la seguridad de ser la señora Darcy, o quizá, sencillamente, el saber que su opinión no importa en absoluto para mi felicidad.

—Ambas cosas, imagino —repuso Darcy, deslizando el brazo en torno a su cintura—.

Aunque confieso que he estado tentado de intervenir cuando ha mencionado a Lydia.

—No hacía falta —le aseguró Elizabeth—. Los intentos de Caroline Bingley por desconcertarme no hacen sino poner de manifiesto sus propias inseguridades. Además

—añadió con una leve risa—, el súbito deseo de la señora Hurst de

reivindicar un vínculo con mi familia proporcionó distracción sobrada. Nunca pensé ver el día en que Louisa Hurst aguardase con impaciencia una visita a Longbourn.

—El interés propio obra transformaciones notables en algunas personas —observó Darcy con sequedad—. Pero dime, ¿qué impresión te ha causado tu hermana? Parecía bien, si acaso un poco reservada.

Elizabeth sopesó la pregunta con detenimiento.—Jane está… distinta, de algún modo.

Hizo una pausa, pensando en la cuidadosa compostura de su hermana durante la visita, incluso cuando las atenciones de Bingley habían sido más marcadas.—Necesitaré más tiempo con ella para saber si su afecto permanece intacto.

Darcy asintió, con expresión grave.—El de Bingley, desde luego, si hemos de juzgar por su comportamiento de hoy.

—Sin duda —convino Elizabeth—. Mañana en Longbourn promete ser de lo más interesante, sobre todo si Caroline y la señora Hurst acaban acompañándonos. No puedo imaginar lo que pensará mi madre de la repentina estimación de la señora Hurst por nuestra familia.

El pensamiento le dibujó una sonrisa en los labios mientras se apartaba de la ventana para prepararse para la cena. Fuera lo que fuese lo que les deparase su visita a Hertfordshire, no sería aburrida.

Longbourn parecía de algún modo más pequeño; su familiar fachada y sus modestos jardines no se habían empequeñecido por ningún cambio físico, sino por la perspectiva ampliada de Elizabeth. Tras la grandeza de Pemberley, la casa de su infancia se antojaba casi pintoresca, aunque no por ello menos querida por su corazón debido a su modestia comparativa. Cuando su carruaje se detuvo ante la entrada, percibió la mirada inquisitiva de Darcy y le ofreció una sonrisa tranquilizadora. —Se me hace extraño llegar como visitante —admitió en voz baja—, pero estoy deseando verlos a todos.

—¿Incluso a tu madre? —preguntó Darcy con un atisbo de sonrisa que habría sido impensable un año atrás.

—Sobre todo a mi madre —repuso Elizabeth con una risita—. Aunque no prometo nada respecto a su comportamiento.

Apenas habían descendido del carruaje cuando la puerta principal se abrió de golpe y Mrs. Bennet salió apresurada, con el rostro encendido de emoción. —¡Lizzy! ¡Mr. Darcy!

¡Oh, mi querida, queridísima Lizzy, qué bien te veo! ¡Tan a la moda! ¡Tan elegante! Y

Mr. Darcy, señor, qué apuesto es usted. He estado diciendo a todo el mundo que mi Lizzy tiene el marido más guapo de toda Inglaterra, ¿verdad que sí, Mr. Bennet?

Mr. Bennet, que había seguido a su esposa con paso más sosegado, se limitó a alzar una ceja antes de estrechar la mano de Darcy y de encerrar a Elizabeth en un abrazo breve, aunque bastante apretado. —En efecto, querida mía, lo has mencionado con cierta regularidad.

—Entrad, entrad —prosiguió Mrs. Bennet, conduciéndolos hacia la casa con manos aleteantes—. He hecho que la cocinera prepare todos tus platos favoritos, Lizzy, aunque supongo que no podrán compararse con lo que están acostumbrados en Pemberley.

¿Tienen un cocinero francés? Oh, tienes que contármelo todo sobre Pemberley. He estado muriéndome de ganas por saber más detalles.

Elizabeth intercambió una mirada divertida con su padre al entrar en el vestíbulo conocido. —Pemberley es precioso, mamá, pero es una maravilla volver a casa.

—Eso espero, desde luego —repuso Mrs. Bennet—. Aunque Longbourn debe de parecerte ahora muy estrecho, después de vivir en tanto esplendor. Pero ¿dónde están los Bingley? Pensé que iban a acompañarles.

—Miss Bingley sufría de dolor de cabeza esta mañana —explicó Darcy con naturalidad—. Mr. Bingley y Mrs. Hurst se quedaron en Netherfield para atender a su hermana, pero Mr. Bingley les envía sus saludos y promete venir a hacerles una visita mañana.

—Vaya, qué gran contrariedad —se lamentó Mrs. Bennet—. Tenía tantas ganas de enseñar a Miss Bingley la nueva tela de chintz del

salón. Muy a la moda, Lizzy, tienes que verla en seguida.

Al pasar al salón, Elizabeth se sorprendió al ver a Kitty levantarse de su asiento con perfecta gracia y hacer una reverencia con elegancia. —Elizabeth, Mr. Darcy, qué alegría verles a ambos.

Se había desvanecido la muchacha risueña y alocada que antaño seguía a Lydia como una sombra. En su lugar se alzaba una joven dueña de sí, cuyo porte y modo de hablar mostraban una notable mejora. Su vestido, aunque sencillo, estaba dispuesto con esmerado buen gusto, y su cabello se llevaba en un estilo sobrio que favorecía sus facciones mucho más que los rizos recargados que antes prefería.

También Mary parecía cambiada, aunque de modos más sutiles. Seguía sentada con su libro, pero en lugar de lanzarse de inmediato a un discurso pedante sobre la virtud o las habilidades, los saludó con una sonrisa medida y cerró su volumen sin aparente renuencia.

—Elizabeth, Mr. Darcy —saludó—. Espero que el viaje desde Pemberley haya sido agradable.

—Muy agradable, gracias, Mary —respondió Elizabeth—. ¿Qué estás leyendo?

Pareces muy absorta.

—Los Sermones de Fordyce —admitió Mary; y añadió, con una conciencia de sí misma que Elizabeth jamás le había visto—: últimamente prefiero comentarlos en conversación privada antes que recitar pasajes en sociedad.

Elizabeth sorprendió el leve asentimiento de satisfacción de su padre ante aquella observación. Era evidente que había asumido un papel más activo en guiar la conducta social de Mary.

—Un enfoque juicioso —comentó Darcy, de forma inesperada—. Algunos textos se benefician más del discurso reflexivo que de la mera recitación.

Mary pareció a la vez sorprendida y complacida por aquella respuesta de su cuñado, a quien siempre había mirado con cierta admiración respetuosa. —Precisamente, señor.

He comprobado que compartir las ideas en lugar de limitarnos a proclamarlas conduce a una mayor comprensión.

Elizabeth dirigió a Darcy una mirada agradecida por su amabilidad, conmovida por su esfuerzo por implicarse con su familia.

—Vamos, siéntense, siéntense —apremió Mrs. Bennet, dando golpecitos en el sofá a su lado—. Lizzy, tienes que contármelo todo sobre Pemberley. ¿Y qué hay de la pequeña Georgiana? ¿Por qué no ha venido hoy con ustedes? ¿Es demasiado importante para visitar Longbourn?

—En absoluto, mamá —la tranquilizó Elizabeth—. Georgiana estaba algo fatigada tras el viaje de esta mañana y la animé a descansar, pero les envía sus más afectuosos saludos y espera venir en breve. Tal vez mañana, cuando Mr. Bingley venga a verles.

—Bueno, eso espero. Es una chica encantadora, aunque terriblemente tímida.

Necesita pasar más tiempo en sociedad. Y, hablando de eso —prosiguió Mrs. Bennet sin pausa—, he recibido una carta de Lydia. ¡Solo la segunda desde su boda! Muy poco considerado por su parte, sabiendo, como sabe, cuánto me preocupo. Escribe que se han establecido en York y que el capitán Wallace es muy atento, pero apenas da detalles de su casa o de su círculo. Estoy decidida a visitarla, aunque Mr. Bennet lo prohíbe por completo. Muy irrazonable, así lo llamo yo. A una madre se le debería permitir visitar a su hija, sobre todo si acaba de casarse.

—Hay razones por las que una visita sería imprudente en este momento —declaró Mr. Bennet con firmeza, en un tono que Elizabeth reconoció como recientemente más autoritario—. Lydia y su marido están abriéndose paso en la sociedad de York. Nuestra presencia podría ser una distracción.

—¡Distracción! Qué tontería —protestó la señora Bennet—. Una madre no puede ser una distracción. Además, deseo ver por mí misma si ese capitán Wallace es digno de mi hija. ¡Un matrimonio tan precipitado, y con un simple capitán! Cuando bien podría haber tenido un oficial de mayor rango si tan solo hubiera esperado. No puedo entender por qué lo permitiste, Lizzy. Con tu influencia ahora, podrías haberle encontrado por lo menos un coronel.

Elizabeth notó que Darcy se tensaba levemente a su lado y posó una mano tranquilizadora en su brazo. —El capitán Wallace es un hombre de excelente carácter, mamá. Su rango puede ascender con el tiempo, pero, más importante aún, él y Lydia hacen muy buena pareja. Me

escribe con regularidad y me asegura que está muy contenta.

—¡Contenta! —se burló la señora Bennet—. ¿Y eso qué recomendación es? Yo quería que todas mis hijas estuvieran exultantes de felicidad en el matrimonio. Aunque supongo que no puedo quejarme de tu enlace, Lizzy —añadió, lanzando a Darcy una mirada significativa—. ¡Diez mil al año y Pemberley! Eso sí que es felicidad.

—Mamá... —empezó Elizabeth, incómoda por la valoración mercenaria de su madre, pero Darcy negó sutilmente con la cabeza.

—Señora Bennet, le aseguro que mi mayor fortuna es tener a Elizabeth por esposa —

dijo con una gravedad tan sincera que hasta la señora Bennet pareció momentáneamente azorada.

—Bueno, por supuesto —replicó, nerviosa—. Lizzy siempre ha sido lista, aunque nunca creí que su belleza estuviera a la altura de la de Jane. Hablando de Jane, el señor Bingley ha venido casi todos los días desde su regreso a Netherfield. Estoy convencida de que tendremos un anuncio antes de Navidad. ¿No sería maravilloso, Lizzy? ¡Mis dos hijas mayores tan ventajosamente casadas!

—Creo que Jane tomará su decisión siguiendo su corazón, no la conveniencia —

observó Elizabeth con cautela, recordando su conversación con Darcy sobre el posible interés del coronel Fitzwilliam—. —¿Dónde está Jane? —preguntó, con la esperanza de contar con la presencia de su hermana.

—Ha ido a hacer un recado a Lucas Lodge, aunque seguro que volverá enseguida —

dijo Kitty en voz baja, justo cuando la señora Bennet soltaba un chillido—;

—¡Su corazón! Pues claro; pero el señor Bingley es a la vez rico y afable. ¿Qué más podría desear una muchacha sensata?

—Quizá un verdadero entendimiento y respeto mutuos —sugirió el señor Bennet con sequedad—. Pero venga, señora Bennet, creo que Hill ha dicho que ya están los refrescos en el comedor. ¿Vamos?

Mientras los demás se dirigían al comedor, el señor Bennet retuvo a

Elizabeth con un ligero toque en el brazo. —Un momento, por favor, hija mía. Hace tiempo que no tengo el placer de conversar contigo.

Elizabeth sonrió y siguió a su padre a su despacho, aquel refugio familiar donde había pasado tantas horas agradables de charla. Darcy, comprendiendo la rara oportunidad de que padre e hija hablaran en privado, acompañó con tacto a los demás al comedor.

—Percibo que has notado cambios en tus hermanas —dijo el señor Bennet una vez acomodados en su confortable retiro forrado de libros.

—Muy notables —convino Elizabeth—. Kitty, sobre todo, parece transformada.

—La necesidad se ha revelado una maestra de lo más eficaz —admitió el señor Bennet—. Tras la... partida de Lydia, me di cuenta de que había sido gravemente negligente en mis responsabilidades como padre. Tu matrimonio con el señor Darcy brindó la ocasión perfecta para la enmienda. Informé a tus hermanas de que, si deseaban ser invitadas a Pemberley, debían demostrarse dignas de compañía tan elevada.

—Así que me has utilizado como amenaza —rió Elizabeth—. Qué halagador.

—Más bien como incentivo —corrigió su padre con una leve sonrisa —. Y de lo más eficaz. Kitty, privada de la influencia de Lydia, ha mostrado una capacidad de mejora sorprendente. Mary todavía moraliza en exceso, pero ha aprendido a calibrar a su público con mayor sensibilidad.

—¿Y mamá? —preguntó Elizabeth con suavidad—. Parece a la vez la misma y distinta, de algún modo.

El semblante del señor Bennet se volvió más serio. —Tu madre ha sufrido desengaños y sobresaltos en estos últimos meses que han templado en parte sus tendencias más excesivas. El súbito matrimonio de Lydia, la inesperada reticencia de Jane respecto al regreso del señor Bingley y, sobre todo, la constatación de que sus hijas ya no están bajo su influencia directa... todo ello se ha combinado para moderar su comportamiento, aunque solo sea levemente.

Elizabeth estudió el rostro de su padre, advirtiendo nuevas arrugas de preocupación que no estaban allí cuando abandonó Longbourn como novia. —Has asumido un mando más firme en los asuntos de la familia.

—Demasiado tarde, quizá, pero sí —admitió—. He descubierto que hacer valer la autoridad paterna, aunque a veces resulte cansino, produce un hogar más tranquilo. Tu madre sigue lamentándose a diario de que yo no le permita visitar a Lydia, pero ha dejado de hacer preparativos reales para el viaje, lo cual considero un progreso.

Elizabeth sonrió; el calor le llenó el corazón ante aquella prueba del tardío pero sincero empeño de su padre. —Me alegro, papá. Por el bien de todos.

—¿Y tú, mi Lizzy? —preguntó el señor Bennet, con los ojos dulces por el afecto—.

Pareces estar bien. ¿Puedo albergar la esperanza de que el señor Darcy siga mereciéndote?

—Supera todas mis expectativas —respondió Elizabeth con sinceridad —. No podría desear un compañero de vida mejor.

—Entonces me quedo tranquilo —dijo sencillamente el señor Bennet. Se levantó, dando a entender que su conversación privada había llegado a su fin. —Será mejor que nos reunamos con los demás antes de que tu madre envíe una partida de búsqueda.

A medida que la visita continuaba a lo largo de la tarde, Elizabeth se sorprendió guardando pequeños momentos para atesorar: la risita queda de su padre ante alguna observación seca de Darcy; la tímida petición de Mary de tener acceso a la biblioteca de Pemberley en una visita futura; la modesta muestra de Kitty de sus progresos en el dibujo; e incluso las previsibles, aunque sentidas, exclamaciones de su madre acerca de la elevada posición de Elizabeth en la sociedad. Y Jane, por supuesto, que regresó de Lucas Lodge antes de que transcurriera media hora y pasó la tarde sentada muy cerca; por encima de todo, Elizabeth se regocijó en la compañía de Jane.

Cuando volvieron a acomodarse en el carruaje para el breve trayecto a Netherfield, Elizabeth se apoyó en el hombro de Darcy con un suspiro de satisfacción. —Gracias por hoy —dijo simplemente—. Por tu paciencia con mi familia y por esforzarte tanto con todos ellos.

—Son importantes para ti —repuso Darcy, como si ese hecho bastara por sí solo para explicar su indulgencia—. Además, la visita me ha resultado de lo más reveladora. Tu padre es un hombre de notable ingenio cuando decide aplicarlo.

—Sí —convino Elizabeth, pensativa—. Creo que, por fin, ha decidido

hacerlo, para beneficio de todos.

El carruaje avanzaba con suavidad por el camino familiar que conducía de vuelta a Netherfield, y Elizabeth se descubrió pensando en la fortuna que tenía por haber tendido un puente entre esos dos mundos: el cariñoso caos de Longbourn y la armoniosa elegancia de Pemberley. Por distintos que fueran, ambos eran ya parte integrante de su vida, y no lo querría de otro modo.

Capítulo Quince

ELIZABETH ESTABA UNTANDO MANTEQUILLA en su segunda rebanada de tostada cuando el sonido inconfundible de las ruedas de un carruaje sobre la grava atrajo su atención hacia la ventana del salón de desayunos de Netherfield. Una calesa de viaje, elegante pero sobria, se había detenido ante la entrada, y por poco se le cayó el cuchillo de la sorpresa cuando el coronel Fitzwilliam descendió de ella. Dirigió una rápida mirada a Darcy, cuya ceja alzada confirmaba que aquella llegada le resultaba tan inesperada como a ella.

—¿Es el coronel Fitzwilliam? —preguntó Bingley, levantándose de su silla para asomarse a la ventana—. ¡Qué placer tan inesperado! No tenía noticia de que se hallase por estos parajes.

—Ni yo —repuso Darcy, intercambiando una mirada significativa con Elizabeth—.

No obstante, no me sorprende del todo. Mi primo mencionó ciertos asuntos en el sur cuando hablamos por última vez.

—Iré a darle la bienvenida ahora mismo —declaró Bingley, ya encaminándose hacia la puerta con su entusiasmo habitual.

No bien hubo salido Bingley de la estancia, Caroline, que había estado picoteando sin ganas un plato de fruta, se irguió de pronto en la silla. —¿El coronel Fitzwilliam? El hijo menor del conde de Matlock, ¿no es así? No sabía que se le esperaba.

—No se le esperaba —indicó Darcy sin más—. Pero mi primo viaja a menudo por asuntos del regimiento. Quizá algún asunto lo haya traído a esta comarca.

—Qué fortuna para nosotros —observó Caroline, alisándose el ya inmaculado peinado—. Una compañía tan distinguida no puede sino realzar nuestra pequeña reunión.

Antes de que Caroline pudiera indagar más, la puerta se abrió para dar paso a Bingley y al coronel Fitzwilliam. El coronel estaba como siempre: impecable con su uniforme, y su porte militar le confería una natural dignidad que se avenía con su semblante franco y risueño. Saludó con una reverencia a los presentes, sonriendo de par en par.

—Señora Darcy, qué alegría verte de nuevo —saludó a Elizabeth con calidez—.

Darcy, señorita Bingley, ruego me perdonen por irrumpir en su desayuno.

—Tonterías, coronel —insistió Bingley—. Es usted muy bienvenido a cualquier hora.

Pero debe de estar hambriento tras el viaje. Siéntese y acompáñenos.

—Es usted muy amable —repuso el coronel, tomando el asiento que Bingley le indicó—. Espero que mi llegada no haya trastornado su casa.

—En absoluto —le aseguró Elizabeth—. Aunque no teníamos noticia de que anduvieras por estos contornos. ¿Qué te trae a Hertfordshire, coronel?

El coronel Fitzwilliam aceptó de manos del lacayo una taza de café antes de responder. —Tenía acumulados unos días de permiso y, al saber que tú y Darcy estabais de visita en Netherfield, pensé que era una excelente ocasión para pasar un tiempo con vosotros y, por supuesto, para reanudar mi trato con los Bingley. Se inclinó con

cortesía ante Caroline Bingley.

—Y con un tino de lo más oportuno —intervino Caroline, inclinándose hacia delante con una sonrisa que Elizabeth reconoció como su intento de coqueteo—. Estábamos justo planeando un picnic en los terrenos para mañana, si el tiempo lo permite. Debe acompañarnos, coronel.

—Será para mí un honor, señorita Bingley —replicó cortésmente—. Señora Darcy, confío en que tu familia esté bien. ¿Tus padres y tus hermanas?

—Muy bien, gracias —respondió Elizabeth, cada vez más convencida de que el coronel no era del todo sincero acerca de los motivos de su llegada tan inesperada—. El

señor Darcy y yo estuvimos ayer en Longbourn y encontramos a todos con buena salud y buen ánimo.

—Excelente noticia —dijo el coronel, devolviéndole la sonrisa con evidente placer.

Darcy observaba a su primo con expresión pensativa. Su mirada se deslizó hacia la de Elizabeth, con una sonrisa extraña asomándole a los labios, y ella recordó con claridad su conversación acerca del interés del coronel por Jane. ¿Había venido el coronel Fitzwilliam como rival de Bingley?

El propio Bingley parecía por completo ajeno a las corrientes subterráneas que cruzaban la mesa del desayuno. —Debemos ir todos a Longbourn a caballo más tarde esta mañana —declaró alegremente —. Hay que presentar como es debido al coronel en la vecindad, y los Bennet son el mejor lugar por el que empezar.

—Charles, por favor —protestó Caroline—. El coronel acaba de llegar. Seguro que preferiría descansar antes de que lo arrastren por el campo de visita en visita.

—Al contrario, señorita Bingley —replicó con suavidad—. Esta mañana me siento de lo más vigoroso. Una visita a Longbourn suena de lo más agradable, si, señora Darcy, te parece que tu familia no tendría objeción a una incorporación tan inesperada entre sus visitas. Aunque ya los he conocido, desde luego, Bingley; en la boda de mi primo con la señora Darcy.

—Estoy segura de que estarán encantados —le aseguró Elizabeth—. A mi padre siempre le agrada una conversación inteligente, y mi madre

se alegrará de darte la bienvenida de nuevo.

Los labios de Caroline se afinaron casi imperceptiblemente ante esto, y Elizabeth contuvo una sonrisa ante su evidente disgusto. El resto del desayuno transcurrió con animada conversación, mientras Caroline hacía cuanto podía por monopolizar la atención del coronel Fitzwilliam, con éxito limitado.

Cuando se levantaron de la mesa para prepararse para la visita a Longbourn, Caroline se las ingenió para interceptar al coronel Fitzwilliam en la puerta. —Coronel, tiene que permitirme mostrarle las mejoras del jardín. Charles no ha escatimado en los nuevos parterres de rosas.

—Muy amable por su parte, señorita Bingley —replicó con una cortesía impecable, pero Elizabeth advirtió su falta de interés. Sospechaba que a los hombres de armas les

importaban bien poco los jardines de flores; la señorita Bingley había escogido mal el tema.

La pequeña comitiva para el paseo por el jardín se formó con rapidez: Bingley insistió en ir en cabeza para lucir sus nuevas plantaciones, la señora Hurst tomó su brazo, mientras su marido los abandonaba, presumiblemente para su habitual siesta de después del desayuno. Caroline se colocó con firmeza al lado del coronel Fitzwilliam al salir a la terraza, dejando a Elizabeth y a Darcy para que siguieran con Georgiana.

Su recorrido por los jardines los llevó finalmente a un pequeño pabellón decorativo con vistas a un estanque de lirios. Caroline, que se había ido frustrando cada vez más ante la mera cortesía del coronel, dejó escapar de pronto un leve grito.

—¡Ay! Creo que me he torcido el tobillo en este sendero irregular —declaró, aferrándose a un banco de piedra cercano en busca de apoyo—. —Qué torpe he sido.

El coronel Fitzwilliam, siempre caballeroso, dio un paso al frente de inmediato. —

Permítame ayudarla, señorita Bingley.

—Es usted demasiado amable, coronel —repuso Caroline con zalamería, apoyándose con fuerza en el brazo que él le ofrecía—. —¿Podría ayudarme a llegar al pabellón para descansar un momento?

Mientras el coronel la conducía con cuidado por el césped, Elizabeth advirtió que la supuesta cojera de Caroline resultaba asombrosamente selectiva en su gravedad, volviéndose prácticamente imperceptible siempre que la atención del coronel se hallaba en otra parte.

—Una lesión de lo más conveniente —observó Darcy con sequedad, evidentemente tras llegar a la misma conclusión.

—En efecto —convino Elizabeth—. —Una que parece requerir un apoyo muy específico.

Georgiana no dijo nada, pero una leve sonrisa asomó a sus labios, lo que sugería que tampoco a ella la engañaba la representación de Caroline.

El resto del grupo siguió hasta el pabellón, donde Caroline se instaló en un banco con aire de delicada dolencia, colocando al coronel a su lado con un asimiento firme de su brazo que no permitía escapatoria airosa. —Me temo que no podré continuar nuestro

paseo —anunció con un suspiro de mártir—. —El coronel Fitzwilliam ha sido de lo más galante al acudir en mi auxilio.

—Quizá deberíamos regresar a la casa —sugirió Bingley, preocupado por su hermana—. —Si de verdad tienes lesionado el tobillo, Caroline, no deberías esforzarte más.

—Oh, no se me ocurriría arruinar el placer de todos —protestó Caroline—. —El coronel y yo nos quedaremos aquí para... admirar el paisaje, mientras el resto continuáis vuestro recorrido por los jardines.

Elizabeth atrapó la mirada de Georgiana y vio en ella un destello de genuina diversión.

—Quizá mi querida prima Georgiana pudiera quedarse también —sugirió el coronel con suavidad—. —Su compañía sería más que bienvenida, y para la conversación, a menudo tres resultan más cómodos que dos.

La expresión de Caroline se agrió visiblemente ante esta propuesta. —No querría cansar a la señorita Darcy con las quejas de una inválida. Seguramente preferiría continuar el paseo con los demás.

—En absoluto —replicó Georgiana con suave firmeza—. —Me complacería quedarme. El pabellón ofrece una hermosa vista del follaje otoñal y, como tengo tan pocas ocasiones de pasar tiempo con

mi primo, agradecería cada momento.

Así, viéndose superada en la maniobra, Caroline no tuvo más remedio que aceptar la compañía de Georgiana —y su papel de chaperona— o bien revelar la artimaña de su lesión. Eligió lo primero, aunque con tan poca gracia que Elizabeth tuvo que morderse el labio para contener la risa.

—Qué extraordinariamente entretenido —comentó Elizabeth en voz baja a Darcy mientras se alejaban con Bingley para continuar su recorrido por los jardines—. —No había esperado que nuestra visita a Netherfield nos proporcionara tales distracciones.

—Mi primo rara vez es fuente de tedio —replicó Darcy, con un deje de diversión en la voz—. —Y es un estratega demasiado astuto para dejarse atrapar por la señorita Bingley; no temas.

Su conversación terminó por verse interrumpida por el propio Bingley, que había dado la vuelta para reunirse con ellos. —Digo yo, ¿no deberíamos volver para ver cómo está Caroline? Su tobillo podría estar peor de lo que pensábamos.

—Estoy segura de que el coronel Fitzwilliam y Georgiana le están prodigando excelentes atenciones —le aseguró Elizabeth—. —Pero sí, quizá deberíamos completar nuestro recorrido y reunirnos de nuevo con ellos.

Cuando regresaron al pabellón unos diez minutos después, encontraron a Caroline visiblemente contrariada, mientras Georgiana y el coronel Fitzwilliam parecían estar enfrascados en una animada conversación sobre música.

—Caroline, ¿cómo está tu tobillo? —preguntó Bingley solícito.

—Mucho mejor, gracias —repuso con sequedad—. —Creo que puedo arreglármelas para regresar andando a la casa.

—Excelente —sonrió Bingley, radiante—. —¡Justo a tiempo para prepararnos para nuestra visita a Longbourn!

Mientras emprendían el camino de vuelta hacia la casa, Elizabeth se encontró caminando al lado del coronel, pues Bingley había reclamado a Darcy para alguna cuestión sobre el manejo de las ovejas.

—Tu llegada a Netherfield ha sido de lo más inesperada, Richard —observó Elizabeth, con tono ligero—. —¿Ha sido agradable el viaje?

—Muy agradable, gracias —respondió él—. —Aunque confieso que el destino me resultaba más atractivo que el viaje en sí.

—¿Ah, sí? —Elizabeth alzó una ceja—. —¿Tiene Hertfordshire un atractivo particular para ti, entonces?

—Digamos que he descubierto ciertos... intereses... en esta parte del país que merecen ser explorados con mayor detenimiento.

—Ya veo —repuso Elizabeth, pensativa—. —Y esos intereses, ¿son de aparición reciente?

—No tan reciente —admitió el coronel Fitzwilliam—. —Aunque las circunstancias solo ahora me han permitido perseguirlos como es debido.

Esta confirmación de lo que Elizabeth ya sospechaba la dejó a la vez complacida y preocupada. El coronel era un hombre honorable y de excelente carácter, a quien tenía en gran estima. Sin embargo, Bingley había sido el primer pretendiente de Jane, y sus atenciones renovadas sugerían que sus sentimientos seguían sin cambio. Una situación, en verdad, delicada.

De regreso en la casa, el grupo se dispersó para prepararse para su visita a Longbourn. Elizabeth se encontró a solas con Darcy en sus habitaciones, donde le refirió de inmediato el contenido de su conversación con el coronel Fitzwilliam.

—Poco menos que declaró sus intenciones respecto a Jane —concluyó, observando el reflejo de Darcy en el espejo mientras se ajustaba la capota—. —Aunque tuvo cuidado de no expresarlas explícitamente.

—Mi primo siempre ha sido diestro para navegar por terrenos sociales delicados —

observó Darcy—. —Es parte de lo que le convierte en un oficial tan eficaz.

—¿Pero qué hay de Bingley? —preguntó Elizabeth, volviéndose para mirarlo directamente—. Tiene claramente la intención de renovar sus pretensiones de matrimonio hacia Jane, pero ignora por completo el interés del coronel.

—Bingley siempre ha sido algo… poco observador… en asuntos que no atraen directamente su atención —respondió Darcy con cuidado—. Es a la vez su encanto y su limitación.

—Me preocupa que alguien salga herido en esta situación —admitió Elizabeth—. Ya sea Bingley o tu primo, según dónde residan los verdaderos afectos de Jane.

—O quizá la propia Jane, si se viera obligada a honrar el derecho previo de Bingley pese a inclinaciones más recientes —añadió Darcy —. Aunque sería un mal cimiento para un matrimonio.

Elizabeth suspiró, reconociendo la verdad de sus palabras. —Debemos confiar en que Jane conozca su propio corazón.

La visita a Longbourn aquella tarde resultó esclarecedora. El coronel Fitzwilliam volvió a cautivar a la señora Bennet; sus modales fáciles y su apuesto porte con el uniforme militar la deleitaron como de costumbre. El señor Bennet, también, encontró a las claras en el coronel una compañía afín, y entabló con él una conversación sobre los últimos acontecimientos políticos con visible disfrute.

Lo más revelador, sin embargo, fue el cambio sutil pero inconfundible en el porte de Jane en cuanto el coronel entró en la casa. Cierta animación le iluminó el semblante, un brillo en los ojos que Elizabeth rara vez había observado en las interacciones de su hermana con Bingley. Por su parte, el coronel Fitzwilliam supo mostrarse atento con Jane sin resultar obvio, extendiendo su cortesía a todos los presentes, aunque reservando una calidez particular para la mayor de las señoritas Bennet.

Caroline, recuperada milagrosamente de su lesión de tobillo, hizo varios intentos decididos por recobrar la atención del coronel durante toda la visita. Se colocaba cerca de él a cada oportunidad, reía en voz demasiado alta hasta de sus chanzas más leves, e incluso intentó demostrar sus dotes musicales en el modesto pianoforte de Longbourn, para quedar por completo eclipsada por la ejecución, técnicamente superior, de Mary.

Para cuando se despidieron de Longbourn, hasta Bingley pareció haberse percatado de la atención particular del coronel hacia Jane, aunque su natural bonhomía le impidió cualquier muestra evidente de inquietud. En su lugar, redobló sus propias atenciones, creando una situación en la que Jane se veía constantemente pasando de las atenciones de uno a las del otro de entre dos devotos admiradores, cada cual resuelto a asegurarse su favor.

Elizabeth observó el triángulo romántico con creciente fascinación. El coronel Fitzwilliam había logrado situarse junto a Jane en un pequeño

sofá, mientras Bingley rondaba cerca, interrumpiendo su conversación con frecuencia con preguntas u observaciones que requerían la respuesta de Jane. Caroline, por su parte, para no quedarse atrás, había ocupado el asiento al otro lado del coronel, y se entrometía en cada intercambio con intentos de ingenio cada vez más desesperados.

—Un espectáculo de lo más entretenido —murmuró Darcy, reuniéndose con Elizabeth donde ella se hallaba algo apartada de los demás, aparentando examinar un volumen de grabados que su padre había sacado para mostrárselo—. Aunque siento cierta simpatía por mi primo. La persecución tan decidida de la señorita Bingley debe de ser bastante agotadora.

—Desde luego —convino Elizabeth, viendo cómo Caroline posaba una mano en el brazo del coronel para enfatizar algún punto, solo para que él se desasiera con suavidad poniéndose en pie para examinar un cuadro que casualmente colgaba justo detrás del asiento de Jane—. Aunque parece estar lidiando con la situación con notable pericia táctica.

—Años de instrucción militar —observó Darcy con sequedad—. Aunque creo que Jane puede resultar su desafío más formidable hasta la fecha.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Elizabeth, con genuina curiosidad.

—Porque mi primo, con ser brillante en lo estratégico, cuenta con una desventaja importante en esta campaña en particular —respondió Darcy—. Es un segundón de medios modestos, mientras que Bingley ofrece fortuna e independencia. Richard ha de confiar por completo en su atractivo personal, y no en ventajas prácticas.

Elizabeth sopesó aquella valoración con reflexión. —Quizá subestimes a Jane —dijo al cabo—. Mi hermana ha cambiado este último año. Creo que ahora valora más la sinceridad y la comprensión genuina que las consideraciones materiales.

—Entonces la contienda puede estar más igualada de lo que sospechaba —admitió Darcy.

A medida que avanzaba la visita, Elizabeth se fue convenciendo de que el corazón de Jane estaba en efecto prendido por el coronel Fitzwilliam, pese a la aparente compostura de su hermana. La sutil animación de su expresión cuando él hablaba, la atención con que escuchaba sus opiniones, el leve rubor que le teñía las mejillas cuando sus miradas se encontraban… todo ello sugería una hondura de

sentimiento que trascendía la mera cortesía.

Si aquel desarrollo conduciría a la dicha o al desengaño estaba por verse. Por ahora, Elizabeth no podía sino observar y esperar, dispuesta a apoyar a su hermana fuera cual fuese la elección que hiciera. Una cosa era cierta: su visita a Hertfordshire ya había resultado mucho más movida de lo que nadie habría podido anticipar, y, con el coronel Fitzwilliam ahora instalado en Netherfield, los días venideros prometían una complejidad aún mayor.

Cuando el grupo de Netherfield se disponía a partir, Elizabeth aprovechó un instante a solas con Jane en el pasillo. —El coronel parece de excelente humor —observó con fingida casualidad—. Su llegada ha sido del todo inesperada.

El gesto de Jane permaneció sereno, pero una cierta dulzura le asomó a los ojos y un rubor le subió a las mejillas. —Sí —concedió sin más—. Del todo inesperada.

Elizabeth aguardó, con la esperanza de que su hermana quisiera decir algo más, pero Jane se limitó a sonreír y desearle una velada agradable. Fuera lo que fuese lo que

estaba gestándose entre Jane y el coronel Fitzwilliam, parecía que su hermana aún no estaba dispuesta a compartirlo del todo.

Capítulo Dieciseis

EL OPORTO DE LA velada recorría la mesa en la íntima biblioteca de

Netherfield; el líquido oscuro atrapaba el resplandor del fuego mientras Darcy servía una cantidad modesta para sí y otra para su esposa. El coronel Fitzwilliam había solicitado esta audiencia privada con una gravedad inusual que despertó la curiosidad de Darcy. Su primo solía ser la encarnación de la precisión castrense revestida de una sociabilidad fácil, pero aquella noche cierta tensión subyacía en su porte, lo que sugería que había de tratarse de asuntos de importancia. Elizabeth, sentada junto a Darcy en el canapé de cuero, parecía igualmente intrigada por la seriedad poco habitual del coronel.

Bingley se había retirado temprano, alegando una correspondencia que requería atención inmediata, aunque Darcy sospechaba que su amigo buscaba la soledad para considerar el aparente interés entre el coronel Fitzwilliam y Jane Bennet. El resto de la casa se había retirado asimismo, dejando a los tres solos con el crepitar del fuego.

—Os agradezco la deferencia de recibirme en privado —comenzó el coronel Fitzwilliam, dejando su copa sobre la mesita lateral con deliberado cuidado—. Hay asuntos de índole algo personal que deseo tratar.

—Sabes que cuentas con nuestra atención, primo —replicó Darcy, advirtiendo la inusual formalidad en el porte de su primo.

—Desde luego —añadió Elizabeth con calidez—. Estamos todo oídos, Richard.

El coronel Fitzwilliam se aclaró la garganta, con la mirada firme y directa. —He tomado una decisión que alterará de manera considerable mis circunstancias. Tras una larga reflexión, he decidido vender mi comisión.

Darcy no pudo ocultar del todo su sorpresa. El ejército había sido la senda elegida por su primo desde la niñez, y se había distinguido admirablemente en el servicio. —Esto es inesperado. ¿Puedo preguntar qué ha motivado este cambio?

—Varios factores. He visto suficiente guerra para varias vidas. La paz con Francia parece estable por el momento, lo que hace oportuno retirarme del servicio. Pero, sobre todo... —se detuvo y tomó aire—. He sabido recientemente que la hacienda de mi abuela materna, en Oxfordshire, me ha llegado por disposición testamentaria.

—No sabía que tu abuela había fallecido —dijo Darcy, con un leve remordimiento por esa laguna en su conocimiento de los asuntos

familiares.

—Fue un fallecimiento apacible, hace varios meses. Los asuntos legales se han resuelto solo recientemente —explicó el coronel Fitzwilliam—. La heredad es modesta según los cánones de Pemberley, pero, con todo, sustancial. Brackenton Hall comprende unos 2,000 acres de tierras de labor provechosas, extensos bosques y una casa que, sin ser grandiosa, es a la vez cómoda y elegante.

Elizabeth se inclinó hacia delante con sincero interés. —Suena estupendo, coronel.

¿Está bien administrada la finca en la actualidad?

—Muchísimo —respondió con una leve sonrisa—. La tierra está arrendada a varios labradores de buena reputación, y la propia casa lleva casi una década arrendada a una familia respetable, pues mi abuela se estableció en Bath. La renta anual es de aproximadamente 3,000 libras.

Darcy estudió a su primo con detenimiento. Esta herencia alteraba materialmente sus circunstancias. Como segundón, el coronel Fitzwilliam siempre había dependido de su profesión y de la generosidad de su padre. Ahora se encontraba con medios para una independencia verdadera.

—Son, en verdad, noticias de gran calado —observó Darcy—. Supongo que piensas establecerte en Brackenton en cuanto vendas tu comisión.

—Esa es mi intención, sí —desvió fugazmente la mirada hacia Elizabeth y volvió a Darcy—. Pero mis planes van más allá de limitarme a establecerme como caballero de campo.

La implicación quedó suspendida en el aire un instante antes de que el coronel Fitzwilliam prosiguiera, con la voz serena pero con una sinceridad subyacente que Darcy rara vez había advertido en su primo, por lo común tan compuesto.

—Deseaba hablar con ambos antes de proseguir. Dada nuestra amistad y las circunstancias particulares, me pareció apropiado dejar claras mis intenciones —

enderezó su postura ya de por sí impecable—. Tengo la intención de dirigirle mis atenciones a la señorita Bennet.

Aunque no era del todo inesperado, dados los evidentes desvelos del

coronel hacia Jane durante sus recientes interacciones, la declaración directa de su propósito llevó el asunto a un primer plano con toda nitidez. Darcy sintió un conflicto momentáneo entre la lealtad a Bingley y el afecto por su primo. Ambos eran hombres de excelente carácter, dignos de la estimación de Jane. Sin embargo, el vínculo previo de Bingley con Jane confería a la situación una delicadeza que no podía pasarse por alto.

La respuesta de Elizabeth fue ponderada. —Agradezco tu franqueza. Jane, por supuesto, es libre de forjar sus propios afectos. Jamás me atrevería a dictar la elección de su corazón.

—Tampoco lo esperaría —replicó el coronel Fitzwilliam con una leve inclinación de cabeza—. Solo deseaba asegurarme de que mi pretensión no se considerase... impropia, dadas las circunstancias existentes.

Darcy comprendió la alusión tácita a Bingley. —Te refieres a las renovadas atenciones de Bingley hacia la señorita Bennet.

—Exacto —sostuvo su mirada con firmeza—. Soy consciente de que el señor Bingley estuvo anteriormente interesado en la señorita Bennet y que parece renovar su interés.

No quisiera entrometerme donde existe un derecho previo; y, sin embargo... —hizo una pausa, escogiendo las palabras con cuidado—. Tengo motivos para creer que la señorita Bennet podría acoger con agrado mis atenciones.

—¿Puedo preguntar —inquirió Elizabeth con suavidad— qué ha motivado esta decisión ahora?

El coronel Fitzwilliam asintió, reconociendo la justicia de la pregunta. —Durante el asunto de Lydia, descubrí en la señorita Bennet una hondura de carácter y una dulzura de disposición que me resultaron sumamente atractivas. Sin embargo, entonces no

estaba en condiciones de ofrecer matrimonio. Mi situación no era adecuada para la hija de un caballero sin fortuna propia.

—Y ahora tus circunstancias han cambiado —observó Darcy.

—Precisamente. Con Brackenton, puedo ofrecer un hogar cómodo y una posición respetable. Puede que no iguale la fortuna de Bingley, pero basta para mantener a una esposa con desahogo y proveer debidamente a los hijos.

La sensatez de esta valoración le era característica a su primo, pensó Darcy. El coronel Fitzwilliam siempre había sido muy consciente de las realidades económicas que constreñían las opciones de un segundo hijo.

—¿Cuál es tu plazo para estos cambios? —preguntó Darcy, contemplando las posibles complicaciones que podrían surgir. Bingley era, al fin y al cabo, su amigo más querido, y la situación requeriría un manejo delicado.

—Mi solicitud para vender mi comisión de oficial ya se ha presentado. Dado mi historial de servicio, preveo la aprobación en el plazo de un mes. Tengo intención de visitar Brackenton la semana que viene para evaluar la propiedad y reunirme con el administrador. Según lo que encuentre, puede que deba quedarme allí una quincena o así para establecer una gestión adecuada.

Elizabeth sorbió el vino, pensativa. —¿Y Jane? ¿Cuándo piensas hacerle saber tus intenciones?

—Esperaba —repuso el coronel, cuya seguridad habitual dejaba entrever una rara sombra de incertidumbre— poder hablar con ella antes de mi partida a Oxfordshire. No una propuesta formal, quizá, pero sí lo suficiente para dejar claro mi interés y averiguar si tales atenciones serían bien recibidas.

Darcy consideró con simpatía la posición de su primo. Su enfoque directo de aquel asunto delicado demostraba gran integridad. Con todo, no podían desatenderse los sentimientos de Bingley.

—Agradezco tu franqueza —dijo por fin Darcy—. Habla en favor de tu carácter que hayas querido tratar esto con nosotros antes de proceder. No puedo, en conciencia, oponerme a que persigas un enlace que pudiera traer felicidad a ambas partes. Sin embargo, te pediría que procedieras teniendo presentes los sentimientos de Bingley en este asunto.

—No deseo causar dolor al señor Bingley —le aseguró con sinceridad el coronel Fitzwilliam—. Le tengo en gran estima.

Elizabeth intervino con suavidad. —El corazón de mi hermana le pertenece a ella para entregarlo. Lo único que pido es que se la deje escoger libremente, sin presión por parte de nadie.

—Nada más lejos de mi pensamiento que presionar a la señorita Bennet —replicó el coronel—. Solo busco la oportunidad de

presentarme como posible pretendiente, con el entendimiento de que su felicidad es lo primordial.

La conversación viró entonces hacia asuntos más prácticos, y el coronel Fitzwilliam describió Brackenton Hall con mayor detalle. La casa, por lo visto, era una sólida construcción georgiana, de proporciones elegantes, rodeada de jardines maduros que habían sido el particular orgullo de su abuela. La aldea de la finca comprendía unas veinte casitas, una pequeña iglesia y el acostumbrado conjunto de artesanos y comerciantes locales.

Mientras el coronel Fitzwilliam exponía sus planes de mejoras para la propiedad, Darcy se descubrió impresionado por la minuciosa consideración de su primo. Richard había reflexionado claramente y en profundidad sobre su futuro como propietario, lo que sugería que llevaba tiempo sopesando este cambio en sus circunstancias.

Cuando por fin el coronel se despidió para retirarse a dormir, Elizabeth se volvió hacia Darcy con expresión pensativa.

—Bueno —dijo en voz baja—, ha sido de lo más esclarecedor.

—Sin duda —concedió Darcy—. Richard siempre ha sido ponderado en sus decisiones. No me cabe duda de que ha considerado este asunto desde todos los ángulos.

—¿Y Bingley? —preguntó Elizabeth, con la preocupación a flor de piel —. Me temo que le aguarda una desilusión.

Darcy suspiró, contemplando la delicadeza de la situación. —Bingley siempre ha sabido sobreponerse. Si los afectos de tu hermana se inclinan en otra dirección, no sería ninguna bondad alentar un enlace falto de afecto mutuo.

—Cierto —admitió Elizabeth—. Y, aun así, no puedo evitar compadecerme de él.

—Debemos confiar en que la situación se resolverá con el menor dolor posible para todas las partes —dijo Darcy, aunque albergaba dudas íntimas sobre la probabilidad de tal desenlace. Las próximas semanas

exigirían navegar con sumo cuidado por estas aguas recién complicadas.

Mientras subían a sus aposentos, Darcy reflexionó sobre la rapidez con que podían cambiar las circunstancias. La herencia de su primo había alterado no solo sus propias perspectivas, sino potencialmente también las de Jane Bennet y, por extensión, las de Bingley. No podían preverse por completo las ondas de tales cambios, pero Darcy estaba decidido a que, ocurriera lo que ocurriera, no repetiría su antiguo error de inmiscuirse en asuntos del corazón.

El correo de la mañana en Netherfield llegó cuando Darcy estaba terminando su café; el ritual familiar de clasificar la correspondencia le brindó un momento de cómoda normalidad en medio de la dinámica social cada vez más compleja de su visita.

Elizabeth se sentaba frente a él en la mesa del desayuno, con la atención por completo capturada por una carta escrita en papel de calidad mediana. El leve pliegue en su entrecejo sugería un contenido algo inquietante, aunque mantenía la compostura mientras leía. Al otro lado de la estancia, Bingley charlaba afablemente con su hermana Caroline, aparentemente ajeno a la tensión que había invadido el rincón tranquilo ocupado por sus invitados en la sala del desayuno.

Darcy observó de cerca la expresión de Elizabeth, notando los sutiles cambios a medida que avanzaba en la lectura. Una pequeña sonrisa, una ceja alzada y, lo más revelador, un momentáneo ensanchamiento de los ojos antes de doblar el papel con deliberado cuidado y guardárselo en la manga. Sus miradas se encontraron, y la breve y significativa ojeada que le dirigió confirmó su sospecha de que la carta contenía asuntos que era mejor tratar en privado.

—Creo que aprovecharé esta magnífica mañana para dar un paseo por los jardines —

anunció Elizabeth, con una voz agradablemente despreocupada—. Los colores otoñales están particularmente hermosos hoy.

—Una excelente sugerencia —replicó Darcy, levantándose para acompañarla—. ¿Nos disculpa, señor Bingley? ¿Señorita Bingley?

Bingley les despidió con alegría con un gesto de la mano, mientras Caroline se limitó a inclinar la cabeza, sus ojos agudos siguiéndolos con evidente curiosidad. Darcy ignoró su escrutinio y ofreció el brazo

a Elizabeth cuando salieron de la sala del desayuno y se dirigieron hacia las puertas francesas que daban a la terraza.

Una vez que estuvieron fuera del alcance del oído de la casa, caminando por un sendero de grava apartado, bordeado de crisantemos de floración tardía, Elizabeth sacó la carta de la manga.

—De Lydia —confirmó, con la voz baja a pesar de hallarse aislados—. Hay novedades que, a mi juicio, requieren nuestra atención inmediata.

—Espero que no sea nada demasiado preocupante —dijo Darcy, aunque la inquietud en la expresión de Elizabeth sugería lo contrario.

—No exactamente inquietante, pero sin duda exige reflexión. —Elizabeth desplegó de nuevo la carta—. Primero nos escribe para darnos las gracias por haberle enviado a la señora Annesley; dice que la considera una guía muy sensata y amable en cuestiones de administración doméstica y en lo tocante al recogimiento previo al alumbramiento. Esa parte, al menos, es enteramente positiva.

—La señora Annesley siempre ha demostrado un juicio excelente —observó Darcy—.

Me alegra que tu hermana encuentre beneficiosa su presencia.

—En efecto. Pero es la siguiente parte la que me preocupa. —El dedo de Elizabeth recorrió la página en busca del pasaje pertinente—. Lydia escribe que el capitán Wallace ha recibido la noticia de un ascenso a mayor, que conlleva un traslado a los Horse Guards en Londres.

Darcy sintió que un peso frío se le asentaba en el estómago. Londres. De todos los lugares, Londres presentaba el mayor riesgo de exposición para la situación de Lydia.

La proximidad de la capital a Longbourn haría casi imposible mantener la distancia necesaria entre Lydia y su familia.

—Esto es, en efecto, preocupante —dijo, escogiendo las palabras con cuidado—.

¿Cuándo ha de efectuarse el traslado?

—El mes que viene, según su carta. La criatura ha de nacer hacia Navidad, si no yerra en sus cuentas. —Elizabeth plegó de nuevo la misiva, con el gesto inquieto—. Lydia parece no tener conciencia de las dificultades que esto podría acarrear.

—No me sorprende —replicó Darcy—. Tu hermana nunca ha demostrado gran previsión respecto a las consecuencias de sus actos.

—Ha mejorado mucho —defendió Elizabeth con suavidad—, pero coincido en que, en este caso, no alcanza a reconocer los riesgos. Londres está demasiado cerca de Hertfordshire, y hay demasiadas relaciones que podrían poner en duda a un supuesto niño prematuro nacido tan poco después de su boda.

Caminaron en silencio un rato, con la grava crujiendo bajo las botas, mientras Darcy sopesaba las implicaciones. La ficción, cuidadosamente construida, que protegía la reputación de Lydia —y, por extensión, la de toda su familia— dependía de mantener ciertas fronteras. Un traslado a Londres amenazaba con deshacer por completo esas fronteras.

—¿Le ha escrito a tu madre sobre esta novedad? —preguntó Darcy, identificando lo que le parecía la preocupación más inmediata.

—No lo dice de manera explícita, pero, conociendo a Lydia, me imagino que sí —

respondió Elizabeth—. Siempre se ha deleitado en difundir novedades que puedan suscitar envidia o admiración.

—Entonces hemos de actuar con rapidez —decidió Darcy—. Primero, deberías escribir directamente a Lydia, felicitarla por el ascenso de su marido, pero advertirla con firmeza de que no difunda esta noticia, sobre todo a tu madre, que podría propagarla por sus extensas relaciones en Meryton.

—Escribiré hoy mismo —convino Elizabeth—. Aunque me temo que el daño ya puede estar hecho si se lo ha comunicado a mi madre. Cuando Mamá tiene una noticia emocionante, no es capaz de guardársela ni medio día.

—Más razón, pues, para establecer precauciones de inmediato —dijo Darcy—.

Hablaré con el coronel Fitzwilliam sobre alojamientos adecuados para el mayor y la señora Wallace en Londres. Sabrá qué zonas ofrecen a un tiempo la prestancia debida y la privacidad necesaria.

Elizabeth le apretó el brazo con gratitud. —Gracias, Fitzwilliam. Tu previsión en estos asuntos no tiene precio.

—No es más que una consideración práctica —repuso Darcy, aunque se sintió complacido por su aprecio—. La situación exige un manejo cuidadoso.

Prosiguieron el paseo, debatiendo los pormenores de lo que Elizabeth debía incluir en su carta a Lydia. Había que afinar mucho el lenguaje: lo bastante firme para inculcar a Lydia la importancia de la discreción, y a la vez lo bastante suave para no alarmarla ni ofenderla. Además, convinieron en que Elizabeth aconsejara a Lydia limitar sus apariciones en público en Londres hasta después del parto, quizá subrayando la preferencia, tan de moda, por el retiro durante los últimos meses del embarazo.

Al regresar a la casa, Elizabeth se dirigió directamente al pequeño escritorio de su aposento para redactar la carta, mientras Darcy salía en busca del coronel Fitzwilliam.

Encontró a su primo en la sala de billar, entregado en solitario a practicar tiros difíciles.

—Ah, Darcy —lo saludó el coronel, enderezándose desde su postura sobre la mesa—.

¿Te apetece una partida?

—Quizá más tarde —replicó Darcy, cerrando la puerta tras de sí para asegurarse de la privacidad—. Quería consultarte un asunto que requiere cierta discreción.

El coronel Fitzwilliam dejó el taco, y su expresión se volvió de inmediato grave. —Por supuesto. ¿En qué puedo servirte?

—Se trata del capitán Wallace —dijo Darcy—. Acabo de saber que lo han ascendido a mayor y que lo trasladan a Londres el mes que viene.

—Ah —los ojos del coronel centellearon, y Darcy vio de inmediato que comprendía los problemas que aquello presentaba—. El ascenso de Wallace es bien merecido, aunque ha llegado algo antes de lo que esperaba. Quizá sea consecuencia de su matrimonio con una dama vinculada a tu familia. Frunció levemente el gesto.

—Sin duda. Sin embargo, el momento crea ciertas... complicaciones, dada la situación de la señora Wallace. —Darcy escogió con cuidado las palabras, aunque sabía que su primo estaba perfectamente al corriente de la situación de Lydia—. Londres entraña ciertos riesgos que convendría esquivar hasta después del nacimiento del niño.

El coronel asintió, en señal de comprensión. —La proximidad a Hertfordshire y la mayor probabilidad de toparse con conocidos que podrían cuestionar el momento.

—Precisamente. Aunque no puedo impedir el traslado, esperaba que pudieras aconsejarme sobre alojamientos adecuados que minimicen estos riesgos.

El coronel Fitzwilliam lo meditó, recostándose contra la mesa de billar. —Creo que ahí puedo ser de ayuda. Hay varias zonas en Londres donde un oficial del rango de Wallace podría establecerse con toda razón y que, sin embargo, son lo bastante reservadas como para que su llegada no atraiga demasiada atención.

—Eso sería ideal —dijo Darcy—. El coste no es un problema, dentro de lo razonable.

La casa ha de ser cómoda y respetable, adecuada para la familia de un mayor, pero no tan a la moda como para atraer una atención indebida.

—Marylebone podría servir —sugirió el coronel Fitzwilliam—. Es respetable sin ser excesivamente de moda. Alternativamente, hay varias calles agradables cerca de los límites occidentales de Bloomsbury que serían adecuadas. Las familias militares suelen establecerse por esa zona debido a los alquileres moderados y a la proximidad tanto de Hyde Park como del Ministerio de la Guerra.

—Cualquiera de los dos lugares suena adecuado —convino Darcy—. ¿Tienes contactos que puedan ayudar a conseguir una propiedad así con rapidez?

—Varios —le aseguró el coronel—. Mi antiguo ayudante tiene un primo en el negocio de propiedades que se ocupa de estos asuntos con una discreción admirable. Puedo escribirle hoy mismo.

—Te estaría muy agradecido —dijo Darcy—. La casa debería estar lista para ser ocupada para el mes que viene, completamente amueblada y con un pequeño servicio ya contratado. Los Wallace llegarán desde York con escasos enseres domésticos.

El coronel Fitzwilliam asintió. —Dalo por arreglado. Supongo que las disposiciones financieras seguirán el mismo patrón que su situación actual, ¿no?

—Sí, aunque con los ajustes oportunos a los precios de Londres —

confirmó Darcy—.

Daré instrucciones a mi abogado para que se ponga en contacto contigo respecto a los detalles.

—Muy bien. Escribiré de inmediato y tendré una respuesta para ti en el plazo de una semana —el coronel vaciló y añadió—. ¿Puedo preguntar cómo se encuentra por lo demás la hermana de la señora Darcy? Su alumbramiento se acerca, ¿no es así?

—Hacia Navidad, sí. Según la señora Darcy, su hermana está con buena salud y buen ánimo, especialmente ahora que la señora Annesley se ha incorporado a su casa.

—Excelente. La señora Annesley es una mujer de gran juicio y discreción. Será inestimable en este momento delicado —sonrió levemente el coronel Fitzwilliam—.

Parece que has pensado en todo, primo.

—No precisamente en todo —admitió Darcy—. Esta situación no deja de plantear nuevos desafíos. Me limito a anticipar aquellos que puedo atajar.

—Una destreza en la que destacas —observó el coronel—. Ahora, ¿aceptas mi reto a una partida de billar? A mi entender, el pensamiento estratégico suele verse favorecido cuando uno mantiene ocupadas las manos.

Darcy cogió el taco que le tendía su primo, aunque su mente seguía parcialmente absorta en el asunto de Lydia. La compleja red de arreglos necesaria para mantener la ficción de su respetabilidad se le antojaba a veces una responsabilidad interminable. Sin embargo, se había comprometido con este camino cuando se casó con Elizabeth, aceptando que el bienestar de su familia estaba ya indisolublemente ligado al suyo.

Cuando volvió a reunirse con Elizabeth más tarde aquella mañana, ella había terminado su carta a Lydia y la había sellado para el correo de la tarde. —He sido tan firme como me he atrevido —le dijo—. He hecho hincapié en la práctica en boga de limitar los compromisos sociales en los últimos meses de embarazo y le he sugerido que quizá disfrute más de la sociedad londinense cuando se haya repuesto por completo del parto.

—Bien razonado —aprobó Darcy—. Y el coronel Fitzwilliam ha

accedido a arreglarles un alojamiento adecuado en Londres.

—Te estoy continuamente agradecida por cómo manejas estos asuntos —dijo Elizabeth, con los ojos cálidos de agradecimiento—. Has demostrado una generosidad y una previsión notables al proteger los intereses de mi familia.

—Los intereses de nuestra familia —corrigió Darcy con suavidad—. Tus preocupaciones son ahora las mías, como lo han sido desde que nos casamos.

La sonrisa franca que iluminó el rostro de Elizabeth con sus palabras fue recompensa suficiente para cualquier molestia o gasto que estos arreglos pudieran acarrear. Por su felicidad, Darcy emprendería de buen grado desafíos mucho mayores que el de gestionar la precaria situación de Lydia. A fin de cuentas, era un precio pequeño por la dicha que Elizabeth había traído a su vida.

Los salones de asambleas de Meryton habían cambiado muy poco en el año transcurrido desde la última vez que Darcy se había plantado entre sus muros de proporciones modestas. La misma araña amarillenta derramaba su cálido resplandor sobre la concurrencia, las mismas cortinas desvaídas enmarcaban los altos ventanales, y los mismos músicos del lugar rascaban con entusiasmo sus instrumentos en el rincón. Y, sin embargo, todo lo demás le parecía por completo transformado. Si antaño había contemplado aquella reunión provinciana con un desdén apenas disimulado, ahora permanecía con la mano de Elizabeth cómodamente prendida del hueco de su brazo, observando a los bailarines con verdadero interés en lugar de con desapego crítico. La diferencia, lo sabía, no residía en los salones ni en sus ocupantes, sino en él mismo.

—¿En qué piensas, Mr. Darcy? —dijo Elizabeth a su lado, con los ojos brillando con ese brillo particular que nunca dejaba de calentarle el corazón—. —Te veo inusualmente pensativo para un baile de provincias.

—No hacía sino reflexionar sobre la curiosa naturaleza del tiempo y de la perspectiva

—repuso, permitiendo que una leve sonrisa le rozara los labios—. Parece a la vez una eternidad y apenas unos instantes desde la última vez que asistí a una asamblea en esta sala.

—Ah, sí —el tono de Elizabeth adoptó un matiz travieso que le advirtió de una broma inminente—. Creo que fue la ocasión en que me declaraste —tolerable, pero no lo bastante guapa para tentarte—. Qué mortificante debe de ser encontrarte ahora casado con un ejemplar tan mediocre.

Un año atrás, tal alusión a su comentario, admitidamente poco cortés, le habría llenado de incómodo remordimiento. Ahora, seguros en su mutuo entendimiento, podía apreciar el humor amable de su recordatorio.

—Un grave error de juicio —reconoció Darcy, volviéndose para mirarla de lleno—.

Aunque, en mi defensa, sufría sin duda una ceguera temporal que nublaba mis facultades de discernimiento.

—¿Ah, sí? —Elizabeth ladeó la cabeza, los ojos bailándole de diversión—. ¿Y te has recuperado de tal dolencia, señor? ¿Soy ahora lo bastante guapa para tentarte?

Darcy dejó que su mirada recorriera, con aprecio, el aspecto de su esposa. Elizabeth llevaba un vestido de seda violeta profundo que realzaba maravillosamente su tez; su oscuro cabello, dispuesto con elegancia, enmarcaba a la perfección su rostro expresivo.

El collar de perlas color crema, perfectamente iguales, que él le había regalado como presente de bodas adornaba su garganta, brillando con suavidad a la luz de las lámparas.

—No eres solo lo bastante guapa para tentarme —dijo, bajando la voz para que sus palabras quedaran entre ellos—. Eres tan encantadora que me tienes por completo cautivo, como bien sabes.

Un rubor favorecedor tiñó las mejillas de Elizabeth ante su cumplido inusualmente expresivo. —Bueno, Mr. Darcy, parece que tus dotes de observación han mejorado considerablemente en el último año.

—Como también lo ha hecho mi aprecio por los bailes de la comarca

—repuso con una leve reverencia—. En particular cuando tengo el gusto de hacerlo en tu compañía.

Su intercambio fue interrumpido por la llegada de la señora Bennet, resplandeciente con un tocado a modo de turbante, adornado con plumas de avestruz que temblaban de forma alarmante a cada gesto entusiasta.

—¡Lizzy! ¡Señor Darcy! —exclamó, su voz alzándose con claridad por encima de la conversación ambiente—. ¡Ahí están! Sir William Lucas ha estado muy empeñado en hablar con usted, señor Darcy.

Darcy mantuvo la compostura con la destreza adquirida de un hombre que había aprendido a capear las efusiones de la señora Bennet sin mostrar reacción visible. —Me complacería hablar de nuevo con Sir William —repuso con cortesía.

—¡Oh, excelente! ¡Excelente, de veras! —la señora Bennet resplandeció, tomando sin ceremonia su brazo libre y separándolo de Elizabeth—. Debe permitirme que le presente como es debido a todo el mundo, señor Darcy. No todos tuvieron la oportunidad de conocerle en la boda, ya sabe, y ha habido tanta curiosidad por el espléndido casamiento de Lizzy.

Antes de que pudiera formular una negativa airosa, Darcy se vio conducido por la sala de asambleas, con la mano de la señora Bennet en su brazo, sorprendentemente

firme para una mujer de su edad. Elizabeth los siguió a pocos pasos, con una expresión que mezclaba la simpatía con una diversión contenida ante el aprieto de él.

—Señora Long, ¿recuerda a mi yerno, el señor Darcy de Pemberley? —anunció la señora Bennet a una mujer enjuta con un vestido pasado de moda—. Diez mil al año, como seguro que recuerda, y la finca más magnífica de Derbyshire. Solo los jardines cubren cincuenta acres; ¿no es así, señor Darcy?

—Los jardines formales son algo más modestos —repuso Darcy con cuidada neutralidad—, aunque la finca es extensa.

—¡Qué modestia! —triló la señora Bennet—. Tan distinguido caballero y tan poco inclinado a alardear de su importancia. Pero le aseguro, señora Long, que Pemberley es todo grandeza y elegancia. ¡Lizzy me escribió sobre la galería de retratos durante tres páginas enteras!

La señora Long murmuró algo debidamente impresionado, dejando que sus ojos recorrieran a Darcy con curiosidad nada disimulada. Antes de que pudiera entablar conversación con él, sin embargo, la señora Bennet ya había pasado a su siguiente objetivo, un caballero corpulento al que identificó como el nuevo boticario.

—Señor Burrows, debe conocer a mi yerno, el señor Darcy. Su médico de familia en Londres es consultado por los círculos más elevados e incluso, según tengo entendido, atiende a miembros de la familia real.

Aquello fue una novedad para Darcy, que jamás había oído nada semejante acerca del doctor Morrison, pero se limitó a inclinar la cabeza con cortesía mientras la señora Bennet proseguía con su retrato embellecido de su supuesto boato y sus conexiones.

Y así continuó alrededor del perímetro de la sala de asambleas, la señora Bennet presentándolo a lo que parecía cada residente de Meryton como si fuese un semental de primer orden en subasta. Su fortuna, sus propiedades, sus relaciones, incluso su sastre, fueron descritos con términos cada vez más exagerados, hasta que Darcy empezó a preguntarse si se reconocería a sí mismo en aquellas descripciones.

Un año atrás, semejante exhibición lo habría mortificado más allá de lo que podía soportar. Ahora, aunque no podía decir que disfrutara siendo objeto de elogios tan efusivos y, a menudo, inexactos, lo sobrellevó con paciente entereza. La presencia de Elizabeth justo detrás de ellos, su risa a veces sofocada cuando las afirmaciones de su madre se volvían particularmente descabelladas, le ofrecía tanto apoyo moral como un recordatorio del motivo por el que soportaba de buen grado tales demostraciones.

Por fin, tras completar casi una vuelta completa a la sala, la señora Bennet lo dejó para ocuparse de algún asunto relativo a la mesa de refrescos. Darcy se encontró momentáneamente libre, y Elizabeth se reunió con él en seguida.

—Mis más profundas disculpas —dijo ella, con los ojos chispeantes de alegría a pesar de su tono contrito—. Me temo que mamá estaba decidida a sacar el máximo partido a tu presencia esta noche.

—No ha sido ningún suplicio —repuso Darcy, lo cual no era del todo falso. Aunque no fue agradable, la experiencia había sido mucho menos extenuante de lo que en otro tiempo le habría parecido—. Tu madre se enorgullece, con toda naturalidad, del ventajoso casamiento

de su hija.

—Orgullo natural sería un reconocimiento muy moderado de tu importancia —

replicó Elizabeth con ironía—. La exhibición de mamá roza lo teatral. Creo que ha informado a Lady Lucas de que cenas con regularidad con el Príncipe Regente.

—Un honor que aún no he experimentado —observó Darcy con sequedad—. Aunque, según tu madre, por lo visto también poseo un castillo en Escocia y mantengo correspondencia personal con el zar de Rusia.

La risa de Elizabeth compensó con creces cada momento de incomodidad que él había soportado. —Lo sobrellevas de un modo admirable. Recuerdo una época en la que semejantes atenciones te habrían hecho buscar la salida más cercana en cuestión de minutos.

—He recibido una excelente instrucción en templanza este último año —respondió con una mirada significativa que hizo que su sonrisa se ahondara.

Entonces su atención se dirigió a la pista, donde se estaba formando una nueva contradanza. El coronel Fitzwilliam condujo a Jane Bennet a la cabecera de la hilera; su porte militar le confería una gracia natural al tomar su puesto. Varias parejas más abajo, Bingley aguardaba con su hermana, aunque su mirada se desviaba continuamente hacia Jane.

—Veo que a tu hermana siguen rindiéndole mucha corte —observó Darcy en voz baja.

—En efecto —convino Elizabeth—. Aunque creo que su preferencia se vuelve cada vez más clara.

Era cierto. Incluso desde el otro extremo de la sala, Darcy podía distinguir los signos sutiles pero inconfundibles de la parcialidad de Jane. Aunque invariablemente cortés con todos, su semblante se iluminaba de manera visible cuando hablaba el coronel Fitzwilliam; su serena sonrisa habitual se templaba en algo más animado. Por el contrario, sus intercambios con Bingley, aunque perfectamente cordiales, carecían de esa chispa de auténtico placer.

Comenzó la danza, acercando de cuando en cuando a las dos parejas conforme lo exigían las figuras. Darcy observó con interés cómo el

coronel Fitzwilliam decía algo que hacía reír a Jane; sus rasgos, por lo común compuestos, se encendieron de una alegría genuina. Cuando Bingley intentó una gracia similar unos minutos después, su respuesta, aunque cortés, fue notablemente más contenida.

La reacción de Caroline Bingley ante lo sucedido resultaba transparente para cualquiera que se tomara la molestia de observar. Se le apretaba la boca hasta quedar en una fina línea cada vez que el coronel Fitzwilliam y Jane se cruzaban sonrisas, y hablaba con su hermano con creciente vehemencia, intentando claramente recuperar su atención errante. Sus esfuerzos obtuvieron un éxito limitado; Bingley respondía distraído a sus comentarios, y su mirada volvía inevitablemente a Jane cada vez que el baile la acercaba.

—La señorita Bingley parece poco complacida con las atenciones del coronel hacia tu hermana —observó Darcy.

—Sospecho que es su noble linaje lo que, ante todo, capta su interés más que el propio coronel —dijo Elizabeth con ironía.

—Richard jamás la alentará —dijo Darcy—. Aunque mantiene una cortesía impecable, como exige su carácter.

—A diferencia de ciertos caballeros de mi conocimiento —bromeó Elizabeth—, a quienes en otro tiempo les resultaba imposible mantener ni la cortesía más elemental con quienes juzgaban por debajo de su consideración.

—Una observación justa —admitió Darcy, aceptando la suave reprensión con buen talante—. Aunque confío en haber mejorado algo en ese aspecto.

—Una mejora notable —le aseguró Elizabeth con calidez—. Tanto, que apenas reconozco al hombre orgulloso y desagradable que en otro tiempo estuvo plantado junto a esa misma pared, rehusando bailar y encontrando defectos en todos los presentes.

Al concluir el baile, Darcy vio a Bingley acercarse a Jane con propósito inequívoco, con la clara intención de asegurarse su compañía para la siguiente tanda. El coronel Fitzwilliam, con su tacto característico, se retiró a la mesa de refrescos, aunque su mirada se demoró en Jane con visible admiración. En justicia a Jane, aceptó la invitación de Bingley con perfecta cortesía, aunque Darcy advirtió que dirigió una breve mirada hacia el coronel Fitzwilliam antes de tomar su lugar en la nueva tanda.

—Tu amigo conserva un ánimo digno de admiración —observó Elizabeth mientras veían a Bingley conducir a Jane al baile—, aunque me temo que cada vez le resulta más forzado.

Darcy asintió, notando la leve tensión en la sonrisa de Bingley, el brillo resuelto de sus maneras que parecía más forzado que natural. —Bingley siempre ha hecho gala de su talante afable. Consideraría un fracaso personal mostrar públicamente su desilusión.

—Sin embargo, a estas alturas debe de reconocer la preferencia de Jane —dijo Elizabeth—. No hace intento alguno por disimularla, aunque su natural gentileza le impide ser excesivamente directa.

—Reconocer y aceptar son cosas distintas —replicó Darcy—, sobre todo cuando las esperanzas de uno han estado fijadas en cierta dirección durante tanto tiempo.

Contemplaron el desarrollo del baile en silenciosa reflexión. Bingley cumplía su parte con corrección técnica, manteniendo su característica sonrisa durante todo el tiempo, pero aun a aquella distancia Darcy percibía el esfuerzo que le costaba. Cada vez que la mirada de Jane se desviaba hacia el coronel Fitzwilliam, un fugaz quiebro en la expresión de Bingley delataba que era consciente de la atención dividida de ella.

—Lo compadezco —dijo Elizabeth en voz baja—. Es un buen hombre que merece ser feliz.

—La encontrará —le aseguró Darcy—. Quizá no donde la buscó en un principio, pero el temple de Bingley le servirá bien. Nunca ha sido de recrearse en la decepción.

La velada prosiguió, y Darcy acabó conduciendo él mismo a Elizabeth en una contradanza, actividad que en otro tiempo habría considerado indigna de su rango en

una reunión semejante. Ahora, con la mano de Elizabeth en la suya y los ojos de ella brillando de placer mientras recorrían las figuras, se descubría disfrutando de la melodía sencilla y de los pasos vivaces.

Al ocupar su lugar para el último baile, Darcy se sorprendió reflexionando sobre la notable transformación operada en su vida desde aquella primera reunión de Meryton.

Entonces se había mantenido aparte, juzgando y desestimando a las mismas personas que ahora lo saludaban con sincera, aunque curiosa,

consideración. Había considerado a Elizabeth “no lo bastante hermosa como para tentarle” y apenas había reparado en Jane más allá de clasificarla como “la única muchacha bonita del salón”.

Ahora, Elizabeth era su esposa, el centro de su mundo, mientras Jane se hallaba al borde de elegir entre dos hombres dignos. Incluso Bingley había cambiado; su jovialidad perenne daba ya, de cuando en cuando, paso a momentos de grave reflexión que denotaban una madurez en ciernes.

Los músicos interpretaron los compases finales, llevando la velada a su inevitable conclusión. Cuando Darcy acompañó a Elizabeth a despedirse de su familia por aquella noche, sintió un hondo contento a pesar de las complejidades que aún los rodeaban.

Fuera cuales fuesen los desafíos por venir, y cualesquiera que fuesen las resoluciones que aguardaban a Jane, Bingley y el coronel Fitzwilliam, los encaraba ya no como un observador aislado, sino como parte de algo mayor que él mismo.

Esa transformación, más que ninguna otra, había sido el verdadero don de Elizabeth para él: la comprensión de que el vínculo, con todas sus complicaciones y ocasionales mortificaciones, era infinitamente preferible a la fría perfección de la soledad que en otro tiempo él había tomado por dignidad.

Capítulo Diecisiete

A PESAR DE QUE los festejos de la noche concluyeron bien pasada la

medianoche, la casa se había levantado a una hora respetable, aunque la conversación era algo más apagada de lo habitual en la mesa del desayuno. Elizabeth observó a los reunidos con tranquila diversión, advirtiendo la expresión ligeramente contraída de la señora Hurst mientras sorbía su té, el inusitado ensimismamiento del señor Bingley al mirar por la ventana y, lo más revelador, los nerviosos retoques de Caroline Bingley a su ya impecable cofia de mañana, pues la dama padecía claramente de sueño escaso y ambiciones defraudadas.

—He de decir, señora Darcy —comenzó Caroline, con ese filo de dulzura fingida que Elizabeth había aprendido a reconocer tan bien—, que los entretenimientos provincianos de Meryton siguen exactamente como siempre. La velada de anoche me pareció en todo igual a la a la que asistimos hace un año.

—La familiaridad puede ser de lo más reconfortante, señorita Bingley —replicó Elizabeth con una sonrisa agradable—. Hay algo tranquilizador en las tradiciones que se mantienen.

—A mí me pareció una velada deliciosa —añadió Bingley, con su jovialidad habitual algo atenuada, pero aún presente—. Sir William Lucas estuvo muy atento como maestro de ceremonias, y los músicos se hallaban en excelente forma.

—Tocaron las mismas piezas que el año pasado, Charles —observó Caroline con sequedad—. Pensaría que un caballero de tu posición podría fomentar algo de variedad en los entretenimientos locales.

La señora Hurst asintió en señal de acuerdo. —En efecto, hermano. Quizá para nuestro baile podrías contratar a algunos músicos de Londres. Estoy segura de que lo agradecería toda persona de gusto en el vecindario.

—Yo no hallé tacha en la música —observó Darcy, con un tono neutro pero con un matiz que desalentaba nuevas censuras—. Los bailes de campo no requieren gran complejidad para disfrutarse.

Elizabeth se asombró en silencio ante esta defensa de las costumbres locales en un hombre que antaño las había considerado muy por debajo de su atención. La transformación de su marido seguía sorprendiéndola, incluso después de meses de matrimonio.

—La señorita Bennet pareció disfrutar mucho del baile —observó la señora Hurst con aparente despreocupación, aunque la mirada tajante que dirigió a su hermano desmentía su tono—. Ella y el coronel Fitzwilliam parecían de lo más cómodos el uno en compañía del otro.

Un destello de algo —incomodidad, quizá, o resignación— cruzó el rostro de Bingley antes de que su sonrisa volviera a imponerse. —La señorita Bennet es una excelente bailarina. Honra a cualquier compañero con su gracia.

—Muy cierto —convino Elizabeth con calor—. Jane siempre se ha movido con particular elegancia.

Caroline dejó la taza con un golpe seco contra el platillo. —A propósito de su primo, señor Darcy, observo que el coronel no está con nosotros esta mañana. Confío en que se halle bien tras sus esfuerzos de anoche.

—Perfectamente bien, gracias —repuso Darcy con suavidad—. Comentó que pensaba salir a caballo para explorar el campo esta mañana. Siendo el tiempo otoñal tan favorable, deseaba aprovecharlo.

—Qué aventurero —observó Caroline—. Aunque confieso que me sorprende que no invitara compañía. Un paseo solitario parece más bien... deliberado.

—Mi primo suele preferir la soledad para su ejercicio matutino —dijo Darcy—. Un hábito castrense, creo. Años de madrugar para cumplir con sus deberes.

La conversación derivó entonces hacia los planes de futuros entretenimientos, y Bingley propuso una visita al cercano pueblo de mercado de Hatfield para el día siguiente, una salida que requeriría dos carruajes y una planificación considerable.

Mientras se discutían los pormenores, Elizabeth advirtió que Georgiana entraba en la sala en silencio, tomaba asiento y hacía un gesto con la cabeza al lacayo para que le sirviese té.

—Señorita Darcy, tiene que acompañarnos sin falta en la excursión a Hatfield —

insistió Bingley, cuya natural amabilidad se hacía evidente en la atención dispensada a la tímida joven—. Hay una librería excelente que creo que podría interesarle.

—Gracias, señor Bingley. Me gustaría mucho —respondió Georgiana con una leve sonrisa.

—¡Perfecto! Queda decidido. Dos carruajes, saliendo mañana a las once —declaró Bingley, recuperando algo de su animación habitual—.

Y quizá el coronel Fitzwilliam nos honre también con su compañía.

—Le haré llegar sin falta la invitación cuando regrese —asintió Darcy.

Cuando el grupo del desayuno se dispersó —Caroline y la señora Hurst para consultar con el ama de llaves sobre algún asunto doméstico, el señor Hurst para su siesta, Bingley a escribir cartas en su despacho y Georgiana a practicar en el pianoforte—, Elizabeth se encontró a solas con su marido en el agradable salón de mañana.

—No has sido del todo sincero respecto al paradero de tu primo —observó Elizabeth en voz baja, con un tono más curioso que acusador.

Una leve sonrisa asomó a los labios de Darcy. —Te has vuelto extraordinariamente diestra en leerme, querida.

—Es prerrogativa de una esposa saber cuándo su marido está siendo diplomático y no estrictamente exacto —replicó ella, devolviéndole la sonrisa—. ¿Adónde ha ido realmente esta mañana el coronel Fitzwilliam?

Darcy miró hacia la puerta para asegurarse de que tenían privacidad antes de responder. —Ha ido a caballo hasta Longbourn para hablar con tu padre. Adujo el

deseo de informar personalmente al señor Bennet del traslado del mayor Wallace a Londres, puesto que la situación puede exigir una discreción adicional ahora que Lydia estará en mayor proximidad a Hertfordshire.

Las cejas de Elizabeth se fruncieron levemente. —Seguro que podría haberse fiado de nosotros para transmitir la información con discreción.

—En efecto —convino Darcy, con los ojos cálidos de diversión privada—. Se lo he sugerido a mi primo durante el desayuno, pero insistió en que debía hacerse cuanto antes, no fuera a ser que Lydia ya hubiera escrito a tu madre. Creo que pensaba proponer a tu padre que estuviese atento a cartas de Lydia y que las interceptase, por si acaso.

—Qué sagaz por su parte —comentó Elizabeth—. Y supongo que es mera casualidad que probablemente vea a Jane allí esta mañana.

—La más pura casualidad, no me cabe duda —repuso Darcy con perfecta gravedad, aunque el leve arqueo de una ceja traicionó sus verdaderos pensamientos.

Elizabeth negó con la cabeza, a un tiempo divertida y pensativa. —Anoche, en la velada, sus atenciones fueron, desde luego, muy marcadas.

—Richard no es hombre que pierda el tiempo —dijo Darcy—. No jugaría con los afectos de Jane, especialmente sabiendo la relación previa de Bingley, pero creo que siente premura por hacerle saber su estima antes de que Bingley haga cualquier acercamiento formal.

—Y Jane... —Elizabeth vaciló, su lealtad a su hermana batiéndose por un instante con su deseo de comprender la situación por completo—. ¿Crees que corresponde a sus sentimientos?

Darcy guardó silencio un momento, eligiendo las palabras con cuidado. —No soy quizá el más certero juez de los sentimientos de una dama —dijo por fin, con una sonrisa autocrítica que aludía a su anterior equivocación al juzgar el afecto de Jane por Bingley—. Pero hasta yo pude advertir su particular animación al bailar con mi primo.

Hubo en su expresión una... viveza que excedía su habitual semblante sereno.

—Sí —convino Elizabeth en voz baja—. Yo también lo noté. Jane siempre ha sido reservada al mostrar sus emociones, pero anoche hubo momentos en que sus sentimientos parecieron vencer su natural contención.

Se sentaron en contemplativo silencio durante un momento, mientras la luz del sol dibujaba formas cambiantes sobre el suelo bruñido al pasar las nubes por encima.

—Pobre Bingley —dijo por fin Elizabeth—. Ha sido constante en su admiración por Jane, pese a la... interrupción de su trato.

—Bingley es resistente —replicó Darcy, aunque su tono contenía una nota de verdadero pesar—. Y aunque su desengaño sería vivo al principio, creo que no querría que tu hermana le aceptase por obligación o por expectativas pasadas. Merece una esposa que le ame con todo el corazón, como Jane merece un marido a quien pueda profesar igual afecto.

—Te has vuelto notablemente sabio en asuntos del corazón, señor Darcy —observó Elizabeth.

—Tuve una maestra excelente —repuso—. Una que no dudó en corregir mis errores de juicio, por dolorosa que fuese la lección.

Elizabeth sonrió y alargó la mano para tomar la de él. —Bien, si el coronel Fitzwilliam ha ido de veras a Longbourn con la esperanza de proseguir su trato con Jane, solo puedo esperar que el desenlace traiga dicha a todas las partes.

—Y yo —convino Darcy—. Aunque confieso cierta preocupación por Bingley. Ha sido un amigo leal, y no querría verle herido.

—¿Y, aun así, no intervendrás? —preguntó Elizabeth, aunque su tono sugería que ya sabía la respuesta.

—Nunca más —prometió Darcy con firmeza—. He aprendido esa lección a conciencia. Sea lo que sea lo que se desarrolle entre tu hermana, mi primo y Bingley, habrá de darse conforme a sus propios sentimientos y decisiones.

Elizabeth asintió, con expresión pensativa. —Es curioso cómo cambian las circunstancias. Hace un año, ¿quién habría imaginado esta particular configuración de afectos?

—Hace un año, apenas habría podido imaginarme sentado aquí contigo, siendo tú mi esposa —le recordó Darcy, con la voz baja por una emoción que rara vez mostraba tan abiertamente—. La vida se deleita en desconcertar nuestras certezas.

Cayó entre ellos un silencio cómodo, roto solo por el sonido lejano de la práctica de pianoforte de Georgiana que se deslizaba por la casa. Afuera, en algún punto del camino hacia Longbourn, el coronel Fitzwilliam cabalgaba con propósito hacia el destino elegido por su corazón.

El salón de Netherfield estaba templado por un buen fuego que crepitaba en el hogar, ahuyentando el frío del viento que se había levantado fuera. Darcy se sentaba junto a la ventana con un libro al que no había dado la vuelta a una página en un cuarto de hora, su atención atraída por la interacción entre su hermana y Caroline Bingley al otro lado de la estancia. La señorita Bingley había arrinconado a Georgiana en el pequeño sofá cercano al pianoforte; su

porte sugería un tête-à-tête confidencial que su hermana parecía soportar más que disfrutar.

El coronel Fitzwilliam había regresado de su paseo matutino hacía más de una hora, pero se había retirado a su cuarto para atender la correspondencia, dejando el salón privado de su presencia diplomática. Elizabeth se hallaba cerca, ocupada en labores, mientras Bingley se paseaba junto a la chimenea con inusitada inquietud, mirando de vez en cuando hacia su hermana con una expresión que sugería que comprendía demasiado bien su propósito.

—Mi querida señorita Darcy —decía Caroline, modulando la voz lo bastante como para asegurarse de ser oída sin parecer que se dirigía a toda la concurrencia—, no puedo expresar cuánto comparto su decepción por no haber podido asistir al baile de anoche. Quedarse atrás mientras todos los demás se divierten debe de haber sido verdaderamente mortificante.

Georgiana se sostuvo con una serena dignidad que Darcy observó con orgullo. Su hermana había ganado confianza en los últimos meses bajo la suave guía de Elizabeth.

—En absoluto, señorita Bingley —respondió, queda pero claramente —. Entendí perfectamente por qué mi hermano y mi cuñada juzgaron mejor que no asistiera. Aún

no he sido presentada en sociedad, al fin y al cabo, y encontré gran placer en mi velada.

Traje conmigo de Pemberley música nueva que ansiaba practicar.

La sonrisa de Caroline se tensó casi imperceptiblemente. —Qué... filosófico por su parte. Con todo, una joven de sus talentos y alcurnia no debería quedar confinada en salas de práctica cuando hay sociedad de la que disfrutar. Siempre me ha parecido algo arcaico insistir en presentaciones formales antes de permitir que las jóvenes participen en modestos entretenimientos campestres.

—Mi hermano sabe lo que es mejor —dijo sencillamente Georgiana, alzando por un instante la vista hacia Darcy al otro lado de la sala. La mirada de tranquila seguridad que le dirigió le calentó el corazón; había desaparecido la muchacha asustada cuya confianza había sido tan cruelmente traicionada por Wickham.

—Por supuesto, por supuesto —convino Caroline apresuradamente, lanzando a su vez una mirada hacia Darcy antes de volver la atención

a Georgiana—. El señor Darcy es sin duda el más ejemplar de los hermanos. Solo quise decir que quizá, en reuniones íntimas entre amigos, tanta rigidez pudiera relajarse un poco.

Entonces Bingley dio un paso adelante, quizá al percibir la creciente tensión de Darcy.

—Anda, Caroline, la señorita Darcy parece perfectamente contenta con lo convenido.

No hace falta incomodarla insistiendo en lo que se ha perdido.

—No hago sino preocuparme por el disfrute de la señorita Darcy, Charles —replicó Caroline con una mirada cargada de intención—. Alguien debe considerar sus intereses, sobre todo ahora que se acerca a una edad en la que una compañía adecuada se vuelve tan esencial.

Darcy percibió, más que vio, la rápida mirada de Elizabeth en su dirección. Mantuvo con esfuerzo una expresión neutra, aunque se le tensaron ligeramente los dedos sobre el libro que sostenía.

—Desde luego, Charles —prosiguió Caroline, animándose con su tema —, tú mismo comentaste solo ayer lo grato que resulta ver cómo florece la señorita Darcy. Una joven de su posición pronto será objeto de considerable atención en sociedad. Se volvió hacia Georgiana con una sonrisa que no alcanzó a sus ojos. —Debe de estar esperando con ilusión su presentación en la corte, señorita Darcy. Imagino que el señor Darcy ya habrá empezado a planear su debut en Londres para la próxima temporada.

—Lo hemos hablado —admitió Georgiana, un leve rubor tiñéndole las mejillas.

—Cuando llegue el momento, no le faltarán admiradores —declaró Caroline, lanzando una mirada significativa a su hermano—. Qué consuelo debe de ser saber que entre ellos habrá caballeros de buen carácter y recto entendimiento, como mi querido hermano.

La incomodidad de Bingley se hizo claramente visible. —De verdad, Caroline —

protestó débilmente.

—Oh, vamos, hermano. No hay daño alguno en reconocer una amistad —replicó Caroline con suavidad—. La señorita Darcy sabe que siempre la has tenido en la más alta estima. Tales vínculos ya establecidos son

inestimables para orientarse en la primera temporada de una señorita.

Elizabeth intervino entonces. —Georgiana, creo que mencionaste que querías enseñarme los progresos de tu acuarela del césped del lado este. ¿Podríamos verla ahora, mientras la luz aún es buena?

Antes de que Georgiana pudiera responder, Caroline prosiguió, y su determinación se hizo evidente en el leve rubor que le subía a las mejillas. —Es una lástima, sin embargo, que incluso en el campo el círculo de la señorita Darcy haya de verse tan limitado por las circunstancias. Observé en Longbourn, cuando fuimos, que la señorita Catherine Bennet parecía muy ansiosa por cultivar su trato, señorita Darcy. Si bien los lazos de familia deben, por supuesto, respetarse, cabe preguntarse si ella le brinda el tipo de compañía más beneficioso para una joven de su posición.

El salón cayó de pronto en un silencio tenso. Darcy se irguió en la silla.

Georgiana pareció momentáneamente desconcertada, pero se recompuso con encomiable contención. —La señorita Catherine ha sido muy amable conmigo —dijo—.

Compartimos afición por la música y el dibujo, y he hallado su conversación instructiva y agradable.

—Por supuesto que ha sido amable —dijo Caroline con un desdeñoso ademán de la mano—. Cualquier señorita se afanaría por asegurarse la amistad de la señorita Darcy de Pemberley. Pero hay que considerar si tal relación es igualmente ventajosa para ambas partes. La educación y los modales de la señorita Catherine son... bueno, diría que perfectamente adecuados a su condición.

—¡Caroline! —exclamó Bingley, y el sincero desasosiego era evidente en su tono—.

Esto es muy poco amable.

—No hago sino expresar mi preocupación por la formación de la señorita Darcy —se defendió Caroline, aunque su tono se había vuelto más acerbo—. Seguramente el señor Darcy coincidirá en que las compañeras de su hermana han de reflejar los círculos en que se moverá algún día como señora de una gran hacienda. La señorita Catherine, aunque sin duda mejorada con respecto a la muchacha que era hace un año, sigue siendo la hija de un caballero rural, con perspectivas y educación limitadas.

Darcy se levantó despacio de la silla y dejó el libro a un lado con deliberado cuidado.

Elizabeth le sostuvo la mirada; en su expresión había tanto comprensión de su enojo como una suave advertencia de no dejarlo aflorar en exceso.

—El progreso de Kitty me ha parecido de lo más notable —dijo Georgiana antes de que Darcy pudiera hablar, con la voz ahora más firme—. Toca el pianoforte con verdadero sentimiento, y sus bocetos revelan un talento natural. Además, ha sido siempre amable y respetuosa.

Darcy sintió un arranque de orgullo ante la digna defensa de su hermana, aun cuando su irritación con Caroline Bingley alcanzaba nuevas cotas. La determinación de aquella mujer por insinuarse en las buenas gracias de su familia por cualquier medio —incluido denigrar a los parientes de Elizabeth— revelaba una notable falta de percepción acerca de su carácter.

—Qué nobles palabras, señorita Darcy —replicó Caroline, con un tono que sugería que hallaba ingenuas las observaciones de Georgiana—. Su generosa naturaleza le hace honor. Yo solo sugiero que, al prepararse para entrar en sociedad, convendría buscar compañías más estimulantes. Quizá incluso entre personas algo mayores que usted, capaces de ofrecer guía desde la experiencia.

Bingley se movió con incomodidad; su natural buen humor estaba claramente puesto a prueba por las transparentes maquinaciones de su hermana. —Creo que todos deberíamos animar a la señorita Darcy a trabar amistad dondequiera que halle una conexión genuina —dijo, con inusitada firmeza—. La señorita Catherine es una joven muy agradable.

—Agradable, sí —convino Caroline con una sonrisa tirante—. Pero hay que considerar a la familia en su conjunto. Las conexiones, los antecedentes... estas cosas importan en sociedad, por muy poco de moda que esté reconocerlo. El futuro puesto de la señorita Darcy exige compañeras de posición y refinamiento adecuados.

La aguja de Elizabeth se detuvo a media puntada; su expresión se mantuvo cuidadosamente controlada mientras Caroline proseguía su velada crítica de la familia Bennet. Darcy seguía de pie, la postura rígida por el autocontrol, observando cómo a su hermana se le encendían las mejillas de vergüenza por ser el centro de aquella

conversación cada vez más incómoda.

—Creo —dijo Georgiana al cabo de un momento, con voz suave pero firme— que mi hermano y mi hermana son los mejores jueces de las compañeras adecuadas para mí. Y

ambos han alentado mi amistad con la señorita Catherine.

—Así es —confirmó Elizabeth, con un tono ligero, aunque no exento de firmeza—.

Kitty ha mostrado un notable progreso en estos últimos meses. Mi padre ha asumido un papel más activo en dirigir sus estudios, y ella ha respondido admirablemente a su guía.

Caroline no se dejó disuadir. —Una educación dirigida por un caballero rural, por respetable que sea, no puede compararse con las ventajas de una instrucción adecuada y de una sociedad refinada. Temo que la influencia de la señorita Catherine pudiera inclinar a la señorita Darcy hacia hábitos provincianos y horizontes limitados, justo cuando debería prepararse para el lugar que le corresponde en la sociedad londinense.

Darcy sintió que su paciencia tocaba a su fin. Elizabeth volvió a encontrar sus ojos; el leve movimiento de su cabeza le aconsejaba contención, pero él ya había soportado bastante de la presunción de Caroline Bingley. Cruzó la estancia para situarse junto a su hermana; su alta figura proyectó una sombra sobre el sofá donde Caroline estaba sentada.

—Señorita Bingley —empezó, con la voz fría y medida pese a la cólera que le hervía por dentro—. Yo…

Fue interrumpido por la entrada del coronel Fitzwilliam, que entró en el salón a zancadas con su característica y despreocupada seguridad, percibiendo de inmediato la tensión que flotaba en el ambiente.

—Me parece que me he perdido algo de interés —observó el coronel, pasando la mirada de la rígida postura de Darcy al semblante encendido de Caroline—. Confío en que no fueran noticias de importancia nacional.

—No era más que una conversación sobre las ventajas de un trato variado, coronel —

apuntó Elizabeth con soltura—. La señorita Bingley expresaba sus opiniones acerca de las compañías adecuadas para las jóvenes que se presentan en sociedad.

—Ah —dijo el coronel Fitzwilliam con aparente comprensión—. Un tema sobre el que imagino que hay tantas opiniones como miembros en la sociedad. Por mi parte, siempre he comprobado que el carácter se revela con mayor claridad en el modo en que uno trata a quienes considera inferiores. Una lección que la vida militar enseña con bastante eficacia.

El sutil reproche contenido en sus palabras no pasó desapercibido para Caroline, cuyo rubor se intensificó visiblemente. Bingley aprovechó la ocasión para cambiar por completo de tema y preguntó si el coronel había disfrutado de su cabalgata matutina y si el campo había sido de su agrado.

Cuando la conversación derivó hacia asuntos más seguros, Darcy permaneció de pie, protector, junto a Georgiana; su irritación con Caroline Bingley había alcanzado un punto que exigía expresión, si no en ese mismo instante, desde luego a la primera ocasión propicia. La mirada de su hermana le transmitió tanto gratitud por su apoyo como la seguridad de que no la inquietaban las censuras de Caroline. Aun así, la insinuación de que la hermana de Elizabeth no era compañía adecuada para Georgiana

—y, por extensión, de que los Bennet seguían por debajo de los Darcy pese a su vínculo por matrimonio— era un insulto que no pensaba dejar pasar sin respuesta.

El salón de Netherfield estaba en silencio, salvo por el suave tictac del ornamentado reloj francés sobre la repisa de la chimenea. Se acercaba la hora de la cena, aunque el grupo aún no se había reunido por completo. Darcy estaba de pie junto a la ventana, observando las

nubes que corrían por el cielo que se oscurecía, con la postura rígida por el disgusto que aún le duraba tras la conversación de la tarde. Elizabeth estaba arriba con Georgiana; ambas se cambiaban para la cena, y dejaban a Darcy momentáneamente a solas con Caroline Bingley, que rondaba el pianoforte con el aire de quien se dispone a acercarse a un adversario particularmente intimidante.

El leve susurro de la seda anunció la aproximación de Caroline antes de que su reflejo apareciera en el cristal de la ventana junto al suyo. Darcy no se volvió y mantuvo su contemplación de los jardines con deliberada fijeza.

—Confío en que la señorita Darcy se haya repuesto de nuestra discusión algo animada de esta tarde. Me sentiría profundamente afligida si algo de lo que he dicho le hubiese causado la menor incomodidad —dijo Caroline, con ese tono melifluo que él había llegado a detestar.

Entonces Darcy se volvió, con la expresión disciplinada en la máscara perfecta de reserva aristocrática que en otro tiempo había sido su semblante habitual en sociedad.

—Mi hermana está perfectamente, gracias.

—Me alegra oírlo —prosiguió Caroline, aparentemente indiferente a su parquedad—.

Siempre he sentido un particular desvelo por el bienestar de la querida Georgiana. Su posición exige consideraciones especiales, ¿no es así? Una desea verla rodeada únicamente de quienes puedan contribuir a su formación.

Darcy guardó silencio, con la mirada firme e imperturbable, mientras Caroline intentaba justificar su conducta anterior.

—Debe usted saber, señor Darcy, que mis observaciones de esta tarde nacieron por completo de mi profundo interés por lo que más conviene a su hermana —prosiguió, y su sonrisa fue quedándose algo fija bajo su continuo escrutinio—. La entrada en sociedad puede resultar muy exigente para una joven de sensibilidad y refinamiento.

No querríamos verla influida por quienes pudieran... bueno, quizá no apreciar plenamente las expectativas particulares que se imponen a una joven de su rango.

—¿Y se considera usted capacitada para determinar quién podría

ejercer tan adecuada influencia? —preguntó Darcy, con una frialdad en la voz que habría advertido a cualquiera con más perspicacia que Caroline Bingley.

—Me limito a observar que ciertas compañías quizá no ofrezcan la sofisticación y la comprensión que requiere la señorita Darcy —replicó Caroline, recuperando visiblemente la confianza a medida que se entusiasmaba con su propio argumento—.

La señorita Catherine Bennet, aunque sin duda es una joven agradable, no ha tenido las ventajas que la harían verdaderamente adecuada como amiga íntima de la señorita Darcy. Su origen, su educación, la posición de su familia en la sociedad: todo debe tenerse en cuenta al valorar tales relaciones.

—¿La posición de su familia? —repitió Darcy, alzando levemente las cejas—. Se refiere, supongo, a la familia de mi esposa, la señora Darcy.

Caroline vaciló por un instante, y reconoció tardíamente el terreno peligroso en que se había adentrado. —Yo... es decir... hay que reconocer ciertas diferencias de circunstancias y conexiones, sin dejar por ello de respetar los vínculos del matrimonio.

—En efecto —dijo Darcy, bajando la voz a un registro que en él indicaba una furia contenida mucho más intimidante que el grito de otro hombre—. Y basándose en esas consideraciones de circunstancias y conexiones, ¿ha decidido usted que la hermana de la señora Darcy no es una compañera adecuada para la señorita Darcy?

—Me limité a sugerir que podrían existir relaciones más ventajosas que la señorita Darcy cultivase —intentó aclarar Caroline, palideciendo ligeramente bajo su mirada fulminante.

—Qué extraordinario —observó Darcy, con un tono aún más frío—. Confieso que me fascina la noción de que mi hermana deba considerarse por encima de tratar con la familia de mi esposa. ¿Querría usted explicar la lógica que la conduce a tan notable conclusión?

Caroline intentó una risita. —Señor Darcy, me temo que ha malinterpretado...

—Al contrario, señorita Bingley, creo comprenderlo perfectamente — la interrumpió Darcy con brusquedad—. Insinúa usted que, mientras yo puedo haberme casado con la familia Bennet, mi hermana debe

mantener una actitud más... selectiva en sus relaciones. ¿Debo entender que considera usted que me he rebajado con la elección de mi esposa, pero desea librar a Georgiana de una degradación semejante?

—¡No! Eso no es en absoluto... Jamás sugeriría... La señora Darcy es, por supuesto, de lo más excepcional —tartamudeó Caroline, a quien la compostura había abandonado por completo.

—Excepcional, sin duda —convino Darcy con una suavidad peligrosa —. Como lo es su hermana Catherine, que ha demostrado una notable mejora tanto en dotes como en carácter durante este último año. Me resulta curioso que usted, que apenas la ha tratado y tras una ausencia considerable, se sienta capacitada para evaluar su idoneidad como compañera de mi hermana, cuando tanto la señora Darcy como yo hemos observado de cerca su desarrollo y lo aprobamos.

Elizabeth entró en el salón en ese momento y se detuvo en el umbral al percatarse de la escena: la inusitada turbación de Caroline Bingley y, en el semblante de Darcy, la altiva e implacable expresión de un hombre seguro de su posición y por completo indiferente a las opiniones de quienes consideraba por debajo de su atención.

—No expresaría por nada del mundo ningún sentimiento que pudiera afligirle a usted o a la señora Darcy —protestó débilmente Caroline, al reparar con visible alarma en la entrada de Elizabeth.

—Entonces, quizá —sugirió Darcy con una cortesía glacial— podría usted considerar abstenerse de opinar sobre quién constituye compañía apropiada para mi hermana, particularmente cuando tal comentario implica una crítica a la familia de mi esposa.

Elizabeth avanzó, sin que su expresión traicionara nada de la satisfacción que sin duda sentía al presenciar la incomodidad de Caroline. —¿No estaré interrumpiendo nada de importancia?

—En absoluto, señora Darcy —repuso Darcy, y sus facciones se suavizaron visiblemente al volverse hacia su esposa—. La señorita Bingley y yo hablábamos de la naturaleza de las relaciones adecuadas. Un tema respecto del cual he comprobado que mis opiniones han experimentado una revisión considerable en el último año.

—Un asunto de lo más fascinante —convino Elizabeth, los ojos brillándole con diversión contenida al reparar en el rubor del semblante de Caroline—. Y uno sobre el que las opiniones pueden diferir de modo tan dramático, según la perspectiva de cada cual.

—En efecto —acertó a decir Caroline, rehaciéndose con visible esfuerzo—. Aunque me temo que el señor Darcy puede haber malinterpretado por completo mi intención.

No siento sino la más alta consideración por su familia, señora Darcy.

—Qué gratificante —replicó serenamente Elizabeth—. Estoy segura de que mi hermana Kitty se alegrará mucho de oírlo cuando se nos una mañana para el almuerzo.

Georgiana ha solicitado de modo particular su compañía para el ensayo de música de la tarde.

La sonrisa de Caroline se heló; su momentánea recuperación flaqueó ante esta noticia.

—¿La señorita Catherine vendrá mañana de visita? Qué… encantador.

—Por invitación mía —confirmó Darcy, con el reto implícito en su tono desafiando a Caroline a expresar cualquier otra reserva.

La oportuna entrada de Bingley y del coronel Fitzwilliam libró a Caroline de la necesidad de responder. Se retiró al otro extremo de la estancia, con el pretexto de examinar un arreglo floral que, de pronto, se había convertido en objeto de absorbente interés.

—¿Nos hemos perdido algo divertido? —inquirió el coronel Fitzwilliam, cuyos ojos perspicaces advirtieron la evidente incomodidad de Caroline y el sutil trasfondo de satisfacción en el porte de su primo.

—Meramente una aclaración de principios —explicó Elizabeth con perfecta compostura—. El señor Darcy estaba expresando sus opiniones sobre la lealtad familiar con particular elocuencia.

—Un asunto sobre el que mi primo siempre ha sostenido opiniones firmes —observó el coronel, mirando con curiosidad hacia la rígida espalda de Caroline—. Aunque he advertido ciertas evoluciones en su perspectiva últimamente.

—El crecimiento es el privilegio de una mente racional —replicó Darcy, y la severidad de su expresión se suavizó cuando los Hurst y Georgiana entraron en la estancia, señalando el inminente comienzo de la cena.

Mientras el grupo se disponía a pasar al comedor, Elizabeth se

encontró por un instante a solas con su marido; su posición junto a la ventana les brindó un breve intervalo de privacidad.

—¿He de suponer que la señorita Bingley ha recibido la reprimenda que tan merecida tenía? —inquirió en voz baja, con los ojos chispeantes de una alegría apenas disimulada.

—Me limité a hacerle ver la impropiedad de sugerir que tu hermana pudiera ser una compañía inadecuada para Georgiana —repuso Darcy, aunque la leve curvatura en la comisura de su boca delataba su satisfacción.

—Por su expresión, diría que has dejado huella con tu característica minuciosidad —

observó Elizabeth—. Pobre señorita Bingley. Parece completamente perdida sobre cómo recuperar su posición.

—Que la recupere mediante un respeto genuino por todos los miembros de nuestra familia —dijo Darcy con firmeza—. No consentiré que Georgiana se sienta incómoda en aras de alguna idea equivocada de relaciones ventajosas, ni permitiré que los desaires contra tu familia queden sin ser señalados.

La expresión de Elizabeth se suavizó; la gratitud sincera sustituyó a su diversión. —

Gracias, Fitzwilliam. Tu defensa significa más de lo que puedo expresar.

—No es menos de lo que tú y toda tu familia merecéis —respondió Darcy con sencillez—. Y es significativamente menos de lo que merecía la señorita Bingley, de no habernos visto constreñidos por las exigencias de la más elemental urbanidad.

—Las ataduras de la cortesía pueden resultar a veces extraordinariamente eficaces —

señaló Elizabeth mientras se acercaban a los demás—. Creo que tu fría desaprobación la ha escarmentado más de lo que lo habría hecho cualquier arrebato apasionado.

Y, en efecto, durante la cena Caroline mantuvo una inusitada quietud, interviniendo en la conversación únicamente cuando se la interpelaba directamente y evitando cualquier tema que pudiera rozar, siquiera de lejos, las compañías apropiadas o las relaciones sociales. Sus

habituales intentos de captar la atención particular de Darcy brillaron por su ausencia, sustituidos por una deferencia cuidadosa que lindaba con la timidez.

Georgiana, por el contrario, parecía haberse desprendido de parte de su reserva acostumbrada y habló con verdadero entusiasmo de sus planes para el ensayo de música con Kitty al día siguiente, animada por el cálido interés de Elizabeth y las preguntas joviales del coronel Fitzwilliam acerca de sus progresos.

Darcy contempló esta transformación con tranquila satisfacción; su irritación anterior fue dejando paso, poco a poco, a la apreciación por la creciente confianza de su hermana y la suave guía de su esposa. Si el precio de su dicha consistía en verse obligado, de cuando en cuando, a poner a Caroline Bingley en su sitio, era uno que pagaría de buen grado, una y otra vez, sin vacilación ni arrepentimiento.

Capítulo Dieciocho

ELIZABETH ESTABA SENTADA EN el pequeño escritorio de su alcoba en Netherfield, redactando una breve nota para su tía Gardiner en Londres. Acababa de terminar su relato de la inesperada llegada del coronel Fitzwilliam y de los sutiles avances entre él y Jane cuando un toque suave y vacilante en la puerta interrumpió sus pensamientos. Al reconocer el golpecito, propio de Georgiana, la instó a pasar, curiosa por saber qué llevaría a su cuñada a buscarla.

Georgiana se deslizó en la estancia con su característica discreción, retorciendo nerviosa entre los dedos finos el encaje del puño. Aunque

durante los meses transcurridos desde el matrimonio de Elizabeth con su hermano había ganado notablemente en seguridad, conservaba una timidez natural que afloraba, sobre todo, cuando deseaba hacer una petición.

—¿Elizabeth? Espero no estar importunándote —dijo, quedándose junto al umbral, como si no estuviera segura de ser bien recibida—.

—En absoluto —le aseguró Elizabeth con calidez, dejando a un lado la pluma—. Solo estaba escribiendo a mi tía. Nada que no pueda esperar, así que ven y siéntate conmigo.

Georgiana cruzó hasta el pequeño canapé junto a la chimenea y se posó en el filo del asiento con una postura impecable que, sin embargo, delataba su nerviosismo.

Elizabeth se sentó a su lado, advirtiendo el leve rubor de sus mejillas y cómo su mirada revoloteaba por la estancia sin detenerse en ninguna parte.

—Deseas hablar de algo —insinuó Elizabeth con suavidad cuando Georgiana permaneció en silencio—. Puedes hablar con libertad, ya lo sabes. Sea lo que sea que te inquiete.

—No es que me inquiete nada, exactamente —repuso Georgiana, por fin alzando la vista hacia Elizabeth—. Es solo que... he estado pensando en el baile del señor Bingley.

El que se celebrará aquí, en Netherfield, la semana que viene.

—¿Sí? ¿Qué hay con él?

—Me preguntaba si... es decir, esperaba quizá... ¿se me permitiría asistir?

La pregunta, formulada con tanta cautela, enterneció a Elizabeth. A los diecisiete años, Georgiana se hallaba en ese delicado umbral entre la niñez y la edad adulta, aún no presentada oficialmente en sociedad, pero cada vez más consciente de sus atractivos y posibilidades.

—Deseas asistir al baile —repitió Elizabeth, pensativa—. Aunque aún no has hecho tu presentación formal.

—Sé que es poco habitual —se apresuró a explicar Georgiana, y las palabras empezaron a atropellársele con creciente animación —. Pero no sería como un baile de Londres, ¿verdad? Solo vecinos y amigos

del campo. Y, por supuesto, no me quedaría toda la velada. Quizá solo para unos cuantos primeros bailes.

Elizabeth sopesó la petición con cuidado. Darcy siempre había sido especialmente protector con su hermana, sobre todo tras el asunto de Wickham. Sin embargo, Georgiana había madurado mucho en los últimos meses, y su debut en Londres estaba ya a pocas semanas. Un acto menos formal como el baile de Netherfield sería, en verdad, un excelente entrenamiento.

—Por mi parte, no le veo inconveniente —dijo al cabo—. Tienes toda la razón: un baile campestre en Netherfield es muy distinto de las veladas formales de Londres. Sin embargo —añadió, al ver cómo la esperanza iluminaba el rostro de Georgiana—, debemos consultarlo con tu hermano. A él le corresponde decidir.

—Fitzwilliam dirá que no. Siempre dice que soy demasiado joven.

—Tal vez —admitió Elizabeth con una leve sonrisa—. Pero podríamos exponerle el caso juntas. Creo que tu hermano se ha vuelto algo más... flexible en su manera de pensar este último año.

—¿Lo harías? —preguntó Georgiana, con los ojos azules abiertos de gratitud.

—Esta misma tarde, si quieres —ofreció Elizabeth—. Creo que ahora está en la biblioteca, poniéndose al día con la correspondencia de Pemberley.

Georgiana vaciló apenas un instante antes de asentir con una determinación recién hallada. —Sí, por favor. Me gustaría pedírselo hoy, antes de que se me pase el valor.

Elizabeth se levantó, tendiendo la mano a su cuñada con una sonrisa alentadora. —

Entonces, vayamos juntas. Recuerda: habla desde el corazón. Tu hermano te quiere con toda el alma y desea, por encima de todo, tu dicha.

La puerta de la biblioteca estaba entornada y dejaba ver a Darcy sentado ante el enorme escritorio de caoba junto a la ventana, con la alta figura inclinada sobre lo que parecían ser los libros de la hacienda. Al entrar ellas, alzó la vista, y su expresión se iluminó de inmediato al ver a Elizabeth.

—Un placer inesperado —dijo, levantándose de la silla—. Os creía a ambas ocupadas esta tarde con vuestra respectiva correspondencia.

—Tenemos un asunto que tratar contigo —respondió Elizabeth, acercando a Georgiana con suave ánimo—. Algo de cierta importancia para tu hermana.

La mirada de Darcy se posó en Georgiana, y un leve pliegue le surcó el entrecejo. —

¿Nada que lamentar, espero?

—No, en absoluto —le aseguró—. Georgiana tiene algo que pedirte.

Siguió un instante de silencio mientras Georgiana reunía el valor. Elizabeth permaneció a su lado, presencia de apoyo, pero cuidando de no hablar por ella.

—Hermano —comenzó por fin Georgiana, con voz suave pero clara—, deseo pedirle permiso para asistir al baile del señor Bingley la semana próxima.

La expresión de Darcy quedó inmóvil, y sus ojos pasaron de su hermana a Elizabeth y de nuevo a su hermana. —El baile —repitió con cuidado—. Sabes que aún no estás presentada en sociedad, Georgiana.

—Lo sé —admitió—. Pero esto no es más que un baile campestre, no una velada de Londres. Pensé que quizá, solo por esta vez...

—Apenas tienes diecisiete años —replicó Darcy, si bien con tono amable—. Tendrás muchos bailes por delante, una vez que te hayan presentado debidamente.

—Pero parece una ocasión ideal para... para practicar, antes de mi presentación formal —insistió Georgiana, mostrando más brío del que Elizabeth le había visto a menudo—. Y con Kitty como amiga que me apoye, yo... me sentiría más segura, creo, si mi primer baile fuese uno pequeño, de provincia, antes que uno en Londres.

Darcy se apartó de detrás del escritorio, con expresión pensativa. —Veo que has pensado en ello con detenimiento.

—Sí —confirmó Georgiana, enderezándose un poco—. Seguiría todas las normas. No bailaría con nadie a quien usted no aprobase. Me retiraría temprano si así lo desease.

Pero... —su voz adoptó un matiz de anhelo—. Me gustaría tanto vivir un baile de verdad, aunque sólo fuese por una noche.

Elizabeth observó el sutil juego de emociones en el rostro de su marido: preocupación, instinto protector y, por debajo de todo, un reconocimiento creciente de la madurez de su hermana. Permaneció en silencio, dejando que ese momento entre hermano y hermana se desplegara sin su intervención.

—¿Y tú apoyas esta petición? —preguntó por fin Darcy, volviéndose hacia Elizabeth.

—No le veo inconveniente —respondió con sinceridad—. Georgiana ha demostrado un crecimiento notable en confianza estos últimos meses. Un pequeño paso en sociedad, en un entorno controlado entre amigos, parece la progresión natural.

Darcy paseó unos pasos, con las manos entrelazadas a la espalda, con una expresión que delataba el debate interno que libraba. Elizabeth había aprendido a reconocer aquella postura en particular: no desechaba la idea de plano, lo cual ya era una victoria.

—Si permitiese esto —dijo al cabo, volviéndose de nuevo hacia Georgiana—, habría condiciones.

El rostro de Georgiana se iluminó de esperanza. —Por supuesto. Lo que usted diga.

—Sólo asistirás hasta después de la cena —estableció Darcy con firmeza—. No bailarás más de una pieza con ningún caballero, y sólo con aquellos a quienes yo haya aprobado personalmente. Permanecerás en todo momento a la vista mía o de Elizabeth.

—Sí, acepto todas esas condiciones —replicó Georgiana con entusiasmo.

—Y —prosiguió Darcy, con la voz suavizada—, me prometerás que me avisarás de inmediato si en algún momento te sientes abrumada o incómoda.

—Lo prometo —dijo Georgiana con solemnidad.

Darcy estudió el rostro de su hermana durante un largo instante antes de conceder una leve inclinación de cabeza. —Muy bien. Podrás asistir al baile, bajo estas condiciones.

La alegría que iluminó las facciones de Georgiana fue lo bastante radiante como para calentar hasta el corazón más frío, y el de Darcy estaba lejos de ser frío en lo tocante a su hermana. Elizabeth contempló con cariño cómo Georgiana abrazaba a su hermano impulsivamente, olvidando por un momento su habitual contención.

—¡Gracias, Fitzwilliam! ¡Gracias! No le defraudaré, lo prometo.

Una sonrisa asomó a los labios de Darcy al corresponder al abrazo de su hermana. —

Nunca lo he dudado, Georgiana.

—Tengo que contárselo a Kitty —exclamó Georgiana, ya dirigiéndose a la puerta, presa de la emoción—. ¿Puedo ir a Longbourn esta tarde? ¿O quizá invitarla aquí?

—Quizá podrías invitar a la señorita Catherine a Netherfield mañana —sugirió Darcy, con un tono que denotaba compromiso—. Hoy se hace tarde para cabalgar hasta Longbourn.

—Sí, por supuesto. Mañana será perfecto. ¡Gracias de nuevo, hermano! —Con una rápida reverencia y una sonrisa radiante para Elizabeth, Georgiana salió apresurada de la biblioteca, con pasos más ligeros que al entrar.

En el silencio que siguió a su partida, Darcy se volvió hacia Elizabeth con una expresión entre divertida y resignada. —Sospecho que te tengo que agradecer a ti esta nueva determinación en mi hermana.

—No he hecho más que alentar lo que ya estaba ahí —repuso Elizabeth, acercándose a su lado—. Georgiana posee una fortaleza natural que sólo necesitaba un cuidado delicado para aflorar.

—Con todo —dijo Darcy, tomándole la mano—, jamás se habría acercado a mí con semejante petición antes de que entraras en nuestras vidas. Tu influencia ha sido...

transformadora.

Elizabeth le sonrió. —¿Eso es una queja o un cumplido, señor?

—Ambas cosas, quizá —admitió con un atisbo de sonrisa—. Me veo cada vez más superado en mi casa por mujeres de fuerte carácter.

—Un aprieto de lo más afortunado para cualquier hombre —devolvió

Elizabeth con ligereza.

La expresión de Darcy se volvió más seria. —¿De veras crees que está preparada para este paso?

—Sí —le aseguró Elizabeth—. Y creo que tus condiciones son de lo más sensatas. Será una excelente presentación en sociedad en un entorno seguro.

Darcy asintió, aunque en sus ojos permanecía una sombra de preocupación. —Sólo deseo protegerla.

—Lo sé —dijo Elizabeth en voz baja—. Pero a veces la mayor protección que podemos ofrecer es la libertad de crecer.

A la tarde siguiente, tras excusarse del salón, donde Caroline Bingley se explayaba largo y tendido sobre la superioridad de las modistas londinenses ante cualquiera lo bastante desafortunado como para hallarse al alcance de oírla, Elizabeth se dirigió a las habitaciones de Georgiana, adonde Georgiana y Kitty se habían retirado nada más llegar Kitty.

Al acercarse a la puerta, le llegaron a los oídos risitas ahogadas, seguidas de susurros excitados y del frufrú de las telas. Curiosa, Elizabeth llamó suavemente antes de entrar, sin querer importunar.

—Adelante —llamó Georgiana, con una nota de felicidad en la voz que le calentó el corazón a Elizabeth.

La escena que la recibió le dibujó de inmediato una sonrisa en los labios. Georgiana y Kitty estaban sentadas con las piernas cruzadas sobre la alfombra, frente al fuego, rodeadas por un verdadero mar de cintas, muestras de tela y láminas de moda arrancadas de revistas. Entre ambas reposaba una gran bandeja de plata que, a todas luces, había sido prestada por las cocinas de Netherfield y que ahora servía de improvisado expositor para una colección de delicados cuellos de encaje y flores de seda.

—¡Elizabeth! —exclamó Georgiana, con las mejillas encendidas de excitación—. ¡Mira lo que ha traído Kitty! Todos sus lazos y adornos para que elijamos. ¿No es maravilloso?

—Impresionante —convino Elizabeth, cruzando la estancia para examinar el vistoso despliegue de adornos—. Veo que ya estáis haciendo preparativos para el baile.

—Estamos intentando decidir qué colores favorecerán más a Georgiana —explicó Kitty con entusiasmo, alzando una cinta azul pálido contra un encaje color crema—.

Creo que este azul realzaría sus ojos de maravilla, especialmente con su vestido nuevo.

—Y estamos discutiendo con qué caballeros nos gustaría bailar —admitió Georgiana con un rubor muy favorecedor—. Aunque, por supuesto, yo solo puedo bailar con aquellos que apruebe Fitzwilliam.

—Una prudencia muy sensata —dijo Elizabeth, acomodándose en una silla cercana para observar los preparativos de las chicas—. ¿Y qué caballeros figuran en vuestra lista de candidatos?

Kitty soltó una risita, alzando una cinta plateada. —Georgiana cree que John Lucas tiene un porte muy elegante, aunque jamás se lo admitiría a su hermano.

—¡Kitty! —protestó Georgiana, enrojeciendo aún más—. Yo solo he dicho que mantiene una postura correcta.

—Durante diez minutos enteros —se burló Kitty, lo que hizo que ambas se echaran a reír de nuevo.

Mientras las muchachas volvían a su animada conversación sobre estilos de mangas y pasos de baile, Elizabeth se sorprendió reflexionando sobre la callada dicha de aquel instante. Había algo profundamente satisfactorio en contemplar la apertura gradual de Georgiana a los placeres de la vida, guiada no por el artificio de la mundanidad de Caroline Bingley, sino por el entusiasmo genuino —aunque algo ingenuo— de Kitty.

Ambas estaban creciendo, aquellas jóvenes ante ella. Ya no eran del todo niñas, pero tampoco aún plenamente adultas, suspendidas en ese precioso umbral en el que la posibilidad llama y el porvenir se extiende luminoso y prometedor. Por mucho que Darcy se mostrara protector, Elizabeth sabía que él también debía ver la necesidad de permitir a su hermana esta dulce iniciación al mundo más amplio.

Y si el porte de John Lucas llegaba a llamar la atención de Georgiana en el baile, bueno, Elizabeth tendría simplemente que asegurarse de que Darcy mirara a otra parte en ese preciso momento. Al fin y al cabo, ciertas cosas era mejor dejarlas al criterio de una hermana que no al escrutinio de un hermano.

Elizabeth se encaminó hacia el salón, decidida a recuperar el libro de poesía que había dejado allí antes, cuando subió a la planta alta. La casa había caído en esa peculiar quietud que a menudo descendía en la hora previa a la cena, cuando los invitados se retiraban a sus habitaciones para vestirse y los sirvientes trajinaban en silencio en las dependencias de servicio preparando la comida de la tarde. Estaba ya casi junto a la puerta entreabierta del salón cuando la voz de Caroline Bingley, afilada por una crueldad calculada, detuvo en seco sus pasos.

—De veras, Charles, su insistencia en este asunto raya en lo patético. La señorita Bennet ha dejado su preferencia perfectamente clara para quien tenga ojos para verlo.

Elizabeth se quedó inmóvil a mitad de paso, con la mano a medio levantar hacia el panel de la puerta. La conversación concernía claramente a Jane, y el decoro dictaba que debía anunciar su presencia de inmediato. Sin embargo, algo en el tono de Caroline, una venenosa convicción que sugería un enfrentamiento largamente gestado, la mantuvo inmóvil.

—No alcanzo a ver en qué le incumbe a usted este asunto, Caroline —llegó la réplica de Bingley, con su voz habitualmente jovial inusitadamente tensa—. Mi amistad con la señorita Bennet es cosa mía.

Una risa fría y quebradiza le respondió. —¿Amistad? ¿Es así como aún lo llama? Qué encantadoramente ingenuo sigue usted siendo, hermano. Permítame hablar sin rodeos, puesto que se niega a reconocer lo que tiene delante. Jane Bennet nunca le quiso. Ni el año pasado, y desde luego no ahora que ha conseguido atraer la atención del hijo de un conde.

A Elizabeth se le cortó la respiración. Sabía que debía alejarse, que tenía que retroceder por el pasillo en lugar de escuchar a escondidas aquella conversación tan privada. Y, sin embargo, la preocupación por Jane y por Bingley la clavó en el sitio. La crueldad deliberada de Caroline demandaba ser presenciada, aunque solo fuera para

comprender el daño que pretendía infligir.

—No sabe usted nada de los sentimientos de la señorita Bennet —respondió Bingley, con unas palabras medidas como pocas veces le había oído Elizabeth—. Nada en absoluto.

—Sé que aceptó sus atenciones con la misma sonrisa plácida que prodiga a todo el mundo —replicó Caroline, con la voz rezumando desdén—. Sé que ha mostrado más animación en una sola conversación con el coronel Fitzwilliam que en todas sus interacciones con usted juntas. Sé que el año pasado se hizo usted absolutamente ridículo por ella y que corre grave riesgo de hacerlo de nuevo.

El silencio que siguió fue tan absoluto que Elizabeth alcanzó a oír el leve tictac del reloj de la repisa de la chimenea dentro del cuarto. Incapaz de resistirse, se movió un poco, colocándose para mirar por la estrecha rendija entre la puerta y el marco.

La escena interior era de tensa contención. Bingley estaba de espaldas a Caroline, que se hallaba reclinada en el sofá con un aire de suficiencia segura. Lo que llamó la atención de Elizabeth, sin embargo, fue la mano derecha de Bingley, extendida y apoyada sobre una consola de caoba en la que había un cuenco de cristal. Sus dedos se cerraban en torno al vidrio con tal tensión que se le habían puesto blancos los nudillos, y el propio cristal temblaba levemente por la fuerza de su presa.

Aquel no era el afable y dócil Charles Bingley al que ella había llegado a conocer. Era un hombre que ejercía un enorme autocontrol ante una provocación deliberada.

—Ya ha dicho bastante, Caroline —dijo por fin, con la voz baja y cuidadosamente modulada.

Caroline, ya fuese ajena o indiferente a la advertencia implícita en su tono, se limitó a acomodarse el chal con un elegante giro de muñeca.
—No digo sino lo que cualquier amigo de veras le diría. Es su propia debilidad la que le ha traído a este punto, Charles.

El año pasado permitió usted que Darcy le convenciera de su indiferencia porque, en el fondo, sabía que era cierto. Ahora persiste en esa fantasía pese a las pruebas evidentes de que sus afectos están en otra parte.

Elizabeth observó cómo los dedos de Bingley se aferraban con más fuerza al vaso, con tal presión que temió que el cristal acabara por

quebrarse en su mano. Un músculo le trabajaba en la mandíbula, visible incluso desde su limitada posición, lo que sugería una hondura de sentimiento por completo en desacuerdo con su jovialidad habitual.

—Su supuesta indiferencia —dijo Bingley con cuidadosa precisión— fue fruto del equívoco de Darcy y de su deliberada manipulación. No crea que ignoro su papel en nuestra separación, Caroline. Darcy ha sido franco respecto a todo el asunto.

Caroline se irguió, su aplomo vacilando por un instante. —Darcy velaba por su bien.

Como yo.

—Usted velaba por sus propios intereses —corrigió Bingley, volviéndose por fin para encarar a su hermana—. Como hace siempre.

Aunque Elizabeth no veía ya más que su perfil, la inusitada severidad de la expresión de Bingley la dejó sorprendida. Había desaparecido la sonrisa perenne, la afabilidad complaciente que caracterizaba su semblante habitual. En su lugar había una firme resolución que transformaba sus rasgos en algo mucho más imponente.

—¿Cómo se atreve a hablarme de ese modo? —jadeó Caroline, el rubor subiéndole a las mejillas—. Todo lo que he hecho ha sido para el engrandecimiento de esta familia.

Su obstinación con una muchacha sin fortuna, sin relaciones y, por lo visto, sin particular estima por usted, amenaza con echar por tierra todo por lo que he trabajado.

El cuenco de cristal tembló peligrosamente cuando la mano de Bingley volvió a tensarse y, de pronto, se relajó. Soltó el cuenco como quien toma la decisión consciente de dominarse, y la mano le cayó al costado.

—¿Y exactamente en qué han consistido esos afanes suyos, Caroline? —inquirió, con un tono falsamente apacible—. ¿La buena opinión de Darcy? ¿Un puesto en la sociedad más allá de lo que el comercio de nuestro padre nos proporcionó? ¿Acaso todavía se imagina dueña de Pemberley, pese a lo imposible de tal cosa?

Elizabeth sintió un impulso de algo parecido a la admiración por este nuevo, resuelto Bingley. Qué equivocada había estado al tomarle por débil de voluntad y fácilmente influenciable. La fortaleza que ahora percibía había estado siempre ahí, solo que oculta bajo capas de buen

humor y dócil sociabilidad.

Caroline se levantó del sofá, con el rostro ya encendido de verdadera ira. —Ha ido usted demasiado lejos, Charles.

—Al contrario —replicó con firmeza—, no he ido lo bastante lejos. Durante años he permitido que sus ambiciones y pretensiones dictasen el rumbo de esta casa. No más. Si la señorita Bennet escoge al coronel Fitzwilliam, lo soportaré con dignidad, porque respeto su derecho a seguir su corazón. Lo que no toleraré es su constante injerencia en asuntos que no le atañen.

La contenida fuerza de su declaración quedó suspendida en el aire entre ambos, inesperada e innegable. Caroline miró fijamente a su hermano como si lo viese por primera vez, con su habitual aplomo momentáneamente abandonado.

—No puede hablar en serio —dijo por fin Caroline, recobrando algo de su compostura—. Siempre ha apreciado usted mi consejo.

—Siempre he apreciado la paz en mi casa —la corrigió Bingley—. Hay una diferencia que haría bien en reconocer.

Entonces se dirigió a la ventana y le dio la espalda a Caroline con un ademán de despedida tan definitivo que Elizabeth supo que la conversación había concluido. La dignidad con que se conducía, la callada autoridad que había mostrado, revelaban facetas del carácter de Charles Bingley que ella no había apreciado hasta entonces.

Caroline permaneció de pie un momento más; su expresión pasó de la indignación a la incredulidad y, por último, a una valoración calculadora. Sin añadir una palabra, recogió las faldas y se dirigió hacia la puerta, obligando a Elizabeth a dar varios pasos apresurados hacia atrás para evitar ser descubierta.

Con el corazón desbocado por lo ajustado de su escapatoria, Elizabeth se volvió con presteza y se retiró por el pasillo, con la mente revuelta por cuanto había presenciado.

Olvidado por completo el libro de poemas, buscó la intimidad de un pequeño hueco bajo la escalera para poner en orden sus pensamientos antes de regresar a sus aposentos.

La revelación, en Bingley, de un temple de acero bajo su habitual afabilidad la había sorprendido. Que pudiera mantener tal control cuando le provocaban con tanta deliberación hablaba de una madurez

de carácter que antes no le había atribuido. Tal vez lo más elocuente fuese su declarada resolución de aceptar con dignidad la elección de Jane, si en efecto prefería al coronel Fitzwilliam.

Se le ocurrió a Elizabeth, con una curiosa mezcla de admiración y pesar, que Charles Bingley podía revelarse digno del afecto de Jane justo cuando ella se lo otorgaba en otra parte. Las sincronías de la vida suelen encerrar una ironía cruel.

El sonido de unos pasos que se acercaban la sacó de estas reflexiones.

Componiéndose el gesto en una expresión de serena despreocupación, Elizabeth emergió de su escondite, preparada para afrontar la hora de la cena con aparente tranquilidad pese al tumulto de revelaciones que bullía en su interior.

Elizabeth se ciñó más la capa a los hombros mientras el mozo de cuadra de Netherfield la ayudaba a descender del carruaje ante la familiar entrada de Longbourn. La mañana traía el aroma nítido y frío del invierno inminente, y los jardines de la casa de su infancia habían adoptado la paleta apagada del final del otoño. Había decidido visitar sola a Jane hoy, movida tanto por el cariño fraternal como por una curiosidad particular acerca del corazón de su hermana tras las revelaciones de los últimos días.

La puerta principal se abrió antes siquiera de que llegase a tocarla, y dejó ver a Hill, con una sonrisa de bienvenida que surcaba sus rasgos curtidos.

—¡Señora Darcy! Qué grata sorpresa. La familia está terminando el desayuno.

—Gracias, Hill —respondió Elizabeth con calidez, entregando a la sirvienta su capa—.

Su entrada en la sala del desayuno provocó el esperado revuelo de exclamaciones de su madre, cuyo júbilo por la llegada de Elizabeth solo se veía igualado por su decepción ante la ausencia de Darcy.

—¡Lizzy! ¡Qué sorpresa! Pero ¿dónde está el señor Darcy? ¿Acaso te ha dejado viajar sola? Aunque supongo que, con tu espléndido carruaje y tus criados, no puede haber impropiedad. Aun así, un caballero de la posición del señor Darcy debería acompañar a su esposa. ¡No es que yo critique! A fin de cuentas, diez mil al año permiten a un hombre sus excentricidades.

—El señor Darcy está atendiendo esta mañana cierta correspondencia de negocios, mamá —explicó Elizabeth, aceptando con una cálida sonrisa el saludo silencioso de su padre—. —Envía recuerdos a todos.

—¡Pues ya lo creo que sí! ¿Y el señor Bingley? ¿Y el coronel Fitzwilliam? ¿Están bien?

El coronel vino ayer muy especialmente a ver a Jane a su regreso de Oxfordshire, ya sabes. ¡Qué caballero tan distinguido! Segundo hijo, desde luego, pero con tales conexiones apenas puede considerarse una verdadera desventaja.

Jane, sentada en silencio al otro extremo de la mesa, cruzó la mirada con Elizabeth con una mezcla de afecto y suave exasperación ante los arrebatos de su madre.

Elizabeth advirtió con interés el rubor favorecedor que teñía las mejillas de su hermana al oír mencionar al coronel Fitzwilliam.

—Ambos gozan de excelente salud, mamá. El coronel mencionó su visita de ayer y parecía muy complacido con la acogida que recibió.

—¡Y no es para menos! Yo estuve atentísima, y Jane estaba particularmente favorecida con su muselina azul. Siempre digo que el azul es el color de Jane; resalta la delicadeza de su tez. El coronel se quedó más de una hora, aunque el señor Bingley había pasado antes y permaneció casi dos. Estoy segura de que tales atenciones han de significar algo.

—En efecto, mamá —convino Elizabeth, compartiendo otra mirada con Jane—.

Esperaba hablar con Jane en privado esta mañana. ¿Quizá podríamos pasear por el jardín? El tiempo parece bastante benigno.

—¡Oh! Sí, por supuesto. Tendréis confidencias de hermanas que compartir. Aunque no sé por qué no podéis compartirlas con vuestra madre; no llego a comprenderlo. Pero si habéis de tener secretos, sea. Solo no te quedes fuera demasiado, ¡Jane! El aire frío puede ser

traicionero para las constituciones delicadas.

Jane se alzó con gracia de su asiento. —Tendremos cuidado, mamá. Llevo el chal, y no necesitamos ir más allá del jardín amurallado.

—¡Señor Bennet! ¡Cómo me toma usted el pelo! Me limité a sugerir que el banco luciría bien ahí llegada la primavera. Pero id, hijas, id. Haré que Hill prepare algún refrigerio para cuando volváis.

Así autorizadas, Elizabeth y Jane se escaparon al jardín, donde el sol de finales de otoño proporcionaba el calor justo para hacer agradable el paseo. Caminaron en silenciosa compañía hasta llegar al pequeño recinto amurallado en el extremo más

alejado de la propiedad, un lugar resguardado donde los frutales crecían pegados a los muros orientados al sur y un pequeño banco de piedra ofrecía intimidad respecto de la casa.

—Echaba de menos esto —dijo Elizabeth cuando se acomodaron en el banco, arreglando las faldas contra el frío de la piedra—. Nuestras conversaciones privadas, quiero decir. Por detalladas que sean, las cartas no sustituyen ver tu cara mientras hablamos.

—Yo también lo echaba de menos —admitió Jane—. Aunque sospecho que la conversación de hoy tiene un propósito particular, ¿no? Tienes preguntas sobre el coronel Fitzwilliam.

Elizabeth rió quedamente. —¡Qué directa te has vuelto, Jane! ¿Dónde está mi hermana, la que pasaría media hora insinuando delicadamente un asunto antes que abordarlo de frente?

—Quizá aprendió algo de su hermana más franca —repuso Jane con una leve risita—.

O quizá ciertas experiencias le han enseñado el valor de la claridad.

—Entonces permíteme ser igual de clara —dijo Elizabeth—. Observé tus interacciones con el coronel en el baile. Había en tu semblante una... animación al hablar con él que sugería algo más que un trato casual.

Jane bajó la mirada a las manos entrelazadas, aunque una pequeña sonrisa jugueteaba en sus labios. —Siempre ves demasiado, Lizzy.

—Solo cuando se trata de aquellos a quienes quiero —repuso Elizabeth en voz baja—.

Y solo cuando está en juego su felicidad.

Jane guardó silencio un instante, sopesando las palabras con el cuidado que le era habitual. Cuando alzó la vista, había en su expresión una claridad que confirmó las sospechas de Elizabeth antes incluso de que hablara.

—El coronel Fitzwilliam es, en efecto, mi elección —dijo sin más—. Mi corazón está decidido.

Aunque Elizabeth lo había sospechado, oír la declaración expresada con tanta llaneza le produjo un leve estremecimiento de sorpresa. Esta nueva franqueza en Jane era inesperada, pero nada ingrata.

—Es un hombre digno —reconoció Elizabeth—. Pero ¿y el señor Bingley? En otro tiempo creí que allí estaban comprometidos tus afectos.

—Lo estuvieron —admitió Jane, y su expresión se suavizó al recordar —. O al menos eso me parecía. El señor Bingley es todo amabilidad y bondad, y el año pasado creí estar muy enamorada de él.

—¿Y ahora? —apremió Elizabeth con suavidad.

—Ahora entiendo que lo que sentía por el señor Bingley era un afecto sincero mezclado con el halago de verme distinguida por la atención de un buen partido. Fue...

un apego de muchacha, quizá. Dulce, pero sin verdadera hondura.

—¿Y lo que sientes por el coronel Fitzwilliam es distinto? —preguntó Elizabeth, genuinamente curiosa por la distinción que Jane percibía.

—Por completo —replicó Jane con una convicción inesperada—. Con el coronel, me siento cautivada no solo por sus atenciones, sino por su

inteligencia, sus principios, su comprensión del mundo. Hablamos de cosas que importan, Lizzy. Me pide mi opinión y la considera con sincero interés. Me impulsa a pensar con mayor hondura, y aun así respeta mi punto de vista incluso cuando difiere del suyo.

Elizabeth escuchó, fascinada por aquella explicación tan articulada de su normalmente reservada hermana. Las mejillas de Jane se habían teñido de rosa por la animación; los ojos, brillantes de emoción, mientras proseguía.

—Durante aquellos días difíciles en que buscábamos a Lydia, el coronel Fitzwilliam demostró una firmeza tal, una compasión de principios, sin juzgar. Me trató como a una compañera en nuestras preocupaciones, no como a una criatura delicada a la que hubiera que resguardar de lo desagradable. Y cuando habla de sus planes para Brackenton Hall, me pregunta qué recomendaría, cómo dispondría yo las cosas… como si mis pensamientos al respecto no fueran solo bienvenidos, sino valiosos.

—Parece bastante prendado de ti —observó Elizabeth con una sonrisa.

—Creo que puede ser —admitió Jane, con un rubor que la favorecía —. Y yo de él, aunque no hemos hablado directamente de nuestros sentimientos. Ha habido… un entendimiento que ha ido creciendo entre nosotros.

—¿Ha dejado claras sus intenciones? —preguntó Elizabeth.

—No de forma explícita. Pero creo que puede hacerlo pronto —Jane vaciló, retorciendo los dedos en el regazo en un gesto de incertidumbre poco habitual—. Lo que me lleva a una pregunta concreta que quería hacerte.

—¿Sí?

—¿Cómo se rechaza cortésmente una proposición de matrimonio? —preguntó Jane, con el gesto preocupado—. Si el señor Bingley llegara de veras a pedirme matrimonio, como Mamá parece convencida de que hará, me gustaría herir sus sentimientos lo menos posible y, al mismo tiempo, ser honesta respecto a los míos, y… ¡tú eres la única persona que conozco que haya rechazado una proposición, no una, sino dos veces!

Elizabeth no pudo reprimir una carcajada ante aquella pregunta. —Me temo que no puedo afirmar haber llevado ninguno de los dos rechazos con especial gracia. El señor Collins recibió lo que, siendo generosos,

podría llamarse una negativa tajante, mientras que el señor Darcy... —Se interrumpió, recordando el encendido intercambio que marcó su primera proposición—. Bueno, digamos simplemente que mi rechazo al señor Darcy no fue ni cortés ni particularmente amable.

—Y, aun así, se casó contigo —señaló Jane, con los ojos chispeando de amable humor.

—Prueba más bien de su notable capacidad de perdón que de mis habilidades para un rechazo delicado —replicó Elizabeth—. Creo que llegué a decir que era el último hombre en el mundo con quien jamás podrían persuadirme de casarme.

Los ojos de Jane se agrandaron. —¡Oh, Lizzy, no lo hiciste!

—Desde luego que sí. Y junto con otras cuantas observaciones poco caritativas acerca de su carácter, ninguna de las cuales te recomendaría incluir en tu respuesta al señor Bingley, si es que llega a proponértelo.

Ambas rieron entonces; la alegría compartida aligeró la seriedad de su conversación.

Cuando las risitas se apagaron, la expresión de Jane volvió a tornarse pensativa.

—Hablando en serio, Lizzy, no haría daño al señor Bingley por nada del mundo. Ha sido la bondad personificada conmigo.

—La sola bondad no es cimiento suficiente para un matrimonio —le recordó Elizabeth con suavidad—. Y el señor Bingley, con todas sus cualidades amables, merece una esposa cuyo corazón entero sea suyo.

—Eso mismo dijo el coronel —admitió Jane—. Cuando hablamos de las atenciones del señor Bingley, dijo que se haría a un lado si mis sentimientos se inclinaban por Bingley, pues creía que un matrimonio debía edificarse sobre un afecto genuino y mutuo, no solo sobre la conveniencia o las expectativas previas.

—El coronel es un hombre sensato —observó Elizabeth—. Y, hablando del señor Bingley, creo que podría sorprenderte su entereza. Tal vez no sea tan fácilmente influenciable ni tan superficial en sus afectos como creímos en su día.

Jane ladeó la cabeza con curiosidad. —¿Te ha hablado de sus sentimientos?

—No directamente —dijo Elizabeth, cuidándose mucho de no mencionar la conversación oída por casualidad—. Pero he observado en él cierta... firmeza últimamente. Una dignidad sosegada que sugiere que soportaría la desilusión con elegancia.

—Espero que tengas razón —dijo Jane en voz baja—. Me dolería pensar que mi elección pudiera causar una infelicidad duradera a un hombre de corazón tan bondadoso.

—El corazón quiere lo que quiere —dijo Elizabeth, sencillamente—. Ninguno de nosotros puede determinar el rumbo de nuestros afectos más hondos; solo si elegimos ser sinceros acerca de ellos.

Jane asintió, alargando la mano para coger la de Elizabeth. —Gracias, Lizzy. Por comprender. Por apoyar mi elección aunque tal vez no sea lo que todos esperaban.

—Lo único que siempre he querido es tu felicidad —le aseguró Elizabeth—. Y si el coronel Fitzwilliam te trae dicha, entonces estoy encantada de veras por los dos. Será un cuñado excelente.

—Habla de ti con gran estima, ¿sabes? —dijo Jane con una sonrisa—. Dice que tu influencia ha obrado cambios notables en el señor Darcy.

—La influencia ha sido mutua —reconoció Elizabeth—. Pero cuéntame más sobre las intenciones del coronel. ¿Ha dado alguna indicación de cuándo podría hablar con Padre?

Cuando Jane empezó a relatar las sutiles insinuaciones que el coronel Fitzwilliam había dejado caer acerca de sus planes para el futuro, Elizabeth observó cómo el rostro de su hermana se iluminaba con una tranquila felicidad. No era aquella la ansiedad

desesperada que su madre podría haber inculcado, ni la aceptación pasiva que a veces había caracterizado el modo en que Jane afrontaba las decisiones de la vida. Era una mujer que conocía su propio juicio y su propio corazón, y que tomaba una decisión basada en el afecto genuino y la afinidad.

El coronel Fitzwilliam era, en verdad, un hombre afortunado, reflexionó Elizabeth. Y

Jane, tras capear la desilusión con su característica gracia, había encontrado el camino hacia una dicha más profunda y duradera de la que quizá hubiera sido posible si los acontecimientos hubieran discurrido de otro modo el año pasado.

A veces, los desvíos inesperados de la vida llevaban a destinos mucho mejores que los buscados en un principio. Elizabeth, que en otro tiempo había declarado que Darcy era el último hombre con el que jamás podría casarse, conocía esta verdad por experiencia propia mejor que la mayoría.

Capítulo Diecinueve

DARCY PERMANECÍA EN EL extremo del salón de baile de Netherfield, observando la reunión con una satisfacción que le habría resultado del todo extraña un año antes. La sociedad de provincia que antaño le había parecido tan tediosamente indigna de su atención se le mostraba ahora con una luz más cálida, cada rostro un posible amigo en lugar de una imposición que soportar. Como señor de Pemberley, había asistido a innumerables veladas más impresionantes, pero ninguna le había procurado la particular satisfacción que sentía aquella noche, al ver a Elizabeth moverse con gracia entre los invitados, su sonrisa iluminando la sala con mucha más eficacia que cualquier araña.

Bingley no había escatimado en gastos para preparar la velada. Guirnaldas de follaje invernal adornaban las paredes, salpicadas de flores que debían de haberse conseguido a precio considerable dada la estación. Unos músicos llegados de Londres ocupaban la tarima elevada en un extremo del salón, y su pericia suponía una mejora notable respecto del conjunto local que por lo general amenizaba las reuniones de Meryton. Las mesas de refrescos gemían bajo una abundancia de exquisiteces dispuestas con esmero evidente.

Y, sin embargo, la atención de Darcy volvía una y otra vez no a esas florituras materiales, sino a Elizabeth, que conversaba con lady Lucas junto al ponchero. Su esposa llevaba un vestido de seda verde esmeralda profundo que realzaba a la perfección su tez; sus oscuros rizos, dispuestos con elegante sencillez y adornados con peinetas de perlas, completaban el conjunto. La transformación de sus sentimientos

desde el último baile de Netherfield le pareció poco menos que milagrosa. Entonces había luchado contra su atracción por ella, encontrando defectos en su familia, en sus relaciones, en su ocasional impertinencia. Ahora la contemplaba con admiración sin disimulo, orgulloso de presentarla como su esposa ante la misma sociedad que antaño había desdeñado.

—Tus pensamientos parecen de lo más agradables, Darcy —observó el coronel Fitzwilliam—. La señora Darcy está esta noche particularmente hermosa.

—Así es —convino Darcy, sin sentir la necesidad de explayarse sobre lo que saltaba a la vista. La belleza de Elizabeth aquella noche trascendía lo meramente aparente; emanaba de su disfrute evidente de la velada, del calor de su trato, de la natural gracia de sus movimientos.

—Si me disculpas —dijo Darcy, apurando su copa y dejándola a un lado—, creo que reclamaré a mi esposa para el próximo baile.

La sonrisa cómplice del coronel Fitzwilliam lo acompañó mientras cruzaba el salón.

La multitud se abría con facilidad a su paso, aunque Darcy advirtió con cierta diversión que las reacciones que suscitaba diferían notablemente de las de un año atrás. Donde antes había habido una cautelosa deferencia hacia su riqueza y posición, teñida de resentimiento por su supuesto orgullo, ahora encontraba sonrisas genuinas e inclinaciones respetuosas de cabeza, y de vez en cuando una reverencia ofrecida sin temor.

—Señor Darcy —le saludó lady Lucas con una reverencia cortés al acercarse—. Qué baile tan encantador. El señor Bingley se ha superado una vez más.

—En efecto, así es —convino Darcy, inclinando la cabeza antes de volverse hacia su esposa—. Señora Darcy, creo que este próximo baile es el nuestro.

Los ojos de Elizabeth chispearon con picardía. —¿Ah, sí, señor? Qué fortuna que no lo haya prometido a nadie más.

—De lo más afortunado —repuso él, ofreciéndole el brazo cuando los músicos atacaron el aire del siguiente baile—. Me habría sentido muy decepcionado.

Mientras conducía a Elizabeth hacia las tandas que se formaban, Darcy sorprendió varias miradas inquisitivas de la pequeña nobleza local. La señora Long se inclinó hacia su sobrina, susurrándole algo que hizo que la joven lo mirase con visible curiosidad. Sir

William Lucas, resplandeciente con una casaca verde botella anticuada pero bien cuidada, hizo una reverencia con especial floritura al pasar.

—Te has convertido en todo un objeto de fascinación, querido —murmuró Elizabeth mientras tomaban posiciones para el baile—. Creo que la mitad de la sala está atenta para ver si el gran señor Darcy de Pemberley se digna de veras a participar en una contradanza.

—Que miren —repuso Darcy—. Verán a un hombre que se considera afortunado sin medida por salir a bailar con su esposa.

La música comenzó, un aire de contradanza que exigía separarse y reunirse varias veces a lo largo de las figuras. Cada vez que Elizabeth volvía a él, Darcy sentía un placer renovado por su compañía. Su mano, en la de él, era cálida y segura; sus pasos, perfectamente acompasados con los suyos, creaban una armonía de movimiento que reflejaba su creciente entendimiento mutuo en todos los aspectos de la vida.

—¿Recuerdas cuando bailamos juntos en el baile de Netherfield el año pasado? —

preguntó Elizabeth en un momento en que la figura los juntó lado a lado.

—Con toda viveza —admitió Darcy, guiándola en un giro con cuidadosa precisión—.

Aunque sospecho que lo recordamos de manera bastante distinta.

—¿Ah, sí? —alzó la ceja de ese modo particularmente desafiante que él había llegado a adorar—. ¿Y cómo lo recuerdas, señor?

—Como un ejercicio de exquisita tortura —respondió con sinceridad

—. Estar tan cerca de ti y, sin embargo, incapaz de expresar mis verdaderos sentimientos; mantener una conversación que se asemejaba más a una esgrima verbal que a una charla agradable; sentirme consumido por una admiración que no podía ni reconocer ni reprimir.

Un rubor muy favorecedor coloreó las mejillas de Elizabeth. —Recuerdo haber pensado que tenías el aspecto de quien está soportando algún procedimiento médico particularmente desagradable.

Darcy rió, y el sonido atrajo miradas sorprendidas de los bailarines cercanos. —No del todo desacertado, quizá —dijo—. Aunque la dolencia era de una naturaleza muy distinta de la que cualquiera habría supuesto.

Se separaron de nuevo, como exigía el baile, y Darcy se encontró emparejado unos instantes con la señora Goulding, una dama local de aire matronal.

—Forman ustedes, usted y la señora Darcy, una pareja encantadora —observó con aprobación maternal—. Debo decir, señor Darcy, que el matrimonio parece sentarle extraordinariamente bien.

—Gracias, señora —replicó, algo desconcertado por lo personal de la observación, aunque sin desagrado—. Así me lo parece.

—Todos hemos reparado en ello, ya sabe —prosiguió Mrs. Goulding al girar en la figura—. ¡Qué transformación! Verá, cuando usted visitó por primera vez nuestra pequeña comunidad, muchos le tuvieron por el caballero más desagradable que habían encontrado jamás.

Antes de que Darcy pudiera articular una respuesta adecuada a tan sorprendentemente directa valoración, la danza lo condujo de nuevo hasta Elizabeth, cuyos ojos reflejaban que era consciente de lo que acababa de ocurrir.

—Veo que Mrs. Goulding ha estado tan franca como de costumbre —observó, con la risa apenas contenida.

—En efecto —convino Darcy con sequedad—. Por lo visto, mi anterior carácter desagradable fue tema de conversación general.

—Y tu disposición actual, muy mejorada, resulta igual de digna de mención, por lo que parece —replicó Elizabeth—. Tómatelo como un cumplido, querido. Todo el vecindario aprueba mi influencia sobre ti.

—Y con razón —admitió, sorprendiéndose a sí mismo de no sentirse ofendido por ser objeto de comentarios tan abiertos—. Aunque me asombra que me lo digan directamente a la cara.

—Impones menos que antes —explicó Elizabeth mientras atravesaban otra figura—.

Es menos probable que aplastes la impertinencia con una sola mirada fulminante.

La danza concluyó, y Darcy condujo a Elizabeth hacia la mesa de refrescos, en busca de un momento de quietud antes de que las obligaciones sociales volviesen a reclamarlos. Al detenerse junto a una gran palmera en maceta, parcialmente resguardados del salón principal, advirtió una conversación que tenía lugar justo al otro lado de su posición.

—Asombroso, ¿no le parece? —llegó la voz de un caballero anciano a quien Darcy recordaba vagamente como un procurador retirado de Meryton—. Nunca habría creído posible un cambio así en un hombre de su edad y condición.

—El amor obra milagros mayores que cualquier cura de médico —replicó su compañera, con un tono deliberadamente sentimental—. Cuando vino entre nosotros por primera vez, apenas se dignaba hablar con nadie fuera de los de su propio círculo.

¡Tan orgulloso, tan frío! Y mírele ahora, sonriendo a su esposa como si ella hubiera colgado la luna y las estrellas.

Darcy miró a Elizabeth y la encontró ya observándole con la risa a duras penas contenida. Permanecieron en silencio, conscientes ambos de que moverse delataría su presencia y pondría en un aprieto a los chismosos sin saberlo.

—Hay que felicitar a Mrs. Bennet —prosiguió el caballero—. Digan lo que digan de sus métodos, ha conseguido para su hija un enlace de lo más ventajoso y, por lo visto, feliz además.

—Y, de paso, ha transformado al adusto Mr. Darcy en casi un caballero agradable —

añadió su compañera con una risita—. Aunque debo decir que jamás pensé verle reír en voz alta en sociedad. Casi se me cae el ponche cuando le he oído durante el baile hace un momento.

Elizabeth apretó los labios, esforzándose valerosamente por contener su propia risa.

Darcy se descubrió en idéntico estado, con una sensación, para él rarísima, de diversión que le subía al oírse tratado con tanta franqueza.

—¿Evitamos someterles a una posible vergüenza? —susurró.

—¿Y privarnos de tan ilustrativos comentarios? —replicó ella, con los ojos bailándole de risa contenida—. Muy bien, si no queda otro remedio.

Se apartaron de su escondido rincón, y su aparición provocó un fugaz silencio de sobresalto en la pareja conversadora antes de que se impusiera la educación social y se intercambiasen saludos, no sin un leve rubor por ambas partes.

Mientras regresaban al salón principal, Darcy reflexionó sobre la notable verdad que se ocultaba tras el chismorreo. En efecto, había cambiado, y para bien. El frío orgullo que antaño le aislaba le parecía ahora un recuerdo lejano, sustituido por una disposición más cálida y abierta hacia quienes le rodeaban. No es que hubiese abandonado sus principios ni se hubiese vuelto de repente gregario; más bien, Elizabeth

le había ayudado a encontrar un equilibrio, enseñándole que la dignidad no excluye la bondad y que la reserva puede coexistir con una relación sincera.

—Estás sonriendo esa sonrisa en particular otra vez —observó Elizabeth cuando se detuvieron al borde de la sala de baile.

—¿Qué sonrisa en particular sería esa? —preguntó Darcy, genuinamente curioso.

—Esa que sugiere que estás pensando en algo que te complace muchísimo pero que aún no estás del todo dispuesto a compartir —respondió ella, estudiando su rostro con afectuosa precisión—. Es una sonrisa que he llegado a atesorar, pues suele preceder a alguna revelación inesperada.

—En este caso, no es más que la reflexión de que nuestros vecinos, por mucha curiosidad mal encauzada que a veces tengan, no están del todo equivocados en su juicio —admitió Darcy—. Soy, en efecto, un hombre cambiado, y por completo para bien.

—¿Solo no del todo equivocados? —se burló Elizabeth—. Qué asentimiento tan lleno de reservas, Mr. Darcy.

—Bueno —replicó él, bajando la voz para asegurarse de la discreción a pesar del gentío—, no alcanzan a comprender que la transformación comenzó mucho antes de nuestro matrimonio. Empezó en el mismo instante en que un par de hermosos ojos, en el rostro de una mujer bonita, me retaron por primera vez a estar a su altura.

El gesto de Elizabeth se dulcificó y su mano se apretó un instante sobre el brazo de él.

—Y desde luego no tienen idea de cómo un hombre orgulloso y desagradable transformó, a su vez, a una mujer prejuiciosa e impetuosa.

El momento íntimo se vio interrumpido por la llegada de Bingley, con la sonrisa del anfitrión bien afianzada pese a las sombras en sus ojos. —Darcy, Mrs. Darcy —saludó—

. ¿Están disfrutando de la velada? A los músicos los han elogiado particularmente, me complace decir.

—Todo está dispuesto a la perfección, Bingley —le aseguró Darcy—. Te has superado.

—Eres muy amable al decirlo —repuso Bingley, con la mirada desviándose un instante hacia donde Jane y el coronel Fitzwilliam conversaban cerca de la chimenea—.

Si me disculpas, creo que Sir William Lucas intenta llamar mi atención. Los deberes de un anfitrión, ya sabes.

Mientras Bingley se alejaba, Darcy intercambió una mirada preocupada con Elizabeth.

Su amigo conservaba su afabilidad característica, pero la tensión que había debajo se hacía cada vez más patente. Antes de que pudieran comentar el asunto, sin embargo, los músicos reanudaron su interpretación y las parejas comenzaron a formarse para la siguiente

tanda.

—Creo que el coronel Fitzwilliam va a ser la pareja de Jane en este baile —observó Elizabeth—. La segunda de la velada, advierto.

—En efecto —repuso Darcy, su atención captada por la calidez genuina de la sonrisa de Jane al aceptar el brazo del coronel Fitzwilliam—. Fuera cuales fuesen las complicaciones que aguardaban a su círculo, el afecto evidente entre Jane y su primo sugería que al menos una parte de esta intrincada ecuación social podría resolverse con una felicidad verdadera.

El segundo baile entre Jane Bennet y el coronel Fitzwilliam, inmediatamente después de la cena, difícilmente podía desestimarse como mera coincidencia, ni siquiera por el observador más benévolo. Un baile podía ser cortesía; dos constituían una declaración que no pasaría inadvertida para la concurrencia. Darcy ya veía cabezas volverse, abanicos aletear mientras ocultaban a medias comentarios en susurros, matronas intercambiando miradas cómplices a través del salón. El baile de Netherfield, al parecer, iba a proporcionar al vecindario tema de conversación para semanas.

Darcy se movió ligeramente para observar mejor a la pareja. El coronel Fitzwilliam se conducía con la característica precisión castrense templada por una calidez genuina; su porte reflejaba tanto su linaje aristocrático como sus años de servicio. Jane, por su parte, se mostraba más animada de lo que Darcy la había visto nunca. La serenidad de su belleza, siempre señal distintiva, parecía ahora iluminada desde dentro por una dicha íntima, y su habitual sonrisa apacible se había ahondado en algo más significativo.

—Cielos —murmuró Sir William Lucas a su esposa, y su posición cerca de Darcy le permitió oírlo a pesar de las voces bajas—. ¿No es esta la segunda vez que la señorita Bennet sale a bailar con el coronel Fitzwilliam esta noche?

—Así es —confirmó Lady Lucas, sin que se le escapase detalle con sus ojos perspicaces—. ¿Y te has fijado en con qué empeño aceptó? Todo un cambio respecto a su habitual reserva.

—Muy significativo —convino Sir William—. Y con el señor Bingley ahí mismo observándolo todo. Uno se pregunta qué pensará la señora Bennet de este giro. Se ha mostrado bastante locuaz acerca de sus esperanzas de un enlace entre la señorita Bennet y nuestro anfitrión.

Como si la hubiesen invocado con esa alusión, la inconfundible voz de la señora Bennet se alzó desde donde presidía un corrillo entre varias matronas del lugar, con un tono que sugería que seguía por completo ajena a las cambiantes corrientes amorosas en torno a su hija mayor.

—Oh, sí, Jane está especialmente favorecida esta noche —declaró, con el penacho de plumas cabeceando a cada asentimiento enfático—. Ese tono de azul siempre la ha favorecido mucho, y creo que al señor Bingley le gusta especialmente el azul. ¡Qué joven tan encantador y complaciente, y qué atento es con mi Jane!

Las damas de su círculo intercambiaron miradas que mezclaban diversión con algo parecido a la lástima, pero ninguna se aventuró a dirigir la atención de la señora Bennet al hecho de que su hija estaba en aquel momento frente al coronel Fitzwilliam y no al señor Bingley.

El compás solemne del minueto permitía prolongados instantes de cruce de miradas entre los compañeros, oportunidad que el coronel Fitzwilliam y Jane parecían apreciar plenamente. Había una corrección cuidadosamente mantenida en su trato y, sin embargo, Darcy percibía por debajo una corriente de entendimiento no dicho. Cuando sus manos se encontraban en las figuras del baile, el contacto se prolongaba una fracción más de lo estrictamente necesario; cuando hablaban en los pasajes más lentos, la risa suave de Jane sugería conversaciones de una intimidad mayor que la de las meras cortesías sociales.

En marcado contraste, Darcy advirtió a Bingley bailando con la señorita Maria Lucas; su animación habitual estaba algo atenuada, aunque sus modales seguían siendo impecables. De vez en cuando, la mirada de Bingley se desviaba hacia Jane y el coronel

Fitzwilliam; su expresión permanecía cuidadosamente neutra, aunque cierta tirantez en torno a la boca delataba que era consciente de la situación.

Al otro lado del salón, Caroline Bingley contemplaba lo que sucedía con un disgusto apenas velado, agitando con furia el abanico para refrescar un semblante encendido por lo que Darcy sospechaba que era ambición frustrada más que el calor de la sala. La indiferencia del coronel ante su empeñada persecución se había hecho cada vez más patente, y ahora ya no cabía duda sobre el objeto de su preferencia.

—Empiezo a pensar que me he equivocado bastante —se oyó de nuevo la voz de la señora Bennet, ahora notablemente más queda,

señal de que el primer atisbo de comprensión por fin había penetrado en su conciencia—. Jane parece estar bailando con el coronel Fitzwilliam. Otra vez.

Darcy dirigió una mirada al rincón de las matronas, donde la señora Bennet se había incorporado a medias, alzando su lornión para observar mejor a su hija. La transición de la complaciente certeza a una preocupación incipiente se dibujó en su rostro con notable claridad.

—También ha bailado con él antes, ¿no es así? —prosiguió la señora Bennet, dirigiendo esta pregunta a la señora Long a su lado—. Y creo haberlos visto conversando durante el intervalo de la cena.

—Sí que parecían particularmente absortos —confirmó la señora Long con la satisfacción levemente maliciosa de quien trae malas noticias—. Muy absortos, en efecto. Y fíjese cómo lucen juntos, ambos tan altos y airosos.

Mrs. Bennet se dejó caer de nuevo en la silla, el ceño fruncido en un cálculo evidente.

Darcy casi podía ver la aritmética mental que tenía lugar mientras sopesaba la noble estirpe del coronel frente a su fortuna más modesta, el prestigio de la conexión con la familia de un conde frente a las ventajas prácticas de las cinco mil libras al año de Bingley y la proximidad de Netherfield a Longbourn.

La danza proseguía; sus elegantes figuras eran un telón de fondo acorde con el drama humano que a su alrededor se desplegaba. Mientras Darcy observaba, advirtió un sutil desplazamiento en la conciencia colectiva de la concurrencia. Lo que había comenzado como observaciones aisladas se estaba convirtiendo en el reconocimiento general de un desarrollo significativo. Los susurros se animaban, las miradas especulativas se volvían más obvias.

—Será segundo hijo —observó un caballero anciano a su acompañante —, pero el coronel Fitzwilliam se conduce con más autoridad natural que muchos herederos. El servicio militar forja el carácter, ya sabe.

—Cierto es —convino su acompañante—, aunque del carácter no se vive, como se dice. La fortuna de Mr. Bingley sería sin duda la opción más prudente para una joven sin una dote propia de consideración.

—Y, con todo, el corazón tiene su propia prudencia —replicó filosóficamente el primero—. Y la conexión con el conde de Matlock

no es cosa que deba desecharse a la ligera. Además, tengo entendido que recientemente le ha llegado al coronel alguna propiedad por la familia de su madre.

Darcy contuvo una sonrisa ante la prueba de que la noticia de la herencia de su primo ya circulaba, pese a la discreción del coronel con respecto a Brackenton Hall. Los vecindarios rurales disponían de redes de información que bien podrían rivalizar con el Ministerio de la Guerra en eficiencia, si no en exactitud.

Concluida la danza, el coronel Fitzwilliam acompañó a Jane desde el centro del salón con esmerada atención. En lugar de devolverla de inmediato al lado de su madre, como la estricta etiqueta dictaba, la condujo hacia la mesa de los refrescos, donde prosiguieron su conversación con evidente placer mutuo. Esta leve desviación del protocolo esperado no pasó inadvertida.

—¡Vaya! —exclamó Mrs. Bennet, incorporándose bruscamente de su asiento—. Creo que he de hablar con Lizzy sobre esto.

Darcy observó cómo Mrs. Bennet se abría paso con decidida resolución hasta Elizabeth, que seguía conversando con su padre cerca de las ventanas del oeste. Mr.

Bennet, demostrando los muy afinados instintos de supervivencia que le habían mantenido a salvo durante décadas de matrimonio, se excusó con presteza en cuanto se acercó Mrs. Bennet y se retiró a la sala de cartas con notable rapidez.

Desde su posición, Darcy no pudo oír el intercambio entre madre e hija, pero los gestos animados de la una y la paciente compostura de la otra contaban su propia historia. Elizabeth parecía esforzarse en tranquilizarla, sin lograr aplacar mucho la visible angustia de su madre. Cuando la mirada de Mrs. Bennet se clavó de pronto en el propio Darcy con súbita determinación, reconoció, con íntima resignación, que estaba a punto de verse arrastrado a la situación.

En efecto, instantes después, Mrs. Bennet se le acercó con el aire de quien se dispone a tratar asuntos de gran trascendencia diplomática. Elizabeth, siguiéndola a su estela, dirigió a Darcy una mirada de disculpa que lograba, de algún modo, aunar advertencia y diversión.

—Mr. Darcy —comenzó Mrs. Bennet, dejándose caer en una reverencia más formal que cualquiera que le hubiese ofrecido hasta entonces—. Qué baile tan magnífico. Mr.

Bingley ha proporcionado un entretenimiento tan elegante, ¿no le parece? Muy propio de él pensar en la comodidad y el placer de todos.

—En efecto —convino Darcy, preparándose para lo que siguiera a aquel transparente preámbulo—.

—Un anfitrión excelente —prosiguió Mrs. Bennet, bajando la voz hasta lo que, por lo visto, consideraba un tono confidencial, aunque seguía siendo perfectamente audible para cualquiera a varios pasos—. Y tan atento con Jane durante su estancia en Netherfield. Se avienen de un modo extraordinario, ¿no le parece? Ambos tan agraciados, tan afables de disposición.

Darcy mantuvo la compostura con esfuerzo, consciente de la mirada firme de Elizabeth puesta en él. —Las excelentes cualidades de Miss Bennet son patentes para cuantos la conocen —replicó, eligiendo sus palabras con cautela diplomática—. Es merecidamente admirada.

Esta respuesta tan anodina no satisfizo a Mrs. Bennet, cuya agitación aumentó visiblemente. —Pero es usted el amigo particular de Mr. Bingley, ¿no es así? Valora su opinión en sumo grado, según tengo entendido. Tal vez pudiera… es decir, una palabra suya acerca de las ventajas particulares de una conexión con Longbourn…

—Mamá —intervino Elizabeth con firmeza—, Mr. Darcy no puede, de ninguna manera, inmiscuirse en tales asuntos.

—Oh, pero, hija mía, ya lo ha hecho una vez —replicó Mrs. Bennet con sorprendente agudeza, lo que hizo que tanto Darcy como Elizabeth se tensaran por un instante—.

Estoy convencida de que Mr. Bingley no se habría marchado el otoño pasado sin algún aliento de sus amigos. Y ahora que Mr. Darcy forma parte de nuestra familia, bien podría emplear su influencia para promover un afecto que tanto nos beneficiaría a todos.

Darcy contempló a su suegra con una mezcla de incomodidad y renuente admiración por su perspicacia, aunque yerra en los pormenores. —Le aseguro, señora, que Bingley toma sus propias decisiones en lo relativo al corazón. Como, por cierto, también lo hace su hija.

—Pero Jane no siempre sabe qué es lo mejor para ella —insistió Mrs. Bennet, y en su voz se dejó oír, bajo la acostumbrada agitación, una nota de auténtica preocupación materna—. Es demasiado complaciente, demasiado fácil de persuadir. El coronel Fitzwilliam,

por muy finas que sean sus maneras y por nobles que sean sus conexiones, no ofrece la seguridad que Mr. Bingley podría proporcionar. ¡Y Netherfield está a solo tres millas de Longbourn! Vería a Jane casi a diario si llegara a ser su señora.

Esta consideración práctica, expuesta con toda claridad, revelaba más de las verdaderas inquietudes de la señora Bennet de lo que quizá ella misma pretendía. Por encima del cálculo económico latía el deseo de una madre de mantener a su hija cerca, de preservar los lazos familiares que el matrimonio podría tensar. A pesar de la torpeza con que la señora Bennet manifestaba a menudo su afecto materno, Darcy no pudo por menos que reconocer el sentimiento auténtico que lo sustentaba.

—Entiendo sus preocupaciones, señora Bennet —dijo, suavizando levemente el tono—. Pero debo insistir en que la felicidad de su hija ha de ser la consideración principal en cualquier vínculo que pueda forjar. Y la felicidad brota del afecto mutuo y de la compatibilidad, no solo de las ventajas prácticas.

—¡La felicidad! —repitió la señora Bennet, como si el concepto fuera un lujo y no una necesidad—. Por supuesto que importa la felicidad de Jane. Pero ¿puede de veras ser feliz con un caballero de recursos limitados, por muy distinguido que sea su linaje? Un segundón debe abrirse camino en el mundo, y el servicio militar ofrece unas incertidumbres terribles.

—Las circunstancias del coronel Fitzwilliam han mejorado recientemente de manera considerable —intervino Elizabeth, cruzando una breve mirada con Darcy—. Ha heredado unas propiedades que le proporcionan independencia y seguridad, y está en proceso de vender su comisión para retirarse del ejército.

—¿Ah, sí? —El semblante de la señora Bennet experimentó un sutil reajuste—. ¿Qué tipo de propiedades? ¿Dónde están situadas? ¿Cuánto rinden al año?

—Esos pormenores competen al coronel Fitzwilliam, para compartirlos cuando lo considere oportuno —dijo Darcy con firmeza, reconociendo la necesidad de cortar

aquella línea de preguntas antes de que la natural indiscreción de la señora Bennet comprometiera la privacidad de su primo—. Puedo asegurarle, no obstante, que su situación es ahora por completo respetable.

Elizabeth recondujo entonces la conversación con habilidad, elogiando la muy meritoria interpretación de Mary al pianoforte durante el entreacto de la cena, que había atraído la educada atención de varios invitados. Cuando el orgullo materno de la señora Bennet por una hija desplazó por un instante sus inquietudes respecto de la otra, Darcy cruzó con la de Elizabeth una mirada de agradecido reconocimiento.

Al otro lado del salón, Jane y el coronel Fitzwilliam proseguían su conversación, su mutua absorción evidente en la postura, en las expresiones, en la sutil inclinación de uno hacia el otro que delataba una intimidad creciente. Al observarlos, Darcy no podía dudar de la autenticidad de su afecto ni cuestionar que se cimentaba en la verdadera comprensión y el cariño, y no en un mero cálculo social o financiero.

Tal vez la señora Bennet lamentara la pérdida de un vínculo con Netherfield y los cinco mil al año de Bingley, pero el sereno resplandor de Jane, mientras reía por algo dicho por el coronel Fitzwilliam, sugería que había hallado algo mucho más valioso.

Habiendo descubierto él mismo el valor sin par de un matrimonio basado en el amor y el respeto genuinos, Darcy no podía sino desear a Jane esa misma dicha, al margen de cualquier trastorno temporal que pudiera causar a las expectativas maternas.

La velada había avanzado notablemente, pasando del vivo brío de los primeros festejos a la atmósfera algo más relajada que suele acompañar las últimas horas de un baile campestre. Darcy, que volvía de una breve conversación con el señor Bennet en la biblioteca, advirtió de inmediato el cambio en el porte de Bingley. Su amigo se hallaba junto a la mesa de refrescos, con una copa de brandy en la mano, cuyo vacío sugería que no era la primera. Aunque Bingley

mantenía la sonrisa, respondía con corrección a quienes se le acercaban y seguía desempeñando sus obligaciones de anfitrión con una escrupulosidad superficial, había en sus ojos un brillo vidrioso que delataba un

malestar interior mitigado con alcohol. Su risa, cuando llegaba, tenía una cualidad hueca que provocó en Darcy una punzada de genuina preocupación.

Mientras Darcy observaba, Bingley apuró la copa y enseguida hizo señas a un lacayo para que le sirviera otra; sus movimientos delataban una leve inestabilidad que probablemente pasaría inadvertida para cualquiera menos familiarizado con su habitual precisión de modales. El lacayo vaciló un instante, quizá dudando de la prudencia de servir más licores a su amo ya afectado, pero la expresión de Bingley no admitía negativa. Apareció una copa nueva de líquido ámbar, y Bingley la aceptó con el cuidado levemente exagerado de quien es consciente de su propio menoscabo.

A pesar de tan inquietante deriva, Bingley seguía logrando proyectar con notable acierto la imagen del anfitrión jovial y atento. Circuló entre sus invitados con aparente entusiasmo, se interesó por su comodidad y dirigió a los criados con la autoridad conveniente. Solo en los momentos desprevenidos, cuando se creía sin testigos, su expresión se deslizaba hacia una desolación que revelaba el verdadero estado de su ánimo.

La atención de Darcy se dividía entre la preocupación por su amigo y la conciencia de Elizabeth, que bailaba una animada contradanza con el coronel Fitzwilliam. Su esposa y su primo recorrían las figuras con idéntico gesto de disfrute; su conversación, aunque animada, se veía necesariamente entrecortada por las exigencias del baile. Jane, tras ceder su pareja a Elizabeth, conversaba con sus hermanas menores cerca del pianoforte.

Aun a esa distancia, el vivo color de sus mejillas y la inusitada animación de su por lo común sereno semblante ofrecían claras pruebas de su estado de ánimo.

Caroline Bingley contemplaba la escena desde su puesto junto a la entrada de la sala de naipes; su postura rígida y el abanico fuertemente aferrado traicionaban la lucha por mantener la compostura bajo un exterior aparentemente controlado. A lo largo de la velada, Darcy había reparado en su creciente agitación a medida que el entendimiento entre Jane y el coronel Fitzwilliam se hacía cada

vez más evidente para la concurrencia.

Los intentos de Caroline por atraer la atención del coronel habían sido objeto de una reconducción cortés pero firme, mientras que la visible aflicción de su hermano parecía alimentar su propio desasosiego en lugar de suscitarle compasión.

Cuando Caroline se irguió de pronto y echó a andar con determinación hacia Bingley, Darcy sintió un escalofrío de aprensión. La resuelta línea de sus hombros, unida al vivo color en unas mejillas habitualmente pálidas, anunciaba un choque inminente que no beneficiaría a nadie, y menos aún a su hermano, cada vez más ebrio.

Con rápida resolución, Darcy intervino para atajar la situación, pero la determinación de varios vecinos de felicitarle hizo que no alcanzara a Bingley antes que su hermana.

—Charles, querido, debes indicar a los lacayos que repongan el ponche. Lady Lucas ha comentado que empieza a escasear.—La mirada de Caroline se deslizó con intención hacia Jane y luego volvió a Bingley.—¿Acaso estás demasiado ocupado con tu propia copa como para atender a las necesidades de tus invitados?

La sonrisa de Bingley se tensó de forma perceptible. —Gracias por hacérmelo saber, Caroline. Me ocuparé de ello de inmediato.

La mano de Caroline en su brazo impidió su marcha. —Antes de que te vayas, hermano, he observado con interés que la señorita Bennet ha concedido al coronel Fitzwilliam dos bailes esta noche. Qué afortunado que seas de temperamento tan afable como para sobrellevar con ecuanimidad semejante circunstancia. No todo caballero mostraría tal... complacencia cuando los afectos de una dama se revelan tan fácilmente mudables.

Darcy observó, cada vez más alarmado, la sutil transformación del semblante de Bingley. Sus rasgos, habitualmente joviales, se tensaron; un músculo trabajaba visiblemente en la mandíbula mientras luchaba por mantener la compostura. Lo más revelador era su mano derecha, que se crispó de pronto a su costado con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Caroline —dijo Bingley, en voz baja pero con una nota de advertencia que habría hecho detenerse de inmediato a alguien más sensato—, no es ni el momento ni el lugar para tales observaciones.

Caroline, ya fuera ajena a las señales de peligro o deliberadamente

dispuesta a ignorarlas, continuó con creciente intensidad. —Al contrario, creo que es precisamente el momento adecuado para reconocer lo que se ha hecho evidente para todos los presentes. Te han tomado por tonto, Charles, no una, sino dos veces, y por la misma dama. Primero cuando aceptó inicialmente tus atenciones con tanta compostura calculada, y ahora cuando te descarta por un caballero de conexiones superiores a pesar de su fortuna más limitada.

Por un brevísimo instante, un destello de ira genuina desfiguró los agradables rasgos de Bingley hasta volverlos casi irreconocibles, una visión de emoción en bruto tan poderosa que Darcy dio un paso instintivo hacia él, dispuesto a intervenir físicamente si fuese necesario. Tan rápido como vino, aquella expresión se desvaneció tras una

máscara de rígido control, aunque el esfuerzo que le costaba era evidente en el temblor de su mano y en la bocanada audible que tomó entre dientes apretados.

—Vas demasiado lejos —dijo, con cada palabra precisamente medida y controlada.

Caroline soltó una risa seca, un sonido de todo punto desprovisto de auténtica diversión. —No hago más que decir lo que otros piensan pero son demasiado corteses para expresar. Te dejas llevar por las opiniones ajenas, permites que tu rumbo lo determine quien habla con mayor autoridad o posee el rostro más bonito. Primero Darcy te persuadió para que abandonaras tu apego, y obedeciste sin cuestionarlo.

Ahora ha cambiado de parecer y tú, solícito, regresas, solo para descubrir que los afectos de la dama están empeñados en otra parte. Es un patrón nada halagüeño para un caballero de tu posición.

El intercambio, aunque llevado en voces lo bastante bajas como para mantener cierta apariencia de privacidad, había atraído no obstante la atención de los invitados cercanos. Un pequeño círculo de silencio incómodo se abrió a su alrededor a medida que la conversación se interrumpía, sustituida por la tirante cortesía de quienes fingían no escuchar sin perder detalle de cuanto ocurría.

Darcy, muy consciente tanto del precario estado emocional de Bingley como del creciente desasosiego social, intervino con deliberada firmeza.

—Señorita Bingley —dijo—, creo que Mrs. Hurst estaba solicitando su

ayuda respecto a la organización de las últimas tandas de baile. ¿Podría usted atenderla?

Aquel transparente desaire, procedente de un hombre cuya buena opinión Caroline seguía codiciando desesperadamente, logró lo que la advertencia fraterna no había conseguido. Vaciló, atrapada entre el deseo de proseguir su ataque y su renuencia a desafiar abiertamente a Darcy en público.

—Por supuesto —acertó a decir al fin, con una sonrisa que no era sino una mueca de cortesía forzada—. Qué descuido por mi parte haber desatendido mis deberes de anfitriona. Continuaremos nuestra conversación más tarde, Charles.

Cuando Caroline se apartó, Darcy se volvió para ver a Bingley retirándose ya en dirección opuesta, encaminándose hacia las puertas que daban a la terraza con la cuidadosa deliberación de quien está resuelto a salir sin atraer más miradas. A su alrededor, la conversación se reanudó con esa animación levemente acrecentada que

siempre sigue a un momento social incómodo, en tácito acuerdo de todos los presentes por fingir que nada impropio había ocurrido.

Darcy siguió a Bingley al exterior, preocupado tanto por su estado de ánimo como por los posibles efectos nocivos del aire nocturno en un hombre que había consumido una cantidad considerable de licores. Encontró a su amigo rígido junto a la balaustrada de piedra, mirando hacia la oscuridad de los jardines de Netherfield con una intensidad ausente.

—Bingley —empezó Darcy, acercándose con cautela—, Caroline ha hablado de forma inapropiada y sin justificación. Te has comportado en todo momento con perfecta corrección.

Bingley no se volvió; su perfil se recortaba con nitidez contra la débil luz que se derramaba desde las ventanas del salón de baile. —¿Habló sin justificación? —

preguntó—. ¿O meramente sin tacto? El fondo de sus observaciones, por mal expresadas que estuvieran, contenía una cierta verdad que no puedo negar del todo.

Darcy se situó a su lado junto a la balaustrada y dejó pasar un momento de silencio antes de responder. —Si te refieres a mi injerencia del otoño pasado, ya he reconocido mi error y he expresado mi más hondo pesar por unas acciones que causaron dolor tanto a ti

como a la señorita Bennet.

—No te culpo —dijo Bingley, con la mirada aún fija en la lejanía—. Ya no. Actuaste conforme a tu criterio de entonces. La culpa es mía, por permitir que tu juicio prevaleciera sobre el mío, por carecer del valor de confiar en mis propias percepciones.

—Ese juicio es demasiado severo —replicó Darcy—. Valoraste el consejo de un amigo, como haría cualquier hombre sensato.

Entonces Bingley se volvió, con el semblante contenido, aunque sus ojos delataban la hondura de su lucha. —Estimé el consejo de un amigo por encima de las pruebas de mis propias observaciones y de los dictados de mi propio corazón. Eso no es razonable; es debilidad. Y ahora pago el precio de esa debilidad.

—No puedes saber con certeza que el desenlace habría sido distinto si hubieras permanecido en Netherfield el otoño pasado —dijo Darcy con cautela.

Bingley asintió despacio, un gesto de reconocimiento más que de acuerdo. —Una perspectiva filosófica, Darcy. Muy admirable en teoría, aunque algo más difícil en la práctica, sobre todo cuando uno ha bebido más brandy del estrictamente recomendable.

Ese destello del humor autocrítico tan propio de Bingley, aunque teñido de melancolía, sugería cierta recuperación de su equilibrio. Darcy se permitió esperar que lo peor de la tormenta emocional de la velada había pasado.

—Quizá debiéramos volver dentro —sugirió con suavidad—. Pronto notarán tu ausencia.

—En un momento —respondió Bingley—. Necesito unos minutos más para recomponerme del todo. El aire fresco es muy beneficioso para restituir las facultades.

—Entonces esperaré contigo —dijo Darcy sin más.

Bingley le dirigió una mirada, y un destello de su antigua calidez iluminó fugazmente sus facciones. —Siempre el amigo fiel. Incluso cuando yo te lo pongo difícil.

Permanecieron en un silencio cómplice durante varios minutos, y los apagados sonidos de la música y de la conversación del salón de baile creaban un telón de fondo para sus pensamientos. Cuando por fin

regresaron al salón, Bingley había recuperado gran parte de su porte habitual. Reanudó sus deberes de anfitrión con loable compostura, evitando tanto a Caroline como las inmediaciones de Jane y del coronel Fitzwilliam con igual determinación.

El resto de la velada transcurrió sin más incidentes, aunque en el ambiente quedó una sutil tensión, percibida por los invitados más sensibles, si bien no se reconoció abiertamente. Al concluir el último baile, Bingley se situó en la entrada, despidiendo a los invitados que partían con perfecta corrección, la sonrisa firmemente asentada en el rostro pese a las sombras en sus ojos. Al verle, Darcy no pudo sino esperar que el tiempo, el más eficaz de los médicos, acabaría por sanar la herida que su amigo llevaba ahora con tan digna entereza.

Capítulo Veinte

UN GEMIDO LEJANO, AGUDO e insistente, atravesó el capullo del sueño de Elizabeth, arrastrándola de mala gana a la conciencia. Parpadeó, confusa por un instante, ante el techo desconocido de su aposento de huéspedes en Netherfield, antes de que los continuos ruidos de conmoción en la planta baja la espabilasen por completo.

Algo marchaba terriblemente mal en aquella casa que, apenas unas horas antes, había estado viva con la alegría y la música del baile.

—Fitzwilliam —murmuró, alargando la mano para despertar a su marido, pero encontró ya vacío su lado de la cama. Debía de haberse levantado ya, quizá atraído por la misma perturbación que ahora la impulsaba a actuar.

Elizabeth se deslizó de debajo de las tibias mantas y se estremeció cuando sus pies descalzos tocaron el suelo de madera fría. La luz de aquella mañana de noviembre se filtraba débilmente por entre las cortinas a medio correr, revelando una estancia que aún conservaba vestigios de los festejos de la víspera: su vestido esmeralda cuidadosamente colocado sobre una silla, peinas de perlas abandonadas en el tocador, zapatillas de baile dejadas donde se las había quitado.

Los sonidos de abajo se hicieron más nítidos: la voz de una mujer alzada en sollozos histéricos, las tonalidades más graves de hombres hablando con urgencia, el apresurado ir y venir de criados por los pasillos. Incluso a través del sólido entarimado de las estancias superiores de Netherfield, Elizabeth percibía auténtica alarma en aquellos ruidos, no el mero trajín ordinario de una casa que comienza su jornada.

Se calzó a toda prisa la bata. No había tiempo para tocar la campanilla de su doncella ni para intentar un atuendo matinal adecuado. Fuera lo que fuese, exigía atención inmediata, a despecho del decoro. Recogiéndose el cabello en un nudo sencillo a la altura de la nuca, Elizabeth se dirigió con presteza a la puerta, mientras su mente pasaba en revista las posibilidades: enfermedad, incendio, algún accidente que requiriese auxilio inmediato.

El corredor, a la salida de su aposento, estaba vacío, aunque se advertían señales de una salida precipitada en una jarra de agua abandonada sobre una consola y una puerta entreabierta que normalmente estaría cerrada. Elizabeth siguió los sonidos, bajando la ancha escalera que conducía al vestíbulo principal de Netherfield. Al acercarse al rellano, la conmoción arreciaba, concentrada en el zaguán de la entrada.

—Traigan mantas inmediatamente —se oyó la voz de Darcy, controlada pero urgente—. Y que alguien salga a caballo en busca del médico, aunque me temo…

No terminó la frase, pero su implicación heló a Elizabeth con un escalofrío que nada tenía que ver con el aire de la mañana. Apresuró el paso por los peldaños restantes y, al virar en el rellano, encaró la escena de abajo.

Lo que contempló la dejó clavada en el sitio, con una mano aferrada a la barandilla en busca de apoyo, mientras la comprensión se abría paso con pavorosa claridad. Caroline Bingley yacía despatarrada al pie

de la gran escalera, el cuerpo dispuesto en grotesca parodia del reposo. La cabeza le descansaba contra el suelo de mármol en un ángulo antinatural y, incluso desde esa distancia, Elizabeth vio que los ojos miraban sin ver hacia lo alto, desprovistos de su habitual brillo calculador. Un fino hilillo de sangre había trazado un camino desde la sien hasta formar un charco bajo la oreja, el vivo carmesí destacando sobre la palidez de su piel.

—Oh, Dios mío —susurró Elizabeth, llevando instintivamente la otra mano a la boca.

Mrs. Hurst estaba arrodillada junto al cuerpo de su hermana, con el vestido de mañana ya manchado de sangre allí donde, al parecer, había sostenido la cabeza de Caroline. Todo su cuerpo se sacudía en violentos sollozos; sus habituales afectaciones quedaban por completo abandonadas ante un dolor sincero. Mr. Hurst se hallaba cerca, el rostro ceniciento de espanto, con una mano extendida hacia su esposa, vacilante, como si no supiera cómo confortarla en semejante trance.

Darcy se afanaba con determinación en medio de aquel cuadro de horror, dando instrucciones a los criados; su compostura obraba como fuerza estabilizadora en medio

del caos. Al ver descender a Elizabeth, alzó la vista; un breve destello de inquietud cruzó sus facciones antes de volver a dominarse.

—Elizabeth —dijo en voz baja cuando ella llegó junto a él—. No deberías haber bajado.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó ella, aunque la evidencia ante sus ojos requería poca explicación.

—Parece que Miss Bingley ha caído desde el tramo superior de la escalera —repuso Darcy en voz queda—. Al parecer, se habría levantado temprano y habría perdido pie en la penumbra. No podemos saberlo con certeza, pues no hubo testigos.

La mirada de Elizabeth volvió a posarse en la figura de Caroline. Llevaba camisón y bata; el cabello, suelto sobre los hombros de un modo que Elizabeth jamás le había visto, acostumbrada como estaba a contemplar a Miss Bingley impecablemente peinada a todas horas. Aquel aspecto tan desarreglado, vulnerable y por completo desprovisto de su habitual altivez impresionó a Elizabeth con una fuerza inesperada. Fuera lo que fuesen sus sentimientos hacia Caroline Bingley en vida, su muerte en tales circunstancias no podía dejar de inspirar piedad.

—¿Cuándo la han encontrado? —preguntó Elizabeth, incapaz de apartar la vista de la escena atroz.

—Hace apenas unos minutos, una doncella que venía a encender los fuegos de la mañana —explicó Darcy—. Se ha avisado al señor Bingley, pero aún no...

Se interrumpió cuando unos pasos apresurados resonaron en el corredor que conducía al despacho privado de Bingley. Al instante siguiente, el propio Charles Bingley apareció y se precipitó hacia el grupo congregado con una expresión de alarma que viró al horror al posarse su mirada en la figura yacente de su hermana.

—¡Caroline! —exclamó, avanzando a toda prisa para arrodillarse junto a Mrs. Hurst—

. ¡Dios mío, ¿qué le ha pasado?!

—Charles —acertó a decir Mrs. Hurst entre lágrimas—, se ha ido. Nuestra hermana se ha ido.

El rostro de Bingley se contrajo de dolor; sus manos vacilaron, impotentes, sobre el cuerpo inmóvil de Caroline antes de posarse en su hombro. —No, no, eso no puede ser.

Tiene que haber algún error. Hay que llamar a un médico.

—Ya se ha enviado a un criado —dijo Darcy con suavidad—. Pero me temo que no hay esperanza, Bingley. La caída ha sido muy grave.

Elizabeth, que contemplaba aquel intercambio, sintió una curiosa disonancia. Las muestras de dolor de Bingley parecían correctas, incluso conmovedoras, y sin embargo... había en su desempeño algo no del todo convincente. Sus ojos, cuando no miraban directamente el cuerpo de su hermana, parecían más aturdidos que apenados; sus movimientos poseían una deliberación curiosa, como si fuese consciente de estar ofreciendo el cuadro apropiado de angustia fraterna.

Se reprendió al instante por pensamientos tan poco caritativos. El choque afecta de maneras distintas, y juzgar la sinceridad de Bingley en el inmediato resuello de semejante desgracia era injusto. Y, no obstante, a medida que continuaba observándolo, surgían otras discrepancias que no podía desechar con facilidad.

Cuando la señora Hurst se derrumbó contra él en un nuevo paroxismo

de dolor, él le palmeó la espalda con un consuelo mecánico, y su mirada, que vagó brevemente por encima de su cabeza, mostró una expresión que parecía casi… ¿alivio?

—Debemos trasladarla —dijo Bingley de pronto, la voz quebrándosele en las palabras—. No es correcto que permanezca aquí, expuesta a las miradas.

—Quizá deberíamos esperar a que llegue el médico —sugirió Elizabeth con suavidad, hablando por primera vez desde la aparición de Bingley—. Para asegurarnos de que nada… se perturbe.

Bingley alzó la vista hacia ella con brusquedad; una emoción cruzó por sus facciones demasiado deprisa para identificarla antes de que la reemplazara la solemnidad apropiada. —Sí, por supuesto. Qué insensato he sido en mi aflicción. Tiene usted toda la razón, señora Darcy.

La presteza con que aceptó aquella sugerencia le pareció a Elizabeth peculiar. Un hermano verdaderamente destrozado quizá habría insistido en preservar la dignidad de su hermana, habría reclamado privacidad inmediata. En cambio, Bingley cedió su posición con curiosa facilidad y se alzó para situarse junto a Darcy, con las manos ahora colgando firmes a sus costados.

—He enviado a mi primo en busca del magistrado, para avisarle también —dijo Darcy en voz baja—. Para una muerte accidental de esta naturaleza, será necesario.

—¿El magistrado? —repitió Bingley, y en su voz se insinuó una nota de algo parecido a la alarma—. Seguro que no es necesario. Un trágico accidente no requiere investigación alguna.

—No es más que una formalidad —le aseguró Darcy—. Pero una que ha de observarse.

De nuevo, Elizabeth advirtió el relámpago de tensión que cruzó el rostro de Bingley, presente y ausente en un instante. Él se volvió con brusquedad, llevándose un pañuelo a los ojos en un gesto que debía transmitir una emoción abrumadora. Sin embargo, cuando se volvió de nuevo, los tenía secos, aunque enrojecidos en la medida adecuada.

La señora Hurst, por el contrario, parecía completamente deshecha por el dolor; sus sollozos habían remitido hasta convertirse en un plañido hueco que hablaba de una desolación genuina. Su marido había llegado por fin a su lado; su conmoción inicial daba paso a

torpes intentos de consolarla, con el brazo en torno a sus hombros mientras murmuraba condolencias que parecían sinceras, si bien ineficaces.

—Debo escribir a nuestra tía en Scarborough —dijo Bingley, aferrándose a aquella tarea práctica con un afán que a Elizabeth le resultó impropio—. Le tenía particular afecto a Caroline. La noticia la devastará.

Elizabeth lo observó mientras se dirigía al despacho con zancadas decididas, aparentemente aliviado de tener un motivo para apartarse del escenario inmediato de la tragedia. Sus pasos eran firmes; su porte, compuesto de un modo que parecía incongruente con el devastador golpe que acababa de recibir.

—Elizabeth —dijo Darcy en voz baja, llamando su atención—. Quizá podrías atender a la señora Hurst. Habría que llevarla a sus aposentos y darle un sedante, si se pudiera encontrar alguno. Esta vela no le hace ningún bien. Y, si puedes, asegúrate de que Georgiana no baje...

—Por supuesto. Elizabeth asintió, agradecida por una dirección práctica en medio del horror. Ayudando a la señora Hurst a ponerse en pie con dulce compasión, Elizabeth dirigió una última mirada al cuerpo inmóvil y maltrecho de Caroline Bingley.

Netherfield, que hasta hacía muy poco resonaba con música y risas, albergaba ahora algo más oscuro: una muerte prematura y un hermano cuyo duelo parecía tan cuidadosamente construido como la elegante fachada de la propia casa.

El magistrado local, el señor Burnley, llegó a Netherfield poco antes del mediodía.

Elizabeth, ya correctamente vestida aunque aún turbada por los acontecimientos de la mañana, observó su entrada desde el umbral del salón. Era un caballero bajo, de aspecto casi gnómico, con una mata de pelo blanco y un semblante que sugería a un tiempo autoridad y ecuanimidad. Viejo amigo del señor Bennet, era un hombre de juicio

razonable, aunque algo pedante en sus métodos. Había investigado la muerte de Wickham, y Elizabeth sabía por las cartas de su padre que no le había dejado satisfecho que el asesinato de Wickham siguiera sin resolver.

—Señor Burnley —lo saludó Darcy, saliendo del despacho de Bingley con expresión grave—. Gracias por venir con tanta prontitud.

—Un asunto de esta naturaleza requiere atención inmediata, señor Darcy —replicó el magistrado, con la entonación medida de quien está acostumbrado a los trámites oficiales—. Tengo entendido que ha habido un accidente mortal en esta casa.

—Sí, tristísimo —confirmó Darcy—. A la señorita Bingley la encontraron al pie de la escalera a primera hora de la mañana. El médico la ha examinado y ha confirmado que la muerte fue inmediata, probablemente por la manera en que se golpeó la cabeza al caer.

—¿Y el cadáver? —inquirió el señor Burnley, y su mirada barrió de nuevo el vestíbulo ahora vacío.

—En el salón azul, preparado para la vista, como exige la decencia —respondió Darcy—. El señor Bingley juzgó mejor que la trasladaran allí mientras se disponen los arreglos fúnebres, y el doctor Jones estuvo conforme tras realizar un reconocimiento.

Elizabeth dio entonces un paso al frente, considerando oportuno dar al magistrado la debida bienvenida pese a las circunstancias. —Señor Burnley, cuánto me alegra verlo de nuevo.

El magistrado se volvió y la saludó con una leve inclinación. —En efecto, señora Darcy. También es un placer verla aquí.

Había en su escrutinio algo que sugería más que una simple cortesía, como si ya estuviera catalogando a los posibles testigos.

—Me gustaría examinar primero la escena —prosiguió el señor Burnley, volviéndose de nuevo hacia Darcy—, antes de hablar con los miembros de la casa. Suele ocurrir que la evidencia material hable con mayor claridad antes de que el recuerdo humano enturbie el asunto.

—Por supuesto —convino Darcy—. Aunque debo mencionar que el área inmediata se ha visto alterada por necesidad. Se trasladó el cuerpo de la señorita Bingley y, desde entonces, los criados han limpiado los… vestigios del accidente.

—Comprensible, aunque lamentable desde el punto de vista de la investigación —

observó Burnley—. Aun así, los elementos estructurales permanecen inalterados.

Empezaré por ahí.

Como si la conversación lo hubiera convocado, apareció el propio Bingley, con el semblante dispuesto en una expresión de luto solemne que, sin embargo, a Elizabeth le pareció sutilmente teatral. Se había puesto el luto correspondiente; la levita negra acentuaba la palidez de su tez y, aun así, había en su porte algo que sugería un alivio agazapado bajo la superficie del dolor.

—Señor Burnley —lo saludó con una inclinación de cabeza respetuosa —. —Gracias por atender este asunto tan difícil. Cualquier información que necesite, por supuesto, se la proporcionaremos.

—Señor Bingley —repuso el magistrado, estudiándolo con aquellos ojos agudos que parecían no pasar por alto nada—. —Mi pésame por su pérdida. ¿Podría comenzar por examinar la escalera? Tengo entendido que fue aquí donde ocurrió el desgraciado suceso.

—Por supuesto —convino Bingley, señalando la gran escalera—. —Aunque no puedo imaginar qué podría averiguarse. Parece un simple, aunque trágico, traspié en las primeras horas de la mañana.

El señor Burnley no dio respuesta directa a esta suposición; se limitó a asentir. —

¿Tenía la señorita Bingley la costumbre de levantarse temprano? —preguntó de pronto, volviéndose hacia Bingley.

La pregunta pareció coger a Bingley desprevenido. —No especialmente, no. Caroline acostumbraba a llamar a su doncella no antes de las nueve. Era... inusual verla levantada tan temprano, pero... supongo que es posible que saliera de su cuarto otra vez después de prepararse para la noche. Tendría que comprobar con su doncella si llegó a acostarse.

—Ya veo —murmuró el señor Burnley, sin que su expresión delatase nada—. —Le ruego que lo haga, si tiene la bondad.

Desde la dirección de los aposentos de la familia llegó la señora Hurst, sostenida por su marido, cuyo rostro conservaba la expresión aturdida

que llevaba desde el hallazgo del cuerpo de Caroline. El dolor de la señora Hurst parecía por completo genuino; tenía los ojos hinchados de tanto llorar, y su habitual apariencia impecable había sido abandonada en favor del desaliño propio del duelo verdadero.

—El magistrado está aquí, Louisa —le informó con suavidad el señor Hurst—. —

Tiene que hacer algunas preguntas sobre… sobre lo ocurrido.

La señora Hurst alzó hacia el magistrado sus ojos enrojecidos; cuando habló, la voz le tembló. —¿Qué hay que preguntar? Mi hermana está muerta. ¡Se ha caído por estas malditas escaleras, de las que decía que resbalaban demasiado para ser seguras!

—¿Ah, sí, señora Hurst? —preguntó el señor Burnley, con un tono cuidadosamente neutro—. —¿Mencionó esa queja a alguien más, que usted sepa?

—Yo… yo no sabría decir —replicó la señora Hurst, apretándose un pañuelo contra los labios—. —Nos estábamos vistiendo para el baile. Fue un comentario de pasada.

—Y, sin embargo, lo recuerda con claridad —observó el magistrado—. —Le impresionó.

—Solo porque ahora… —se le quebró la voz a la señora Hurst, y nuevas lágrimas le surcaron las mejillas—. —Solo porque ahora parece un presagio espantoso.

El señor Hurst condujo a su esposa hasta una silla cercana; las torpes palmaditas en su hombro delataban a un hombre poco acostumbrado a ofrecer consuelo, aunque sincero en su deseo de hacerlo. Elizabeth se sintió conmovida por la evidente aflicción de la pareja, que contrastaba vivamente con el porte más contenido de Bingley.

La atención de la casa se vio entonces atraída por el sonido de unos pasos leves en el rellano superior. Georgiana Darcy se hallaba allí, con su joven rostro pálido de

conmoción y las manos fuertemente entrelazadas ante sí, como si buscara sostén. La habían mantenido apartada de las primeras consecuencias, pues Elizabeth había instruido a su doncella para que la retuviera en sus aposentos hasta que amainase el caos inicial. Ahora, al ver al magistrado y la reunión solemne abajo, vaciló, insegura de si debía descender.

—Georgiana —la llamó Darcy con suavidad—. —Puedes bajar si lo deseas. Este es el señor Burnley, el magistrado del lugar.

Con pasos cuidadosos, Georgiana descendió, su gracia habitual momentáneamente abandonada en favor de una cautela excesiva, como si la escalera misma se hubiese convertido en algo de temer. Al llegar al pie, hizo una reverencia al señor Burnley con los modales perfectos que caracterizaban sus tratos con los extraños, aunque sus ojos delataban una angustia genuina.

—Señorita Darcy —la saludó el señor Burnley con una inclinación—. —Tengo entendido que era huésped de la casa cuando ocurrió este triste suceso. Mi pésame por el impacto que ha debido de sufrir.

—Gracias, señor —respondió Georgiana, con la voz apenas por encima de un susurro.

Luego se volvió hacia la señora Hurst y se acercó para tomarle las manos entre las suyas—. —Señora Hurst, siento muchísimo su pérdida. La señorita Bingley era...

siempre era tan vital, tan...

Entonces le faltaron las palabras y, para sorpresa de Elizabeth, a Georgiana se le llenaron los ojos de lágrimas auténticas. La muchacha que a menudo había sido blanco de las críticas apenas veladas de Caroline, objeto de sus manipulaciones al servicio de las ambiciones de Caroline respecto a Darcy, lloraba ahora sinceramente su muerte. Era un testimonio de la auténtica bondad de corazón de Georgiana, y Elizabeth sintió un arranque de afecto por su cuñada al tiempo que admiraba semejante generosidad de espíritu.

El señor Burnley observó aquella interacción con atención reflexiva antes de volver a su examen. —Quisiera hablar ahora con los criados —anunció—. —En particular con la criada que encontró a la señorita Bingley esta mañana.

—Me encargaré —se ofreció Bingley, pareciendo casi ansioso por esta tarea práctica—

. —Permítame, por favor, acompañarle al pequeño despacho donde podrá realizar sus entrevistas en privado.

Mientras Bingley conducía al señor Burnley, Elizabeth se colocó al lado de Georgiana y la apartó con suavidad de la señora Hurst, cuyo marido había reanudado sus torpes intentos de consolarla.

—Ven, Georgiana —dijo en voz baja—. —Sentémonos un rato en el salón de mañana.

Tienes aspecto de que te vendría bien una taza de té.

La joven asintió agradecida, permitiendo que Elizabeth la guiara lejos de aquel lúgubre cuadro. Una vez instaladas en la apacible estancia del salón de mañana, con su orientación al este ya bañada por la luz del mediodía, Georgiana empezó a recobrar la compostura, aunque los ojos le seguían brillando con lágrimas no derramadas.

—No puedo creer que se haya ido —susurró, aceptando con manos temblorosas la taza que Elizabeth le sirvió—. —Anoche mismo estaba criticando mi vestido, diciendo que el azul era demasiado pálido para mi tez. Fue... fue tan propio de ella.

Elizabeth examinó a Georgiana con amable sorpresa. —No había reparado en que le tuvieses afecto a la señorita Bingley. No siempre fue amable contigo.

Georgiana alzó la vista, con auténtica desazón en la expresión. —No siempre fue amable, no. Pero era consecuente. Había algo tranquilizador en saber exactamente qué esperar de ella. Y trataba de orientarme, a su manera. Sus consejos a menudo resultaban muy útiles, aun cuando los daba con tono crítico.

Esta perspectiva, tan distinta de la que Elizabeth tenía de Caroline Bingley, la hizo detenerse. Qué complejas podían ser las relaciones humanas, cuántas capas podían esconderse bajo la superficie de lo que parecía simple antagonismo o mero interés propio. Caroline, al parecer, había tenido más dimensiones de las que Elizabeth le había atribuido.

Su conversación se vio interrumpida por el sonido de la puerta al abrirse. Darcy entró, con el gesto grave pero contenido.

—El señor Burnley ha empezado a interrogar a los criados —les informó—. Planea hablar con cada miembro de la casa por separado. Bingley ya ha dado su declaración.

—¿Cómo está? —preguntó Elizabeth, procurando mantener un tono neutro pese a sus crecientes sospechas.

—Sereno —repuso Darcy tras una breve vacilación—. Quizá en exceso, dadas las circunstancias.

Algo en su tono sugería que había hecho observaciones semejantes a las de ella, aunque no las expresaría abiertamente en presencia de Georgiana. Antes de que Elizabeth pudiera proseguir por ese cauce, el mayordomo apareció en el umbral, con su habitual expresión estoica intacta a pesar de la conmoción de la mañana.

—El señor Burnley solicita la presencia de la señorita Darcy en el despacho pequeño

—anunció con una reverencia formal.

Georgiana palideció visiblemente. —¿Yo? Pero no sé nada de... de lo sucedido. Estaba dormida hasta que el alboroto me despertó.

—No es más que un trámite, Georgiana —la tranquilizó Darcy—. El señor Burnley debe hablar con todos los presentes en la casa. Te acompañaré, si lo deseas.

—No, yo... me las arreglaré —dijo Georgiana, irguiendo los hombros con visible esfuerzo—. Elizabeth, ¿vendrías conmigo, mejor? Me sentiría más cómoda si tú estuvieras allí.

A Elizabeth la conmovió aquella petición, que hablaba del vínculo creciente entre ambas. —Desde luego, si Fitzwilliam no tiene objeción.

—En absoluto —confirmó Darcy—. Debo hablar con Bingley acerca de los arreglos necesarios. El señor Burnley indicó que desea hablar conmigo el último, una vez concluidos los demás interrogatorios.

Este detalle llamó la atención de Elizabeth. Que el magistrado reservase a Darcy para el final sugería que concedía particular valor a su testimonio, o quizá deseaba tratar conclusiones alcanzadas mediante interrogatorios previos. Guardó esta observación mientras se levantaba para acompañar a Georgiana, preguntándose qué podría haber averiguado el señor Burnley de los criados para disponer la secuencia de ese modo.

Al partir, Elizabeth alcanzó a vislumbrar a Bingley por la puerta entreabierta del despacho principal. Estaba sentado a su mesa, con los libros de cuentas abiertos ante él, y la pluma se movía con propósito firme por columnas que parecían de índole contable.

Le pareció una ocupación curiosa para un hombre en el inmediato después de la muerte de su hermana, más propia de una mente ocupada en las consecuencias prácticas que de alguien abrumado por el dolor.

Se volvió, inquieta por sus propias sospechas y, sin embargo, incapaz de descartarlas por completo. La investigación metódica del magistrado, las respuestas contenidas de Bingley, las curiosas circunstancias de que Caroline se hubiera levantado inusualmente temprano, al parecer para bajar unas escaleras que hacía poco había juzgado inseguras...

Estos elementos se combinaban hasta formar un cuadro cada vez más difícil de conciliar con un simple y trágico accidente.

La casa se había instalado en un silencio incómodo; el sobresalto inicial de los sucesos de la mañana había dado paso a las sombrías cuestiones prácticas que siguen a la muerte. Elizabeth se retiró directamente tras la cena, una velada apagada en la que la conversación había sido mínima. Darcy se había excusado de inmediato, llamado a una conversación final con el señor Burnley antes de que el magistrado regresara a Meryton.

De eso hacía ya casi una hora, y Elizabeth se descubría cada vez más inquieta por lo ocurrido en aquella entrevista privada.

El día había transcurrido en un torbellino contenido de actividad: los criados se movían con silenciosa eficacia; se hacían los preparativos para disponer el cuerpo de Caroline de cara al entierro; se enviaban mensajes a parientes lejanos. A lo largo de todo ello, Elizabeth había mantenido la compostura debida, ofreciendo consuelo donde hacía falta y ayuda donde era menester.

El sonido de la puerta al abrirse la arrancó de sus pensamientos. Darcy entró, con una expresión inescrutable, y cerró la puerta en silencio tras de sí. Elizabeth se volvió del todo desde el espejo en el que se estaba cepillando el cabello y estudió el rostro de su marido en busca de indicios sobre su estado de ánimo. Había una tensión en su boca, una leve arruga entre las cejas que sugería que cuanto hubiese ocurrido con el magistrado no había hecho sino ahondar sus preocupaciones.

—¿Se ha marchado el señor Burnley? —preguntó, avanzando a su encuentro hacia el centro de la estancia.

—Sí, hace un momento —confirmó Darcy, aflojándose la corbata con un gesto cansado—. Volverá mañana para concluir algunos asuntos, pero el grueso de su investigación ha quedado ya concluido.

Elizabeth advirtió su elección de palabras: había dicho investigación y no una mera averiguación, lo que sugería un examen más serio de lo que la pura formalidad exigiría.

—¿Ha hablado con todos?

—Con todos los que estaban en la casa en ese momento —confirmó Darcy, mientras se servía una copita de brandy de la licorera de la mesa auxiliar. Le ofreció otra a Elizabeth, que rehusó con un leve movimiento de cabeza—. Fue particularmente minucioso con los criados, sobre todo con aquellos que podrían haber estado despiertos a primeras horas.

—¿Y con Bingley? —preguntó Elizabeth, sin poder evitar que se deslizara en su voz una nota de particular interés.

Darcy tomó un sorbo medido antes de responder. —En efecto. Su conversación se prolongó considerablemente más que las demás.

No añadió más, y Elizabeth se mostró reacia a apremiarle de inmediato por detalles.

En su lugar, se dirigió al pequeño sofá junto al fuego y, al sentarse, acomodó las faldas.

Darcy se unió a ella al cabo de un instante; su mayor corpulencia se acomodó a su lado con la cómoda familiaridad de un matrimonio ya asentado.

—Ha sido un día de lo más penoso —observó Elizabeth, con las manos recogidas con esmero en el regazo—. La señora Hurst parece completamente desolada. Me preocupa su salud si persevera en un dolor tan extremo.

—El señor Hurst ha mandado llamar a su médico personal de Londres —le informó Darcy—. Una precaución sensata. El duelo puede pasar factura al cuerpo, sobre todo cuando es tan repentino e inesperado.

Se sentaron en silencio un instante; el crepitar del fuego era el único

sonido en la estancia. Elizabeth se descubrió, de forma poco habitual, renuente a expresar lo que de veras tenía en mente, consciente de que sus pensamientos podrían parecer poco caritativos dadas las circunstancias. Y, sin embargo, el matrimonio con Darcy le había enseñado el valor de la franqueza entre ellos, en especial en cuestiones de juicio y percepción.

—Fitzwilliam —comenzó, ahora con la voz más suave—, me turba un sentimiento de lo más impropio.

Darcy se volvió hacia ella, con expresión atenta. —¿Qué te preocupa, Elizabeth?

Vaciló, buscando palabras que transmitieran su intención sin sonar desalmada. —

Siento una culpa terrible porque... porque, bajo el debido choque y la compasión que uno siente naturalmente ante una tragedia así, me descubro experimentando lo que solo puede describirse como... alivio.

La confesión quedó suspendida en el aire entre los dos, y Elizabeth sintió arder sus mejillas de vergüenza por haber expresado semejante sentimiento. Darcy permaneció en silencio, permitiéndole continuar sin juzgarla de inmediato.

—Es inconcebible, lo sé —prosiguió, necesitada de explicarse por completo—. La muerte de Caroline Bingley es verdaderamente trágica, en particular para su familia. Y, sin embargo, no puedo evitar reconocer que su ausencia elimina de nuestro círculo una fuente constante de tensión y desagrado. Estaba tan empeñada en denigrar a mi familia, en socavar mi posición, en sembrar cizaña entre Georgiana y quienes pudieran ofrecerle una amistad genuina...

Elizabeth se detuvo, turbada por su propia franqueza. —¿Qué clase de persona soy, Fitzwilliam, para sentir tal alivio aun cuando reconozco la verdadera tragedia de una vida truncada? ¿Saber que las futuras reuniones estarán libres de sus pullas calculadas y de sus manipulaciones?

Darcy meditó sus palabras antes de responder, con una expresión reflexiva más que condenatoria. —Te hace humana, Elizabeth. Caroline Bingley no ocultó su desdén por ti y por tu familia, ni sus ambiciones respecto de mí. Reconocer las consecuencias prácticas de su ausencia no es lo mismo que celebrar su muerte.

—Y, sin embargo, no puedo dejar de sentir que habla mal de mi

carácter —insistió Elizabeth—. En especial cuando Georgiana muestra un dolor sincero.

—Georgiana posee un corazón especialmente generoso —admitió Darcy—. Y la juventud suele traer consigo una capacidad de perdón que la experiencia a veces mengua. Pero no necesitas castigarte por sentimientos perfectamente naturales si se expresan solo en privado.

Elizabeth asintió despacio, agradecida por su comprensión. —Ha sido un accidente horrible —dijo en voz baja—. Pensar que, por el mero hecho de errar un escalón en la oscuridad, una vida pueda terminar de forma tan repentina.

Darcy emitió un sonido ambiguo, ni asentimiento ni reparo, y fijó la mirada en el fuego en vez de en su rostro. Elizabeth, atenta a los matices de las expresiones de su marido, advirtió de inmediato aquella respuesta tan curiosa.

—¿Fitzwilliam? —preguntó, volviéndose hacia él por completo—. ¿Qué ocurre? Hay algo que no me estás contando.

Por un momento guardó silencio, como sopesando qué información compartir.

Cuando por fin habló, su voz fue cuidadosamente medida. —El señor Burnley tiene ciertas... preguntas acerca de las circunstancias de la caída de la señorita Bingley.

—¿Preguntas? —repitió Elizabeth, sintiendo un escalofrío que nada tenía que ver con la temperatura del cuarto—. ¿Qué clase de preguntas?

—De las que sugieren que no está del todo convencido de que lo ocurrido fuese un accidente en el sentido habitual.

Elizabeth le miró confusa, luchando su mente por comprender la implicación de sus palabras. —¿Insinúas que el señor Burnley cree que la muerte de Caroline fue algo distinto de un desafortunado traspié? ¿Qué otra cosa podría haber sido?

—Hay ciertos detalles que no se ajustan al patrón esperado de una caída accidental —

explicó Darcy, con un tono desapasionado, como si refiriese asuntos de negocios más que posibles indicios de algo mucho más siniestro—: la posición en que fue hallada, la naturaleza de sus lesiones, el curioso

hecho de que anduviera levantada a una hora del todo ajena a sus costumbres.

—Pero, sin duda, todo ello podría explicarse por circunstancias ordinarias —protestó Elizabeth—. La gente a veces se levanta antes de lo que acostumbra. En la penumbra se puede errar un escalón. Las caídas pueden torcer el cuerpo de modos insólitos.

—Todo cierto —convino Darcy—. Y, sin embargo, sumado a otras observaciones, el señor Burnley encuentra el conjunto algo inquietante.

—¿Qué otras observaciones? —preguntó Elizabeth, ahora apenas por encima de un susurro.

La pausa de Darcy fue elocuente. —Quizá no debería decir más hasta que el señor Burnley concluya sus pesquisas. Me pidió discreción en ciertos puntos.

—Fitzwilliam —dijo Elizabeth con firmeza, al pasar el sobresalto inicial a la determinación—, soy tu esposa, no una conocida casual a la que haya que proteger de las contrariedades. Si hay algo sospechoso en la muerte de Caroline, quiero saberlo.

Él estudió su rostro durante un largo instante antes de asentir levemente. —La escalera, aunque pulida, no resultaba particularmente resbaladiza al probarla. El pasamanos no muestra señales de haber sido asido por alguien que intentase sujetarse mientras caía. Y, lo más significativo, la doncella de Caroline le dijo algo de interés.

—¿Qué observó? —preguntó Elizabeth, aunque parte de ella temía la respuesta.

—Que la cama de Caroline no había sido deshecha; de modo que no se levantó temprano: no llegó a acostarse, sino que abandonó su cuarto después de quitarse el vestido de baile. Y, en su examen del cuerpo, el doctor Jones advirtió lo que parecía ser la impronta de unos dedos en el brazo de Caroline, como si alguien la hubiese sujetado con fuerza antes de la caída.

Elizabeth sintió que la sangre se le helaba en el rostro cuando la implicación se volvió inconfundible. —¿Estás diciendo que el señor Burnley sospecha... *¿asesinato?*

—No ha empleado ese término de forma explícita —advirtió Darcy—. Habla solo de

—irregularidades— que requieren un examen más detenido. Pero sí, creo que lo considera una posibilidad que no puede descartarse sin una investigación a fondo. El señor Burnley es un hombre metódico que seguirá las pruebas antes que la especulación. Aún podría resultar no ser más que un trágico accidente, quizá examinado con exceso de celo debido a la posición de la señorita Bingley en la sociedad.

—¿Y ahora qué sucede? —preguntó Elizabeth, con la voz más firme de lo que se sentía.

—El señor Burnley regresa mañana —explicó Darcy—. Ha pedido que nadie salga de Netherfield hasta que haya concluido su investigación. Más allá de eso, debemos esperar a ver a qué conclusiones llega.

Elizabeth asintió, con la mente desbocada por las implicaciones de cuanto había averiguado. El alivio por el que tan recientemente se había castigado le parecía ahora nimio en comparación con la oscuridad que quizá se ocultaba bajo la superficie de la muerte de Caroline. Si lo que sospechaba el señor Burnley resultaba cierto, su círculo se enfrentaría a una ruptura mucho más devastadora que la mera tensión social o la ambición frustrada.

—Deberíamos prepararnos —dijo Darcy con suavidad— para la posibilidad de que lo que empieza como una tragedia pueda revelarse todavía como algo mucho peor.

A medida que el fuego se apaciguaba en la chimenea, proyectando largas sombras por la estancia, Elizabeth no lograba sacudirse la sensación de que Netherfield, que tan recientemente había resonado con la música y las risas del baile de Bingley, albergaba ahora secretos que, una vez revelados, cambiarían sus vidas de manera irrevocable.

Caroline Bingley, en la muerte como en vida, seguía en el centro de una tormenta cuya fuerza plena aún no se había dejado sentir.

Capítulo Veintiuno

DARCY ESTABA DE PIE ante la chimenea de la biblioteca de Netherfield la mañana posterior a la muerte de Caroline Bingley, las manos firmemente cruzadas a la espalda mientras sopesaba los sucesos del día anterior. La muerte de Caroline había echado un velo de luto sobre la casa. Más inquietantes que la tragedia misma eran las preguntas que habían empezado a formarse en su mente, cuestiones que el inminente regreso del magistrado podría o bien resolver o bien conducir a una conclusión más perturbadora.

Se había levantado más temprano de lo que era su costumbre; el sueño se le había mostrado esquivo. El sonido de cascos sobre la entrada de grava atrajo su atención hacia la ventana. El señor Burnley había regresado como prometiera; la expresión con que desmontó del caballo sugería a un hombre movido por un propósito más que por la mera formalidad. No se trataba de un simple trámite para satisfacer requisitos legales; era una pesquisa emprendida con intención deliberada.

Darcy pasó al vestíbulo, llegando justo cuando el mayordomo franqueaba la entrada al magistrado.

—Señor Burnley —lo saludó Darcy—. Hoy se ha puesto pronto a sus asuntos.

—El tiempo suele ser decisivo en estos asuntos, señor Darcy —replicó el magistrado, quitándose los guantes—. Los recuerdos se desvanecen, las pruebas disminuyen.

Prefiero ser minucioso mientras las circunstancias siguen frescas.

—Un planteamiento digno de elogio —convino Darcy—. Lamento que el señor Bingley no esté aún disponible para recibirle. Anoche le costó dormir y solo hace poco se ha retirado.

Aquello no era del todo exacto; Darcy no había visto a Bingley en toda la mañana, pero la explicación bastaría para justificar la ausencia de su amigo sin faltar a la corrección.

—Comprensible —admitió el señor Burnley con una leve inclinación —. El duelo adopta muchas formas y es frecuente que altere los hábitos. ¿Podría indicarme dónde proseguir mis interrogatorios? Quisiera continuar con el personal de la casa.

—Por supuesto. El gabinetito se ha dispuesto para su uso, como ayer —repuso Darcy, señalando hacia el corredor—. Me he permitido ordenar al mayordomo que ponga al personal a su disposición cuando le convenga.

El señor Burnley alzó una ceja. —¿Ha asumido usted la responsabilidad de los arreglos domésticos?

—Alguien ha de hacerlo —dijo Darcy sin más—. La señora Hurst sigue demasiado descompuesta para ocuparse de asuntos prácticos, y al señor Hurst le falta la necesaria...

pericia organizativa. En ausencia de Bingley, me ha parecido lo más eficaz.

—En efecto —murmuró el magistrado, con un tono que daba a entender que consideraba aquel dato digno de anotación—. Muy eficiente.

Mientras el señor Burnley se instalaba en el despacho, Darcy volvió al vestíbulo principal, donde varios criados aguardaban con la incertidumbre de quienes no saben bajo qué autoridad se hallan. Les habló con calma, asignándoles tareas para que la casa siguiera funcionando pese a la desgracia. Debían prepararse lienzos limpios para el cuerpo de Caroline, conforme a la costumbre. Las comidas habían de organizarse con la sobriedad adecuada a las circunstancias. Había que enviar mensajes al abogado de Bingley y a la parroquia local acerca de los preparativos del funeral.

El mayordomo, un hombre digno cuya habitual imperturbabilidad se había visto visiblemente sacudida por los acontecimientos recientes, se

acercó a Darcy con vacilación.

—Señor, respecto a las habitaciones de la señorita Bingley —empezó, bajando la voz para evitar ser oído—. Las doncellas están... remisas. Entre ellas corre que sería de mala suerte, señor, perturbar sus pertenencias tan pronto tras su fallecimiento.

Darcy sopesó aquella complicación inesperada. No convenía despreciar a la ligera las supersticiones de los criados si se quería mantener el orden en la casa; y, con todo, había asuntos prácticos que atender.

—Explíqueles que no ha de retirarse ni mover nada —indicó—. Limítese a asegurarse de que la estancia se airea como es debido y de que se guarda el respeto oportuno, hasta que la señora Hurst se sienta en condiciones de acometer la tarea.

—Excelente sugerencia, señor —convino el mayordomo, visiblemente aliviado con aquella solución.

Otros preparativos se vieron interrumpidos por la aparición de Bingley en lo alto de la escalera. Descendió con pasos medidos, el atuendo de luto impecable.

—Darcy —lo saludó Bingley con la voz debidamente contenida—. ¿Ha regresado el magistrado?

—Sí, ha llegado hace un rato. Ha comenzado de nuevo a interrogar al servicio.

—¿Otra vez? —repitió Bingley; por su rostro cruzó fugazmente algo parecido a la alarma, antes de dominarse con rapidez—. Sin duda ya recogió ayer toda la información necesaria. Esto me parece excesivo para lo que fue claramente un accidente.

—El señor Burnley es conocido por su minuciosidad —repuso Darcy, observando con atención la reacción de su amigo—. Creo que no es más que una cuestión de procedimiento, y ayer no hubo tiempo de hablar con todo el personal.

—Desde luego, desde luego —convino Bingley con rapidez, quizá demasiada—.

Debemos observar todas las formalidades. Caroline lo habría exigido. Era muy puntillosa en el cumplimiento de las formas.

Aquel comentario sobre el carácter de su hermana resultó extrañamente desapegado, más un reconocimiento debido que un reflejo sincero de pesar. Antes de que Darcy pudiera responder, apareció Elizabeth; había bajado la escalera con tanta silenciosa gracia que ninguno de los dos había reparado en su presencia.

—Señor Bingley —dijo, con el gesto compuesto en una simpatía adecuada—. ¿Cómo se encuentra esta mañana? Confío en que haya podido descansar algo.

—Muy poco, me temo —replicó Bingley, llevándose fugazmente el pañuelo a los ojos de un modo que a Darcy le pareció algo exagerado —. La mente vuelve sin cesar a lo que no puede cambiarse. Pero debo sobreponerme. Hay disposiciones que tomar, responsabilidades que no pueden descuidarse.

—Estamos encantados de ayudarle con los asuntos de la casa —ofreció Elizabeth con suavidad—. No tiene por qué ocuparse de cada detalle en estos momentos tan difíciles.

—Muy amable —reconoció Bingley con una leve reverencia—. Aunque debo atender personalmente ciertos asuntos. Debe avisarse a mi abogado, y hay consideraciones financieras que requieren atención inmediata.

Darcy advirtió la curiosa primacía otorgada a los asuntos prácticos sobre las expresiones de duelo. Si bien la atención al negocio no era, en sí misma, sospechosa, la avidez con que Bingley se aferraba a esas tareas le sonó a nota discordante.

—El magistrado querrá hablar con usted de nuevo —le informó Darcy —. Cuando esté preparado para hacerlo.

—Por supuesto —convino Bingley, aunque sus manos delataron un leve temblor al ajustarse los puños—. Me pondré a su disposición en cuanto haya hablado con Louisa.

Ha pasado la noche muy afectada y ha requerido la asistencia del médico. Debo ver cómo se halla esta mañana.

Mientras Bingley se dirigía hacia el ala familiar, donde se hallaban las habitaciones de los Hurst, Darcy cruzó una mirada significativa con Elizabeth. Sus ojos perspicaces confirmaron que también ella había notado el soterrado nerviosismo en el porte de Bingley.

El resto de la mañana transcurrió en una sucesión de entrevistas; el

magistrado trabajaba con método en toda la casa. Darcy observó las diligencias a prudente distancia y advirtió la cuidadosa precisión con que el señor Burnley enmarcaba sus preguntas, edificando sobre la información reunida el día anterior en lugar de limitarse a repetir el interrogatorio.

Cuando llegó su turno, hicieron pasar a Darcy al pequeño despacho donde el señor Burnley había establecido su dominio provisional. El magistrado señaló una silla frente a la suya; tenía ante sí un cuaderno pequeño, abierto.

—Señor Darcy —comenzó sin preámbulos—, tengo entendido que conoce al señor Bingley desde hace varios años.

—Así es —confirmó Darcy—. Nos conocimos en Cambridge.

—Y, según sus observaciones, ¿cómo caracterizaría la relación entre el señor Bingley y su difunta hermana?

La franqueza de la pregunta cogió a Darcy momentáneamente desprevenido, aunque mantuvo el gesto sereno. —Guardaban las formas habituales del apego familiar. La señorita Bingley administraba con eficacia la casa de su hermano. Él se fiaba de su criterio en materia social. Diría que era una relación de beneficio mutuo.

—Beneficio mutuo —repitió pensativo el señor Burnley—. Una elección de palabras interesante, señor. No afecto mutuo ni respeto mutuo, sino beneficio mutuo. ¿Podría explicarse?

Darcy sopesó con cuidado su respuesta. —La señorita Bingley ganó posición y prestigio gracias a la fortuna y a las relaciones de su hermano. Él, a su vez, se beneficiaba de su administración de los asuntos domésticos y de su guía para moverse por círculos sociales a los que, por nacimiento, estaba algo menos acostumbrado.

—¿Hubo tensiones en este arreglo?

De nuevo, llamaba la atención la precisión del magistrado. —Todas las relaciones familiares sufren en ocasiones alguna tensión —replicó Darcy con diplomacia.

—En efecto —convino el señor Burnley—. Pero yo pregunté específicamente por esta relación en particular. ¿Observó tensiones concretas entre el señor Bingley y la señorita Bingley?

Darcy sintió cómo el peso de la lealtad a su amigo competía con la

obligación de decir la verdad. —Hubo… desacuerdos —admitió por fin —. En particular respecto a las compañías que frecuentaba el señor Bingley. La señorita Bingley albergaba ambiciones para su hermano que a veces diferían de sus propias inclinaciones.

—Ambiciones —repitió el señor Burnley—. De índole social, supongo.

—Principalmente, sí. Deseaba que trabara vínculos con familias de cierto rango y que evitara a quienes consideraba indignos de su atención.

—¿Y llegaron esos desacuerdos a encenderse alguna vez? ¿Más allá de los límites de la discordia familiar ordinaria?

Darcy vaciló, sospechando que el magistrado formulaba preguntas cuyas respuestas ya conocía. No había sido el único en presenciar el agrio intercambio de Caroline con su hermano en el baile; hubo varios testigos que bien podrían haberse acercado al señor Burnley la tarde anterior, tras enterarse de la muerte de Caroline. —La noche del baile presencié un intercambio que denotaba una tensión considerable entre ellos —dijo con cautela—. La señorita Bingley habló con dureza del apego del señor Bingley hacia una dama en particular, insinuando que le habían tomado por un necio. Su respuesta, aunque contenida, evidenció una cólera notable.

El señor Burnley tomó una nota en su cuaderno antes de alzar de nuevo la vista. —Y

esa dama en cuestión sería la señorita Jane Bennet, ¿la hermana de la señora Darcy?

—Sí —confirmó Darcy, viendo que no ganaba nada con andarse con rodeos en este punto.

El magistrado asintió, hizo otra anotación y cerró el cuaderno con deliberada precisión. —Gracias, señor Darcy. Sus observaciones han sido de gran ayuda. Es posible que tenga más preguntas más tarde.

Concluida la entrevista, Darcy encontró a Elizabeth esperándole en el pasillo, con una expresión que sugería su deseo de hablar en privado.

—¿Qué te ha preguntado el señor Burnley? —inquirió Elizabeth en voz baja mientras empezaban a subir la escalera.

—Sus preguntas se han centrado principalmente en la relación de Bingley con su hermana —respondió Darcy, manteniendo la voz

igualmente baja—. En particular en cualquier discordia entre ellos.

Elizabeth asintió pensativa. —A mí me ha hecho preguntas similares, aunque pareció especialmente interesado en mis observaciones sobre el comportamiento de Bingley inmediatamente después del hallazgo del cuerpo de Caroline.

Darcy estaba ponderando aquella información cuando Elizabeth se detuvo de pronto, aferrándose con más fuerza a la barandilla. —Fitzwilliam —dijo, apenas por encima de un susurro—. Mira, allí, en el escalón.

Siguiendo su mirada, Darcy observó lo que antes se le había pasado por alto: una serie de pequeñas manchas oscuras en la escalera, espaciadas de manera irregular pero formando un rastro discernible hacia arriba. Las manchas, pardas sobre la madera oscura y pulida, podrían pasarse por alto con una mirada distraída.

—Sangre —murmuró Darcy, inclinándose para examinar más de cerca las marcas.

Juntos siguieron el rastro escaleras arriba hasta el rellano—. Parece que la señorita Bingley debió de golpearse la cabeza antes de caer, o quizá durante el descenso.

—Pero si se cayó por las escaleras —razonó Elizabeth, cuya mente rápida identificó de inmediato la incongruencia—, ¿cómo podría haber sangre aquí, en el rellano?

La implicación quedó suspendida entre ambos, demasiado significativa para descartarla. Sin decir más, prosiguieron por el pasillo; las manchas se hicieron más pequeñas y esporádicas, aunque aún discernibles para quien observase con atención.

Siguieron en silencio, con la tensión creciendo a cada paso, hasta llegar a un punto en que el rastro terminaba de forma abrupta, a escasos pasos de la puerta de las estancias privadas de Bingley.

Se miraron con un horror asombrado, la conclusión ineludible formándose entre ellos sin necesidad de palabras. Si Caroline había sangrado allí, frente a las habitaciones de su hermano, y su cuerpo había sido hallado al pie de la escalera, entonces la narración de una simple caída no podía ser exacta.

—Volvamos a nuestros aposentos —dijo Darcy en voz baja—. Debemos hablar de esto en privado.

Con la puerta ya cerrada, Elizabeth deambuló junto a la ventana mientras Darcy, de espaldas a la chimenea, hacía trabajar su mente con rapidez sobre las implicaciones de su hallazgo.

—El rastro de sangre sugiere que Caroline resultó herida cerca de las habitaciones de Bingley antes de ser encontrada al pie de la escalera —declaró Elizabeth, cuya claridad analítica Darcy había admirado largo tiempo, aunque ahora sirviera a un propósito sombrío—. No pudo haberse caído por las escaleras y dejar sangre arriba.

—En efecto, no —convino Darcy—. Además, la doncella ha señalado que en la cama de Caroline no se había dormido. No se retiró después del baile.

—Y el comportamiento de Bingley desde su muerte ha sido... —Elizabeth vaciló, buscando la palabra precisa.

—Incongruente —aportó Darcy—. Su dolor parece calculado, no genuino. Pasa con demasiada rapidez a los asuntos prácticos, a los arreglos financieros, como si ansiara restablecer la normalidad antes de que el luto debido lo dictase.

—Hace unos días escuché una discusión terrible entre ellos —admitió Elizabeth—.

Caroline se portó con él de un modo verdaderamente odioso; decía que era enteramente culpa suya que Jane ya no le favoreciese.

Darcy asintió despacio. —Tuvieron una disputa semejante en el baile, en público, presenciada por varias personas. Su compostura se vio notablemente afectada.

—Y me comentaste que el doctor Jones observó lo que parecían marcas de dedos en el brazo de Caroline —prosiguió Elizabeth, encajando las piezas con inquietante coherencia—, como si alguien la hubiese sujetado con fuerza.

Darcy se acercó a la ventana, mirando sin ver los jardines de Netherfield. Las implicaciones resultaban ya imposibles de ignorar y, sin embargo, la idea de que Bingley, amigo suyo desde hacía años, hubiese podido dañar a su propia hermana seguía siendo casi imposible de conciliar con el hombre que creía conocer.

—Aunque admitamos que ocurrió un altercado —dijo con cautela—, no podemos saber con certeza qué sucedió. Tal vez hubo una discusión que devino física, pero una caída accidental, no una acción

deliberada.

—Quizá —concedió Elizabeth, aunque su tono sugería que consideraba esa interpretación optimista más que probable—. Pero no podemos ignorar lo que hemos visto. El rastro de sangre va desde las habitaciones de Bingley hasta la escalera, no al revés. Caroline resultó herida antes de caer.

—Y la conducta de Bingley desde entonces ha sido la de un hombre con algo que ocultar —concluyó Darcy a regañadientes—. Su insistencia en que la investigación del magistrado es innecesaria, su cuidadosa representación del duelo sin su sustancia, su atención a los asuntos financieros cuando el luto debido dictaría lo contrario.

El peso de aquellas conclusiones se asentó entre ellos, una carga de conocimiento que ninguno había buscado y que ahora no podían desechar. Darcy se apartó de la ventana para encararse con su esposa y, en la firmeza de su mirada, halló la fuerza que necesitaba para afrontar la posibilidad de que su amigo fuese culpable de un delito mucho más oscuro que la mera incorrección social.

—Debemos hablar con alguien que pueda aconsejarnos sobre cómo proceder —dijo por fin—. Alguien en cuyo juicio podamos confiar, que entienda tanto de los asuntos legales como de las complejidades de la naturaleza humana.

—El coronel Fitzwilliam —sugirió Elizabeth de inmediato.

Darcy asintió. —Sí, mi primo sería la elección adecuada. Iré a buscarle de inmediato y hablaremos los tres juntos. Este asunto debe quedar entre quienes sean absolutamente imprescindibles hasta que hayamos determinado el curso de acción apropiado.

—Esto recuerda horriblemente a esta primavera —Elizabeth se abrazó con fuerza a sí misma y se estremeció—, cuando tuvimos que investigar lo que le ocurrió a Wickham.

Darcy se detuvo cuando ya se dirigía a la puerta y volvió para estrecharla en un abrazo apretado. —Aquello terminó bien —dijo con aspereza—. Esto también.

—No puedes prometer eso —murmuró; aun así, se apoyó en él un momento, como si intentara absorber su fuerza—. Ve a por Richard. Necesitamos hablar.

—Enviaré a un criado a buscarle —Darcy no quería dejarla sola. La

fortaleza de carácter de Elizabeth era una de las cosas que más admiraba en ella, pero veía que una segunda muerte en menos de un año la había sacudido hasta lo más hondo, por poco que le hubiese agradado Caroline. Instándola a sentarse en una silla junto al fuego, la dejó sola un momento, enviando a su doncella a por té y a su ayuda de cámara a buscar a su primo.

Unos golpes firmes precedieron la entrada del coronel Fitzwilliam poco después de que trajeran la bandeja del té; cerró la puerta con cuidado tras de sí, con el semblante grave.

—Darcy —saludó a su primo con un breve apretón de manos antes de volverse hacia Elizabeth—. Elizabeth. ¿Tu ayuda de cámara ha sugerido que se trata de un asunto de cierta delicadeza que requiere atención inmediata?

—En efecto —confirmó Darcy, señalando hacia las sillas frente a la chimenea—. —Te agradecemos la prontitud de tu respuesta. El asunto es delicado y, me temo, potencialmente muy grave.

El coronel Fitzwilliam tomó el asiento ofrecido, su postura permanecía alerta pese a la aparente relajación de estar sentado. —¿Deduzco que esto atañe a la muerte de la señorita Bingley?

—En efecto —Darcy dirigió una mirada a Elizabeth y luego se encogió de hombros—.

—La suposición inicial de un trágico accidente parecía razonable.

—¿Tienen ustedes motivos para dudarlo? —preguntó el coronel Fitzwilliam, con el gesto ensombrecido.

Darcy intercambió otra mirada con Elizabeth antes de continuar. —Han surgido varias incoherencias que sugieren que las circunstancias pueden ser más complejas de lo que en un principio parecía. El magistrado, el señor Burnley, ha regresado hoy para continuar su pesquisa, lo que sugiere que él también alberga reservas: quizá haya en la tragedia algo más que mera desgracia.

Darcy expuso los hallazgos que habían hecho: el rastro de sangre que iba desde las habitaciones de Bingley hasta la escalera; la evidencia de que Caroline no se acostó después del baile; las curiosas marcas que el médico observó en su brazo y, quizá lo más significativo, las incongruencias en el comportamiento de Bingley desde la muerte de su hermana.

Elizabeth añadió sus propias observaciones respecto a la discusión oída antes y durante el baile, describiendo la inusitada ira que Bingley había mostrado hacia su hermana cuando esta criticó su apego a Jane y su aparente humillación ante la preferencia de Jane por el coronel Fitzwilliam.

El coronel escuchó sin interrupción, y su expresión se fue volviendo cada vez más grave a medida que el relato se desplegaba. Cuando hubieron concluido, se puso en pie y paseó brevemente ante la chimenea, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Comprenden, por supuesto, lo que estos hechos sugieren cuando se consideran en conjunto —dijo por fin, volviéndose hacia ellos—. —El rastro de sangre, por sí solo, indica que la señorita Bingley resultó herida cerca de las habitaciones de su hermano antes de ser hallada al pie de la escalera. Si a ello se suma la disputa de la víspera y el comportamiento posterior de Bingley...

—Entendemos las implicaciones —confirmó Darcy, a quien le resultaba difícil pronunciarlo en voz alta—. —Y, sin embargo, me parece casi incomprensible que Bingley, un hombre bueno y decente a quien conozco desde hace años, pudiera ser capaz de tal acto.

La expresión del coronel Fitzwilliam se suavizó ligeramente ante el evidente desasosiego de su primo. —Los hombres son capaces de extremos notables cuando se les empuja más allá de su capacidad de contención, Darcy. Incluso el carácter más afable puede albergar honduras de pasión o de ira que las circunstancias pueden desatar.

—Eso es lo que más me inquieta —admitió Darcy—: haber errado de raíz en mi juicio sobre su carácter.

—No que lo juzgaras mal, quizá —sugirió el coronel Fitzwilliam, volviendo a sentarse—. —Antes bien, observaste lo que Bingley permitía que se viese en circunstancias ordinarias. Pocos de nosotros revelamos nuestra plena capacidad tanto para la virtud como para el vicio hasta que se nos somete a una presión extraordinaria.

Como los tres descubrimos tras la muerte de Wickham a principios de este año, me permito señalar.

Su conversación se vio interrumpida por un suave golpe en la puerta. Elizabeth se levantó para abrir, y encontró a su doncella personal, Helen, de pie en el pasillo con una expresión de nerviosa determinación.

—Dispense, señora —dijo Helen, con la voz baja—. —Quería hablar con usted en privado, pero si no es buen momento...

—En absoluto, Helen —aseguró Elizabeth, abriendo más la puerta—. —Pase, por favor. Todo cuanto desee decir puede compartirlo también con el señor Darcy y el coronel Fitzwilliam.

La doncella entró con vacilación, las manos fuertemente entrelazadas delante de sí, e hizo una reverencia a los caballeros. Darcy la observó con interés, notando la tensión inusual en su porte por lo general sereno. Helen se había mostrado una sirvienta fiable desde que la señora Reynolds se la asignó; su discreción y eficacia habían granjeado por completo la confianza de Elizabeth.

—¿Qué deseaba tratar, Helen? —preguntó Elizabeth con suavidad cuando la doncella permaneció en silencio.

—Es acerca de la noche del baile, señora —comenzó Helen, con la voz firme pese a su evidente incomodidad—. —Después de ayudarla a prepararse para acostarse, regresaba a las dependencias del servicio cuando oí voces alzadas cerca de la escalera principal.

Darcy se irguió en su silla, intercambió una mirada significativa con el coronel Fitzwilliam y volvió a fijar la atención en la doncella. —¿A qué hora fue eso, exactamente?

—Debió de ser cerca de las cuatro, señor —respondió Helen—. —Creo que para entonces todos los invitados se habían marchado, y la señora Darcy me permitió retirarme después de que la ayudé a desvestirse.

—Y esas voces que oyó —intervino el coronel Fitzwilliam—, ¿podría identificar a quién pertenecían?

La mirada de Helen vaciló nerviosa entre los tres. —Una era sin duda la de la señorita Bingley, señor. Su voz es... era... muy distintiva. La otra... —vaciló, tragando visiblemente—. —La otra era la del señor Bingley, señor. Estoy segura de ello.

—¿Se lo ha mencionado al magistrado? —preguntó Darcy.

Las mejillas de Helen se sonrojaron ligeramente. —No, señor. No ha pedido entrevistarme, ya que no soy del servicio de Netherfield, y yo... no estaba segura de que lo que oí fuese importante. Los hermanos discuten, y no me pareció procedente mencionarlo sin que me lo preguntasen expresamente.

—Es perfectamente comprensible —aseguró Elizabeth—. —Pero puede que sea relevante para comprender lo ocurrido aquella noche. ¿Puede recordar qué se dijo durante ese intercambio?

—No literalmente, señora —admitió Helen—. —No quería que me sorprendieran escuchando, así que pasé de largo deprisa. Pero el tono de la señorita Bingley era...

burlón, quizá. Mencionó algo acerca de "humillación pública" y "que estaría mejor sin ella". La respuesta del señor Bingley se distinguía peor, pero sonaba muy airado. No alto, exactamente, sino intenso. Recuerdo que pensé que nunca le había oído hablar así.

El coronel Fitzwilliam se inclinó ligeramente hacia delante. —¿Y dice usted que este intercambio tuvo lugar junto a la escalera?

—Pues no lejos de lo alto de la escalera, señor —confirmó Helen—. —Los vislumbré al doblar la esquina. Estaban cerca de la puerta de las habitaciones del señor Bingley, que queda a solo unos pasos de allí.

—¿Observó acaso algo más? —preguntó Darcy, empezando a sentirse bastante mareado. Las implicaciones de este testimonio se volvían cada vez más claras y perturbadoras.

—No, señor. Como he dicho, pasé de largo con rapidez. No me correspondía detenerme.

—Muy cierto —convino el coronel Fitzwilliam—. —Y es sumamente loable que haya venido ahora a aportar esta información.

—Gracias, Helen —dijo Elizabeth con calidez—. —Nos ha sido de gran ayuda. Le rogaría, sin embargo, que por el momento guarde este asunto para sí. No conviene que la especulación se extienda por la casa.

—Por supuesto, señora —replicó Helen con otra respetuosa reverencia —. —Lo comprendo perfectamente.

Una vez despedida la doncella, los tres se sentaron en un silencio denso. Darcy se quedó mirando al fuego, con pensamientos insólitamente tumultuosos mientras intentaba conciliar esta nueva información con la idea, asentada de antiguo, que tenía del carácter de su amigo.

—Esto confirma lo que ya sugerían las pruebas físicas —dijo por fin el coronel Fitzwilliam, rompiendo el silencio—. —La señorita Bingley y

su hermano riñeron tras el baile, en una hora en que la mayor parte de la casa dormía.

—La alusión a "humillación pública" concuerda con el comportamiento de Caroline durante el baile —observó Elizabeth en voz queda—. —Sus comentarios acerca de la aparente preferencia de Jane por usted, Richard, estaban claramente diseñados para herir el orgullo de su hermano.

—Y la expresión "mejor sin ella" sugiere que Caroline quizá se refería a Jane —añadió Darcy de mala gana—. —Quizá daba a entender que Bingley saldría beneficiado si abandonaba su inclinación.

El coronel Fitzwilliam asintió lentamente. —Un sentimiento que, viniendo después de la evidencia pública de la preferencia de la señorita Bennet por otro, pudo parecerle a Bingley particularmente cruel. Si había estado bebiendo en exceso, como observaste...

—Su capacidad de contención se habría visto mermada —concluyó Darcy—. —Y, sin embargo, pasar de palabras airadas a la violencia física... sigue siendo difícil de conciliar con su carácter.

—Consideremos el conjunto de las circunstancias —sugirió el coronel Fitzwilliam—.

—Bingley ya había sufrido el dolor de separarse de la señorita Bennet en otra ocasión, creyéndola indiferente. Regresa, animado por tu valoración revisada, para descubrir que los afectos de ella se hallan ya empeñados en otra parte pese a sus mejores esfuerzos. Su hermana subraya públicamente ese rechazo, añadiendo humillación a la desilusión. Luego, en privado, prosigue esa línea de censura cuando sus emociones están ya a flor de piel. Una pérdida momentánea de control en tales circunstancias, aunque inexcusable, no resulta del todo incomprensible.

—Usted sugiere que nunca pretendió matarla —dijo Elizabeth suavemente—. —Que fue un acto impulsivo más que premeditado.

—Parece la explicación más probable —convino el coronel Fitzwilliam —. —Un empujón dado con ira, sin considerar que estaba junto a la escalera.

Darcy se alzó de pronto y fue a colocarse ante la ventana mientras pugnaba por dominar sus emociones. La parte racional de su mente reconocía la coherencia de esta interpretación; aceptarla significaba, no obstante, aceptar también que había juzgado de raíz de manera

equivocada la naturaleza de Bingley. Durante años había considerado a su amigo esencialmente de buen natural, aunque a veces de voluntad débil, un hombre cuya afabilidad podía tornarse complacencia, pero nunca violencia. ¿Hasta qué punto se había equivocado?

—Si lo que sospechamos es en efecto lo que ocurrió —dijo por fin, volviéndose para encararlos—, entonces las acciones posteriores de Bingley sugieren un intento calculado de ocultar su responsabilidad. La apariencia de un pesar genuino mientras centra su atención en los arreglos financieros, la insistencia en que la investigación del magistrado es innecesaria... no son los actos de un hombre abrumado por una tragedia accidental, sino los de quien intenta escapar a las consecuencias de sus actos.

—Apenas habría tenido tiempo de sopesar sus opciones —observó el coronel Fitzwilliam—. —Si el altercado tuvo lugar en torno a las cuatro, como indicó Helen, y el cuerpo fue descubierto poco después del alba, Bingley se vio ante la elección de confesar haber causado la muerte de su hermana, aunque fuese accidental, o de intentar dar a todo la apariencia de un desgraciado percance.

—Eligió el engaño —dijo Elizabeth en voz baja—. —Una elección que revela más de su carácter que quizá todo nuestro trato anterior junto.

Darcy asintió despacio, y el peso de aquella constatación se posó sobre él con lúgubre definitividad. —La cuestión ahora es qué curso hemos de seguir con esta información.

Como testigos de indicios que sugieren que la muerte de Caroline no fue accidental, llevamos a cuestas una responsabilidad que no puede ignorarse.

—Debe informarse al magistrado —declaró con firmeza el coronel Fitzwilliam—. —El señor Burnley ya alberga sospechas, como prueba su regreso hoy y la naturaleza de su interrogatorio. Nuestras observaciones sobre el rastro de sangre y el testimonio de Helen acerca de la disputa proporcionarían un respaldo sustancial a una investigación formal.

—Bingley es mi amigo —dijo Darcy, palabras cargadas del conflicto entre la lealtad y el principio que le ha atormentado desde que comenzaron nuestros descubrimientos—.

—O lo fue, al menos. No puedo conciliar al hombre que creí que era con estos actos.

—Quizá no necesites conciliarlos del todo —sugirió Elizabeth con suavidad—. —Las personas somos complejas, Fitzwilliam. Un hombre puede poseer una afabilidad genuina y, aun así, ser capaz de acciones terribles cuando se le empuja más allá de sus límites. El carácter ordinario de Bingley puede ser exactamente como lo percibiste y, sin embargo, contener esa capacidad para impulsos más oscuros bajo una provocación extrema.

El coronel Fitzwilliam asintió conforme. —Pocos de nosotros somos verdaderamente conocidos por los demás en toda nuestra capacidad tanto para el bien como para el mal.

Las circunstancias que revelan nuestra naturaleza más profunda son, por fortuna, raras para la mayoría.

Darcy aceptó esta perspectiva con una leve inclinación de cabeza, aunque el consuelo que ofrecía era mínimo. Fuera cuales fuesen las complejidades que pudiesen explicar las acciones de Bingley, el hecho seguía siendo que, al parecer, había causado la muerte de su hermana y luego había intentado deliberadamente ocultar su responsabilidad.

Ninguna comprensión de la fragilidad humana podía mitigar enteramente la gravedad de esas decisiones.

—Hablaré en privado con el señor Burnley —decidió por fin—. El rastro de sangre sigue siendo visible, y pronto otros podrían advertirlo. El testimonio de Helen debería presentarse directamente en lugar de pasar por múltiples relatos. El magistrado determinará qué actuaciones formales han de seguir.

—Un planteamiento juicioso —aprobó el coronel Fitzwilliam—. —Directo y discreto, que permite a las autoridades competentes proceder como exige la ley.

—¿Y Bingley? —preguntó Elizabeth en voz baja—. ¿Hablarás con él antes de dirigirte al magistrado?

Darcy sopesó cuidadosamente esta cuestión, ponderando las exigencias de la amistad frente a las de la justicia y la verdad. —Sí —dijo por fin—. Creo que debería ofrecerle la oportunidad de explicarse antes de presentar al señor Burnley lo que, a estas alturas, no son más que sospechas y conjeturas.

—Es generoso por tu parte —dijo el coronel Fitzwilliam—, pero no estoy en desacuerdo con tu decisión. Solo espero que, en efecto, haya alguna explicación razonable, Darcy. A pesar de nuestra rivalidad por

la mano de la señorita Bennet, no le deseo ningún mal a Bingley.

—Gracias, Richard. Como siempre, tu consejo es sabio y valioso. Darcy estrechó la mano del coronel.

—Iré a hacerle compañía a Georgiana —dijo el coronel mientras salía de la estancia—.

Está practicando piezas muy suaves y melancólicas, en deferencia a la ocasión, y creo que no le disgustaría tener público. Te ruego, mándame llamar si me necesitas.

—Y yo iré con la señora Hurst —Elizabeth tomó la mano de Darcy y la apretó—. Para ofrecer el consuelo que pueda... sobre todo si tu conversación con Bingley sale mal.

Louisa Hurst podía estar a punto de perder a su hermano además de a su hermana, comprendió Darcy con desolación cuando Elizabeth salió en silencio, dejándole a solas con sus pensamientos y con la mirada fija en el fuego. Su amigo, a quien a menudo había guiado y en ocasiones había juzgado, pero a quien siempre había tenido por fundamentalmente decente, podía ser capaz de actos que Darcy apenas alcanzaba a comprender.

El peso de este conocimiento se le impuso con fuerza física; y, sin embargo, encontró en sí mismo la determinación de obrar como exigían sus principios. Fuera cual fuese el dolor que esta revelación trajese, fueran cuales fuesen las consecuencias para todos los implicados, la verdad debía reconocerse y la justicia perseguirse sin temor ni parcialidad. En esto, al menos, podía mantenerse fiel a los principios que siempre había creído defender, aun cuando otras certezas se desmoronasen a su alrededor.

Tomando aire hondo, Darcy enderezó la espalda, apartó la vista del fuego y se encaminó a grandes zancadas hacia la puerta.

La conversación con Bingley no podía demorarse más.

Capítulo Veintidós

DARCY SE DETUVO ANTE la puerta del despacho de Bingley, la mano alzada para llamar, cuando el leve susurro de unas faldas atrajo su atención y miró alrededor para ver a Elizabeth acercarse, con expresión resuelta aunque el color de su rostro estuviera algo más pálido de lo habitual. No había esperado su presencia en este enfrentamiento de lo más difícil y, sin embargo, no se sorprendió. La entereza moral de su esposa jamás había flaqueado ante lo desagradable, y poseía una claridad de juicio que, aunque a veces incómoda por su precisión, podía resultar valiosa en los momentos que se avecinaban.

—Fitzwilliam —dijo suavemente, colocándose a su lado—. Me gustaría acompañarte.

Darcy le estudió el rostro con atención. —Había pensado que estabas con la señora Hurst.

—Louisa ha preferido la soledad —explicó Elizabeth, cruzando las manos ante sí de ese modo tan suyo cuando estaba resuelta—. Ha tomado una dosis que le ha dado el médico y ha querido dormir. Y me hallo... reacia a permanecer ignorante de lo que Bingley pueda decir en su descargo.

Darcy vaciló, sopesando la conveniencia de incluir a Elizabeth en una conversación tan delicada frente a la innegable ventaja de su perspicaz presencia.

—Muy bien —concedió por fin—. Aunque debo advertirte, Elizabeth, que esta conversación puede resultar más penosa de lo que imaginas. Bingley puede reaccionar con ira cuando le enfrentemos.

Una leve sonrisa le rozó los labios, aunque no encerraba alegría alguna. —Ya me enfrenté en su día a un señor Darcy airado. Imagino que podré soportar a un señor Bingley airado.

Pese a la gravedad de su propósito, Darcy sintió un calor fugaz ante aquel recordatorio de su propia y complicada historia. Cuánto habían avanzado desde aquellos días en que el orgullo y el prejuicio se interponían entre ambos.

—Procedamos, entonces —dijo, golpeando con los nudillos firmemente el roble pulido.

Transcurrió un momento antes de que la voz de Bingley se oyera, tensa pero controlada. —Adelante.

Lo encontraron sentado a su escritorio, con los libros de cuentas abiertos ante sí, una pluma en la mano, como si hubieran interrumpido un asunto importante. Su luto era impecable, el corbatín dispuesto con precisión; sin embargo, Darcy advirtió de inmediato el brillo antinatural de sus ojos y el ligero temblor de la mano al dejar la pluma.

—Darcy, Elizabeth —los saludó Bingley, incorporándose con un atisbo de su cordialidad habitual, aunque parecía una fachada frágil—. Esto es inesperado. Justo estaba revisando algunos asuntos financieros que requieren atención antes de que...

antes de que se ultimen los arreglos para Caroline.

Darcy observó el modo cuidadoso en que Bingley evitaba mencionar directamente la muerte de su hermana, aludiendo a ella de soslayo, como si mantuviera la realidad a distancia. Había algo casi teatral en su representación de compostura que a Darcy le resultaba cada vez más discordante con el duelo verdadero.

—¿Querrían tomar algo? —prosiguió Bingley, dirigiéndose al aparador donde se alineaban licoreras con diversos espirituosos—. Encuentro que una copa de brandy ayuda a templar los nervios en tiempos difíciles.

—No, gracias —replicó Darcy con firmeza—. Nuestro propósito aquí no es social, Bingley.

Bingley se detuvo, la mano suspendida sobre la licorera. —Ya veo. ¿Se trata entonces de algo importante?

—De la mayor gravedad —confirmó Darcy, rechazando la silla que Bingley le indicó.

Prefería permanecer de pie, intuyendo que la ventaja de altura podía resultarle útil para lo que se avecinaba. Elizabeth, siguiendo su ejemplo, permaneció también de pie, a su lado.

La sonrisa de Bingley vaciló y se recompuso, aunque parecía más forzada que antes.

—Bien, entonces, ¿en qué puedo ayudarles? Estoy a su disposición, aunque confieso que mi mente está algo ocupada con los acontecimientos recientes.

—Precisamente de los acontecimientos recientes deseamos hablar —dijo Darcy—.

Bingley, Elizabeth y yo hemos hecho esta mañana un descubrimiento que nos ha causado una honda preocupación.

—¿Un descubrimiento? —repitió Bingley, con la voz cuidadosamente neutra, aunque un músculo le palpitaba visiblemente en la mandíbula —. ¿Qué clase de descubrimiento?

—Sangre —dijo Elizabeth en voz baja—. Un reguero de sangre que partía del exterior de sus habitaciones y llegaba hasta la escalera.

La compostura de Bingley se resquebrajó por un instante; sus ojos se agrandaron antes de que se rehaciera. —Yo... yo no lo sabía. Los criados debieron pasarlo por alto al limpiar. Un descuido de lo más desafortunado.

—No lo pasaron por alto —le corrigió Darcy—. Simplemente quedó disimulado por el veteado oscuro de la madera. Pero, al mirar con detenimiento, se ve con claridad, formando un rastro continuo desde su puerta hasta el lugar donde encontraron a Caroline.

—No acabo de ver la trascendencia —replicó Bingley, aunque su voz había perdido su cualidad melodiosa para volverse plana y tensa—. Caroline cayó por las escaleras.

Naturalmente habría sangre.

—La trascendencia —prosiguió Darcy sin concesiones— radica en la dirección del rastro. Si Caroline hubiese caído desde lo alto de la escalera, la sangre conduciría desde lo alto hacia abajo, no desde el exterior de sus habitaciones. Las pruebas sugieren que ya estaba herida antes de llegar a la escalera.

Un silencio cayó sobre la estancia, roto solo por el tictac del reloj de la repisa y la respiración cada vez más corta de Bingley. Elizabeth se acercó un poco a Darcy, su presencia un apoyo silencioso mientras observaban a Bingley esforzarse por mantener la fachada.

—Además —añadió Darcy, incapaz de dulcificar lo que debía decir—, la doncella de Elizabeth oyó una discusión entre usted y Caroline en las primeras horas tras el baile.

Una discusión que tuvo lugar cerca de sus habitaciones, exactamente donde comienza el rastro de sangre.

—Helen oyó voces alzadas —explicó Elizabeth con suavidad—. Reconoció tanto su voz como la de la señorita Bingley. Escuchó a Caroline decir algo acerca de una humillación pública y de que estaría mejor sin ella.

Bingley se volvió bruscamente, dirigiéndose a la ventana, donde se quedó de espaldas a ellos, con los hombros rígidos de tensión. —Chismorreos de criados —acertó a decir al fin—. Poco fiables y dados a la exageración.

—Helen no se inclina por ninguna de las dos —replicó Elizabeth—. Se limitó a referir lo que oyó de primera mano, sin adornos. Y su relato concuerda exactamente con las pruebas materiales.

—¿Qué es lo que está sugiriendo? —exigió Bingley, aún de espaldas a la ventana, con la voz tensa por una emoción apenas contenida—. Hable claro, Darcy, en vez de rondar su acusación como un buitre.

La dureza de ese símil, tan ajena al habla apacible habitual de Bingley, confirmó a Darcy que estaban horadando el barniz de normalidad cuidadosamente mantenido. Dio un paso al frente y se colocó justo detrás de su amigo.

—Lo que sugiero —dijo Darcy, con voz baja pero nítida— es que la muerte de Caroline no fue el resultado de una caída accidental. Sostengo que aquella noche ocurrió algo entre usted y su hermana que desembocó en una tragedia.

Las manos de Bingley aferraron el marco de la ventana con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Permaneció inmóvil durante un largo momento, como si estuviera tallado en piedra. Cuando por fin se volvió hacia ellos, su expresión había cambiado por completo. Había desaparecido toda pretensión de pena contenida, sustituida por una mirada desesperada y atormentada que Darcy jamás había visto en el semblante de su amigo.

—Ustedes no pueden entender —susurró Bingley, con la voz rota—. No pueden hacerse una idea de cómo fue.

—Ayúdenos a entender, entonces —dijo Elizabeth con suavidad—. Cuéntenos qué ocurrió, Charles.

El uso de su nombre de pila, tan poco habitual en Elizabeth, pareció perforar la última defensa que Bingley aún sostenía. Se dejó caer en la silla más cercana, de pronto despojado del rígido dominio que lo había sostenido desde la muerte de Caroline. Se cubrió el rostro con las manos un momento y luego las dejó caer inertes sobre el regazo, descubriendo unos ojos enrojecidos por lágrimas aún no derramadas.

—Ella lo controlaba todo —empezó, tan bajo que tuvieron que esforzarse para oírle—.

Desde el momento en que murió nuestro padre, Caroline marcó nuestro rumbo. Qué casas tomar, qué sociedad cultivar, qué conexiones perseguir. Yo no era más que el mascarón de proa, el nombre en las cuentas, mientras ella empuñaba el verdadero poder.

Darcy escuchaba con creciente incomodidad, reconociendo elementos de verdad en aquella valoración y, sin embargo, esforzándose por conciliarla con la violencia que, al parecer, había seguido.

—Cuando vinimos a Hertfordshire el año pasado —prosiguió Bingley, ya con las palabras brotándole más deprisa—, conocí la felicidad verdadera por primera vez.

Jane... su dulzura, su carácter afable, tan distinto de la ambición acerada de Caroline y de su constante censura. Empecé a imaginar una vida elegida por mí.

Alzó entonces la mirada hacia Darcy, y en sus ojos el reproche se mezcló con la angustia. —Y después usted me convenció de que sus sentimientos eran indiferentes, de que el vínculo no era adecuado. Caroline se aferró a su opinión y la reforzó a diario durante nuestra estancia en Londres. ¿Cuántas veces expresé el deseo de regresar a

Netherfield? Y cada vez, ella me recordaba su consejo y sugería que haría el ridículo si perseguía a una mujer que no me correspondía.

Darcy sintió el peso de su propia culpabilidad en este asunto. Su equivocación al juzgar los sentimientos de Jane Bennet, su intromisión en los asuntos de Bingley, habían contribuido a las circunstancias que finalmente condujeron a la tragedia.

—Cuando usted reveló la verdad —continuó Bingley—, que Jane sí había sentido afecto por mí y que Caroline había ocultado deliberadamente su presencia en Londres...

lo perdoné, Darcy. Sus motivos, aunque equivocados, nacían de la preocupación. Pero Caroline... —La voz se le endureció—. Su manipulación fue calculada, diseñada para mantener su control sobre mí y sobre nuestra fortuna.

—Y así volvió usted a Netherfield —apuntó en voz baja Elizabeth cuando él guardó silencio.

—Sí. Con renovadas esperanzas, pese a la oposición constante de Caroline. Creí... De veras creí que Jane y yo podríamos retomar lo que habíamos dejado. Pero entonces...

—Llegó el coronel Fitzwilliam —aportó Darcy cuando Bingley pareció incapaz de continuar.

—Sí. —Bingley soltó una risa hueca, por completo desprovista de humor—. Vi cómo los afectos de Jane se trasladaban a su primo. Observé la animación en su expresión al hablar con él, la sonrisa particular que antes me estaba reservada.

Se puso de nuevo en pie y empezó a moverse por la estancia con desasosiego, como si el movimiento físico pudiera aliviar la dolorosa rememoración. —Aun entonces, mantuve la compostura. Al fin y al cabo, no tenía ningún derecho sobre ella. Si prefería al coronel, lo soportaría con dignidad. Pero Caroline...

Su expresión se oscureció, una transformación tan completa que Darcy se encontró, por instinto, adelantando un paso para situarse más cerca de Elizabeth, como si quisiera protegerla de la emoción desnuda que emanaba de Bingley.

—Se burló de mí —prosiguió Bingley, bajando la voz hasta un susurro áspero—. En el baile, delante de otros, insinuó que me habían vuelto a tomar por tonto. Y después...

había bebido demasiado brandy, como creo que usted lo sabía, Darcy. Llamé a su puerta antes de irme a mi propia cama, quizá esperando de algún modo que ella también hubiese bebido demasiado vino, que se disculpara y retirase lo dicho. Pero dijo...

Se detuvo, tragando con dificultad antes de continuar. —Dijo que Jane nunca había sentido nada por mí, que cualquier mujer sensata preferiría a un coronel y al hijo de un conde antes que al hijo de un comerciante que juega a ser caballero. Que yo era una vergüenza para ella, que estábamos mejor sin esa mocosa, porque quizá ahora podríamos regresar a Londres y Caroline podría encontrarme una esposa que supiera cuál es su lugar y no interfiriese en su administración de nuestros asuntos.

El dolor sin filtro en la voz de Bingley hizo que Darcy se contrajera, y aun así guardó silencio, sabiendo que debía salir a la luz toda la historia.

—Algo se quebró en mí entonces —admitió Bingley, con la mirada fija en un punto indefinido, sin ver—. Todos los años de sumisión, de someterme a su juicio, de permitir que dirigiera mi vida conforme a sus ambiciones... Le dije que había terminado con sus injerencias. Que me casaría con quien eligiese, viviría donde me placiera, y que podía quedarse con su parte y establecer su propia casa si mis decisiones no le convenían.

Empezó a temblar visiblemente. —Se rió, Darcy. Se rió de mí y preguntó qué mujer me querría sin ella para guiarme por la sociedad, para cubrir mis traspiés sociales, para asegurarse de que no me hiciera quedar en ridículo con mi entusiasmo de cachorro y mis modales de mercader.

—¿Y después? —le animó Elizabeth con suavidad cuando él volvió a quedarse en silencio.

—La abofeteé —confesó Bingley, las palabras emergiendo en un sollozo entrecortado—. Dios me perdone, abofeteé a mi propia hermana. No con el puño cerrado, sino con la mano abierta, en la cara. Nunca, nunca había levantado la mano a una mujer, pero en ese momento… sencillamente no pude soportar una palabra más.

A Darcy se le revolvió el estómago ante aquella confesión, y sin embargo una parte distante de sí admitió que tal provocación podría, en efecto, empujar incluso a un hombre apacible más allá de los límites de su contención.

—La cabeza se le fue hacia atrás de golpe —prosiguió Bingley, con la voz hueca—. La nariz empezó a sangrar de inmediato. Se alejó tambaleándose de mí, con un gesto tan atónito, tan... traicionado. Alargué la mano hacia ella, para disculparme, para ayudarla, pero retrocedió. Estaba aturdida, confusa. Se volvió demasiado deprisa y... y entonces cayó. La oí gritar; oí los terribles sonidos mientras rodaba por las escaleras.

Se cubrió el rostro con las manos, los hombros sacudidos por sollozos silenciosos. —

Para cuando llegué hasta ella, ya se había ido. Sus ojos... tenía los ojos abiertos, pero no había nada allí. Ni vida, ni Caroline. Solo vacío.

En el silencio que siguió a esta confesión, Darcy se encontró incapaz de hablar. El horror de lo ocurrido, la trágica culminación de años de dinámicas familiares disfuncionales, le dejó momentáneamente sin palabras.

—¿Y después? —preguntó Elizabeth en voz baja, con el timbre firme pese a la evidente angustia en su expresión.

—Entré en pánico —admitió Bingley, bajando las manos para dejar ver un rostro devastado por la culpa—. Me dije que había sido un accidente. Que no había querido hacerle daño, y desde luego no... no matarla. Volví a mis aposentos, incapaz de pensar con claridad. Cuando la doncella la encontró por la mañana, fingí conmoción, dolor. He estado fingiendo desde entonces.

Entonces miró directamente a Darcy, con los ojos implorantes de comprensión. —No quise que muriese, Darcy. Lo juro por todo cuanto tengo por sagrado. Fue una pérdida de control de un instante tras años de sumisión. Un solo instante terrible que no puede deshacerse.

Darcy permaneció en silencio, procesando las plenas implicaciones de lo que había oído. Su amigo, el hombre afable y de buen natural a quien había conocido durante años, había golpeado a su hermana en un arrebato, con resultado de su muerte. Que hubiera sido involuntario mitigaba poco el peso moral de la acción, ni el engaño

deliberado que había seguido.

Cuando Bingley se desplomó de nuevo en la silla, llorando ya a tumba abierta, Darcy cruzó una mirada con Elizabeth. En sus ojos se reflejaban sus propias emociones encontradas: horror ante lo ocurrido y, sin embargo, una compasión compleja por los años de manipulación que habían precedido a aquella tragedia. No había juicios sencillos que emitir allí, ni un camino claro que satisficiese a la vez la justicia y la misericordia.

La confesión quedó suspendida en el aire entre ellos, irrevocable y transformadora.

Fuese lo que fuese lo que viniera después, nada volvería a ser igual para ninguno de ellos.

Elizabeth se movió primero, cruzando la estancia hasta donde Bingley yacía desmadejado en la silla. Posó una mano suave en su hombro, un gesto sencillo de pura

compasión. Era tan propio de ella, pensó Darcy. Mientras él permanecía paralizado en la indecisión, ella había encontrado el valor de ofrecer consuelo.

—Señor Bingley —dijo en voz suave—, lo sucedido fue terrible, pero su remordimiento es evidente.

Bingley alzó la vista al sentir su contacto, el rostro surcado de lágrimas, sus rasgos habitualmente agraciados contorsionados por el dolor y la vergüenza. —Sin duda me desprecian —susurró—. Los dos. Yo me desprecio a mí mismo.

—No puedo fingir comprender del todo qué le llevó a semejante acción —repuso Elizabeth—. Los años de manipulación, como usted ha descrito, pueden explicar su punto de quiebra, aunque no pueden excusarlo por completo.

Bingley asintió con desdicha. —Supongo que llamará usted al magistrado ahora —

dijo, dirigiéndose directamente a Darcy—. No me resistiré. Quizá sea mejor así, que se sepa la verdad en lugar de vivir con este... este peso sobre mi alma.

Darcy encontró por fin la voz, aunque le salió más áspera de lo que pretendía. —El magistrado ya sospecha que las circunstancias de la muerte de Caroline no fueron las que se informaron en un principio. Es solo cuestión de tiempo que las pruebas le lleven a la misma conclusión a la que hemos llegado.

—Lo comprendo —dijo Bingley, enderezándose ligeramente como si se preparase para lo inevitable—. Le confesaré todo. No fue premeditado, Darcy. Nunca tuve intención de hacerle daño, pero no puedo negar mi responsabilidad en lo ocurrido.

Mientras Darcy observaba a Bingley luchar por recobrar la compostura, un complejo torbellino de emociones se agitaba en su pecho. Ira por el engaño, horror ante la violencia surgida de un frente tan inesperado, y también compasión por los años de dominio que Bingley había descrito. Las manipulaciones de Caroline no justificaban las acciones de su hermano, pero ofrecían un contexto que no podía descartarse del todo.

Además, Darcy no podía sustraerse a su propia culpabilidad en todo aquel trágico asunto. Si no hubiera interferido en la relación de Bingley con Jane Bennet un año atrás, si no hubiera proporcionado a Caroline las armas mismas que necesitaba para controlar a su hermano, quizá los hechos habrían discurrido de un modo muy distinto. Aquel primer yerro puso en marcha una cadena de circunstancias que, si bien no causaron directamente la muerte de Caroline, sí contribuyeron a la tensión que la precedió.

Elizabeth pareció percibir su lucha interna, pues se volvió hacia él con una mirada inquisitiva. —¿Fitzwilliam? —le instó con suavidad—, ¿qué piensas sobre cómo deberíamos proceder?

La pregunta le obligó a cristalizar las ideas a medio formar que tomaban cuerpo en su mente. La justicia debía cumplirse, pero ¿solo había una forma que pudiera adoptar? Si Bingley confesaba ante el magistrado, sin duda afrontaría un juicio por homicidio involuntario, si no por asesinato. El escándalo destruiría no solo al propio Bingley, sino que proyectaría una sombra sobre todos los vinculados a él.

—Necesito un momento para pensar —dijo Darcy, acercándose a la ventana donde Bingley había estado de pie antes. Los terrenos de Netherfield se extendían ante él, apacibles y ordenados, desmintiendo la tragedia humana que se desarrollaba dentro de sus muros. ¿Cuál era el curso correcto de acción? ¿Qué solución podría satisfacer las exigencias de la justicia y, a la vez, reconocer las complejidades de la

flaqueza humana?

Mientras contemplaba el paisaje sin verlo, una posibilidad tomó forma en su mente.

No era perfecta, quizá ni siquiera del todo honorable, pero ofrecía una vía para seguir adelante que podría permitir tanto las consecuencias como la redención.

Al volverse hacia la estancia, Darcy encontró a Elizabeth y a Bingley observándole, aunque con expresiones muy distintas. En los ojos de Elizabeth había una cauta curiosidad, mientras que los de Bingley no reflejaban sino desesperación.

—Creo que tengo una solución —dijo por fin Darcy, y su voz recobró su autoridad habitual—. Una que reconoce su responsabilidad, Bingley, al tiempo que le ofrece la oportunidad de construir un futuro distinto.

Bingley se irguió ligeramente, con la atención centrada por completo en las palabras de Darcy. —¿Qué clase de solución?

—América —dijo Darcy sin rodeos—. Podría llevar su fortuna y establecerse allí.

Empezar de nuevo en un país donde se valora la iniciativa y las jerarquías sociales son menos rígidas que aquí, en Inglaterra.

Elizabeth alzó levemente las cejas, pero guardó silencio, permitiéndole continuar sin interrupciones.

—Creo que lo sucedido fue, en efecto, accidental en el sentido de que usted nunca pretendió la muerte de Caroline —explicó Darcy, escogiendo con cuidado las palabras—. Una pérdida momentánea del control, más que una malicia deliberada. Pero

no puedo, en conciencia, sugerir que deba escapar de todas las consecuencias de sus actos.

Bingley intervino, con la voz ahora más firme. —No lo desearía. No puedo escapar del conocimiento de lo que he hecho, Darcy; permanecerá conmigo siempre.

—Precisamente —asintió Darcy—. Y esa rendición de cuentas interior es quizá el castigo más significativo. Sin embargo, también debe haber consecuencias externas. Al apartarse de Inglaterra, renunciaría a su

posición en la sociedad de aquí, a sus relaciones, a la vida que ha construido. Sería una forma de destierro, autoimpuesto pero no por ello menos real.

Comenzó a pasear despacio, sopesando las implicaciones de su propuesta. —Una vez llegado con seguridad a América, escribiría al señor Burnley explicándole la verdad de lo ocurrido. La ley no le perseguiría al otro lado del Atlántico; sería impracticable y prohibitivo en gastos. Pero la verdad se sabría, y usted habría reconocido su responsabilidad.

—El escándalo seguiría alcanzando a quienes se quedan atrás —apuntó Elizabeth en voz baja—. En particular a Louisa y al señor Hurst.

Darcy asintió, reconociendo esta complicación. —Cierto, pero menos directamente que si el asunto llegase a un juicio público. Podría presentarse la situación como que Bingley ha abandonado Inglaterra abrumado por el dolor por la muerte de su hermana, incapaz de afrontar los recuerdos vinculados a Netherfield. Su posterior confesión, llegada tras su partida, sería un asunto privado entre él y el magistrado. El señor y la señora Hurst... bueno, podrían optar por reunirse con usted, o establecerse aquí en Inglaterra sin su presencia; la elección sería de ellos. Yo los reconoceré, si se quedan.

Son inocentes en este asunto.

La expresión de Elizabeth era de aprobación, y eso dio a Darcy fuerzas para mirar a Bingley a los ojos y proseguir. —No es una solución perfecta, ni enteramente acorde con la interpretación más estricta de la justicia. Si su conciencia exige que afronte aquí, en Inglaterra, todas las consecuencias legales de sus actos, no intentaré disuadirle. Pero si desea una oportunidad para construir una vida distinta, una en la que pueda contribuir positivamente a la sociedad en lugar de pasar años en prisión, esto le brinda tal ocasión.

La expresión de Bingley se había transformado a medida que Darcy hablaba: la desesperación dejaba paso a una esperanza desesperada. —¿Haría usted esto por mí? —

preguntó, casi en un susurro—. Después de lo que he hecho, ¿me ayudaría a escapar de la horca?

—No solo por usted —aclaró Darcy, reacio a presentar su propuesta como una mera amistad que se impone al principio—. Por todos aquellos a quienes dañaría el escándalo de un juicio público, incluida

mi propia familia. Y porque creo que la justicia puede adoptar múltiples formas. Su vida en América no estaría exenta de dificultades ni de arrepentimientos. Llevaría siempre consigo el conocimiento de sus actos. Pero tendría la oportunidad de, quizá con el tiempo, hacer alguna reparación mediante una vida bien vivida.

—Exigiría actuar de inmediato —observó Elizabeth en voz baja—. Antes de que la investigación del señor Burnley avance más. Tarde o temprano interrogará a Helen, y no le pediré que mienta por usted. O alguna de las doncellas encontrará el rastro de sangre que hemos descubierto.

—En efecto —convino Darcy—. Habría que asegurar pasaje sin demora. Hacer los arreglos financieros con discreción. Y dar una explicación verosímil para una partida tan repentina.

Bingley se puso en pie, y una energía nueva animó sus movimientos pese a su evidente agotamiento. —Puedo marcharme esta misma noche —dijo, con las palabras atropellándose por la premura—. Hay barcos que zarpan de Liverpool regularmente hacia América; tengo contactos allí que podrían ayudar con los arreglos necesarios. Mi abogado posee poderes que le permitirían gestionar la transferencia de fondos.

A Darcy, aquel planeamiento apresurado le confirmó lo que ya sospechaba: que Bingley no veía esta sugerencia solo como una huida de las consecuencias legales, sino como una liberación de una vida que se le había vuelto intolerable. La premura con que abrazaba la perspectiva de abandonar Inglaterra decía mucho de su estado de ánimo.

—¿Y Louisa? —preguntó Elizabeth—. Acaba de perder a su hermana. Perder también a su hermano, aunque solo sea por la distancia y no por la muerte, sería otro golpe importante.

Bingley se ensombreció. —Hablaré con ella en privado antes de irme. Le explicaré que necesito alejarme de los recuerdos de aquí, aunque no le diré toda la verdad. Con el tiempo, cuando se haya repuesto algo de su duelo por Caroline, le escribiré e invitaré a ella y a Hurst a visitar América. Le traspasaré la dote de Caroline, de veinte mil; eso debería asegurar que ni ella ni Hurst carezcan de nada.

—¿Y Jane? —apremió Elizabeth con suavidad—. ¿Qué querría usted que le dijeran?

Una chispa de dolor cruzó los rasgos de Bingley al oír el nombre de

Jane. —Lo mismo que a los demás, supongo: que el dolor me ha expulsado de Inglaterra. Su felicidad con el coronel Fitzwilliam parece asegurada; no necesita saber nunca cuál fue mi parte en esta tragedia.

Darcy sopesó esto, ponderando las implicaciones morales de permitir que Jane permaneciera ignorante de todas las circunstancias. Cruzó la mirada con Elizabeth y se dio cuenta de que Elizabeth jamás mantendría a su hermana en la ignorancia. Pero quizá era mejor que Bingley creyera que Jane no llegaría a saberlo nunca, que ella pudiera seguir pensando bien de él.

—Creo que es lo mejor —dijo por fin, evitando decir directamente que a Jane no se le informaría—. —El coronel Fitzwilliam debe conocer la verdad, pues ya le hemos confiado nuestras sospechas, y el señor Burnley también, tarde o temprano. Pero creo que, cuanto menos sepan la historia completa, mejor para todos los implicados.

—Empezaré los preparativos de inmediato. Mi ayuda de cámara puede hacer el equipaje con lo esencial sin despertar sospechas. Puedo marcharme esta noche, alegando como destino Londres por negocios urgentes, y luego dirigirme directamente a Liverpool.

La rapidez con que se estaban realizando los arreglos prácticos dejó a Darcy algo desorientado, como si los acontecimientos hubieran adquirido un impulso propio más allá de su control. Con todo, no veía ya mejor alternativa una vez trazado el rumbo.

—Ayudaré con todos los preparativos que sean necesarios —se ofreció, obligado por el deber a llevar el plan hasta su término ahora que lo había propuesto—. —Una carta de presentación para un socio mío en Nueva York podría resultar útil.

—Sería usted muy amable —replicó Bingley, con la voz velada por la emoción—. —

Darcy, no puedo expresar adecuadamente lo que ha significado su amistad, especialmente ahora, cuando menos la merezco.

Al oír aquellas palabras, Darcy experimentó una curiosa mezcla de emociones. ¿Podía existir la verdadera amistad junto a semejante engaño? Y, sin embargo, al mirar a Bingley, reconoció que la bondad esencial que siempre había apreciado en su amigo no había desaparecido, aunque se hubiese visto momentáneamente vencida por la

fragilidad humana. Quizá había cierta integridad en reconocer esa

complejidad en lugar de replegarse en un juicio moral simplista.

—Debe usted escribir al señor Burnley en cuanto esté asentado con seguridad —le recordó Darcy con firmeza—. —Es una condición de mi ayuda, no una sugerencia. Sin ese reconocimiento de responsabilidad, este plan se convierte en mera evasión, en lugar de una forma alternativa de justicia.

—Le doy mi palabra solemne —prometió Bingley, con el gesto grave —. —En cuanto esté establecido, escribiré un relato completo de lo sucedido. Se sabrá la verdad, aunque yo me halle fuera del alcance de la ley inglesa.

Elizabeth, que había observado aquel intercambio con atenta reflexión, habló por fin.

—Señor Bingley, aunque no puedo aprobar lo ocurrido, sí comprendo en parte cómo una manipulación implacable puede llevar a uno a acciones por lo demás inimaginables. Espero que en América encuentre no solo un escape de las consecuencias de aquí, sino la oportunidad de descubrir quién es en verdad cuando está libre del control ajeno.

Sus palabras, compasivas y a la vez firmes en el reconocimiento de la realidad, parecieron afectar profundamente a Bingley. Inclinó la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada. —Gracias, señora Darcy. Su comprensión es más de lo que merezco, pero me esforzaré por llegar a ser digno de ella con el tiempo.

—Debemos dejarle con sus preparativos —dijo Darcy, consciente de que ahora las cuestiones prácticas exigían atención si querían que su plan tuviera éxito—. —Volveré dentro de una hora para tratar los pormenores de su viaje. La solución a la que habían llegado era imperfecta, un compromiso entre justicia y misericordia que probablemente inquietaría la conciencia de Darcy en momentos más sosegados de reflexión. Y, sin embargo, ofrecía un camino a seguir que reconocía la complejidad de la falibilidad humana sin entregarse por completo ni al juicio severo ni a la absolución fácil.

Bingley asintió, dirigiéndose ya hacia su escritorio con renovado propósito. —Estaré listo. Y Darcy... Elizabeth... gracias. No por salvarme de las consecuencias, sino por permitirme la dignidad de elegir a cuáles enfrentarme.

Al salir del despacho y cerrar la puerta con suavidad tras ellos, Darcy sintió que el peso de la decisión que acababa de tomar se asentaba

sobre sus hombros. No había obrado ni como dictaría la justicia más estricta ni como lo haría la amistad más indulgente, sino en algún punto incierto entre ambas. Si ese compromiso acabaría por

avenirse con su conciencia estaba por ver; por ahora, empero, parecía el único camino que reconocía tanto la gravedad de lo ocurrido como la posibilidad de redención que Darcy creía sinceramente que Bingley merecía.

La mano de Elizabeth buscó la suya mientras caminaban en silencio hacia sus aposentos; su contacto comunicaba comprensión sin necesidad de palabras. En ese gesto sencillo, Darcy halló el consuelo de saber que, fueran cuales fuesen los juicios que otros acabaran por hacer de su decisión, la única persona cuya opinión valoraba por encima de todas seguía a su lado, con la brújula moral alineada con la suya incluso en este momento tan difícil.

Capítulo Veintitrés

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Elizabeth se acercó a Longbourn en el carruaje de Darcy con el ánimo abatido. Los sucesos de Netherfield pesaban sobre su mente como cargas físicas; cada revelación acerca de Bingley y de las circunstancias de la muerte de Caroline añadía un peso más a aquel fardo opresivo. Elizabeth se detuvo cuando el lacayo la ayudó a bajar, reuniendo sus fuerzas antes de presentarse ante su familia, en particular Jane, cuyo tierno corazón se vería sin duda afligido al saber que Bingley se había marchado a América.

Darcy había pasado la tarde anterior ayudando con las cartas y

arreglos necesarios, y Bingley se había marchado antes de la cena. A estas horas, Bingley estaría ya de camino a Liverpool, el primer paso de su destierro autoimpuesto a América. Elizabeth no podía evitar preguntarse si de verdad se había hecho justicia, o si no habrían sustituido una tragedia por otra.

La puerta principal se abrió antes de que ella llegara, y dejó ver a su madre en un inusual estado de preocupación contenida, en lugar de su habitual nervioso alborozo.

—Lizzy —la saludó la señora Bennet, prescindiendo de sus efusiones habituales—.

Qué atenta, venir a vernos. ¿No está el señor Darcy contigo?

—Permanece en Netherfield, mamá —respondió Elizabeth, dejando que su madre le besara la mejilla—. Aún hay asuntos que requieren su atención, dadas las penosas circunstancias.

—Qué asunto tan espantoso —bajó la voz la señora Bennet hasta un susurro de confabulación—. El accidente de la señorita Bingley ha echado un auténtico velo de luto sobre el vecindario. Aunque nunca fue especialmente agradable, no se desearía tal destino a nadie.

—Desde luego que no —convino Elizabeth, quitándose el sombrero y los guantes. La casa parecía inusitadamente silenciosa—. ¿Están en casa mi padre y mis hermanas?

—Tu padre está en su biblioteca, por supuesto. Kitty y Mary han salido a pasear; creo que pensaban pasar por Lucas Lodge para ver a Maria —la señora Bennet vaciló, rareza que llamó de inmediato la atención de Elizabeth—. Jane está en el saloncito. Esta mañana la noto algo descompuesta. Quizá podrías hablar con ella.

El corazón de Elizabeth se aceleró.—¿Está enferma?

—No exactamente enferma, pero... más callada de lo habitual, incluso para ser Jane —

frunció el ceño la señora Bennet con auténtica preocupación—. Anoche recibió una visita, y bastante a deshora.

—¿Una visita? —repitió Elizabeth, aunque ya había empezado a sospechar la identidad de aquel visitante. ¿Había sido Bingley tan audaz como para presentarse ante Jane antes de su partida?

—El señor Bingley —confirmó la señora Bennet—. Llegó bastante tarde e insistió en hablar a solas con Jane. Pensé, dadas las circunstancias, que quizá buscaba consuelo en su compañía, así que lo permití pese a la hora impropia. Hablaron quizá un cuarto de hora, y luego se marchó a toda prisa. Jane no ha dicho nada de su conversación, pero desde entonces está de lo más pensativa.

Elizabeth sintió un escalofrío a pesar del calor del zaguán.—Iré a verla enseguida.

Gracias, mamá.

La señora Bennet le dio unas palmaditas distraídas en el brazo.—Sí, sí. Haré que Hill traiga té.

Elizabeth encontró a Jane exactamente donde su madre había indicado, sentada en el saloncito junto a la ventana, con el bordado intacto en el regazo mientras contemplaba el jardín desnudo del invierno. La luz de la mañana iluminaba su perfil, revelando una expresión meditativa que hablaba de pensamientos turbios. Por un momento, Elizabeth se limitó a observar a su hermana, sorprendida una vez más de cómo la serena belleza de Jane ocultaba por completo la hondura de sus sentimientos. A diferencia de

Elizabeth, cuyos afectos tendían a asomar en sus gestos y palabras, Jane contenía los suyos tras una suave compostura que pocos tenían la paciencia de traspasar.

—Jane —dijo Elizabeth en voz baja.

Jane se volvió; una sonrisa transformó su semblante pensativo, aunque no llegó del todo a sus ojos.—Lizzy, no te he oído llegar. Qué alegría verte.

—Mamá ha dicho que quizá te viniese bien algo de compañía —Elizabeth cruzó la estancia para sentarse junto a su hermana—. Cree que estás preocupada.

La mirada de Jane regresó a la ventana.—No exactamente preocupada. Quizá contemplativa sea más preciso.

—Mamá también ha dicho que anoche recibiste una visita —se aventuró Elizabeth—.

¿El señor Bingley?

—Sí —dijo Jane, y un suspiro leve se escapó de sus labios—. Vino del modo más inesperado. Me sorprendió, sobre todo dadas las circunstancias en Netherfield. Pensaba que estaría por completo ocupado con los arreglos para su hermana.

Elizabeth estudió atentamente a su hermana.—¿Qué quería, Jane?

Los dedos de Jane juguetearon con el aro de bordar que tenía en el regazo, señal rara de agitación en quien solía ser tan compuesta.—Vino a hacerme una proposición, Lizzy.

Una proposición de lo más inesperada.

—¿De matrimonio?

—Sí, pero más que eso —Jane por fin sostuvo la mirada de Elizabeth, con sus ojos azules turbados—. Me propuso acompañarle inmediatamente a América. Habló de empezar allí una nueva vida, lejos de los recuerdos y las ataduras de Inglaterra.

—¡América!

—Estaba muy apasionado con la idea —prosiguió Jane—. Dijo que la muerte de Caroline le había mostrado la fragilidad de la vida, que debemos atrapar la felicidad mientras podamos. Habló de oportunidades en América, de forjar juntos un porvenir donde las jerarquías sociales importen menos y la iniciativa sea recompensada por sus propios méritos.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Elizabeth, aunque podía adivinar por la presencia de Jane en Longbourn que lo había rechazado.

—Le dije que me honraba su consideración, pero que no podía contemplar tal propuesta —replicó Jane con sencillez—. Abandonar Inglaterra, a mi familia, todo lo familiar, con tan poco aviso... sería de lo más imprudente. Además, le expliqué que, si bien en otro tiempo le había tenido en la más alta estima, mis afectos... habían tomado otro rumbo.

—Por el coronel Fitzwilliam —suministró Elizabeth.

Un rubor leve tiñó las mejillas de Jane. —Sí. No podía, en conciencia, aceptar la propuesta de Mr. Bingley cuando mi corazón pertenece a otro. Se lo dije, tan amablemente como pude.

—¿Cómo recibió tu negativa?

—Con más aplomo del que esperaba, dada la vehemencia de su propuesta —admitió Jane—. Me deseó felicidad, hizo una reverencia y se marchó. Fue todo bastante abrupto.

Elizabeth sintió cómo se aflojaba el nudo de tensión en el estómago. La propuesta de Bingley, formulada en la víspera de su huida de la justicia, le había parecido desesperada. ¿De veras había creído que Jane lo abandonaría todo para acompañarle en el exilio? ¿Y qué habría hecho si ella hubiese aceptado, para descubrir más tarde la verdad sobre la muerte de Caroline y su fuga de las consecuencias?

—Lizzy —dijo Jane en voz baja, interrumpiendo aquellos pensamientos inquietantes—. No pareces sorprendida por nada de esto. ¿Sabías que Mr. Bingley pensaba marcharse a América?

El momento había llegado antes de lo que Elizabeth había previsto. Había pensado ir desvelando la verdad poco a poco, pero la perspicacia de Jane le había forzado la mano.

—Jane, hay algo que debes saber sobre la muerte de Caroline —comenzó Elizabeth—.

No fue un accidente, al menos no en el sentido habitual de la palabra.

Los ojos de Jane se agrandaron. —¿Qué quieres decir?

Elizabeth tomó las manos de Jane entre las suyas y sostuvo su mirada sin apartarse.

—Fitzwilliam y yo descubrimos indicios que sugieren que Caroline no simplemente cayó por las escaleras. Hubo un enfrentamiento entre ella y Bingley en las primeras

horas después del baile. Se cruzaron palabras, palabras crueles por parte de Caroline, acerca de ti y de la posición de Bingley en la sociedad.

—¿Un enfrentamiento? —repitió Jane, con la voz apenas por encima de un susurro.

—Bingley la golpeó, cegado por la ira —prosiguió Elizabeth, obligándose a pronunciar aquella verdad difícil—. Afirma que no pretendía causarle la muerte, que ella cayó por las escaleras después de que él la abofetease. Pero no por ello deja de ser cierto que sus actos condujeron directamente a su muerte, y que después intentó ocultar lo sucedido.

El rostro de Jane palideció; sus manos temblaban levemente entre las de Elizabeth. —

No puedo creerlo. No Mr. Bingley. Siempre ha sido tan apacible, tan bondadoso.

—Hasta el más afable de los hombres puede albergar honduras que no alcanzamos a ver —dijo Elizabeth en voz queda—. Caroline lo había manipulado durante años, había controlado su vida, sus relaciones sociales, incluso sus afectos. Cuando se burló de él por tu preferencia por Colonel Fitzwilliam, después de todo lo sucedido el año pasado...

algo se quebró en su interior.

Jane retiró las manos y se levantó para acercarse a la ventana. La luz de la mañana parecía ahora acentuar la desazón de su semblante más que su hermosura. —¿Cómo descubriste esto?

Elizabeth le explicó lo del rastro de sangre, el testimonio de Helen acerca de la disputa que había escuchado y, por último, la confesión de Bingley cuando se le hizo frente. Durante toda su explicación, Jane permaneció en silencio, la espalda erguida, la mirada fija en el jardín más allá de la ventana.

—Así que su propuesta, su deseo de marcharse a América... —empezó Jane.

—Formaba parte de un plan ideado por Mr. Darcy —admitió Elizabeth —. Después de que Bingley confesara, mi marido sugirió que el destierro podría servir de alternativa al escándalo público y a las consecuencias legales que de otro modo se seguirían. Bingley se establecerá en América y, una vez fuera del alcance de la ley inglesa, escribirá para confesar la verdad al magistrado.

Jane se volvió para encararla; en su expresión se mezclaban la confusión y la angustia.

—¿Y estás de acuerdo con esta solución?

—Lo estoy —confirmó Elizabeth—. Aunque la muerte de Caroline fue verdaderamente trágica, quizá ella misma se la granjeó tras años de manipulación y crueldad. No es que esto justifique las acciones de Bingley —añadió con rapidez—, pero aporta un contexto que un tribunal jamás tendría en cuenta. De este modo, Bingley se enfrenta a consecuencias mediante el exilio y la pérdida de su posición aquí, mientras que quienes son inocentes de toda falta se ven libres del

dolor y el escándalo de un juicio público.

—Quienes son inocentes de toda falta —repitió Jane en voz suave—. Como los Hursts. Y yo.

—Sí —convino Elizabeth, aliviada de que Jane comprendiera.

Jane volvió a su asiento; su compostura iba regresando poco a poco, aunque sus ojos seguían turbados. —No puedo fingir que entiendo cómo el hombre que creía que era pudiera ser capaz de tal violencia —dijo al fin—. Y, sin embargo, tampoco puedo condenarle por completo. Que a uno le empujen más allá de sus límites de resistencia...

es algo terrible.

—Tu compasión te honra —dijo Elizabeth con suavidad—. Aunque de veras me alivia que rechazases su propuesta, por razones que van más allá de tu afecto por Colonel Fitzwilliam. Si hubieras aceptado su proposición ignorando estos hechos, te habrías visto arrastrada a su exilio sin comprender su verdadera naturaleza.

—Desde luego, he escapado por los pelos —convino Jane—. Aunque ahora me pregunto si llegaré alguna vez a conocer de veras el corazón de una persona. Primero Mr. Wickham, que se presentaba como la quintaesencia de la afabilidad mientras ocultaba tanta maldad. Y ahora Mr. Bingley, cuya naturaleza apacible encubría tal capacidad de ira.

Elizabeth volvió a tomar la mano de su hermana. —Quizá la culpa no esté en nuestro juicio, sino en suponer que las personas son criaturas simples, fácilmente clasificables como buenas o malas. La verdad parece ser que la mayoría albergan complejidades que nunca alcanzamos a discernir del todo.

—Un pensamiento aleccionador —reconoció Jane con una leve sonrisa—. Y sin embargo, no del todo exento de esperanza. Porque si las personas son complejas y no simplemente buenas o malas, quizá quienes han obrado mal contengan también la capacidad de redención.

—Quizá —convino Elizabeth, una vez más impresionada por la innata generosidad de espíritu de su hermana—. Aunque confieso que por ahora me interesa más tu felicidad que la posible redención de Bingley.

La sonrisa de Jane se volvió un poco más cálida. —No has de preocuparte por eso, Lizzy. Aunque estas revelaciones son dolorosas, no disminuyen mi estima por Colonel Fitzwilliam.

Elizabeth sintió que se le aligeraba el corazón con aquellas palabras. Pese a las sombras que habían arrojado los acontecimientos recientes, la dicha de Jane seguía siendo una posibilidad luminosa, no mancillada por los actos de Bingley.

La luz de la tarde había empezado a suavizarse cuando el sonido de unos cascos que se acercaban distrajo a Elizabeth de su conversación con Jane. Habían pasado las horas desde su charla matutina en el apacible ritmo de la compañía entre hermanas, evitando con cuidado volver a mencionar a Bingley y reconociendo tácitamente el peso de lo revelado. Ahora, cuando la cadencia inconfundible de un visitante que se aproximaba resonó por la casa silenciosa, Elizabeth advirtió la sutil transformación en su hermana: el enderezarse de su postura, la mirada fugaz hacia la ventana, la pausa momentánea en su labor de aguja. Tales pequeños indicios pasarían inadvertidos para la mayoría, pero para Elizabeth decían mucho del visitante que Jane aguardaba.

—Creo que hay visita —observó Elizabeth, mirando con interés cómo un rubor le subía a las mejillas a Jane.

—Me pregunto quién será —dijo Jane, aunque el leve temblor de su voz sugería que quizá tenía alguna expectativa sobre quién se acercaba.

Su especulación se resolvió instantes después, cuando Hill apareció en la puerta del salón; su semblante, por lo común adusto, dejaba traslucir un atisbo de aprobación. —El coronel Fitzwilliam desea verlas, señorita Bennet, señora Darcy.

La transformación de Jane fue inmediata y completa. La mujer pensativa que había pasado la mañana asimilando las revelaciones sobre Bingley se desvaneció, sustituida por una Jane cuya vivacidad contenida hablaba de un placer genuino. Alisó las faldas con unas manos que le temblaban levemente, la única señal exterior de su agitación interior.

—Hágalo pasar, por favor, Hill —pidió Jane, con la voz admirablemente firme pese al vivo color de sus mejillas.

Elizabeth contempló esta metamorfosis con una mezcla de fascinación y satisfacción.

Fuera cuales fuesen los sentimientos pasados de su hermana por Bingley, no cabía duda alguna de la hondura de su aprecio presente por el coronel Fitzwilliam. El contraste entre la compostura cortés de Jane cuando hablaba de Bingley y su alegría apenas contenida ante la llegada del coronel hablaba con más elocuencia que cualquier declaración explícita.

El coronel Fitzwilliam entró en el salón con su habitual porte seguro. Sus ojos buscaron de inmediato a Jane, y su expresión se suavizó de un modo que dejaba pocas dudas sobre sus propios sentimientos.

—Señorita Bennet, señora Darcy —las saludó, inclinándose con corrección aunque su mirada se detuvo en Jane—. Espero encontrarlas bien esta tarde.

—Muy bien, gracias, coronel —repuso Jane, su serenidad habitual apenas conteniendo la dicha que parecía iluminarla por dentro—. Por favor, ¿quiere acompañarnos?

—Será un placer —asintió, tomando asiento frente a Jane mientras dedicaba a Elizabeth una cálida sonrisa.

Una mirada de mutua comprensión pasó entre ellos; el conocimiento compartido de lo que en verdad había ocurrido flotaba, tácito, en el aire. El coronel asintió levemente; su expresión se ensombreció por un momento antes de recobrar la calidez anterior al posar la vista en Jane.

—Esperaba hablar con usted en privado, señorita Bennet —dijo, con un enfoque directo propio de un hombre acostumbrado a afrontar las situaciones de frente y no a navegar por las cortesías sociales—. Eso, si me lo permite.

El rubor de Jane se acentuó, pero sostuvo su mirada con tranquila dignidad. —Por supuesto, coronel.

Elizabeth se levantó de inmediato, reconociendo que su presencia ya no era necesaria ni deseada. —Creo que daré una vuelta por el jardín —anunció—. Para la época del año, el día está seco y agradable; aprovecharé el buen tiempo mientras pueda.

Ni Jane ni el coronel Fitzwilliam protestaron ante tan transparente excusa, aunque la mirada agradecida de Jane expresó su gratitud por la discreción de Elizabeth. Al salir de la estancia, cerrando la puerta con suavidad tras de sí, alcanzó a ver al coronel moverse para sentarse junto a Jane en el sofá, con una expresión de resuelta determinación.

El jardín estaba, en efecto, hermoso bajo la luz dorada de la tarde; las pocas flores que quedaban mantenían su color frente al invierno que se echaba encima. Elizabeth paseó lentamente por los senderos de grava, y sus pensamientos se volvieron hacia el hombre que ahora estaba con su hermana, declarándole unos sentimientos que no dudaba que eran sinceros.

El coronel Fitzwilliam ofrecía un contraste tan marcado con Bingley. Mientras Bingley había sido pura amabilidad y pronta complacencia, el coronel poseía una firmeza de carácter nacida de saber bien lo que quería. Su buen humor era genuino pero nunca efusivo; sus modales, pulidos pero nada teatrales. Y, quizá lo más importante, su franqueza directa. Elizabeth no había conocido jamás al coronel disimular ni ocultar su verdadero pensamiento tras una fachada de afabilidad.

Esta reflexión la llevó, como es natural, a considerar hasta qué punto podían engañar las apariencias. Los sucesos del último año habían probado una y otra vez esa verdad, cada revelación más inquietante que la anterior. Recorrió en silencio los senderos conocidos, dejando que sus pensamientos vagaran por la galería de malentendidos que había dado forma a los acontecimientos recientes.

Wickham, por supuesto, había sido el primero y tal vez el más significativo de los engaños. Su apuesto semblante y sus modales encantadores ocultaban un carácter de notable depravación. Incluso después de que la carta de Darcy revelara el intento de seducción de Georgiana por parte de Wickham, Elizabeth no había comprendido del todo la hondura de su bancarrota moral. Había sido imprudente al dejarle ver cuánto lo despreciaba, y lo pagó cuando él la comprometió, obligándola a aceptar casarse con él para salvarse a sí misma y a toda su familia de la deshonra.

La llegada de Darcy le había devuelto un atisbo de esperanza, y él estaba en trance de pedirle matrimonio por segunda vez cuando toparon con el cuerpo de Wickham. Pero hizo falta la terrible confesión de Lydia para completar el cuadro: Wickham, tras seducir a su hermana de quince años y dejarla encinta, había rehusado el matrimonio con tal

crueldad y firmeza que Lydia, en desesperada defensa de su propia vida, lo mató. Que la muerte de Wickham siguiera oficialmente sin resolverse era una misericordia por la que Elizabeth seguía profundamente agradecida.

Desde el oficial agradable y cautivador que al principio había despertado su propio interés hasta el villano revelado por los sucesos posteriores, la transformación de Wickham en su entendimiento había sido completa. Y, sin embargo, él no había cambiado jamás; sólo había cambiado su percepción, a medida que la máscara caía.

Y ahora, Bingley. Elizabeth suspiró, arrancando una hoja seca de un arbusto cercano y haciéndola girar distraídamente entre los dedos. Si el engaño de Wickham había sido deliberado, urdido para fines concretos, el de Bingley había sido de índole por completo distinta. Su carácter afable no era del todo falso, creía ella, sino más bien incompleto.

Tras la agradable fachada se escondían honduras no reveladas: resentimientos alimentados durante años de manipulación, una ira sofocada bajo la constante docilidad, una intensidad de sentimiento disimulada por modales fáciles.

¿Qué había dicho Darcy una vez de su amigo? Que Bingley se dejaba guiar con facilidad por aquellos a quienes respetaba, demasiado pronto para ceder ante el juicio de otros en lugar de fiarse del propio. Elizabeth había visto en ello un defecto de carácter, pero relativamente inocuo. Cuán equivocada había estado. Esa misma cualidad había permitido a Caroline dominarlo durante años, moldeando sus elecciones, dirigiendo su vida según sus ambiciones y no según sus deseos. La presión de un control tan prolongado, unida a la humillación pública que Caroline le había infligido en el baile, había acabado por resquebrajar el barniz, cuidadosamente mantenido, de afable docilidad.

El paralelismo resultaba inquietante. Tanto Wickham como Bingley se habían presentado como algo distinto de lo que eran en realidad. Ambos habían sido aceptados a primera vista por quienes quizá

debieran haber mirado más hondo. Y ambos habían acabado por revelar su verdadera naturaleza, aunque, en el caso de Bingley, Elizabeth creía al menos que el desenlace fatal no había sido intencionado.

¿Qué significaba esto, se preguntó, para el juicio del carácter en general? Si dos hombres tan distintos en su apariencia podían ocultar ambos semejante capacidad de oscuridad, ¿cómo fiarse jamás del propio dictamen sobre la naturaleza de otro? ¿Acaso todo caballero de maneras agradables albergaba potencialmente abismos semejantes, a la espera tan solo de las circunstancias propicias para revelarlos?

No, resolvió, aquello era una conclusión demasiado extrema. La falta no estaba en aceptar que, por lo común, las personas eran como parecían, sino en no reconocer que todo individuo encerraba complejidades que iban más allá de esas primeras impresiones. El propio Darcy había demostrado con fuerza esa verdad. Su primera valoración de él como orgulloso y antipático había dado paso a la comprensión de un hombre cuya reserva encubría un sentimiento hondo, cuya aparente arrogancia ocultaba un sentido de la justicia y de la responsabilidad que pocos podían comprender.

El sonido de una puerta cerrándose a lo lejos sacó a Elizabeth de tales reflexiones.

Juzgó que había transcurrido tiempo suficiente para que el coronel Fitzwilliam hubiera hecho su declaración y recibido la respuesta de Jane. Se encaminó de nuevo a la casa, segura de lo que iba a encontrar.

La escena que la recibió en el salón confirmó sus expectativas. Jane y el coronel Fitzwilliam se sentaban uno junto al otro, con las manos unidas de un modo que habría escandalizado a la señora Bennet de haber estado allí para verlo. El semblante de Jane tenía un resplandor sereno que Elizabeth no había visto nunca antes en su hermana, mientras que el coronel parecía casi juvenil en su gozo manifiesto.

—Lizzy —dijo Jane, levantándose cuando entró Elizabeth, la voz levemente trémula por la emoción—. El coronel Fitzwilliam me ha hecho el honor de pedirme la mano, y he aceptado.

Elizabeth cruzó la estancia para abrazar a su hermana, y una dicha genuina le brotó por dentro. —Estoy encantada —dijo sencillamente, con la voz cálida de sinceridad—.

De verdad, encantada.

Se volvió hacia el coronel Fitzwilliam, que se había puesto en pie y ahora contemplaba a las hermanas con un placer sin disimulo. —Les deseo a ambos toda la felicidad —prosiguió, ofreciéndole la mano—. No puedo imaginar un mejor partido para mi hermana.

—Le aseguro, señorita Elizabeth, que soy plenamente consciente del tesoro que se me ha concedido —replicó el coronel, apretándole la mano con calidez—. Y pienso dedicar mi vida a que su hermana no se arrepienta jamás de su elección.

—Estoy segurísima de que no —le aseguró Elizabeth—. El juicio de Jane, aun siendo por naturaleza generoso, rara vez se equivoca en cuestiones de carácter.

La expresión del coronel se ensombreció levemente ante aquella alusión al juicio y al carácter, tan pertinente a la vista de los recientes sucesos. —Con mi retiro del ejército ya dispuesto, aguardo con impaciencia establecernos en Brackenton Hall, tan pronto como la señorita Bennet me conceda su mano.

—Suena maravilloso —dijo Jane en voz baja, encontrando su mirada con la de él con perfecto entendimiento—. Y creo que deberíamos mandar llamar al vicario sin demora.

Las primeras amonestaciones podrían publicarse el domingo, y así podríamos casarnos antes de Navidad.

La expresión del coronel habría ablandado hasta el corazón más duro cuando alzó la mano de Jane a los labios y la besó. Siempre tan pronto en la réplica, por una vez pareció por completo falto de palabras para expresar su devoción.

Elizabeth contempló aquel intercambio con profunda satisfacción. Aquí, por fin, había un vínculo cimentado en la comprensión genuina y el respeto mutuo. Sin juegos, sin manipulaciones, sin resentimientos ocultos ni motivos encubiertos. La franqueza del coronel se avenía con la honestidad innata de Jane de un modo que prometía verdadero compañerismo más que mera compatibilidad social. A ojos de un extraño, su porte militar y sus maneras a veces bruscas podrían parecer un emparejamiento improbable para la naturaleza apacible de Jane. Y, sin embargo, bajo esas diferencias de superficie yacía una compatibilidad fundamental de carácter y valores que Elizabeth creía que los sostendría ante cualesquiera desafíos que la vida les presentase.

Tal vez esa fuera la verdadera lección que cabía extraer de las

dolorosas revelaciones acerca de Wickham y Bingley, meditó. Las apariencias podían engañar, las primeras impresiones podían inducir a error, pero, dado tiempo y atención, la naturaleza esencial de una persona acabaría por revelarse inevitablemente. El desafío residía en tener la paciencia para observar, la sabiduría para interpretar correctamente y el valor para reconocer cuando el propio juicio inicial se mostraba falible.

Mientras Elizabeth contemplaba la serena felicidad de su hermana al lado del hombre que con toda claridad la adoraba, sintió un aprecio renovado por el vínculo genuino que ella misma había hallado con Darcy. Ambos habían dejado atrás malentendidos y orgullo, prejuicio y vanidad herida, para descubrir el verdadero valor el uno del otro.

Que Jane hubiese encontrado ahora un lazo semejante, en particular tras el desengaño causado por Bingley, le parecía una confirmación especialmente grata de que el entendimiento verdadero entre dos personas seguía siendo posible, aun en un mundo donde las apariencias tan a menudo engañaban.

Capítulo Veinticuatro

LA IGLESITA DE MERYTON, engalanada con verdor invernal, resplandecía a la luz de las velas mientras Jane Bennet se unía en matrimonio con el coronel Fitzwilliam, o sir Richard Fitzwilliam, como ahora era, tras haber vendido su comisión y recibido su bien merecida investidura como caballero. Elizabeth permanecía observando, con el corazón colmado de serena alegría, mientras la sonrisa apacible de Jane y la mirada firme de Richard decían, con más

elocuencia que sus cuidadosamente pronunciados votos, la hondura del afecto que los unía.

Cuando los invitados a la boda se reunieron en Longbourn para el desayuno de bodas, Elizabeth contempló la escena con una curiosa mezcla de dicha y reflexión. La casa se había transformado para la ocasión: ramas de hoja perenne adornaban las repisas, cintas rojas festoneaban las barandillas de la escalera, y el aroma de canela y clavo perfumaba el aire. La señora Hill y su servidumbre se habían superado, presentando un festín que habría satisfecho a la anfitriona más exigente de Londres.

—¿Estás bien, amor mío? —la voz de su marido interrumpió suavemente sus pensamientos mientras se acercaba con dos copas de vino en la mano—. Pareces absorta en tus pensamientos.

Elizabeth aceptó la copa que le ofrecía con una sonrisa. —Me maravillo, simplemente, de cuánto ha cambiado en apenas un año. La pasada Navidad apenas habría podido prever nada de esto.

La mirada de Darcy siguió la suya hacia donde Jane se sentaba junto a su flamante esposo, con una sonrisa radiante. —Tu hermana parece verdaderamente feliz —observó en voz queda.

—Lo está —confirmó Elizabeth, dando un pequeño sorbo a su vino—. A pesar de todo... de todos los trastornos.

No hablaron directamente de Bingley ni de Caroline. De mutuo acuerdo, ese penoso capítulo permanecía cerrado en sus conversaciones, aunque su sombra se cernía a veces sobre momentos por lo demás luminosos. La versión oficial, que Bingley se había visto tan sobrecogido por la pena ante el trágico accidente de su hermana que había dejado Inglaterra para buscar consuelo en América, había sido aceptada sin objeciones por la sociedad en general, especialmente una vez anunciado el compromiso de Jane. Sólo un reducido círculo conocía la verdad, y la guardaba con celo.

—Tengo algo que contarte —dijo de pronto Darcy, en voz baja—. —O más bien, que preguntarte.

Elizabeth alzó la vista hacia él, intrigada por el deje de gozo secreto en su expresión.

—¿Qué es?

—Aún no —repuso con una leve sonrisa—. Quiero contárselo primero

a Jane y a Richard, y que tú lo oigas a la vez que ellos. Les concierne a ellos más directamente.

—Ahora sí que has despertado del todo mi curiosidad —bromeó Elizabeth—.

¿Cuánto habré de esperar para verla satisfecha?

—Sólo hasta el momento oportuno, después de la comida —prometió Darcy—. Creo que tu padre piensa hablar primero y que luego haré yo mi anuncio.

Elizabeth estudió el rostro de su marido, tratando de adivinar qué podría estar planeando. Su expresión no revelaba nada más allá de cierta satisfacción que sugería que, fuese lo que fuese, confiaba en que sería bien recibido. En los meses de matrimonio se había acostumbrado a sus sorpresas ocasionales. Fitzwilliam Darcy, lejos del hombre tieso y orgulloso al que había conocido en un principio, poseía un corazón generoso y solía expresarlo mediante atenciones pensadas antes que con palabras ampulosas.

La comida transcurrió con toda la formalidad debida a tales ocasiones. El señor Bennet, inusualmente digno con su mejor chaqueta, propuso un brindis por los recién casados que logró ser a un tiempo afectuoso y, lo que es de agradecer, breve. La señora Bennet, resplandeciente con un vestido nuevo de azul real, derramó lágrimas de

felicidad en su pañuelo y, de cuando en cuando, prorrumpía en exclamaciones sobre su buena fortuna al tener una hija casada con un caballero.

Cuando se retiró el último plato, Darcy se levantó de su asiento y, haciendo tintinear su copa, reclamó la atención de los presentes. La sala fue quedando poco a poco en silencio, y todas las miradas se volvieron hacia él con curiosa expectación.

—Si me permiten reclamar su atención un momento —comenzó, su voz grave propagándose con facilidad por la estancia—. Deseo hacer llegar mi enhorabuena a los recién casados y ofrecerles una pequeña muestra de mi estima.

Elizabeth observó cómo Jane y Richard se volvían hacia Darcy, con expresión atenta y cortés. Fuera lo que fuese lo que esperaban —un obsequio convencional, tal vez, o una aportación para la casa—, Elizabeth sabía por el modo de su marido que lo que planeaba superaría sus expectativas.

—Como muchos saben —prosiguió Darcy—, sir Richard Fitzwilliam ha vendido recientemente su comisión y ha heredado una finca en Oxfordshire, donde él y su esposa pensaban establecer su residencia en cuanto los actuales arrendatarios la abandonasen al término de su contrato.

Jane asintió, cruzando una sonrisa con su marido. La propiedad de Oxfordshire había sido objeto de mucha conversación en las últimas semanas, y Jane había procurado aprender cuanto pudiera acerca de su futuro hogar y responsabilidades. Sin embargo, habría de pasar algún tiempo antes de que la pareja pudiera trasladarse, pues el arrendamiento se había renovado hasta el siguiente Michaelmas poco antes de que se formalizara la herencia, y los inquilinos se mostraban reacios a desalojar en absoluto.

Por ahora, Jane y Richard establecerían su hogar en Londres, en la residencia urbana de los Matlock.

—Es una buena propiedad —admitió Darcy— y, sin duda, producirá una excelente renta. Sin embargo, se me ocurre que administrar una hacienda exige experiencia, sobre todo cuando uno ha pasado la mayor parte de su vida adulta en el servicio militar.

Richard alzó una ceja, pero asintió con buen humor. —Confieso que las cuestiones agrícolas plantean un desafío algo distinto al de la estrategia militar —admitió.

—Justamente —asintió Darcy—. Y eso me conduce a mi propuesta. He adquirido recientemente Netherfield Park.

Un murmullo de sorpresa recorrió la sala. Elizabeth sintió que se le abrían los ojos, pues, aunque Darcy había mencionado que barajaba diversas inversiones en propiedades, nunca había hablado de Netherfield. Dado todo lo sucedido allí, habría pensado que era el último lugar que él querría poseer.

—Mi intención —prosiguió Darcy, con la mirada fija en los recién casados— es ofrecerles Netherfield como residencia, sir Richard y lady Fitzwilliam. No como una donación de la propiedad, pues la finca seguirá formando parte de los bienes de Pemberley, sino como un hogar y una responsabilidad. Propongo que administren Netherfield en mi nombre, llevando a cabo cuantas mejoras juzguen oportunas, mientras

los

arrendatarios

de

su

propiedad

en

Oxfordshire

continúan

proporcionándoles una fuente de ingresos independiente.

Elizabeth vio cómo el estupor se dibujaba en el rostro de Jane, cuyo semblante, por lo general sereno, quedó transformado por la sorpresa. Richard parecía igualmente desconcertado, aunque dominó su expresión con mayor rapidez.

—¿Desea que vivamos en Netherfield?—preguntó Jane, con la voz poco más que un susurro.

—Si el arreglo les resultara grato —confirmó Darcy—. La casa está lista, y creo que su conocimiento del vecindario haría que la transición resultase muy fluida.

Jane y Richard intercambiaron una mirada de creciente asombro, mientras las implicaciones de la oferta de Darcy se hacían cada vez más evidentes. Vivir en Netherfield significaría permanecer cerca de Longbourn, de la familia de Jane, de todo cuanto había conocido y amado a lo largo de su vida, y significaría, además, tener su propio hogar de inmediato, sin tener que vivir en Londres con los padres de Richard.

—Apenas sé qué decir —murmuró Jane, con los ojos brillantes de emoción—. Tal generosidad es... abrumadora.

Richard le cubrió la mano con la suya, y su expresión se suavizó mientras contemplaba el rostro de su esposa—. Creo que mi esposa encuentra la propuesta de lo más grata —observó con suave buen humor—. Y confieso que la perspectiva de aprender la administración de una finca bajo su guía, Darcy, en lugar de a base de ensayo y error, me resulta sumamente atractiva.

—¿Entonces aceptan?—preguntó Darcy, aunque la respuesta ya era evidente en sus expresiones.

—Con profunda gratitud —confirmó Richard, poniéndose en pie para tender la mano a Darcy—. Siempre ha sido usted generoso, primo, pero esto supera toda expectativa.

Mientras los caballeros se estrechaban la mano, Elizabeth se encontró con la mirada de Jane al otro lado de la mesa. Los ojos de su hermana

relucían con lágrimas de alegría aún no derramadas, y sus labios formaron unas palabras que solo Elizabeth supo leer:

“Puedo quedarme cerca de casa.”

Elizabeth asintió, con el corazón demasiado henchido para hablar. En ese instante, comprendió cabalmente el alcance de lo que Darcy había hecho. Había comprado una propiedad asociada a recuerdos dolorosos y la había transformado en un regalo de valor incalculable, no solo para Jane y Richard, sino para todos los que los querían. Fue un acto de reparación, de sanación, que convertía lo mancillado por la tragedia en un nuevo comienzo.

La estancia estalló en exclamaciones de alegría y felicitaciones. Mrs Bennet, desbordada de júbilo ante la perspectiva de tener a Jane tan cerca, alternaba entre llorar y reír mientras abrazaba a su hija mayor. Mr Bennet, más contenido pero no menos complacido, estrechó calurosamente la mano de Darcy y la de Richard.

—Una solución de lo más elegante —comentó a Darcy—. Le felicito por su minuciosidad al asegurar la dicha de mi Jane.

—Me pareció un arreglo práctico —replicó Darcy con modestia—, aunque Elizabeth, que le conocía bien, pudo ver la satisfacción que le producía la alegría que su anuncio había suscitado.

Mientras la excitación continuaba a su alrededor, Elizabeth se acercó al lado de su marido y deslizó su mano en la de él.—No me has dicho nada de esto —dijo en voz baja.

—Quise que también fuese una sorpresa para ti —admitió Darcy—. ¿Estás contenta?

Elizabeth alzó la vista hacia él, con el corazón henchido de amor y orgullo.—Más allá de lo decible —le aseguró con sinceridad—. Que Jane pueda quedarse aquí, donde se siente segura y feliz... y ver Netherfield convertido en un lugar de dicha en vez de pesar. Es un regalo sin precio.

Los dedos de Darcy se cerraron con más fuerza en torno a los de ella. —La finca salió al mercado de forma bastante repentina. El propietario, hallándose en apuros económicos, estaba deseoso de vender al primer comprador que pudiera satisfacer su

precio. Me pareció providencial, dado el reciente cambio en las circunstancias de Richard.

—Providencial, sin duda —convino Elizabeth, mientras contemplaba a Jane y a Richard recibir las felicitaciones de los invitados congregados —. Aunque sospecho que la Providencia contó con no poca ayuda de mi ingenioso marido.

Una sonrisa asomó a los labios de Darcy.—Tal vez una pequeña parte —concedió—.

Pero el verdadero mérito será de ellos, al hacer de Netherfield el hogar que siempre debió ser.

Mientras la celebración proseguía a su alrededor, Elizabeth se sorprendió reflexionando sobre lo por completo que su vida había cambiado en el espacio de un año. De los momentos más oscuros de desesperación a esta escena de dicha pura, el viaje había sido una cadena de giros inesperados y revelaciones. Y, sin embargo, a lo largo de todo ello, Darcy había permanecido como su compañero inquebrantable, sorprendiéndola una y otra vez con la hondura de su comprensión y la generosidad de su corazón.

—¿En qué piensas?—preguntó él, al notar su expresión contemplativa.

—Que soy extraordinariamente afortunada —respondió Elizabeth con sencillez—, por haber encontrado a un hombre cuya bondad excede incluso mis más altas expectativas.

Los ojos de Darcy se enternecieron ante sus palabras.—La dicha, vida mía, es enteramente mía —la aseguró; y, en el calor de su mirada, Elizabeth halló la conclusión perfecta para un día ya colmado de bendiciones.

—¡Oh, mi queridísima Jane! —exclamó Mrs Bennet por quizá quinta vez en otros tantos minutos, aferrando las manos de su hija mayor con exuberancia lacrimosa—. ¡ *Lady*

Fitzwilliam! ¡Pensar que, al fin y al cabo, serás la señora de Netherfield! ¡Y tan cerca de nosotros, a solo tres millas! Podré ir a visitarte todos los días, o casi todos, si el tiempo lo permite, claro, y cuando lleguen tus hijos, estaré ahí mismo para aconsejarte en su crianza. Jane recibió este derroche con su acostumbrada paciencia, y sus ojos encontraron los de Elizabeth al otro lado de la sala en una mirada de divertida comprensión que decía mucho sobre su experiencia compartida de los entusiasmos de su madre.

—Es, en verdad, un acuerdo de lo más afortunado, mamá —replicó Jane con dulzura—. Aunque no tomaremos posesión hasta después de nuestro viaje de bodas.

—Un mes no es nada, nada en absoluto, cuando pienso en la dicha de tenerte tan cerca para siempre —declaró Mrs Bennet, enjugándose los ojos con el pañuelo—.

Cuando pienso en cómo temía que te llevasen a Oxfordshire, para no verte más que dos veces al año... ¡mis nervios apenas podían soportarlo! Mr Darcy es un hombre excelente, un hombre excelentísimo.

Elizabeth, al oír este elogio, sintió un cálido resplandor de satisfacción. La opinión de su madre sobre Darcy había experimentado una transformación notable desde su matrimonio. Si en otro tiempo le había tachado de ser el hombre más orgulloso y desagradable del mundo, ahora lo proclamaba con regularidad entre los caballeros más finos de su trato, solo por detrás, quizá, de su nuevo yerno, Sir Richard Fitzwilliam.

—Me alegra que tu madre apruebe a tu marido —murmuró Darcy, apareciendo al lado de Elizabeth con dos copas de vino recién servidas —. —Supone un cambio agradable respecto a nuestros primeros encuentros.

Elizabeth aceptó el vino con una sonrisa agradecida. —Aprobaría hasta al propio Lucifer si le proporcionara matrimonios ventajosos para sus hijas y las mantuviera al alcance de una visita —replicó, aunque su tono encerraba más afecto que censura.

—Entonces, por fin he descubierto el camino a las buenas gracias de la señora Bennet

—observó Darcy con ese humor seco que nunca dejaba de deleitar a Elizabeth—. No tengo más que concertar matrimonios y comprar propiedades.

—Una tarea bastante sencilla para un hombre de tus considerables recursos —bromeó Elizabeth. Luego, con mayor seriedad, añadió: —Ha sido una acción maravillosa la que hiciste por Jane y Richard. No puedo expresar cuánto significa para ellos. Para todos nosotros.

—El acuerdo tiene mucho sentido —repuso Darcy con su habitual sentido práctico, aunque el calor en sus ojos delataba motivaciones más hondas que las meramente comerciales—. Richard se beneficiará de administrar Netherfield antes de asumir por completo la responsabilidad de su propiedad en Oxfordshire, y yo consigo un administrador fiable para una finca que, de otro modo, habría languidecido bajo la desidia de un dueño ausente.

Elizabeth estudió el rostro de su marido, reconociendo en su modesta explicación la consideración que había caracterizado tantas de sus acciones desde el matrimonio. —Lo tuviste todo en cuenta, ¿verdad? No solo la felicidad de Jane al permanecer cerca de su familia, sino la necesidad de Richard de aprender la administración de fincas, las ventajas prácticas para ti mismo, incluso la restauración de la reputación de Netherfield en la comarca.

—Procuro sopesar todas las implicaciones de mis decisiones —admitió Darcy—.

Aunque, en este caso, confieso que la felicidad de tu hermana fue una consideración principal. Se la ha ganado, después de... todo.

No añadió nada más, pero Elizabeth comprendió la referencia a todo lo que Jane había soportado el año anterior. Que Jane hubiese salido de aquellas pruebas con su espíritu afable intacto era un testimonio de su fortaleza de carácter, una cualidad a menudo pasada por alto bajo su serena fachada.

—Mira qué bien se llevan Kitty y Georgiana —dijo Elizabeth, reconduciendo deliberadamente la conversación hacia asuntos más felices mientras indicaba con un leve gesto hacia el rincón más alejado de la sala—. Nunca habría pronosticado semejante amistad y, sin embargo, parecen perfectamente compenetradas.

En efecto, ambas jóvenes componían un cuadro encantador sentadas con las cabezas muy próximas, examinando lo que parecía ser un pequeño cuaderno de bocetos.

Georgiana, algo más alta y más reservada con su elegante vestido azul, señalaba algo en la página, mientras Kitty asentía con entusiasmo; su propio vestido más sencillo, de un amarillo pálido, ofrecía un

contraste complementario con el atuendo más sofisticado de su compañera.

—Se equilibran admirablemente —convino Darcy, suavizándose su expresión al observar a su hermana—. Georgiana aporta cierto refinamiento a su amistad, mientras que Kitty proporciona la vivacidad y la espontaneidad de las que a veces carece mi hermana. Lo que me lleva a otro asunto que quería tratar contigo.

Elizabeth le miró con curiosidad. —¿Otra sorpresa, señor Darcy? Hoy te estás convirtiendo en todo un proveedor de anuncios inesperados.

—No exactamente una sorpresa, pues quería consultarte antes de hablar con nadie —

aclaró Darcy—. Se trata de la próxima Temporada de Georgiana en Londres. Como sabes, ha manifestado cierta inquietud por su debut.

—Una aprensión natural en una muchacha de su carácter reservado —observó Elizabeth—. Aunque creo que se desempeñará de manera admirable, sobre todo con tu apoyo y el mío.

—Justo eso pensaba yo —convino Darcy—. No obstante, he estado considerando modos de que la experiencia le resulte menos intimidante. En un principio propusimos que Jane nos acompañara, y Georgiana no veía mal la idea, si recuerdas, aunque es evidente que ya no podrá ser. En su lugar, se me ocurrió que contar con una amiga de edad semejante podría brindarle un considerable consuelo durante lo que puede convertirse en un periplo social bastante abrumador.

Los ojos de Elizabeth se abrieron con sorpresa al captar su intención. —¿Insinúas que Kitty podría acompañarnos a Londres? ¿Que podría compartir la Temporada de Georgiana?

—Exactamente —confirmó Darcy—. Con tu aprobación, por supuesto. Tu hermana ha mostrado un notable progreso en porte y habilidades este último año. No creo que nos deje en mal lugar ante la sociedad londinense, y su vivacidad natural podría ayudar a Georgiana a desenvolverse en situaciones sociales que de otro modo podrían angustiarla.

La consideración que revelaba la propuesta conmovió profundamente a Elizabeth.

Que Darcy, antaño tan puntilloso con las conexiones y la posición social, propusiese llevar a su a veces atolondrada y con frecuencia

impulsiva hermana a los círculos más altos de la sociedad londinense por el bien de Georgiana, demostraba hasta qué punto su orgullo se había templado con el amor y la comprensión.

—Fitzwilliam —dijo en voz baja, llamándole por su nombre de pila como solo hacía en momentos de particular emoción—, creo que es una idea magnífica. Kitty estaría loca de alegría ante semejante oportunidad, y tienes razón en que su presencia sería un consuelo para Georgiana. Pero, ¿estás seguro? La sociedad londinense puede ser implacable.

—Estoy seguro de que, entre tu guía y la influencia de mi tía, Lady Matlock, Kitty se las arreglará muy bien —respondió Darcy—. Además, he observado que sus tendencias más excesivas se han moderado considerablemente desde… desde la primavera pasada.

Elizabeth asintió, comprendiendo su delicada alusión a la situación de Lydia. La tragedia familiar había afectado a todas las hermanas Bennet, pero quizá a Kitty de manera más profunda. Sin la perniciosa influencia de su hermana predilecta, Kitty se había vuelto en los últimos meses visiblemente más reflexiva y medida.

—¿Hablamos con ella ahora? —sugirió Elizabeth, sintiendo crecer la emoción ante la posibilidad de ofrecer a su hermana tan magnífica oportunidad—. Creo que se quedará abrumada.

Juntos se acercaron al rincón donde se sentaban Kitty y Georgiana; su conversación se interrumpió al advertir la aproximación de los Darcy. Georgiana alzó la vista con su acostumbrada sonrisa tímida, mientras Kitty se irguió, su natural vivacidad algo templada por el mayor decoro que había venido cultivando.

—Georgiana, Kitty —las saludó Elizabeth con calidez—. ¿Qué obra maestra estáis examinando con tanta concentración?

—Georgiana me ha estado enseñando sus bocetos de Pemberley —explicó Kitty, con una modulación de voz que habría sido inimaginable hace un año—. Son verdaderamente maravillosos. En particular admiro este de una garza junto al lago.

—Eres demasiado amable —replicó Georgiana con modestia, aunque un rubor complacido le tiñó las mejillas—. No hago más que intentar captar impresiones.

—Y lo consigues admirablemente —le aseguró Darcy, con el profundo afecto por su hermana evidente en el tono—. Sin embargo, hemos

venido a tratar otro asunto con ambas. Se refiere a la inminente Temporada de Londres.

La expresión de Georgiana se tornó levemente aprensiva, mientras que Kitty mostraba un interés cortés, suponiendo claramente que la conversación se refería únicamente a la presentación en sociedad de Georgiana.

—Como sabes, Georgiana —prosiguió Darcy—, pensamos pasar de febrero a mayo en Londres por tu primera Temporada. La señora Darcy y yo hemos estado considerando cómo podríamos hacer que la experiencia te resulte más grata, dada tu natural reserva en las reuniones numerosas.

—Procuraré ser valiente, hermano —le aseguró Georgiana, aunque sus dedos se entrelazaban nerviosos sobre el regazo—. Sé que se espera de mí.

—Tu valentía no está en cuestión —dijo Darcy con suavidad—. Pero hemos pensado que quizá la presencia de una amiga haría la experiencia menos intimidante. ¿Te agradaría la compañía de Kitty durante tu Temporada?

El rostro de Georgiana se transformó con sorpresa y un gozo naciente. —¿Kitty? ¿En Londres con nosotros?

La propia Kitty parecía completamente atónita; los ojos se le agrandaron mientras miraba de Darcy a Elizabeth y volvía de nuevo a él. —¿Yo? —susurró—. ¿Me llevaríais a Londres para la Temporada?

—Si te gustaría venir —confirmó Elizabeth, sonriendo ante el asombro de su hermana—. Te alojarías con nosotros en Darcy House, acompañarías a Georgiana a todos los actos apropiados y serías presentada junto a ella.

—¡Oh! —exclamó Kitty, olvidando por un instante la compostura en su entusiasmo—.

¡Oh, me gustaría más que ninguna otra cosa! Pero... —vaciló, con una madurez nueva evidente en su súbita reflexión—. ¿No sería una imposición? No tengo dote que merezca tal nombre...

—Estarías allí como amiga particular de Georgiana y como mi hermana —le aseguró Elizabeth—. Tu presencia sería un consuelo para Georgiana y una alegría para mí.

—Y no tengo objeción en extender la protección del nombre Darcy a mi cuñada —

añadió Darcy con cortesía formal, aunque sus ojos mostraron una amabilidad inesperada al dirigirse a Kitty—. Su compañía ha sido beneficiosa para Georgiana. No veo razón para que no continúe siéndolo en Londres.

Los ojos de Kitty se llenaron de lágrimas de gratitud. —Apenas sé qué decir —acertó a pronunciar—. Es más de lo que jamás me atreví a esperar. Tener una Temporada en Londres… Me esforzaré mucho por no defraudaros. Prometo que seré el modelo de la corrección.

—Confiamos plenamente en ti —le aseguró Elizabeth, conmovida por la sincera determinación de su hermana.

Georgiana, venciendo su timidez habitual, extendió la mano para estrechar la de Kitty. —Oh, me alegro tanto —dijo con inesperada viveza—. Todo será mucho menos intimidante contigo allí. Lo afrontaremos todo juntas.

Mientras las dos muchachas se enfrascaban en una conversación animada sobre lo que podría deparar la Temporada, Elizabeth intercambió una mirada satisfecha con su esposo. —Ha estado muy bien —murmuró—. Mira lo felices que las has hecho a las dos.

—Creo que el arreglo beneficiará a todos los implicados —repuso Darcy, aunque la leve curva de sus labios sugería que le complacía de manera particular la alegre reacción de Kitty—. Georgiana gana una compañera, Kitty una oportunidad que de otro modo podría haber perdido, y yo, el saber que mi hermana afronta su presentación en sociedad con mayor confianza.

Elizabeth estaba a punto de responder cuando un movimiento al otro lado de la estancia atrajo su atención. Mary, que había estado tocando el pianoforte antes, se hallaba ahora conversando con un joven al que Elizabeth reconoció como el nuevo coadjutor de la parroquia de Meryton. Lo notable no era tanto la conversación en sí como el modo de Mary. Habitualmente rígida y pedante en sociedad, su hermana mediana parecía ahora verdaderamente interesada; su habitual expresión severa se había suavizado hasta algo cercano a la animación mientras gesticulaba para enfatizar el punto que estuviese exponiendo.

Aún más sorprendente era la respuesta del coadjutor. En lugar del desinterés cortés que la mayoría de los caballeros mostraban cuando se veían atrapados en conversación con Mary, él parecía escuchar con

auténtica atención, asintiendo de vez en cuando u ofreciendo algún comentario que hacía que Mary lo considerase pensativamente antes de responder.

—Vaya —comentó Elizabeth, inclinando la cabeza sutilmente en su dirección—. Es un giro inesperado.

—¿El coadjutor? Me lo presentaron antes de la ceremonia. Un joven erudito. Educado en Cambridge, creo.

—Mary siempre ha favorecido a quienes tienen inclinación intelectual —observó Elizabeth—. Aunque rara vez la he visto conversar con tanta naturalidad con un caballero. Por lo común recurre a citar los Sermones de Fordyce o a hacer pronunciamientos sobre el decoro.

—Quizá haya encontrado a alguien que comparte sus intereses —sugirió Darcy—. Tu hermana posee no escasos conocimientos, si bien aplicados con cierta rigidez. Un hombre de iglesia bien podría apreciar tales cualidades.

Mientras observaban, el coadjutor sonrió ante algo que dijo Mary, una expresión cálida y sincera que transformó sus rasgos más bien sencillos. Más notable aún fue la respuesta de Mary: una pequeña sonrisa, tímida, que no obstante suponía una desviación significativa de su habitual semblante adusto.

—Qué curioso —musitó Elizabeth—. Casi me había resignado a que Mary fuese la hermana solterona, dispensando sabiduría moral a sobrinos y sobrinas. Pero quizá existan posibilidades que no había considerado.

—La vida ofrece con frecuencia tales sorpresas —observó Darcy—. Hace un año,

¿habrías imaginado a Kitty preparándose para una Temporada en Londres bajo nuestra supervisión, o a Jane señora de Netherfield como Lady Richard Fitzwilliam?

—O a mí misma como señora de Pemberley —añadió Elizabeth en voz queda—. No, en verdad. La vida ha tomado derroteros que jamás habría podido prever.

Recorrió la estancia con la mirada, con el corazón henchido al contemplar a su familia en sus distintos corrillos. Jane y Richard, con las cabezas juntas mientras hablaban de su futuro en Netherfield. Kitty y Georgiana, con una excitación palpable al imaginar la Temporada

londinense. Mary, enfrascada en lo que parecía una discusión teológica con el cura, que se mostraba genuinamente cautivado por sus opiniones. Su padre, observándolo todo con su característico desapego irónico, aunque en sus ojos había un calor que delataba la satisfacción verdadera por la dicha de sus hijas.

Hasta la señora Bennet, con todo su alboroto y sus exclamaciones, parecía de veras contenta; su ambición de toda la vida —ver a sus hijas bien casadas— estaba ya en gran medida cumplida. Tras años de desvelos por mayorazgos y fortunas, podía por fin disfrutar de los frutos de lo que, sin duda, consideraba su acertada gestión materna.

—Tenemos mucho que agradecer —dijo Elizabeth en voz baja—, pese a todas las dificultades del último año.

La mano de Darcy buscó la suya; sus dedos, cálidos y tranquilizadores, se posaron sobre los de ella. —Quizá por esas mismas dificultades —sugirió—. Sin ellas,

¿habríamos reconocido con tanta claridad nuestros verdaderos sentimientos? ¿Habría llegado Jane hasta Richard?

—Estás sugiriendo que incluso de las circunstancias más oscuras puede brotar el bien

—observó Elizabeth—. Una filosofía de lo más optimista, señor Darcy.

—No es más que una observación práctica —replicó. Sin embargo, sus ojos albergaban una hondura de sentimiento que desmentía la sencillez de sus palabras—.

La vida rara vez sigue el camino que esperamos, pero he descubierto que la senda inesperada conduce a menudo a una dicha mayor de la que habríamos imaginado.

Elizabeth alzó la vista hacia él con una sonrisa, colmada de contento al ponderar la verdad de sus palabras. Desde su inicial antipatía por el orgulloso señor Darcy hasta su presente alianza de amor y respeto mutuos, su camino había sido, en efecto, inesperado.

Otro tanto podía decirse de Jane, cuyo compromiso roto acabó por llevarla a un hombre mucho más acorde con su apacible fortaleza. Incluso Kitty, antaño frívola y deseosa de llamar la atención, se hallaba ahora en el umbral de oportunidades que habrían sido inimaginables un año atrás.

—Creo que tienes razón —asintió—. Y confieso que espero con verdadero gusto las sorpresas que nos aguarden.

Capítulo Veinticinco

EL CARRUAJE DE LOS Darcy avanzaba con suavidad por las calles empedradas de Londres; a través de las ventanillas iban apareciendo los hitos familiares de la ciudad a medida que se acercaban a Grosvenor Square. Elizabeth se sentaba al lado de su marido, con una sonrisa satisfecha jugueteando en sus labios mientras recordaba las alegres celebraciones navideñas en Longbourn que acababan de dejar atrás. Enfrente de ellos, Kitty y Georgiana cuchicheaban, excitadas; su amistad había florecido de un modo verdaderamente notable en los últimos meses, y la perspectiva de una Temporada en Londres las había dejado casi sin habla de expectación.

—Ya falta poco —comentó Darcy, echando una ojeada afuera cuando doblaron hacia la elegante plaza—. Imagino que estaréis deseosos de descansar tras el viaje.

—Desde luego —convino Elizabeth, aunque, en realidad, el cómodo carruaje y los excelentes caminos habían hecho el trayecto desde Hertfordshire mucho menos cansado de lo que pudiera haber sido—. Aunque sospecho que nuestras jóvenes compañeras estarán demasiado excitadas para descansar.

Como para corroborar su observación, Kitty pegó el rostro al cristal de la ventanilla; sus ojos se agrandaron cuando el carruaje se detuvo ante una casa señorial de imponentes proporciones.

—¿De veras vamos a alojarnos aquí? —murmuró, incapaz de contener su asombro, mientras un lacayo con librea bajaba a toda prisa los escalones para abrir la portezuela del carruaje.

—Bienvenida a Darcy House —dijo Darcy con sereno orgullo al descender el primero, volviéndose para ofrecer la mano a Elizabeth.

Elizabeth aceptó su ayuda y bajó al aire cortante de enero con la seguridad de quien ya comprende el lugar que le corresponde en semejante entorno. Sin embargo, al observar la expresión de Kitty cuando su hermana salió del carruaje tras Georgiana, Elizabeth recordó con viveza sus propias primeras impresiones ante tal grandeza. Qué pequeña y provinciana se había sentido al ver Pemberley por primera vez, qué insegura de su capacidad para presidir tanta magnificencia. Ahora, tras varios meses como señora de aquella gran hacienda, contemplaba Darcy House con aprecio, pero sin la abrumadora sensación de intimidación que claramente atenazaba a Kitty.

—Ven, entremos —animó Elizabeth, tomando del brazo a su hermana —. Hoy sopla un viento muy cortante.

El vestíbulo de Darcy House causaba una primera impresión exquisita. Los suelos de mármol relucían bajo una lámpara de araña de cristal, mientras cuadros cuidadosamente escogidos adornaban unas paredes cubiertas de damasco de seda. Los lacayos permanecían en posición, la ama de llaves y el mayordomo dieron un par de reverencias perfectamente calibradas, y el aire estaba perfumado con cera de abejas y flores frescas.

Kitty apretó con más fuerza el brazo de Elizabeth. —Lizzy —susurró, casi inaudible—

, es tan suntuosa. Más suntuosa incluso que Netherfield.

—Así es —asintió Elizabeth, dándole una palmadita tranquilizadora en la mano—.

Pero pronto te acostumbrarás. Hace unos meses yo me habría sentido igual de sobrepasada.

—¿De veras? —Kitty parecía dudar—. Te veo tan dueña de ti.

Elizabeth soltó una risita suave. —La primera vez que vi Pemberley me quedé sin palabras de puro asombro. Pero una se acostumbra a la grandeza con sorprendente rapidez. Para cuando nos vayamos de

Londres en mayo, recorrerás estas estancias con tanta seguridad como si hubieras vivido aquí toda tu vida.

Darcy, tras dar instrucciones a los lacayos acerca del equipaje, se acercó a ellas con Georgiana a su lado. —Georgiana te enseñará el camino a tus habitaciones, Kitty. Creo que querréis refrescaros después del viaje.

—Gracias, hermano —repuso Georgiana con su característica cortesía suave—. Ven, Kitty. Tendrás la habitación azul, junto a la mía. Tiene la vista más hermosa de la plaza.

Mientras las dos muchachas subían la imponente escalera, Elizabeth observó con qué naturalidad Georgiana había asumido el papel de anfitriona con su amiga. La muchacha tímida e insegura a quien había conocido por primera vez iba saliendo poco a poco de su caparazón; su confianza crecía al amparo de la guía suave de Elizabeth y de la amistad desinhibida de Kitty.

—Lo hace de un modo admirable —comentó Darcy, siguiendo la mirada de Elizabeth—. Tu hermana le ha hecho mucho bien.

—Se han hecho bien mutuamente —corrigió Elizabeth con suavidad —. Kitty necesitaba dirección y propósito tanto como Georgiana necesitaba compañía y aliento.

Darcy asintió y le ofreció el brazo para conducirla al salón. —He recibido una nota de Wallace —dijo, bajando la voz, aunque los criados se habían retirado discretamente—.

Propone que pasemos esta tarde, si nos viene bien. Lydia está deseando verte.

Elizabeth sintió un aleteo de expectación. —Me gustaría mucho. ¿Les diremos a las chicas que vamos a visitar a unos conocidos?

—Sí, será lo mejor. Georgiana no lo pondrá en duda, y Kitty… —vaciló.

—Kitty ha aprendido a ser discreta —le aseguró Elizabeth—. Entiende que hay asuntos que no son de su incumbencia. Además, estará demasiado ocupada explorando la casa y planificando la Temporada como para preocuparse por nuestra breve ausencia.

La organización se llevó a cabo con la eficacia habitual de los Darcy. Tras el almuerzo, durante el cual a Kitty se le iban abriendo los ojos

cada vez más ante la platería y los elaborados platos que presentaba el cocinero francés, Darcy anunció que él y Elizabeth debían hacer una visita a unos viejos conocidos.

—No tardaremos —aseguró Elizabeth a las chicas, quienes le prometieron que tenían de sobra con qué entretenerse durante la tarde.

Una vez acomodados en el carruaje, Elizabeth sintió una mezcla de expectación y aprensión ante la perspectiva de volver a ver a Lydia.

—Pareces pensativa —observó Darcy, mientras el carruaje avanzaba por calles cada vez menos elegantes, hasta internarse por fin en un barrio modesto, pero perfectamente respetable, de casas adosadas.

—Estaba pensando en cuánto ha cambiado —admitió Elizabeth—. Hace un año, Lydia era la más tonta y temeraria de las muchachas. Ahora es madre, vive bajo una identidad supuesta, y todo su futuro depende de la ficción que hemos creado.

—Una ficción necesaria —le recordó Darcy con suavidad—. Y una que le ha proporcionado seguridad y respetabilidad que quizá de otro modo nunca habría conocido.

—Sí —convino Elizabeth—. Te estoy agradecida cada día por tu intervención. Sin ella... No terminó la idea; las alternativas eran demasiado dolorosas de contemplar.

El carruaje se detuvo ante una cuidada casa de ladrillo, con ventanas relucientes y una puerta recién pintada. Aunque modesta en comparación con la Casa Darcy, ofrecía un aire de cómoda respetabilidad, del todo propio de un mayor retirado y su joven esposa.

El recién ascendido mayor Wallace fue quien les abrió la puerta. El sincero placer que le producía recibirles se notaba en la calidez de su saludo.

—Señora Darcy, qué placer volver a verla —dijo, inclinándose sobre la mano de Elizabeth—. Y señor Darcy, nos honra su visita. Por favor, pasen. Lydia está deseando verles a ambos.

Los condujo a una salita pequeña pero bien amueblada, donde Lydia los esperaba.

Elizabeth se detuvo en el umbral, momentáneamente sorprendida por la transformación

de su hermana menor. La exuberancia juvenil que antaño había caracterizado cada movimiento de Lydia había sido sustituida por un porte más tranquilo y mesurado. Se levantó para recibirles con una sonrisa que, aunque inconfundiblemente suya por su brillo, albergaba una nueva madurez.

—Lizzy —dijo, abrazando a su hermana con sincero afecto—. Qué maravilla verte. Y, señor Darcy, gracias por venir. La señora Annesley ha salido, siento decir; se lamentará de no haber podido verles.

—Te veo bien, Lydia —observó Elizabeth—, y era cierto. Aunque la maternidad había añadido cierta redondez a la figura de Lydia, parecía sana y extraordinariamente contenta. Su vestido, aunque no a la última moda londinense, era pulcro y favorecedor, y el cabello lo llevaba arreglado con sencillez bajo una cofia bonita que cuadraba a su nueva condición de señora respetable.

—Estoy muy bien, de veras —confirmó Lydia, indicándoles que tomasen asiento—.

James nos cuida de maravilla.

El empleo casual del nombre de pila del mayor, dicho con tan evidente cariño, llamó la atención de Elizabeth. No era el trato formal de un matrimonio de conveniencia, sino la natural familiaridad de una esposa sinceramente apegada a su marido.

—¿Y dónde está la recién llegada? —inquirió Darcy, con su habitual reserva atenuada por el entorno informal—. Hemos estado muy deseosos de conocer a su hija.

Una expresión de puro orgullo maternal transformó el rostro de Lydia, y Elizabeth sintió de pronto una oleada de emoción. No era la hermana que conociera, la que solo se preocupaba por los oficiales, los encajes y su propio entretenimiento. Era una mujer que había hallado propósito y gozo en la maternidad, pese a las difíciles circunstancias

que la habían conducido a ella.

—James, ¿podrías traerla? Acaba de ser alimentada y debería estar despierta —pidió Lydia, y el mayor se marchó con visible presteza a obedecer.

—La adora —confió Lydia en cuanto hubo salido de la estancia—. A veces creo que olvida que no es verdaderamente suya por sangre; la quiere con tal plenitud.

—Es una bendición, desde luego —dijo Elizabeth en voz baja—. Pareces feliz, Lydia.

—Lo estoy —admitió Lydia, y su expresión se volvió de pronto seria —. Mucho más de lo que merezco, después de mi necedad. James es... es todo bondad y nobleza, Lizzy.

Sabe todo acerca de mi pasado y, sin embargo, me trata como si fuese la criatura más preciosa del mundo.

Antes de que Elizabeth pudiera responder, el mayor Wallace regresó, acunando un pequeño bulto envuelto en una manta suave. La expresión con que miraba a la criatura era de una devoción tan tierna que Elizabeth sintió que se le apretaba la garganta de emoción.

—Aquí está —anunció, colocando con cuidado el bulto en los brazos expectantes de Lydia—. Nuestro pequeño tesoro.

Elizabeth se inclinó hacia delante, ansiosa por ver por primera vez a la niña. Un diminuto rostro de facciones delicadas asomaba entre la manta; unos ojos oscuros parpadeaban con solemnidad hacia los rostros desconocidos que la rodeaban. Un mechoncito de pelo oscuro se rizaba en la frente del bebé, y unos deditos en miniatura se aferraban al borde de la manta.

—Es preciosa —murmuró Elizabeth, sinceramente prendada de aquella criatura diminuta y perfecta—. ¿Puedo cogerla?

—Por supuesto —dijo Lydia, depositando con cuidado a la niña en los brazos de Elizabeth—. Debe conocer a su tía. Y a su tocaya.

Elizabeth alzó la vista, sorprendida.—¿Tocaya?

—Sí —confirmó Lydia, con un atisbo de su antigua impulsividad asomando en la sonrisa—. La hemos llamado Elizabeth. Beth para el trato diario. He querido... he querido honrar a la hermana que ha sido

tan buena conmigo, pese a no merecerlo.

La sencilla declaración, pronunciada sin artificio ni exageración, conmovió profundamente a Elizabeth. Que Lydia, antaño tan ensimismada e irreflexiva, eligiera dar a su hija el nombre de la hermana a la que en otro tiempo había tachado de sosa y aburrida, hablaba elocuentemente de su crecimiento.

—Me siento honrada —dijo Elizabeth con un nudo en la garganta, mientras miraba a la niña en sus brazos—. La pequeña Beth la miró a su vez con unos ojos oscuros y solemnes que parecían imposiblemente sabios para alguien tan pequeña. Hola, Beth.

Soy tu tía Elizabeth.

Como en respuesta, los diminutos deditos se abrieron y luego agarraron el dedo de Elizabeth con sorprendente fuerza. Aquel gesto sencillo, tan instintivo y a la vez tan

confiado, aquietó algo en el corazón de Elizabeth que no había advertido que necesitara sosiego. Fuera cuales fuesen las circunstancias de la concepción de Beth, y fueran cuales fuesen los secretos que rodearon su nacimiento, era una inocente, merecedora de amor y protección. Y estaba claro que recibiría ambos en abundancia de su madre y del hombre que había elegido ser su padre.

La visita se prolongó quizá una hora, durante la cual Elizabeth observó con callada aprobación el afecto natural entre Lydia y Major Wallace. Su modesta casa era cómoda y estaba bien cuidada, con detalles que hablaban tanto del gusto juvenil de Lydia como de la sensibilidad más práctica del mayor. Hablaban de su vida cotidiana con visible contento, Lydia orgullosa de la gestión de su pequeño hogar, y el mayor claramente encantado tanto con su esposa como con su hija.

Cuando llegó el momento de partir, Elizabeth abrazó a su hermana con sincero calor.

—Escríbeme a menudo —le pidió—. Y volveremos a visitaros antes de marcharnos de Londres.

—Me gustaría mucho —respondió Lydia—. Y cuando Beth sea un poco mayor, ¿quizá podamos ir a visitaros a Pemberley? James tiene un permiso pendiente, y tengo muchas ganas de ver algo más allá de Londres. Me doy cuenta de que echo de menos el campo.

—Seréis más que bienvenidos —la aseguró Elizabeth, conmovida por la cautela con que Lydia había formulado la petición, tan distinta de su antigua presunción—.

Podemos arreglarlo para el verano, quizá.

Cuando el carruaje de los Darcy se alejaba, Elizabeth miró hacia la casita donde su hermana permanecía en el umbral, con el brazo del mayor en torno a la cintura y la pequeña Beth acunada contra el hombro. Era una imagen de armonía doméstica que Elizabeth jamás habría imaginado para Lydia un año atrás.

—Parecen muy felices —le comentó a Darcy—. Y Lydia... ha cambiado muchísimo.

—Las responsabilidades a menudo nos moldean más de lo que prevemos —replicó Darcy, pensativo—. Tu hermana ha encontrado un propósito en su papel de esposa y madre. Le sienta mejor que aquella búsqueda ociosa del placer que antes la definía.

—Y Major Wallace se preocupa de veras por las dos —añadió Elizabeth—. Confieso que había temido que, por su parte, no fuese más que un arreglo de conveniencia.

—Wallace es un hombre íntegro —dijo Darcy—. No habría aceptado semejante arreglo sin la disposición de llegar a sentir un aprecio sincero por tu hermana. Que ese

aprecio haya profundizado hasta convertirse en un amor verdadero habla bien de ambos.

Elizabeth asintió, reflexionando sobre la felicidad inesperada que su hermana había encontrado. —Pensar que le puso mi nombre a la niña —dijo en voz baja—. Nunca habría esperado tal gesto de Lydia.

—Habla de su crecimiento —observó Darcy—. Y quizá de que reconoce quién estuvo realmente a su lado cuando más necesitó apoyo.

Cuando su carruaje se aproximó de nuevo a Darcy House, Elizabeth

sintió una profunda gratitud. A pesar de todas las turbulencias del último año, pese a los escándalos evitados y las tragedias soportadas, no solo habían salido intactos, sino fortalecidos. Jane estaba felizmente casada con un hombre digno de su bondad. Kitty florecía bajo una guía adecuada. Incluso Lydia, cuya temeridad había amenazado antaño con arruinarlos a todos, había encontrado un camino de redención y dicha. Y la propia Elizabeth había ganado un marido cuyo entendimiento y cuyo amor seguían revelando nuevas profundidades con cada día que pasaba.

La luz de la tarde estaba ya decayendo cuando regresaron a Darcy House; el crepúsculo de enero se posaba sobre Londres como un suave manto gris. Elizabeth se quitó el sombrero y los guantes, y se los entregó al lacayo que aguardaba, con una sonrisa agradecida. La visita a Lydia la había dejado en un humor contemplativo, colmado de una inesperada sensación de paz. Qué extraño pensar que su hermana más alocada y problemática había encontrado un contento tan genuino en sus singulares circunstancias, mientras que la propia Elizabeth había recorrido un camino igualmente inesperado hacia la felicidad.

—Harrison, ¿dónde están la señorita Darcy y la señorita Bennet? —preguntó Darcy al mayordomo, que había aparecido sin hacer ruido en el vestíbulo.

—La señorita Darcy está practicando en el pianoforte, en la sala de música, señor, y la señorita Bennet está con ella. Me han pedido que le informe de que estarán ocupadas hasta la hora de la cena.

—Muy bien —asintió Darcy—. Estaremos en el salón azul. Haga subir el té, por favor.

—Enseguida, señor.

Mientras subían la escalera, Elizabeth enlazó su brazo con el de su marido. —Parece que nuestras jóvenes pupilas se están acomodando muy bien —observó—. Me preocupaba que Kitty pudiera encontrarse sin saber qué hacer.

—Georgiana se asegurará de que esté bien ocupada —repuso Darcy—. Mi hermana se toma muy en serio sus responsabilidades de anfitriona, especialmente en lo que atañe a la comodidad de tu hermana.

El salón azul, situado en la primera planta y con vistas a Grosvenor Square, era la estancia favorita de Elizabeth en la casa de Londres.

Menos formal que el gran salón de abajo, ofrecía una intimidad confortable que le recordaba al salón familiar de Longbourn, aunque con un mobiliario considerablemente más elegante. Habían encendido un fuego contra el frío de enero y las lámparas ya resplandecían, anticipando el temprano anochecer invernal.

Elizabeth se acomodó en su butaca favorita junto al fuego, arreglándose las faldas mientras Darcy tomaba el asiento de enfrente. Por un momento, se quedaron simplemente en un silencio de grata compañía, disfrutando del remanso de paz tras la emotiva visita a Lydia y las ocupaciones de instalarse en la casa de Londres.

—Pareces pensativa —observó Darcy al cabo de un rato—. ¿Te ha resultado más difícil de lo que esperabas ver a Lydia?

—No diría que difícil, exactamente —respondió Elizabeth, pensando en cómo expresar mejor lo que sentía—. Más bien me llevó a reflexionar sobre cómo se han desenvuelto las circunstancias para todos nosotros. Hace un año, jamás habría imaginado a Lydia como una esposa y madre satisfecha, ni a Jane casada con tu primo en lugar de con el señor Bingley. Y, desde luego, nunca habría previsto mi propia felicidad.

La expresión de Darcy se suavizó; la reserva que mantenía en público dio paso a la calidez que solo mostraba a quienes le eran más cercanos. —Confieso que tuve

reflexiones semejantes durante nuestra visita. Pensar en lo cerca que estuvimos de dejar pasar nuestra oportunidad de ser felices...

—Si no hubieras sabido de mi compromiso con Wickham y venido a buscarme —dijo Elizabeth en voz baja—, todo habría sido tan distinto. Yo me habría visto atrapada en un matrimonio con un hombre al que despreciaba, y tú...

—Yo habría pasado la vida lamentando no haber sabido expresarme como debía cuando tuve la oportunidad —concluyó Darcy por ella—. Mejor ni pensarlo.

Unos golpecitos suaves en la puerta precedieron la llegada de una doncella con la bandeja del té. Elizabeth se afanó en servir mientras Darcy cuidaba del fuego; aquella rutina doméstica era un ritual apacible que habían establecido en sus meses de matrimonio.

—Es curioso —observó Elizabeth cuando volvieron a quedarse a solas — que debamos, en parte, nuestra dicha actual a nada menos que

Caroline Bingley.

Darcy alzó la vista, sorprendido. —¿Cómo lo explicas?

—Si no te hubiera escrito para informarte de mi compromiso con Wickham, con la esperanza, estoy segura, de impedir cualquier posibilidad de que siguieras interesándote por mí, quizá no habrías vuelto a Longbourn —Elizabeth le entregó su taza, preparada exactamente como a él le gustaba—. A la postre, su malicia nos fue de provecho, aunque difícilmente podía ser esa su intención.

—En efecto —convino Darcy, esbozando una rara sonrisa que alzó las comisuras de su boca—. Aunque sus noticias no hicieron sino apresurar mi partida y reforzar mi determinación.

—¿Ya habías decidido venir? —preguntó Elizabeth, sorprendida por aquella revelación.

—Sí —confirmó Darcy—. Te lo dije, Elizabeth. Tu rotunda negativa a mi propuesta, una vez superado mi primer dolor, no hizo sino hacerme comprender que tú, la mujer que se atrevió a decirme la verdad acerca de mis defectos, eras la única a la que jamás podría verme persuadido de tomar por esposa. Te aseguro que, de un modo u otro, a estas alturas te habría desposado.

Divertida por su tajante declaración, ella rió quedamente. —Deberías haberlo intentado, no me cabe duda. ¿Quién sabe cuántas veces podría haberte rechazado? Pero

una cosa he aprendido en el último año: no le hace bien a nadie recrearse en lo que pudo haber sido. Aquí estás tú, y aquí estoy yo, y, al menos para nosotros, creo que todo ha terminado de la mejor manera.

—Sin la menor duda —convino Darcy, recostándose en la silla y estirando sus largas piernas hacia el fuego, adoptando una postura cómoda e informal que hizo que Elizabeth sonriera para sí misma. Nadie veía nunca ese lado de su marido salvo ella, y eso no hacía sino aumentar su amor por él.

Elizabeth sorbió su té, disfrutando del tibio consuelo y de la apacible compañía de su marido. —Quizá podamos esperar ahora un periodo de tranquilidad —sugirió tras unos minutos de agradable reposo—. Jane está felizmente instalada con tu primo, Lydia está segura con el mayor Wallace, e incluso Kitty parece florecer bajo una guía adecuada. Tras todas las conmociones del último año, un poco de paz

sería más que bienvenida.

—¿Paz? —repitió Darcy, con una expresión de pronto dubitativa—. ¿Con dos señoritas de diecisiete años a nuestro cuidado, a punto de iniciar su primera Temporada en Londres?

Elizabeth se rió de su fingido tono lúgubre. —¿Prevés dificultades, señor Darcy? Con lo bien educada que es Georgiana, no creo que vaya a dar mayor motivo de inquietud.

—A título individual, quizá. Pero he observado que hasta la joven más reservada puede verse arrastrada a travesuras si se une a una compañera más viva. Y aunque tu hermana ha mejorado de manera notable, conserva cierta… vivacidad.

—¿Temes que se extravíen la una a la otra? —bromeó Elizabeth—. ¿Georgiana animando a Kitty a practicar escalas en lugar de asistir a bailes, mientras Kitty convence a Georgiana de coquetear con los caballeros?

—Te ríes, pero recuerdo vívidamente mi propia primera Temporada en Londres —

repuso Darcy, aunque en sus ojos había diversión más que auténtica preocupación—.

Richard y yo nos vimos envueltos en ciertas situaciones que habrían provocado una apoplejía a nuestros padres, de haberlo sabido.

—Entonces es una fortuna que tengas experiencia en navegar esas aguas —señaló Elizabeth, dejando la taza vacía—. Y yo cumpliré con ojo atento mi papel de dueña.

Entre los dos, confío en que podremos lograr que las chicas disfruten de su Temporada sin ninguna impropiedad digna de mención.

—Tu confianza me tranquiliza sobremanera, señora Darcy —dijo Darcy—. Aunque sospecho que ambos veremos puesta a prueba nuestra paciencia antes de que llegue mayo.

—Lo consideraré un excelente entrenamiento para cuando tengamos hijas propias —

replicó Elizabeth. Aquella alusión casual a sus futuros hijos suavizó la expresión de Darcy de un modo que Elizabeth atesoraba. Aunque llevaban casados menos de un año, la perspectiva de ampliar la

familia era un tema frecuente de conversación privada entre ellos.

—Estarías a la altura del desafío de manera admirable —le aseguró, tomándole la mano—. Como lo has estado con cada responsabilidad que has asumido desde que te convertiste en señora de Pemberley.

Elizabeth sintió un impulso de gratitud por aquel hombre que tanta fe tenía en sus capacidades, que jamás había puesto en duda su aptitud para administrar sus casas o representar a su familia, pese a sus orígenes relativamente humildes. Darcy la había desposado tanto por su inteligencia y su carácter como por el afecto que los unía, y su confianza en ella no había vacilado nunca.

—Hacemos un buen equipo, creo —dijo sin más—. En todo, ya sea administrando las fincas o guiando a las jóvenes en su primera Temporada.

Darcy le llevó la mano a los labios, un gesto a un tiempo cortesano e íntimo. —En efecto. Y estoy deseando enfrentar cuantos desafíos se presenten, con la seguridad de que los afrontaremos juntos.

El instante de quietud se vio interrumpido por unos golpes secos en la puerta. Antes de que ninguno de los dos pudiera responder, entró Harrison; su habitual expresión imperturbable delataba un atisbo de incomodidad.

—Perdonen la interrupción, señor, señora —dijo con una reverencia —. Acaba de llegar un visitante.

Elizabeth intercambió una mirada perpleja con su esposo. —¿Un visitante? Pero apenas hemos llegado a Londres. Nadie debería saber aún de nuestra presencia.

—El visitante se mostró sumamente insistente —explicó Harrison, y un destello de lo que bien podía ser aprensión cruzó sus facciones—. Les expliqué que no recibían visitas, pero…

—¿Quién es, Harrison? —preguntó Darcy, frunciendo levemente el ceño.

El mayordomo enderezó su ya impecable porte. —Lady Catherine de Bourgh, señor.

Ella… ella afirmó que no admitiría una negativa y ha tomado asiento en el salón. Juzgué mejor informarle de inmediato.

Elizabeth sintió un escalofrío que nada tenía que ver con el tiempo de enero. ¿Lady Catherine? ¿Allí, en Londres, en su casa, cuando ni siquiera habían anunciado su llegada? Solo podía significar que había ocurrido algo de peso, algo que había impulsado a la formidable tía de Darcy a buscarlos pese a su anterior voto de evitar todo contacto.

—Gracias, Harrison —dijo Darcy tras vacilar un instante—. Por favor, informe a Lady Catherine de que enseguida estaremos con ella.

Cuando el mayordomo se retiró, Elizabeth alisó nerviosa sus faldas. —¿Qué crees que la ha traído aquí? ¿Y cómo se ha enterado siquiera de que hemos llegado?

—No puedo imaginarlo —replicó Darcy, con gesto grave—. Pero debe de tratarse de un asunto de cierta entidad para vencer su determinación de no reconocer nuestro matrimonio.

Elizabeth asintió, tomando aire hondo para serenarse. —Bien, pronto averiguaremos qué ha motivado esta visita inesperada.

Bajaron juntos al salón, y Elizabeth hizo acopio de toda la compostura que había cultivado como señora de Pemberley. Fuera cual fuese el propósito de Lady Catherine, lo afrontaría con dignidad y calma, segura de su posición como señora Darcy.

Las puertas del salón estaban abiertas, mostrando la amplitud suntuosa del interior. Y

allí, de espaldas al fuego como si fuera dueña de la casa, se hallaba Lady Catherine de Bourgh. Su imponente figura vestía un morado oscuro y sobrio; el turbante, adornado con plumas que aún acrecentaban su altura, y su expresión, cuando alzó la vista al verlos entrar, era de una determinación tan adusta que Elizabeth sintió que el corazón empezaba a latirle con aprensión.

FIN

… del libro 2 de la trilogía ***Crimen y Consecuencias***.

¿Qué travesuras tramarán Georgiana y Kitty en el Londres elegante? ¿Podrá guardarse para siempre el secreto de Lydia? ¿Y QUÉ quiere Lady Catherine?

¡Seguid leyendo para leer un capítulo de muestra de ***Intrigas y Legado***, la deslumbrante conclusión de la trilogía!

Intrigas y Legado - capítulo de muestra

ELIZABETH HABÍA ELEVADO NO pocas oraciones de agradecimiento por que la celeridad de sus nupcias poco ortodoxas hubiera impedido que Lady Catherine de Bourgh interviniera intentando imponer su voluntad y obligar a Darcy a casarse con su hija, Anne. En los meses transcurridos desde entonces, Lady Catherine había escrito algunas cartas airadas a Darcy, pero se había mantenido a distancia… hasta ahora, cuando se presentó en Darcy House el mismo día en que ellos llegaron a Londres.

Los pensamientos de Elizabeth se precipitaron. ¿Cómo había sabido Lady Catherine que venían? ¿O es que ya estaba en Londres, esperando su llegada? Y, por encima de todo, ¿por qué estaba aquí?

Lady Catherine se volvió cuando Elizabeth y Darcy entraron en el

salón. Sus ojos, agudos y escrutadores, pasaron primero a su sobrino y luego, con bastante menos calidez, a Elizabeth. Por un momento nadie habló; los únicos sonidos en el amplio salón eran el suave crepitar del fuego y el tictac del reloj ornamentado sobre la repisa de la chimenea. Elizabeth sintió la mirada penetrante de Lady Catherine, pero mantuvo la espalda recta y una expresión amablemente neutra, decidida a no ser la primera en romper el incómodo silencio.

—Tía Catherine —dijo Darcy por fin, con la voz firme pese a la evidente sorpresa por su llegada inesperada—. Si hubiéramos sabido que venías a Londres, habríamos preparado tu recibimiento.

Lady Catherine resopló con audible desdén. —No tenía previsto venir a Londres en toda esta Temporada —dijo—. Sin embargo, las circunstancias me han obligado. Veo que vosotros acabáis de llegar.

—Hemos llegado a Londres hace apenas unas horas —confirmó Elizabeth—. ¿No quiere sentarse, Lady Catherine? Voy a tocar para que traigan el té.

—No he venido a tomar té ni a intercambiar cortesías —replicó Lady Catherine con brusquedad, aunque sí se acercó a tomar asiento en un sillón de respaldo alto, colocado para dominar la estancia—. He venido porque debo hablar con mi sobrino sobre un asunto de la mayor importancia.

Elizabeth cruzó la mirada con Darcy, preguntándole en silencio si debía retirarse, pero él hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza. Fuera lo que fuese que Lady Catherine tuviera que decir, parecía desear que ella también lo oyese. Se sentaron juntos en un sofá frente a Lady Catherine; Elizabeth se cuidó de arreglarse las faldas con deliberada calma, aunque el corazón le había empezado a latir más deprisa de lo habitual.

—Estoy sumamente disgustada —anunció Lady Catherine, clavando en Darcy una mirada acusadora—. ¡Imagina mi estupor al enterarme de que tu primo se ha tomado la libertad de casarse con una don nadie de provincias!

A Elizabeth se le encogió el estómago. Así que de eso se trataba: del matrimonio de Jane con el coronel Fitzwilliam, ahora Sir Richard Fitzwilliam tras dejar el ejército y recibir el más que merecido título de caballero. Debería haberlo previsto; a Lady Catherine le disgustaría, naturalmente, otro vínculo con la familia Bennet.

—Richard se ha casado con la elección de su corazón —respondió

Darcy con calma, aunque Elizabeth percibió la tensión en sus hombros —. No podría estar más contento por él. Y fuiste invitada; lamentamos que decidieras no asistir. Ni siquiera respondiste a la invitación.

—Ese es precisamente el tipo de majaderías modernas que cabría esperar que defendieras —soltó Lady Catherine, desoyendo la leve reconvención en la observación de Darcy—. Después de tu propia elección decepcionante, supongo que no resulta sorprendente que incites a Richard a una insensatez semejante. Pero de él esperaba más.

Un hijo de Matlock debería tener en cuenta los intereses de su familia, y no meros sentimientos pasajeros.

Elizabeth apretó los labios, obligándose a guardar silencio. Sabía desde el principio que Lady Catherine desaprobaba su matrimonio con Darcy, pero la crueldad con que lo aludía, tan desdeñosa, seguía doliendo. Más preocupante era la furia que mostraba por el matrimonio de Jane. La idea de que su dulce hermana pudiera ser blanco de la ira de Lady Catherine la inquietaba.

—Jane es un excelente partido para Richard —afirmó Darcy con autoridad—. Aporta bondad, inteligencia y un afecto genuino al matrimonio. Mis tíos están encantados con su nueva nuera.

Lady Catherine aferró los brazos de su sillón con tal fuerza que la tela crujió en protesta. —Mi hermano y Lady Matlock son demasiado bonachones para su propio bien. Aceptarían a una fregona si con eso complacían a su hijo. Pero ese no es el quid de la cuestión, Darcy. La cuestión es que tu primo era el último soltero disponible de rango y conexiones adecuados ¡para Anne!

Ah, pensó Elizabeth. La verdadera fuente del disgusto de Lady Catherine quedaba ya clara. No había venido solo a expresar su desaprobación respecto a Jane, sino porque consideraba que Richard había podido ser un marido para su propia hija; quizá una segunda opción después de que Darcy frustrara sus esperanzas en ese sentido.

—No sabía que hubieras considerado a Richard como posible marido para Anne —

dijo Darcy con cautela—. Nunca me has mencionado tal plan.

—¡No tendría por qué habértelo mencionado! —exclamó Lady Catherine—. Era la solución natural después de que te negaras tan obstinadamente a cumplir con tu deber.

Richard siempre ha tenido afecto por Anne y, como segundo hijo, habría sido lo bastante sensato como para apreciar las ventajas de Rosings.

Elizabeth se preguntó qué pensaría Anne de tales arreglos. Las pocas veces que había visto a Miss de Bourgh le había parecido una criatura tímida, absolutamente dominada por la personalidad arrolladora de su madre. Elizabeth no podía imaginar que la hubiesen consultado sobre ninguno de esos planes.

—Siento que estés decepcionada —dijo Darcy, con un tono formal pero no exento de simpatía—. Pero Richard ha hecho su elección y es sumamente feliz en su matrimonio.

Creo que deberíamos respetar su decisión y desearle lo mejor.

Lady Catherine se levantó del sillón con una energía sorprendente para una mujer de su edad y empezó a pasearse ante el fuego con pasos agitados. —¿Respetar su decisión?

¿Cuándo ha dejado a mi hija sin un partido adecuado a la edad de veintiún años?

Hablas como si esto fuera una mera molestia, Darcy, ¡y no la ruina de las perspectivas de Anne!

Elizabeth no pudo permanecer en silencio por más tiempo. —Seguro que las perspectivas de la señorita de Bourgh no pueden ser tan limitadas —se aventuró—. —

Una joven de su cuna, fortuna y educación debe de tener numerosos pretendientes.

Lady Catherine clavó en Elizabeth una mirada fulminante. —No presuma de entender asuntos que exceden su comprensión, señora Darcy. La delicada salud de Anne la ha mantenido alejada de la sociedad, y su herencia la hace vulnerable a los cazafortunas. Richard era ideal precisamente porque se podía confiar en que no administraría mal Rosings ni maltrataría a su señora.

—Hay otros caballeros de buen carácter y posición adecuada —apuntó Darcy—. —Si Anne desea casarse, estoy seguro de que podría concertarse un enlace que satisfaga tanto sus necesidades como tus expectativas.

—Y, Darcy, puesto que has incumplido tu deber de casarte con ella tú

mismo, y ahora has permitido que tu primo se case en otra parte, debes asumir la responsabilidad de hacer estas gestiones.

Elizabeth observó con atención el rostro de su marido, advirtiendo la leve contracción alrededor de sus ojos que indicaba su creciente frustración. Sin embargo, su voz se mantuvo firme.

—¿Qué es exactamente lo que quieres que haga, tía?

Lady Catherine se irguió hasta toda su estatura. —Anne debe tener una Temporada en Londres. Debe ser debidamente introducida en sociedad y presentada a caballeros elegibles de rango y carácter apropiados. Como ya vas a presentar en sociedad a Georgiana esta primavera, presentarás también a Anne junto a ella.

Elizabeth parpadeó, sorprendida. Aquello no era en absoluto lo que había esperado.

La idea de que Lady Catherine les confiara a su preciosa hija, después de todas sus objeciones a Elizabeth como esposa de Darcy, le parecía extraordinaria.

—¿Quieres que Anne se quede con nosotros durante la Temporada? —preguntó Darcy, con la sorpresa evidente en su tono.

—No veo alternativa —dijo Lady Catherine con rigidez—. No puedo quedarme en Londres durante toda la Temporada; tengo responsabilidades en Rosings que no pueden descuidarse. La señora Jenkinson acompañará a Anne, pero Anne necesita el patrocinio de una familia de suficiente posición. Tú y tu... esposa... vais a presentar en sociedad a Georgiana de todos modos. Una joven más difícilmente será una imposición.

La mente de Elizabeth se aceleró con las implicaciones de aquel giro inesperado.

Había previsto que su primera Temporada en Londres como señora Darcy sería ya lo bastante exigente, con la responsabilidad de presentar en sociedad tanto a Georgiana como a Kitty. Añadir a Anne a su grupo complicaría las cosas considerablemente. Y, sin embargo, difícilmente podía negarse a la prima de su marido, sobre todo cuando la pobre muchacha tenía tan pocas oportunidades de escapar de la presencia autoritaria de su madre.

—Nos sentiríamos honrados de incluir a Anne en nuestra casa durante la Temporada

—se oyó decir Elizabeth, sorprendiéndose a sí misma por la sinceridad de su voz—.

Fuera cuales fuesen sus sentimientos hacia Lady Catherine, no tenía nada contra Anne, que siempre le había parecido más víctima de las ambiciones de su madre que partícipe de ellas.

La mirada de Lady Catherine se clavó en Elizabeth, evaluándola en busca de signos de insinceridad. —Deberá asegurarse de que no se la fatigue. La constitución de Anne es delicada; no puede pretenderse que asista a todas esas frívolas reuniones o saraos. La señora Jenkinson conoce sus necesidades y le aconsejará en consecuencia.

—Pondremos todo esmero en la comodidad y el bienestar de Anne —aseguró Darcy—. —¿Cuándo propones que se nos una?

—De inmediato —replicó Lady Catherine, con un desdeñoso ademán de la mano—.

No tiene sentido demorarlo. Ya están aquí.

Elizabeth intercambió una mirada de sobresalto con su marido. —¿Están aquí? —

repitió, incapaz de ocultar la sorpresa en su voz—. —¿En Darcy House? ¿Ahora?

—En el carruaje —confirmó Lady Catherine, como si fuera lo más natural del mundo dejar a su hija esperando fuera mientras ella mantenía una conversación—. He considerado mejor hablar primero contigo, para asegurarme de que no hubiera malentendidos respecto a los arreglos.

Elizabeth se puso en pie, una horrorizada compasión imponiéndose a su corrección.

—Señor Darcy, quizá podrías enviar a un lacayo para hacer pasar inmediatamente a la señorita de Bourgh y a la señora Jenkinson. Deben de estar pasando frío, esperando en el carruaje todo este tiempo.

Darcy asintió, dirigiéndose ya hacia el cordón de la campanilla. —Harrison —llamó, cuando el mayordomo apareció instantes después—, la hija de Lady Catherine y su acompañante están esperando en un carruaje fuera. Hágales pasar enseguida, por favor, y haga subir su equipaje. Se quedarán con nosotros durante la Temporada.

—Muy bien, señor —respondió Harrison, sin que su expresión delatara el menor atisbo de sorpresa ante este inesperado giro. Con una reverencia, se retiró para cumplir las instrucciones.

Lady Catherine contempló este intercambio con sombría satisfacción. —Veo que has conservado a Harrison —observó—. Una decisión sensata. Ha estado con la familia Darcy desde la época de tu padre, ¿no es así? Un criado bien formado vale su peso en oro.

Darcy estuvo de acuerdo, aunque Elizabeth podía ver la tensión en la línea de sus hombros y sabía que ocultaba su fastidio por las acciones de su tía. —Ahora, tía Catherine, ¿te apetecería tomar algo después de todo? Anne y la señora Jenkinson agradecerán probablemente una taza de té cuando entren del frío de la calle.

—No me quedaré —anunció Lady Catherine, para gran sorpresa de Elizabeth—.

Debo regresar a Rosings esta noche. El viaje es bastante tedioso sin añadir demoras innecesarias.

Antes de que Elizabeth pudiera formular una respuesta adecuada a tan extraordinaria declaración, Harrison reapareció en la puerta del salón.

—La señorita de Bourgh y la señora Jenkinson —anunció, apartándose para permitir la entrada de las recién llegadas.

Anne de Bourgh entró en el salón con los pasos vacilantes de quien vive perpetuamente insegura de su acogida. Tras ella llegó la señora Jenkinson, una mujer delgada y meticulosa cuyos ojos vigilantes empezaron de inmediato a catalogar cada detalle de la estancia, como si evaluasen su idoneidad para su protegida.

—Señorita de Bourgh, señora Jenkinson, bienvenidas a Darcy House —dijo Elizabeth, adelantándose con una sonrisa sincera—. Fuera cuales fuesen sus sentimientos hacia

Lady Catherine, no podía evitar sentir compasión por Anne, que parecía completamente desdichada y demasiado pálida. —Deben de estar heladas hasta los huesos tras esperar en el carruaje. Por favor, siéntense junto al fuego.

—Gracias, señora Darcy —murmuró Anne, con una voz tan suave que era casi inaudible—. Es muy amable por su parte recibirnos de manera tan… inesperada.

—Pamplinas —intervino Lady Catherine antes de que Elizabeth pudiera responder—.

No hay nada inesperado en que la familia ayude a la familia. Darcy conoce su deber, aunque no siempre lo haya cumplido como cabría esperar.

La señora Jenkinson se dirigió de inmediato al lado de Anne, guiándola hacia una silla con la eficacia experta de quien lleva años anticipándose a todas las necesidades de su pupila. —La señorita de Bourgh no debe sentarse demasiado cerca de las llamas —

aconsejó, colocándola a la distancia que juzgó adecuada—. El cambio súbito de temperatura podría resultarle muy perjudicial.

Elizabeth asintió, haciendo una seña a un lacayo que aguardaba cerca para que ajustase la pantalla del hogar. —Harrison hará traer el té de inmediato. ¿Preferirías algo más fuerte para ahuyentar el frío, señorita de Bourgh? ¿Quizá una copita de Madeira?

Antes de que Anne pudiera responder, la señora Jenkinson negó con decisión. —La señorita de Bourgh no toma licores nunca. Su constitución es demasiado delicada. Un té flojo con un poco de leche será suficiente.

Elizabeth advirtió un destello que bien podía ser de fastidio cruzar el rostro de Anne, pero se desvaneció tan deprisa que no pudo asegurarlo. —Como usted prefiera —dijo, dando instrucciones al lacayo, que se retiró con una reverencia respetuosa.

—Ahora, en cuanto a los arreglos —prosiguió Lady Catherine con tono imperioso—.

Anne necesitará un dormitorio cómodo, preferiblemente orientado al sur para la luz de la mañana, pero con cortinas que bloqueen bien el sol cuando sea necesario. La señora Jenkinson debe alojarse en la habitación contigua, con una puerta de comunicación.

Anne a menudo requiere ayuda durante la noche.

—Nos aseguraremos de que la señorita de Bourgh y la señora Jenkinson estén cómodamente instaladas —aseguró Darcy a su tía, con una mirada a Elizabeth que sugería que dejaría esos arreglos bajo su supervisión como señora de la casa.

Elizabeth asintió. —Creo que el aposento azul de la segunda planta

sería ideal. Tiene orientación sur y habitaciones contiguas exactamente como usted describe, Lady

Catherine. Las estancias se han renovado recientemente y son muy confortables. Haré que la señora Wilson se asegure de que se renueven las sábanas y se enciendan los fuegos.

—Será satisfactorio, supongo —admitió Lady Catherine con una leve inclinación de cabeza—. En cuanto a la propia Temporada: espero que Anne sea presentada junto a Georgiana en todos los eventos adecuados. Debe asistir a los compromisos suficientes para ser vista por caballeros convenientes, pero no tantos como para agotar sus fuerzas.

La señora Jenkinson les indicará cuándo debe Anne retirarse de un evento.

Elizabeth tomó aire con cuidado, recordándose que aquella era su casa y que ahora era la señora de una de las mayores propiedades de Inglaterra. Lady Catherine, por imperiosa que fuese, era una invitada, y Elizabeth la trataría con la cortesía adecuada, por difícil que resultase.

—Nos encantará incluir a la señorita de Bourgh en todos nuestros planes —dijo con tono sereno—. Aunque debo mencionar que ya vamos a presentar en sociedad a mi hermana Kitty junto con Georgiana. Seremos un grupo de tres jóvenes casaderas.

Las cejas de Lady Catherine se alzaron con evidente sorpresa y desaprobación. —¿Su hermana? No estaba al corriente de que otra de las señoritas Bennet fuese a imponerse a la sociedad londinense esta Temporada.

Elizabeth sintió que se le encendían las mejillas ante el insulto deliberado, pero mantuvo la compostura. —Kitty y Georgiana se han hecho muy amigas, y nos ha parecido natural incluirla en nuestros planes.

—Natural para usted, quizá —dijo Lady Catherine con desdén—. Aunque no alcanzo a imaginar qué propósito se cumple presentando en sociedad a una muchacha sin fortuna ni conexiones. ¿Acaso imagina usted que encontrará marido?

Elizabeth sintió un arrebato de ira que por un instante le hizo olvidar su propósito de mantenerse serena. La crueldad gratuita de las palabras de Lady Catherine, pronunciadas como si Kitty no fuese una

persona real con sentimientos y esperanzas propias, sino una mera molestia de la que desentenderse, tocó de lleno los instintos protectores de Elizabeth hacia su familia.

—Kitty es hija de un caballero, de carácter dulce y de considerable encanto —dijo, esforzándose por mantener la voz firme.

—Hija de un caballero —repitió Lady Catherine con un resoplido—. Sí, recuerdo la finca de su padre, vinculada por mayorazgo al señor Collins. Haría mejor en enviar a la muchacha de vuelta a Hertfordshire antes de que albergue expectativas que no pueden cumplirse de ningún modo.

Elizabeth sorprendió a Darcy observándola con una mezcla de preocupación y admiración, claramente consciente de lo difícil que le resultaba morderse la lengua ante semejante provocación. Apretó los labios. Ahora, segura de su riqueza y de su posición como señora Darcy, Elizabeth no permitiría que nadie, ni siquiera Lady Catherine, despreciase con tanta ligereza las perspectivas de su hermana.

—Mi hermana se quedará con nosotros durante la Temporada, tal y como estaba previsto —dijo con firmeza—. La felicidad y las oportunidades de Kitty me importan tanto como las de Georgiana, y tengo plena confianza en que será bien recibida por aquellos cuyas opiniones importan.

El sutil énfasis de la última frase no pasó desapercibido para Lady Catherine, cuyos labios se afinaron hasta dibujar una línea aún más desaprobadora. Sin embargo, antes de que pudiera formular una réplica, llegó la bandeja del té, creando una distracción momentánea mientras Elizabeth se afanaba en servir.

—Dos rodajas de limón y un terrón de azúcar —dijo Lady Catherine sin preámbulos, y Elizabeth la sirvió con gracia antes de volverse hacia Anne.

—¿Y tú tomas azúcar en el té, Anne? ¿Un terrón o dos? —preguntó, dirigiéndose deliberadamente a Anne en lugar de consultar a la señora Jenkinson.

Por un breve instante, algo parecido a la sorpresa centelleó en los ojos de Anne, como si no estuviera acostumbrada a que la consultaran sobre sus propias preferencias. —

Dos, por favor —murmuró, ignorando el leve frunce que se dibujó en el rostro de la señora Jenkinson—. —Y solo un poco de leche.

—La señorita de Bourgh suele tomar el té muy suave, con la menor cantidad de azúcar —intervino la señora Jenkinson—. —Un té fuerte puede sobreexcitar los nervios y acarrear dificultades para dormir.

Elizabeth se detuvo, la taza en la mano, mirando de la señora Jenkinson a Anne con una ceja alzada. —Y, sin embargo, hoy ha pedido dos terrones. ¿Quizá el frío del viaje la ha dejado necesitada de un refuerzo adicional?

El más leve amago de sonrisa rozó los labios de Anne antes de desvanecerse bajo su habitual expresión de sumisa conformidad. —Solo por esta vez —murmuró, aceptando la taza de manos de Elizabeth con un leve gesto de agradecimiento.

—Bien, debo retirarme —anunció Lady Catherine de forma abrupta, dejando su propia taza de té, apenas probada.

—¿De verdad no te quedas a pasar la noche, tía? —preguntó Darcy, aunque su tono sugería que ya anticipaba la respuesta.

—Imposible —replicó Lady Catherine—. —Hay asuntos en Rosings que requieren mi atención.

—Al menos permítanos ofrecerle algún refrigerio para el viaje —sugirió Elizabeth, extrañándose de la frialdad de una mujer capaz de abandonar a su hija con tanta ligereza.

—No será necesario —dijo Lady Catherine, poniéndose en pie con dignidad regia—.

—He traído provisiones y haremos una parada para una comida en condiciones en Bromley.

Elizabeth intercambió una mirada con Darcy, que asintió casi imperceptiblemente. No insistirían. Si Lady Catherine deseaba marcharse de inmediato, quizá fuese lo mejor. Su ausencia podría permitir que Anne se acomodase más a gusto en Darcy House sin el peso constante del escrutinio de su madre.

—Entonces te deseamos un buen viaje —dijo Darcy, acercándose a tirar de la campanilla para que acudiera Harrison.

—Confío en que me escribirás con regularidad con informes sobre los progresos de Anne —ordenó Lady Catherine, dirigiendo este mandato a Darcy y no a Elizabeth—. —

Deseo estar informada de toda novedad significativa, en particular de cualquier caballero que muestre un interés serio.

Darcy accedió. —Aunque espero que no te inquietes si no recibes noticias nuestras a diario. La Temporada puede ser exigente, y, de forma natural, daremos prioridad a la comodidad y las oportunidades de Anne por delante de una correspondencia extensa.

Los labios de Lady Catherine se fruncieron ligeramente ante aquella fijación de límites diplomática pero firme, pero no discutió el punto. En su lugar, se volvió hacia su hija. —Anne, seguirás las indicaciones de la señora Jenkinson en todas las cuestiones de salud. Espero que te comportes con la dignidad que corresponde a tu rango, y que recuerdes que eres una de Bourgh de Rosings Park. No permitas que tu primo te eclipse, ni que... —sus ojos se desviaron con desdén hacia Elizabeth— otros que quizá no entiendan el debido orden de precedencias.

—Sí, madre —respondió Anne, con la voz de nuevo apenas audible—. —Lo recordaré.

Con un susurro de seda, Lady Catherine se deslizó hacia la puerta, deteniéndose solo para clavar en su sobrino una mirada penetrante y pronunciar una última admonición.

—Te haré personalmente responsable del bienestar y del éxito de Anne esta Temporada, Darcy. No me defraudes en esto, como has hecho en otros asuntos.

Sin esperar respuesta, se marchó. Elizabeth permaneció de pie, con las manos fuertemente entrelazadas delante de sí para evitar que le temblasen por la emoción contenida. Solo cuando oyeron cerrarse con firmeza la puerta principal se permitió dejar escapar una larga exhalación, cuidadosamente controlada.